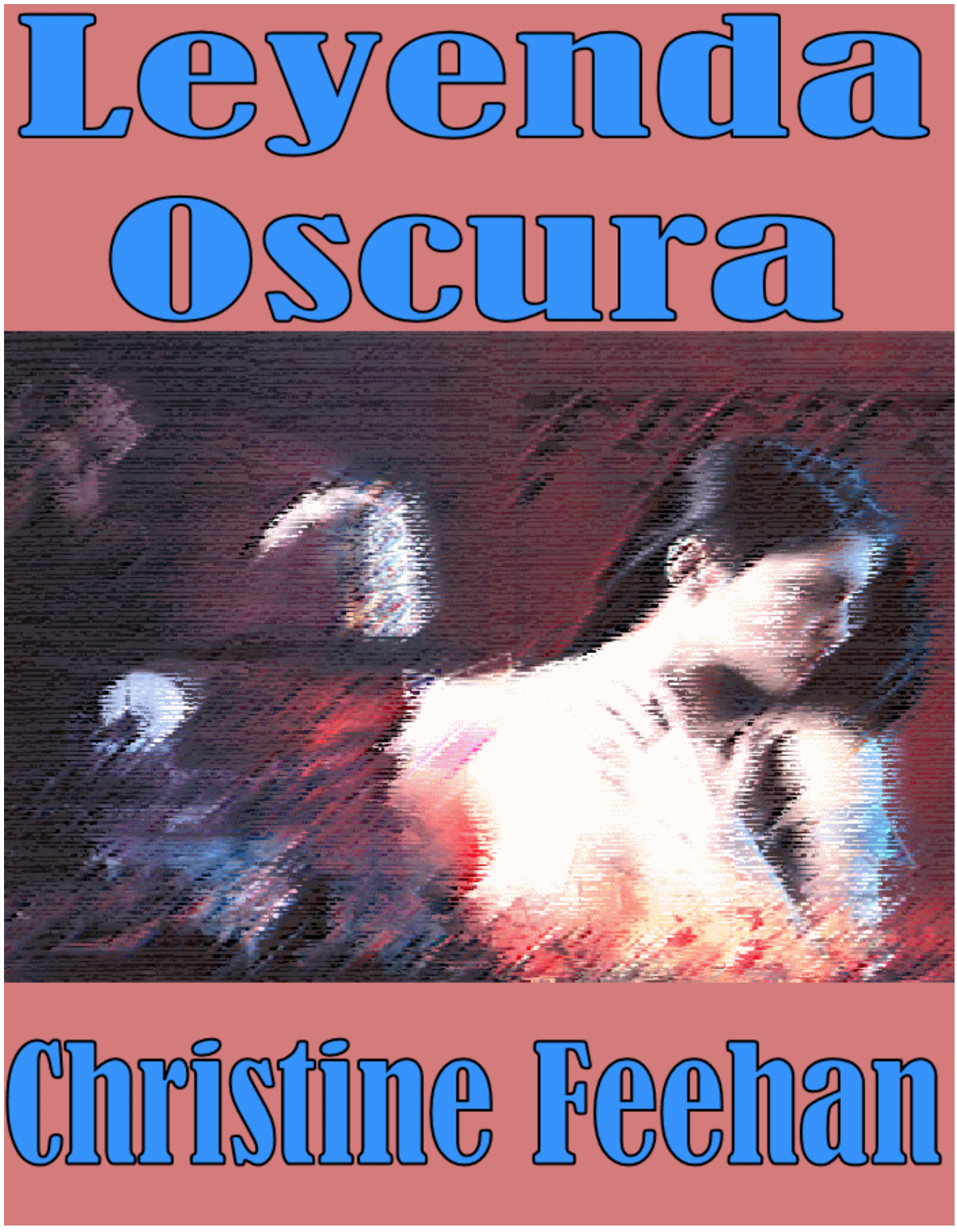
Leyenda Oscura
Christine Feehan



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Desorientado, se despertó profundamente enterrado en la tierra. La primera sensación que sintió fue el hambre. No era un hambre ordinaria, sino una que retorcía las entrañas, una necesidad que erizaba la piel. Estaba hambriento. Cada célula de su cuerpo exigía nutrición. Se quedó allí en silencio mientras el hambre le roía como si de una rata se tratase. Atacaba no sólo su cuerpo, sino también su mente haciéndole temer por todos los demás, humanos y Cárpatos por igual. Temer por sí mismo. Temer por su alma. Esta vez la oscuridad se estaba extendiendo rápido y su alma estaba en peligro.

¿Qué se había atrevido a perturbar su sueño? Más importante aún, ¿había perturbado el sueño de Lucian? Gabriel había encerrado a Lucian en el interior de la tierra muchos siglos atrás, más de los que se molestaría en contar. Si Lucian se había despertado con él, si había sido perturbado por los mismos movimientos en la superficie, tendría entonces muchas posibilidades de alzarse antes de que Gabriel pudiera encontrar las fuerzas para detenerle.

Era bastante difícil pensar con esta hambre terrible aferrándole. ¿Cuánto tiempo había permanecido en la tierra? Sobre él sintió como se ponía el sol. Después de tantos siglos, su reloj interno podía aún sentir la puesta de sol y el principio de su tiempo: *Criaturas de la noche*. De repente la tierra se estremeció. Gabriel sintió el corazón golpear con fuerza en el pecho. Había esperado demasiado, desperdiciado demasiado tiempo intentando obtener sus coordenadas, intentando aclarar su mente embotada. Lucian se estaba alzando. La necesidad de Lucian de una presa sería tan grande como la suya propia; su apetito sería voraz. No habría forma de detenerle, no mientras el propio Gabriel estuviera tan débil. Porque no tenía otra elección, Gabriel irrumpió a través de las capas de tierra bajo las que había yacido sepultado durante tanto tiempo, donde deliberadamente había dormitado, eligiendo enterrarse a sí mismo en la tierra atrapando a Lucian con él. La lucha en el cementerio de Paris había sido larga, una horrenda batalla. Ambos, Lucian y Gabriel, había sufrido graves heridas, heridas que deberían haberles matado. Lucian había acudido a la tierra justo fuera de la tierra santificada del antiguo cementerio mientras Gabriel había buscando santuario en su interior. Gabriel había estado cansado de los largos siglos de yerma oscuridad, del negro vacío de su existencia.

No había disfrutado del lujo de poder elegir caminar hacia el amanecer como la mayoría de los de su raza. Estaba Lucian. Su gemelo. Lucian era fuerte y brillante, siempre el líder. No había ningún otro lo suficientemente hábil, lo suficientemente poderoso para cazar y destruir a Lucian. Sólo estaba Gabriel. Había pasado varias vidas siguiéndole mientras Lucian lideraba, cazando al vampiro, al no-muerto con él, confiando en su juicio en la batalla. No había habido ningún otro como Lucian, nadie tan brillante en la caza del vampiro, el azote de su raza. Lucian tenía un don. Aunque finalmente había sucumbido al oscuro susurro de poder, la insidiosa llamada de la lujuria de sangre. Había entregado su alma, escogiendo el camino del maldito, convirtiéndose en el mismo monstruo que había perseguido durante siglos. El vampiro.

Gabriel había pasado dos siglos cazando a su amado hermano, pero nunca se había recobrado del todo del shock de la conversión de Lucian. Finalmente después de incontables batallas en las cuales ninguno había salido victorioso, había tomado la decisión de encerrar a su gemelo en la tierra para siempre. Gabriel había seguido a Lucian a través de Europa; su confrontación final había tenido lugar en Paris, una ciudad repleta de vampiros y depravación. Después de la terrible batalla en el cementerio, donde los dos habían sufrido horrendas heridas y perdido mucha sangre, esperó hasta que Lucian yació confiadamente en la tierra, y entonces unió a su gemelo a él, obligándole a permanecer allí. La lucha no había terminado, pero fue la única solución que Gabriel pudo idear. Estaba cansado, solo y sin el consuelo de ninguno de su raza. Quería descansar, aunque no podía buscar el amanecer hasta que Lucian fuera completamente destruido. Era un terrible destino el que había escogido, morir, pero no morir, enterrado por toda la eternidad, pero a Gabriel no se le ocurrió otra solución. Nada debería haberles perturbado, pero algo lo había hecho. Algo se había movido en la superficie sobre sus cabezas.

Gabriel no tenía ni idea de cuando tiempo había pasado mientras había estado

descansando en la tierra, aunque su cuerpo estaba hambriento de sangre. Sabía que su piel estaba gris y colgaba de su esqueleto como la de un viejo. Al momento, mientras irrumpía en el aire, se vistió a sí mismo, añadiendo un largo abrigo con capucha para esconder su apariencia mientras cazaba por la ciudad. Sólo esa pequeña acción drenó la energía de su cuerpo marchito. Necesitaba sangre desesperadamente. Estaba tan débil que casi se cayó del cielo. Mientras tomaba tierra, se quedó mirando fijamente y con asombro los enormes aparatos que había perturbado su sueño de siglos. Estas máquinas, tan extrañas para él, habían despertado a un demonio tan mortífero que el mundo nunca podría comprender su poder. Estas máquinas había desatado a este demonio sobre el mundo moderno. Gabriel tomó un profundo aliento, inhalando la noche. Al momento fue asaltado por tantos olores, su cuerpo hambriento apenas pudo asimilarlos todos.

El hambre le devoró despiadadamente, implacablemente, y comprendió con el corazón hundido que estaba muy cerca de convertirse, tenía que mantener el precioso control que le quedaba. Cuando se viera forzado a alimentarse, el demonio se alzaría. No obstante en realidad no tenía elección en esta cuestión. Tenía que alimentarse para cazar. Si no cazaba a Lucian, protegiendo a humanos y Cárpatos por igual, ¿quién lo haría?

Gabriel tiró de su grueso abrigo cerrándolo alrededor de su cuerpo mientras se tambaleaba a través del cementerio. Podía ver donde las máquinas habían perturbado la tierra. Aparentemente las tumbas estaban siendo excavadas y cambiadas de sitio. Encontró el punto, justo fuera de la tierra santificada, donde la tierra había brotado hacía arriba cuando Lucian se había alzado. Durante un momento se dejó caer de rodillas para enterrar ambas manos en el suelo. Lucian. Su hermano. Su gemelo. Dobló la cabeza de pena. ¿Con cuanta frecuencia habían compartido conocimientos? ¿Compartido batallas? ¿Sangre? Casi dos mil años habían estado juntos, luchando por su gente, cazando a los no-muertos y destruyéndolos. Ahora estaba solo. Lucian era un guerrero legendario, el más grande de su raza, aunque había caído como tantos antes que él. Gabriel habría apostado su vida a que su gemelo nunca sucumbiría al oscuro susurro de poder.

Se puso en pie lentamente y empezó a caminar hacia la calle. Los largos años que habían pasado habían cambiado el mundo. Todo era diferente. No entendía nada. Estaba desorientado, incluso su visión era borrosa. Avanzó a tientas, intentando mantenerse lejos de la gente que se concentraba en las calles. Estaban por todas partes y evitaban tocarle. Tocó sus mentes brevemente. Pensaban que él era un "viejo vagabundo" quizás un borracho o incluso un loco. Nadie le miraba, nadie quería verle. Estaba marchito, su piel gris. Tiró de la larga capa más firmemente, ocultando su cuerpo marchito dentro de sus pliegues.

El hambre atacó sus sentidos haciendo que los comillos explotaran en su boca y babearan con la anticipación de un festín. Necesitaba alimentarse desesperadamente. Tropezando, casi ciego, continúo avanzando por la calle. La ciudad era tan diferente, ya no el viejo Paris, sino un enorme y extendido complejo de edificios y calles pavimentadas. Brillaban luces en el interior de las macizas estructuras y de las farolas de las calles en lo alto. No era la ciudad que recordaba o aquella en la que se había sentido cómodo.

Debería haber capturado a la presa más cercana y alimentarse vorazmente para recuperar instantáneamente su fuerza, pero el temor de ser incapaz de detenerse primaba en su mente. No debía permitir que la bestia le controlara. Tenía un deber sagrado para con su gente, para con la raza humana, pero lo que era más importante para con su amado hermano. Lucian había sido su héroe, al que había colocado por encima de todos los demás, y lo merecía. Habían hecho un voto y lo honraría como Lucian hubiera hecho por él. No permitiría que ningún otro cazador destruyera a su hermano; esta tarea era sólo suya.

El olor de al sangre resultaba sobrecogedor. Le golpeaba con la misma intensidad que el hambre. Su sonido corriendo por las venas, flujo y reflujo, bullendo de vida, tentándole. En su presente estado de debilidad sería incapaz de controlar a su presa, de mantener a su víctima en calma. Eso sólo añadiría poder a su demonio interior.

-Señor, ¿puedo ayudarle de algún modo? ¿Está enfermo?

Era la voz más hermosa que había oído nunca. Hablaba en un francés fluido, con un

acento perfecto, pero no estaba seguro de si era en realidad francesa. Para su asombro, sus palabras le proporcionaron confort, como si solo esa voz pudiera consolarle.

Gabriel se estremeció. La última cosa que quería era deleitarse con una mujer inocente. Sin mirarla, sacudió la cabeza y continuó caminando. Estaba tan débil que tropezó con ella. Era alta, esbelta y sorprendentemente fuerte. Inmediatamente pasó su brazo alrededor de él, ignorando el olor a moho y suciedad. En el momento en que le tocó sintió una sensación que paz bañaba su alma torturada. El hambre imparable disminuyó y mientras ella le tocaba, sintió una semblanza de control.

Deliberadamente evitó que ella le viera la cara, sabiendo que sus ojos mostrarían el brillo rojo del demonio que se alzaba en su interior. Su proximidad debería haber provocado sus violentos instintos en vez de apaciguarlos. Definitivamente ella era la última persona que deseaba usar como presa. Sentía su bondad, su resolución de ayudarle, completamente desinteresada. Su compasión y bondad eran las únicas razones que evitaban que la atacara y hundiera los colmillos profundamente en sus venas cuando cada célula encogida y cada fibra de su ser exigía que lo hiciera para su propia autopreservación

Ella le urgía hacia una maquina lisa al borde de la acera.

- ¿Está herido, o sólo hambriento? - Preguntó. - Hay un refugio para gente sin hogar calle arriba. Pueden proporcionarle un lugar para pasar la noche y una comida caliente. Déjeme llevarle allí. Este es mi coche. Por favor entre y déjeme ayudarle.

Su voz pareció un susurro sobre él, una seducción a los sentidos. Realmente temía por la vida de ella, por su propia alma. Pero estaba demasiado débil para resistirse. Le permitió sentarle en el coche, pero se acurrucó tan lejos de ella como fue capaz. Aunque ya no había ningún contacto físico, podía oír la sangre apresurarse por sus venas, llamándole. Susurrando como la más tentadora de las seducción. El hambre bramó atravesándole, haciéndole sacudirse por la necesidad de hundir sus dientes profundamente en el cuello vulnerable de ella. Podía oír su corazón, el pulso firme que seguía y seguía sin parar, amenazando con volverle loco. Casi podía saborear la sangre, sabiendo que entraría a raudales en su boca, bajando por su garganta mientras se hartaba.

- Mi nombre es Francesca Del Ponce. - Le dijo ella gentilmente. - Por favor, dígame si está herido o necesita atención médica. No se preocupe por el precio. Tengo amigos en el hospital y ellos le ayudarán. - No añadió lo que le vino a la cabeza: con frecuencia llevaba allí indigentes y ella misma pagaba la factura.

Gabriel permaneció en silencio. Era todo lo que podía hacer para proteger sus propios pensamientos, una protección automática que Lucian le había inculcado en los tiempos en los que eran aprendices. El atractivo de la sangre era sobrecogedor. Fue sólo la bondad que irradiaba lo que evitó que saltara sobre ella y se diera un festín como sus células marchitas gritaban que hiciera.

Francesca miró al anciano preocupada. No le había visto la cara claramente, pero estaba gris por el hambre y tembloroso por la fatiga. Parecía hambriento. Cuando le tocó sintió el terrible conflicto en su interior y su cuerpo rabiando de hambre. Requirió un gran control no correr a través de las calles hasta el albergue. Deseaba desesperadamente conseguirle ayuda. Sus pequeños dientes blancos mordieron el labio inferior con preocupación. Sentía ansiedad, una emoción que Francesca no recordaba haber sentido en mucho tiempo. *Necesitaba* proporcionar a este hombre ayuda y confort. La urgencia era tan fuerte, que resultaba casi una compulsión.

- No se preocupe, puedo ocuparme de todo por usted. Sólo recuéstese y relájese.

Francesca conduzco con su usual abandono a través de las calles. La mayor parte de los policías conocía el coche y no harían más que mostrar una mueca hacia ella cuando incumpliera todas las normas de tráfico. Era una sanadora. Una sanadora excepcional. Era su don para el mundo. Había hecho amigos por todas partes. Aquellos a los que no les importaban los favores o cuidados que ofrecía lo hacían por el hecho de que tenía una gran suma de dinero y una gran cantidad de conexiones políticas. Giró en el camino de entrada del albergue y detuvo el coche casi en la puerta. No quería que el anciano tuviera que

caminar demasiado. Parecía tener todo el aspecto de ir a perder el equilibrio de un momento a otro. La capucha de su abrigo le ocultaba el pelo, pero tenía la impresión de que era largo y espeso al estilo antiguo. Se apresuró a rodear el coche por delante, inclinándose hacia adentro para ayudarle a salir.

Gabriel no deseaba que ella le tocara de nuevo, pero no pudo evitarlo. Había algo muy calmante en su toque, casi sanador. Eso le ayudaba a contener el terrible anhelo bajo control un poco más. La máquina en la que estaba montado, la velocidad con la que se movía a través de las calles, le dejó enfermo y mareado. Necesitaba reorientarse en el mundo en el que estaba. Enterrarse de en qué año estaban. Estudiar la nueva tecnología. Por encima de todo necesitaba encontrar la fuerza para alimentarse sin permitir que el demonio de su interior le dominara. Podía sentirla en su interior, la neblina roja, los instintos animales elevándose para imponerse sobre el delgado barniz de civilización.

- ¡Francesca! ¿Otro? Estamos llenos esta noche. - Marvin Challot recorrió ansiosamente con la mirada al viejo al que ella estaba ayudando a avanzar hacia la puerta. Algo en ese hombre hizo que se le erizara el pelo de la nuca. Parecía viejo y malhumorado, las uñas demasiado largas y demasiado afiladas, pero obviamente estaba tan débil que Marvin se sintió culpable de no querer tener nada que ver con este extraño. Se avergonzó de sí mismo por la sensación de repulsión, pero en realidad sentía repulsión por el anciano. Difícilmente podía negarle algo a Francesca. Ella contribuía con más dinero, más tiempo y más esfuerzo que ningún otro. Si no fuera por ella, no habría ningún albergue.

Reluctantemente Marvin extendió la mano para tomar el brazo del anciano. Gabriel inhaló con fuerza. En el momento en que Francesca le soltó el brazo, casi perdió todo control. Los colmillos explotaron en su boca y el sonido de la sangre fluyendo fue tan fuerte que no pudo oír nada más. Todo desapareció en una neblina roja. Hambre. Inanición. Tenía que alimentarse. El demonio de su interior alzó la cabeza con un rugido, luchando por el control total.

Marvin sintió que estaba en peligro mortal. El brazo que había intentado agarrar pareció desfigurarse, los huesos explotaron y crujieron, y los músculos ondearon bajo la piel marchita. Marvin olió una esencia salvaje y punzante como la de un lobo. Se encontró tirando del brazo del anciano con terror. La cabeza se giró hacia él lentamente y captó un vislumbre de muerte. Donde deberían haber habido ojos, había dos agujeros vacíos y despiadados. Parpadeó y los ojos estuvieron allí de nuevo, rojos y llameantes, como los de un animal acechando a su presa. No sabía que impresión era peor pero no quería tener nada que ver con el viejo, fuera la que fuera. Los ojos vacíos se clavaron en él como la puñalada de unos colmillos.

Marvin chilló y saltó hacia atrás.

- No, Francesca, no puedo permitirlo. Aquí no hay habitación esta noche. No le quiero aquí. - Su voz tembló de terror.

Francesca casi protestó, pero algo en la cara de Marvin la detuvo. Asintió aceptando su decisión.

- Está bien, Marvin. Puedo ocuparme de él. - Muy gentilmente deslizó el brazo alrededor de la cintura del anciano. - Venga conmigo. - Su voz fue suave, consoladora. Ocultó su irritación ante la reacción de Marvin muy bien, pero allí estaba.

La primera inclinación de Gabriel fue poner distancia entre ellos. No quería matarla y sabía que estaba peligrosamente cerca de convertirse. Aun así parecía que ella le proporcionaba un ancla. Le aliviaba, haciendo que pudiera atajar a la bestia salvaje por el momento. Gabriel se apoyó pesadamente contra el esbelto cuerpo de ella. Su piel era cálida, mientras que la de él estaba helada. Aspiró su esencia profundamente, cuidando de mantener su cabeza vuelta lejos de ella. No quería que le viera como lo que era, un demonio, luchando por su propia alma, luchando desesperadamente por su humanidad.

- Francesca. - Protestó Marvin. - Llamaré a alguien para que se ocupe de él en el hospital. Quizás un policía. No te quedes sola con él. Creo que quizás está loco.

Mientras Gabriel entraba en el coche volvió la cabeza para mirar atrás hacia el hombre

que permanecía en pie en el camino de entrada, observándoles con temor en los ojos. Miró fijamente la garganta del hombre, su mano se cerró en un apretado puño. Por un terrible momento casi aplastó la tráquea del hombre sólo por advertirla. Con una antigua maldición suavemente pronunciada reprimió el impulso. Encorvando un hombro, se acurrucó más profundamente en el interior del grueso abrigo. Deseaba quedarse cerca de esta hermosa mujer y permitir que su luz y compasión bañara su alma torturada. También deseaba correr tan lejos de ella como fuera posible para mantenerla a salvo del monstruo que se hacía más fuerte en su interior.

Francesca no parecía estar ni un poquito nerviosa a causa de él. Más que nada, intentaba reconfortarle. A pesar de la advertencia de Marvin, sonrió a Gabriel.

- No hará daño hacerse una parada en el hospital. En realidad, sólo nos llevará un minuto.

Gabriel sacudió la cabeza lentamente en protesta. Ella olía bien. Fresca. Limpia. Estaba demasiado débil incluso para limpiarse a sí mismo. Le avergonzaba que ella le viera en tal estado. Era tan hermosa, brillante por dentro y por fuera.

Aparcó en una zona donde había centenares de aparados como el de ella vacíos.

- Volveré ahora mismo. No intente salir, sería malgastar energías. Sólo nos llevará un minuto. - Le tocó el hombro, un pequeño gesto que pretendió reconfortar. Inmediatamente él sintió el extraño aligeramiento de su calvario.

En el momento en que ella se marchó fue asaltado por el hambre que arañaba sus entrañas, exigiendo que se alimentara. A penas podía respirar. Su corazón latía muy lentamente: un latido, una pausa, otro latido. Su cuerpo reclamaba sangre. Para alimentarse. Aclamaba por ella. Eso era todo. Tan simple. Lo necesitaba. Lo deseaba ardientemente. Necesidad. Se fundieron juntos en un solo deseo.

Lo olió. Fresco. Lo oyó. Aunque la olió a ella también, y su cercanía le ayudó a sobreponerse al rugido en su cabeza. Sus entrañas se apretaron en un nudo. Un hombre caminaba junto a ella. Este era distinto al último. Este hombre era joven y miraba a Francesca como si ella fuera el sol, la luna y las estrellas. A cada pocos pasos el cuerpo del joven rozaba el de Francesca. Algo malvado, algo profundo en su interior alzó la cabeza y bufó con inesperado disgusto. Su presa. Nadie tenía derecho a permanecer tan cerca de ella. Era suya. La había marcado para sí. El pensamiento llegó inesperado y una vez más se avergonzó. Aún así, no le gustaba el hombre que estaba tan cerca de ella y tuvo que recurrir a cada onza de su disciplina para contenerse de saltar sobre el hombre y devorarle allí mismo.

- Brice, tengo que ir a casa. Este caballero necesita ayuda. No tengo tiempo para hablar ahora mismo. Sólo pasé de visita para recoger algunos suministros.

Brice Renaldo puso su mano sobre el brazo de ella para detenerla.

- Necesito que eches un vistazo a un paciente por mí, Francesca. Una niña. No te llevará mucho.

- Ahora no, volveré esta noche más tarde. - La voz de Francesca era suave pero muy firme.

Brice apretó su garra con la intención de tirar de ella de vuelta, pero cuando lo hacía, sintió algo moviéndose por su piel. Bajando la mirada observó varias pequeñas arañas de mirada viciosa arrastrándose por su brazo. Con un juramento soltó a Francesca y se sacudió el brazo con fuerza. Las arañas se habían ido como si nunca hubieran estado allí y Francesca ya caminaba rápidamente hacia su lado del coche. Le estaba mirando como si fuera un loco. Empezó a explicarse pero no podía ver ninguna evidencia de arañas, decidió que no valía la pena.

Brice se apresuró hacia el coche, deliberadamente la cogió del brazo de nuevo, inclinándose para espiar por la ventana hacia Gabriel. Inmediatamente su boca se retorció con una mueca de disgusto.

- Por Dios, Francesca, ¿dónde encuentras a estos holgazanes?

- ¡Brice! - Francesca tiró de su brazo hacia atrás con un pequeño gesto de disgusto muy

femenino. - Puedes ser tan cretino a veces. - Bajó la voz, pero Gabriel, con su audición superior, oyó el intercambio bastante claramente. - Sólo porque alguien es viejo o no tiene dinero eso no le hace un inútil o un asesino. Por esa razón nunca llegaremos a nada, Brice. No tienes compasión por la gente.

- ¿Qué quieres decir, que no tengo compasión? - Protestó Brice. - Hay una niña que nunca ha hecho daño a nadie sufriendo y yo estoy haciendo todo lo que puedo para ayudarla. - Francesca se movió esquivándolo aunque él la habría detenido, y se deslizó tras el volante del coche.

- Esta noche, más tarde. Prometo que me ocuparé de la niña esta noche por ti. - Arrancó el coche.

- No te estás llevando a este viejo a casa, ¿verdad? - Exigió Brice a pesar del asombro de ella. - Harías mejor en llevarle a un albergue. Está sucio y probablemente cubierto de pulgas. No sabes nada de él. Lo digo en serio, Francesca, no te atrevas a llevártelo a casa.

Francesca le dirigió un pequeño y leve fruncimiento de ceño antes de alejarse conduciendo sin una mirada atrás.

- No preste atención a Brice. Es un médico muy bueno, pero le gusta creer que puede decirme que debo hacer. - Miró hacia su silencioso compañero. Estaba encogido en un extremo del asiento del coche. Todavía no había conseguido una buena visión de él. Ni siquiera de su cara. Estaba escondido en las sombras, manteniendo su cara apartada de ella. No estaba segura de que entendiera que estaba intentando ayudarle. Tenía la impresión de que era un gran hombre, de los que solían tener riqueza y autoridad, probablemente se sentía terriblemente humillado por sus presentes circunstancias. No había ayudado el que Brice hubiera sido tan grosero. - Sólo nos llevará unos poco minutos y le conseguiré un lugar cálido y seguro. Habrá mucha comida.

Su voz era tan maravillosa. Tocaba algo en algún lugar profundo en su interior, calmándole, manteniendo a la bestia atada cuando el nunca podría haber lo hecho sólo. Quizás si ella estaba cerca cuando se alimentara sería capaz de controlar al demonio cuando se alzara. Gabriel enterró la cara entre las manos. Que Dios le ayudara, no quería matarla. Su cuerpo temblaba con el esfuerzo de controlar la necesidad de sangre caliente que fluyera por sus marchitas y hambrientas células. Esto era tan peligroso. Tan increíblemente peligroso.

El coche les llevó a una corta distancia de las bulliciosas calles de la ciudad hasta una calle estrecha donde crecían árboles y espesos arbustos. La casa era enorme y vagaba aquí y allí sin ningún estilo en particular. Era antigua con un porche ancho y largas columnas. Gabriel dudó cuando abrió la puerta de la máquina. ¿Debía ir con ella o debía quedarse? Estaba débil. No podía esperar mucho más. Tenía que alimentarse. No tenía elección.

Francesca le tomó del brazo y le ayudó mientras se tambaleaba a lo largo del camino de acceso a la casa.

- Lo siento, sé que hay bastantes escalones. Puede apoyarse en mí si lo necesita. - No sabía por qué era tan imperativo ayudar a este extraño, pero todo en ella se lo exigía.

Con el corazón hundido, Gabriel permitió que la mujer le ayudara a subir los numerosos escalones hasta su morada. Se temía que iba inevitable a matarla. Se uniría a las filas de los no-muertos y no habría nadie que destruyera a Lucian. Nadie que les destruyera a ninguno de los dos. Nadie capaz de destruirlos. El mundo tendría dos monstruos inigualables en maldad. Quedaban demasiadas horas hasta el amanecer. La necesidad de sangre sobrepasaría a sus buenas intenciones. Y esta pobre e inocente mujer con demasiada compasión sería la que pagaría el precio último por su bondad y piedad para con alguien como él.

- ¡No! - La negación fue un áspero gruñido. Gabriel tiró del brazo liberándole de la agarre de ella y se alejó de la puerta. Se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó.

Al momento Francesca estuvo a su lado.

- ¿De que tiene miedo? No voy a hacerle daño. - Él temblaba bajo sus dedos, irradiando puro terror. Su cabeza la evitaba, ocultándose profundamente en el interior de los pliegues del abrigo, un hombro se encorvó para bloquearle la visión.

Gabriel consiguió ponerse en pie lentamente. No tenía la fuerza necesaria para

mantenerse lejos de esta joven, de la calidez y compasión de su voz, de la vida que bullían en sus venas. Inclinó la cabeza cuando pasó a través del umbral para entrar en la casa. Rezó pidiendo fuerzas. Rezó pidiendo perdón. Rezó pidiendo un milagro.

Francesca le guió a través de las enormes habitaciones hasta la cocina, donde le sentó en una mesa de comedor intrincadamente tallada.

- Hay un pequeño baño a su derecha. Las toallas están limpias por si quiere tomar una ducha. Puede utilizarla mientras caliento algo de comida.

Gabriel suspiró y sacudió la cabeza. Se levantó lentamente y se movió para quedar sobre ella. Cerca. Tan cerca que olía su débil e seductora fragancia a través de la neblina de cruda hambre.

- Lo siento. - Murmuró las palabras suavemente, pronunciándolas con el corazón. - Debo alimentarme, pero esto no es lo que necesito. - Muy gentilmente tomó el cuenco de las manos de ella y lo colocó en el mostrador.

Por primera vez Francesca sintió que estaba en peligro. Se quedó muy quieta, sus grandes ojos negros estudiaban la figura encapuchada. Entonces asintió.

- Ya veo. - No había temor en su voz, sólo una tranquila aceptación. - Ven conmigo. Tengo algo que mostrarte. Lo necesitarás más tarde.

Le tomó de la mano, ignorando sus largas y afiladas uñas.

Gabriel no estaba utilizando la compulsión con ella. No estaba utilizando ninguna fusión de mentes en absoluto para calmarla. Ella sabía que estaba en un peligro mortal; vio el conocimiento reflejado en sus ojos. Su mano se cerró sobre la de él y tiró.

- Ven conmigo. Puedo ayudarte.

Estaba casi tranquila, irradiando una paz que le envolvió.

La siguió porque cada contacto físico con ella aliviaba su sufrimiento. No podía soportar pensar lo que iba a hacerle. En su interior tuvo la impresión de estar llorando. Una pesada piedra parecía estar aplastando su pecho. Francesca abrió una puerta en el lado izquierdo de la cocina para revelar una estrecha escalera. Ante su apremio la siguió bajando las escaleras.

- Éste es el sótano. - Le dijo.- pero aquí, justo encima de esta pequeña trampilla, hay otra puerta. No puedes verla, pero si colocas la punta de los dedos exactamente aquí... - Lo demostró y la roca se deslizó hacia dentro mostrando una oscura caverna. Ondeó la mano hacia el interior. - Esto conduce bajo tierra. Lo encontrarás a tu gusto.

Gabriel inhaló las suaves esencias de bienvenida, la riqueza de la tierra llamándole. El frescor, la oscuridad extendiéndose hacia él con la promesa de paz.

Francesca se retiró el pelo del cuello y levantó la mirada hacia él con ojos enormes y amables.

- Siento el miedo en ti. Sé lo que necesitas. Soy una sanadora y no puedo hacer otra cosa que ofrecer consuelo. Me ofrezco libremente, sin reservas, ofrezco mi vida a cambio de la tuya como es mi derecho. - Las palabras fueron suaves y gentiles, tan hermosas como el susurró del terciopelo sobre su piel.

Las palabras reales a penas fueron registradas. Solo el sonido. La seducción. La tentación. El cuello era cálido satén bajo sus dedos acariciadores. Gabriel cerró los ojos y saboreó la exquisita sensación de ella. Donde había temido que rasgaría y desgarraría, encontró la necesidad de acunarla acercándola con gentileza, casi tiernamente. Inclinó la cabeza para sentir la piel bajo sus labios. Calor y fuego. Su lengua acarició el pulso y su cuerpo se tensó de anticipación. Sus brazos la arrastraron al refugio de su cuerpo, de su corazón. Murmuró una disculpa y tomó lo que ella ofrecía, los dientes se hundieron profundamente en la vena del esbelto cuello.

Al momento el ansia le golpeó como una bola de fuego, propagándose a través de sus células encogidas y muertas de hambre. Poder y fuerza florecieron en su interior. Lo sintió entonces. Calor blanco. Relámpago azul. Su cuerpo tensándose. Ella se sentía como seda ardiente entre sus brazos, como si encajara perfectamente en su cuerpo. Se fue consciente de lo sueva que era la piel de ella. Su sabor era adictivo. Le había salvado con su generosidad. Había tenido éxito evitando que el demonio se alzara. Su sangre era libremente entregada.

Libremente entregada. Una nueva comprensión penetró en su frenesí de alimentación. Podía *sentir*. Culpa. Recordó el peso que sentía en el pecho mientras la seguía hacia abajo por las escaleras del sótano. Había estado sintiendo desde el momento en que se había encontrado con ella. Su cuerpo sentía un dolor urgente y fuerte mientras se alimentaba. Sensual. Erótico. Alimentarse nunca antes había estado conectado al sexo. Debería haber sido incapaz de sentir deseo, pero ahora su cuerpo estaba duro, imparable, un dolor urgente.

Bajo sus manos el corazón de ella perdió el paso y Gabriel inmediatamente pasó la lengua sobre los agujeros de la garganta para cerrar la herida con su saliva curativa. Había tomado la mayor parte de su sangre. Tenía que actuar rápido. Se abrió una herida en la muñeca y la presionó contra la boca de ella. Estaba lo suficientemente fuerte como para tomar el control de la mente de ella. Se debilitaba, su fuerza vital simplemente desvaneciéndose. Francesca no intentó luchar; más bien parecía bastante tranquila, aceptándolo, casi como si abrazara la muerte. Gabriel forzó a la sangre a entrar de nuevo en ella, Había sabido las palabras rituales para mantener atado al demonio. Había ofrecido libremente su vida por la de él. ¿Qué había dicho? *Como es mi derecho*. ¿Cómo podía ser?

Gabriel bajó la mirada hacia su cara. Estaba muy pálida, sus largas pestañas eran espesas, un profundo negro que igualaba la sedo de su largo pelo. Su cuerpo esbelto estaba embutido en pantalones de hombre, de un azul claro. Colores. Estaba viendo en color. No había visto nada más que grises y negros desde que era un simple principiante casi dos mil años atrás. ¿Por qué no la había reconocido como su compañera? ¿Había llegado al fin después de todo?

La detuvo antes de que tomara demasiada sangre. Necesitaría cazar esta noche; debía asegurarse de tomar suficiente para ambos. La llevó a la caverna, y siguiendo su esencia, encontró la oscura cámara que resultaría segura contra los humanos y no-muertos por igual. La tendió gentilmente en la cama de tierra y la envió a dormir, reforzando la orden con un duro "empujón" para asegurar que no despertaría hasta que pudiera darle más sangre. Su corazón y pulmones eran lentos y firmes, permitiendo que su cuerpo funcionara con la pequeña cantidad de sangre que fluía a través de sus venas y arterias, a través de las cavidades de su corazón.

Gabriel se deslizó por la casa, utilizando tan poca energía como fue posible. Habría sido más que feliz tomando la sangre de Brice. Pero no tenía tiempo para permitirse antojos; tenía que encontrar su presa rápidamente y regresar con su salvadora. Ella había salvado más que su vida con su generosidad. Había salvado su alma. Un momento más y estaba fuera de la casa, en la oscuridad. Su mundo. Había vivido durante siglos, aunque todo era nuevo. Todo diferente. Todo sería diferente ahora. Encontró una presa inmediatamente. La ciudad estaba repleta de gente. Escogió tres hombres enormes, asegurándose de que ninguno de ellos hubiera tomado alcohol o drogas y que la sangre de sus venas no estuviera contaminada con ninguna enfermedad. Gabriel les condujo fácilmente a la protección de un portal e inclinó la cabeza para beber hasta hartarse.

Tomó lo suficiente como para recuperar su fuerza completamente sin poner en peligro a ninguno de ellos. Cuando el primero se tambaleó, mareado, Gabriel cerró cuidadosamente sus heridas y le ayudó a sentarse en el suelo. Se alimentó del segundo y el tercero casi avariciosamente, su cuerpo deseaba ardientemente nutrirse después de tanto tiempo. Necesitaba suficiente sangre para Francesca, para asegurar su supervivencia.

Al momento de terminar borró sus recuerdos y los dejó a los tres sentados cómodamente dentro del saliente del portal. Gabriel dio tres pasos a la carrera y se lanzó al aire, su cuerpo cambió de forma haciendo que se extendieran alas y se elevó. Voló directamente en línea recta hacia la casa de ella. Desde el aire podía ver el estado en el que estaba. Obviamente vieja, la casa tenía una hermosa forma, los terrenos cuidadosamente cuidados. Todo lo que veía era objetos poco familiares, cosas que no conocía. La vida había continuado mientras él dormía bajo tierra.

Encontró a Francesca como la había dejado, su piel tan blanca que era casi transparente. Era alta y esbelta con un espeso pelo de ébano que enmarcaba su cara y se volcaba alrededor

de su cuerpo, enfatizando sus exuberantes curvas. La cogió con gran gentileza, acunándola cerca de él. ¿Cómo podía ser esta mujer su auténtica compañera? Después de las guerras, las mujeres habían sido escasas. Un hombre de los Cárpatos podía recorrer el mundo durante siglos y siglos y nunca encontrar a su auténtica compañera, la otra mitad de su alma, de su corazón. Luz para su oscuridad. Las mujeres de su especie habían sido escasas desde el siglo XII y XIII. ¿Qué probabilidades tenía de encontrarla simplemente bajando la calle? Prácticamente la primera persona que había encontrado después de estar atrapado en la tierra tanto tiempo. No tenía sentido para él. Nada de lo que había ocurrido tenía sentido. Pero los hechos eran claros y simples. Un hombre de los Cárpatos no podía ver en colores o sentir emociones a menos que estuviera cerca de su auténtica compañera. Gabriel podía ver toda clase de colores. Colores brillantes. Colores vívidos. Colores que había olvidado hacía mucho que existían siquiera. Sentimientos que nunca había experimentado. Inhaló, llevando la esencia de ella al interior de sus pulmones. Ahora sería capaz de encontrarla en cualquier lugar. Con su sangre ancestral corriendo en las venas de ella podría convocarla a voluntad, hablar con ella, mente a mente, desde cualquier distancia.

Con la uña se abrió el pecho, manteniendo la cabeza de ella en la palma de la mano para poder presionar la boca contra su piel. Era poderoso, en plena forma una vez más, y en la débil condición de ella, Francesca estaba completamente bajo su control. Se tomó su tiempo para estudiarla. Le dejaba perplejo, le intrigaba. Parecía una mujer de los Cárpatos. Alta. Esbelta. Pelo de ébano. Hermosos ojos negros como la noche. Conocía las palabras rituales. Había sabido él que necesitaba sangre. Incluso tenía preparada una cámara bajo tierra para uno de su especie. ¿Quién era? ¿Qué era?

Gabriel buscó en su mente. Parecía humana. Sus recuerdos eran los de una humana y contenían muchas cosas de las que él no sabía nada. El mundo había avanzado tanto mientras él dormía. Parecía completamente humana y aún así su sangre no era exactamente igual a la de los humanos. Sus órganos internos no eran exactamente los mismos. Todavía tenía recuerdos de caminar bajo el sol de mediodía, algo que su gente no podía hacer. Su existencia era un misterio que tenía intención de resolver. Esta mujer era demasiado importante para él; no podía correr riesgos.

El cuerpo de Francesca una vez más tenía el correcto volumen de sangre. Muy gentilmente Gabriel la detuvo y la colocó en la tierra sanadora sin cerrarla sobre su cabeza. Deseaba que descansara mientras él se tomaba el resto de la noche para estudiar el nuevo mundo en el que viviría. Encontró un tesoro de libros en la biblioteca del primer piso. Allí fue donde aprendió sobre la televisión, las computadoras y la historia de las máquinas... coches... que se usaban para moverse aquí y allá. Todo le asombraba y adsorbió la tecnología como una esponja. Sin pensarlo se conectó con Lucian. Simplemente ocurrió. Durante dos mil años habían compartido información. Gabriel estaba tan excitado que se extendió hacia su gemelo y se fundió con él.

Lucian aceptó la información y pasó lo que él mismo había observado y estudiado, simplemente como si los últimos pocos siglos nunca hubieran tenido lugar. Lucian estaba en la plenitud de su fuerza y, como siempre, ganando conocimientos rápidamente. Su mente siempre había requerido cosas nuevas en las que pensar, en las que trabajar. En el momento en que Gabriel comprendió lo que estaba haciendo, rompió la conexión, furioso consigo mismo. Lucian sería capaz de "ver" donde estaba Gabriel, del mismo modo que Gabriel podía encontrar fácilmente a Lucian. Siempre había sido Gabriel el único que cazara a su gemelo, rastreándole para intentar destruirle. Nunca se había preocupado antes cuando por error se fundía con su hermano vampiro para compartir nueva información: si Lucian eligiera utilizar el conocimiento para encontrarle sólo habría hecho su trabajo de destruirle más fácil. Ahora todo era diferente. No podía arriesgarse a dejar que Lucian supiera donde estaba o con quién. Ahora tenía que proteger a Francesca. Lucian no podía saber nada de ella. Los vampiros prosperaban con el dolor de la gente. Francesca tendría que pagar un terrible precio por su interferencia.

Gabriel se permitió el placer de tomar una ducha humana. Podía simplemente quedar

limpio y fresco con un pensamiento, aunque ahora podía sentir. Podía saborear la limpieza. Era una sensación *asombrosa*. De nuevo tomó conciencia del esfuerzo que requería esconder la sensación a su gemelo. Incluso después de todo este tiempo, estaba habituado a deslizarse dentro y fuera de la mente de su hermano. Durante siglos había utilizado su habilidad para rastrear a su hermano y incluso intentar anticiparse a sus muertes buscando un patrón para alcanzar a la víctima antes que Lucian. No había sido capaz de evitar ninguna de las muertes, pero continuaba intentándolo.

Después de la ducha, Gabriel volvió a leer. Cubrió varias enciclopedias y almanaques y cualquier otro libro que pudo encontrar. Con su memoria fotográfica le llevó muy poco tiempo. Leyó rápido para pasar a través de la historia y la nueva tecnología. Deseaba leer manuales y averiguar exactamente como funcionaba todo. Y deseaba aprender todo lo que la casa pudiera ofrecer de su propietaria.

Vagó por las vastas habitaciones. A ella le gustaba el espacio. Los espacios abiertos. Apreciaba el arte y los colores suaves. Definitivamente adoraba el océano y sus habitantes. Había libros sobre la vida submarina, huellas y acuarelas de olas que entrechocaban. Era una ama de casa meticulosa a menos, claro está, que alguien viniera a hacer el trabajo. Vivía como una humana. Las alacenas estaban llenas. Tenía hermosa porcelana china en la cocina y antigüedades raras en el dormitorio. Había una habitación con una colcha en ciernes y estudió el trabajo. El patrón era inusual.

Sosegado. Hermoso. Se sintió atraído por él, pero no podía imaginar por qué. En otra habitación ella había estado trabajando con cristales de colores. Los diseños se parecían muchos a los de la colcha. Sosegados y tranquilizadores. Todos eran intensamente hermosos. Podía haberse quedarse mirándolos durante horas. Era una mujer de mucho talento.

Los cortinajes de toda la casa eran inusualmente pesados, específicamente hechos para ventanas como esas, para que si ese fuera el deseo del ocupante, ni un rayo de luz pudiera entrar en la habitación. Eso daba la sensación de que ella fuera una Cárpato integrándose en la vida corriente. Aun así nada en esta casa parecía tener sentido. Era una mezcla de riqueza y capricho, de Cárpato y humano, casi como si dos personas diferentes ocuparan el lugar. Buscó una evidencia de dos residentes.

En el estudio encontró sus documentos personales, registros de pagos y pequeñas notas privadas que había escrito ella de su puño y letra. Parecía haber un buen número de notas, algunas eran recordatorios de comer ciertas sopas. Un Cárpato nunca comería comida humana a menos que fuera imperativo hacerlo para evitar que otros averiguaran la verdad. Cualquier Cárpato en plena forma podía comer y vaciar el contenido del estómago después, pero resultaba incómodo hacerlo.

¿Quién era Francesca? Y lo que era más importante, ¿qué era? ¿Por qué su sangre no era completamente humana? ¿Cómo había conocido las palabras rituales para evitar que se convirtiera en vampiro en su momento más débil? Y lo más importante de todo, ¿por qué estaba viendo en colores? ¿Por qué sentía emociones? ¿Por qué ella había utilizado la frase "como es mi derecho"?

Gabriel suspiró y volvió a colocar las cosas de ella, sus dedos se demoraron durante un momento acariciando la pequeña y clara escritura. Ella tendría respuestas para él. Y si no quería dárselas, disponía de formas para extraer la información. Era de sangre ancestral, de un linaje de grandeza y poder. Pocos de los suyos tenían el conocimiento y las habilidades que había obtenido en sus siglos de existencia. No sería capaz de esconderse de él o de sus preguntas.

2

Gabriel miró fijamente abajo a la mujer que yacía tendida tan tranquilamente en la oscura y rica tierra. Su cuerpo respondió al momento ante tan cercana proximidad, algo que nunca antes le había ocurrido en todos los largos siglos de su existencia. Se sentía tenso y ardiente, su cuerpo sentía un urgente deseo sólo con mirarla. Todo su ser, corazón y alma se extendían hacia ella; sus emociones eran tan poderosas, que temblaba ante su inesperada intensidad. Era desconcertante encontrar a alguien tuviera tal efecto sobre él. Sintiéndose un poco fuera de lugar, la despertó con una orden.

Francesca se estiró, un pequeño fruncimiento de ceño le cruzó la cara. Sus espesas pestañas revolotearon antes de que las alzara. Sus ojos eran enormes y profundamente negros. Volaron hacia él instantáneamente, casi como hubiera sabido que estaba allí. Sus pequeños dientes arañaron brevemente el labio inferior pleno, un rápido gesto nervioso que enmascaró sentándose. Se mareó y tambaleó, llevándose una mano a la cabeza. Una vez más el brazo de Gabriel se enroscó a su alrededor para estabilizarla. Cada instinto protector le gritaba, le exigía que cuidara de ella.

Francesca le empujó.

- Aléjate de mí. Lo has arruinado todo. Todos estos años, todo aquello por lo que he trabajado. Aléjate de mí.

Gabriel retrocedió para darle espacio, sorprendido por la reprobación de su tono. Obviamente estaba enfadada con él.

- ¿Qué he arruinado? - Preguntó suavemente. Su falta de temor le sorprendía. No le estaba escondiendo lo que era. Había tomado abiertamente su sangre. Ella lo sabía. No había habido compulsión para forzarla y no le había ordenado olvidar lo que había hecho.

Francesca estudió su cara. Ciertamente no parecía el hombre entrado en años que había pensado que era al principio. Su piel estaba saludable ahora y parecía joven y fuerte. Tenía un aire de poder que se aferraba a él. Permanecía en pie alto y erguido, parecía exactamente lo que era, un guerrero insuperable como no había otro. Tenía rasgos fuertes y brillantes ojos negros. Llevaba el pelo largo y negro atado con una tira de piel en la nuca.

- Ofrecí mi vida a cambio de la tuya. No tenías derecho a darme tu sangre. Eso es lo que hiciste, ¿verdad? No tenías derecho. - Sus enormes ojos llamearon hacia él, ardiendo con un fuego escondido. Los pequeños puños se apretaron hasta que las largas uñas se enterraron en las palmas de las manos. Su cuerpo esbelto temblaba de rabia reprimida. Era Gabriel. Le habría reconocido en cualquier lugar, en cualquier momento, sin importar su apariencia, aunque no había caído en la cuenta hasta que no la había tomado entre sus brazos. Había temido tanto miedo de que pudiera ver a través de su disfraz, que no había permitido que sus sentidos revelaran la información que tan desesperadamente necesitaba.

- Habrías muerto. - Dijo él crudamente, sin rodeos.

- Lo sé. Ofrecí mi vida voluntariamente para que pudieras continuar luchando para salvar a nuestra gente.

- Eres Cárpato entonces. - Muy gentilmente extendió el brazo y tomó su mano, cuidadosamente obligó a los dedos a abrirse uno a uno exponiendo las marcas de las uñas en la palma de la mano. Antes de que ella pudiera adivinar sus intenciones, inclinó la oscura cabeza y su boca rozó las marcas con exquisita gentileza.

El corazón casi se le detuvo ante el toque de esos labios, ante la calidez de ese aliento. Tiró de la mano hacia atrás, frunciéndole el ceño.

- Por supuesto que soy Cárpato. ¿Quién más te habría reconocido? Gabriel. El defensor de nuestra raza. Eras el más grande cazador de vampiros que nuestra gente ha conocido nunca. Una leyenda vuelta a la vida. Me tomó algún tiempo reconocerte, pero estabas en mala forma. Se pensaba que estabas muerto desde hace unos pocos siglos.

- ¿Por qué no te identificaste inmediatamente ante mí? Nunca te habría permitido poner tu vida en peligro. - Su voz era muy suave, una clara reprimenda.

El color abandonó la pálida cara de Francesca.

- No presumas que tienes derechos sobre mí, Gabriel. Tus derechos hace mucho que fueron revocados.

El se movió, un leve ondear de músculos que advertían de su enorme fuerza. Los ojos negros de Francesca llamearon hacia él; no era de las que se dejaban intimidar. - Lo digo en serio. No tenías derecho a hacer lo que hiciste.

- Como hombre de los Cárpatos que soy, no puedo hacer más que protegerte. ¿Por qué vives aquí sola, sin ser reclamada, desprotegida? ¿Ha cambiado tanto nuestro mundo que nuestros hombres ya no cuidan de nuestras mujeres? - Su tono era suave por lo que resultaba aún más amenazador.

Ella alzó la barbilla.

- Nuestros hombres no tienen ni idea de mi existencia. Y no es asunto tuyo tampoco, así que no creas que vas a meterte en esto.

Gabriel simplemente la miró. Tenía dos mil años. Llevaba grabada en su ser la protección a las mujeres sobre todo lo demás. Era parte de su persona, de quién era, de lo que era. Y si esta mujer era su compañera, era más que su deber, era su derecho.

- Me temo, Francesca, que no puedo hacer más que cuidar de ti apropiadamente. Nunca he sido negligente con mis responsabilidades.

Francesca se sentía en desventaja sentada allí con él elevándose sobre ella. Se levantó y movió con gracia cruzando la habitación para poner distancia entre ellos. Ese hombre hacía que su corazón martilleara con nerviosismo. Francesca había olvidado lo que era estar nerviosa. No era una principiante. Había hecho lo que ninguna otra mujer de los Cárpatos había hecho nunca: se las había arreglado para escapar sin ser detectada por los hombres de los Cárpatos y los vampiros merodeadores y vivir su propia vida siguiendo sus propias reglas. No iba a permitir que este hombre entrara en su vida y la volviera del revés.

- Creo que deberíamos dejar algo claro, Gabriel. No soy responsabilidad tuya. Estoy dispuesta a permitirte utilizar esta cámara hasta que te sitúes y encuentres un lugar seguro, pero después, no habrá ningún contacto entre nosotros. Aquí tengo mi propia vida. Que no te incluye a ti en absoluto.

Las cejas de él se arquearon, una forma elegante y educada de llamarla mentirosa.

- Eres mi compañera. -Sintió la certeza de estas palabras. Ella era su otra mitad, la luz de su oscuridad, la única mujer creada sólo para él.

Por primera vez Francesca mostró miedo. Se dio media vuelta, sus ojos se abrieron de par en par asustados.

- No has pronunciado las palabras rituales para unirnos, ¿verdad? - Sus manos temblaban tanto que las puso a la espalda. Desde el mismo momento en que le reconoció, había estado temiendo este momento.

- ¿Por qué temes algo tan natural? Sabes que soy tu compañero. - Gabriel la observó con atención, tomando nota de cada expresión. Estaba definitivamente asustada. Y había sabido antes que él que le pertenecía. Su barbilla continuaba alzada casi desafiante.

- Era tu compañera, Gabriel, hace muchos siglos. Pero cuando tomaste la decisión de cazar vampiros con tu hermano, me sentenciaste a una vida de soledad. Acepté esa sentencia. Eso fue hace mucho tiempo. No puedes volver simplemente a entrar en mi vida y decretar otra cosa.

Gabriel estaba en silencio, tocando la mente de ella fácilmente con una unión leve. Descubrió un vívido recuerdo de el mismol avanzando a zancadas a través de un pueblo humano con Lucian. Los dos legendarios cazadores de vampiros. La gente se apartaba de su camino con respeto. Gabriel se vio moviéndose rápidamente, con largas y seguras zancadas, su pelo flotando en el aire nocturno. El movimiento de una chiquilla llamó su atención y volvió la cabeza sin aflojar el paso. Sus ojos negros se deslizaron sobre un grupo de mujeres, y entonces Lucian dijo algo que le distrajo. Volvió la cabeza en la dirección en la que caminaban, sin volver a mirar atrás. La chiquilla le siguió con la mirada durante mucho tiempo, herida en silencio.

- No lo sabía.

Los ojos de ella relampaguearon.

- No querías saberlo. Hay una diferencia, Gabriel. En cualquier caso, no importa. Sobreviví a la humillación y el dolor. Todo eso pasó hace mucho tiempo. He vivido una buena vida durante muchos siglos. Ahora estoy cansada y deseo buscar el amanecer.

Gabriel la evaluó firmemente.

- Eso no es aceptable, Francesca. - Lo dijo tranquilamente, sin inflexión.

- No tienes derecho a decirme lo que es o no es aceptable en mi vida. Por lo que a mi concierne, perdiste todos tus derechos sobre mí cuando se alejaste sin mirar atrás. No sabes nada de mí. No sabes nada sobre la vida que he vivido o lo que quiero o no quiero. Me he forjado mi propia vida. He sido relativamente feliz y más que un poco útil. He vivido lo suficiente, gracias. Sólo porque de repente decides volver de la muerte eso no cambia nada en absoluto. No has vuelto por mí. Has vuelto por él. Lucian. Se ha alzado, ¿verdad? Estás cazándole.

Gabriel asintió lentamente con la cabeza.

- Así es, pero debes comprenderlo, encontrarte lo cambia todo.

- No, no es así. - Negó Francesca. Abrió de un tirón la puerta de la cámara y se apresuró a alejasse de él recorriendo el túnel hacia el sótano. No mejoró su temperamento el que él la alcanzara paseando lentamente con bastante facilidad, sus músculos ondeaban poderosamente, sugestivamente. ¿Cómo se atrevía a dar tan poca importancia a su vida?

- No ha cambiado nada. Tú todavía tienes una tarea y yo tengo mi vida. Me pertenece a mí solamente, Gabriel y no puedes tomar decisiones por mí.

- Nuestro Príncipe tiene mucho de lo que responder ante mí. - Dijo Gabriel con su voz suave y amable. - No te ha vigilado como era su deber. ¿Mikhail todavía está en el poder?

- Vete al infierno, Gabriel. - Soltó Francesca, estallando rabiosamente ante su declaración. Se abrió paso hasta la cocina y cruzó la habitación hasta el espejo del vestíbulo. Echándose el pelo hacia atrás, se examinó el cuello en busca de cualquier marca reveladora.

- ¿Vas a salir?

Su voz fue tan baja y suave, el corazón le retumbó en el pecho. Apartó la cara para evitar que él la viera

- Si, le dije a Brice que visitaría a uno de sus pacientes. No puedo dejar que se preocupe y venga a buscarme.

- Brice puede esperar. - Dijo Gabriel simplemente.

- No hay razón para que Brice espere. - Le respondió Francesca. - Espero que te hayas ido cuando regrese, Gabriel.

Una pequeña sonrisa le suavizó la dura comisura de la boca.

- No creo que eso ocurra.

La observó marchar hacia la puerta delantera, la diversión una vez más tocaba sus ardientes ojos negros. En el momento en que la pesada puerta se cerró ruidosamente tras ella, Gabriel flotó a través de la habitación hasta la ventana. Francesca bajaba la calle rápidamente a pie. No había usado su coche como habría hecho un humano y no se había disuelto en niebla y flotado por el aire como podría haber hecho un Cárpato. Mientras Gabriel la observaba, comenzó a correr. Su cuerpo se movía liguera y fluidamente, poesía en movimiento.

Extendió su mente y la fundió con la de ella convirtiéndose en una callada sombra. Francesca le tenía mucho miedo. Había dicho en serio cada palabra. Había estado llevando acabo alguna clase de experimento, uno que le había permitido permanecer bajo el sol con los humanos. Había empeñado gran cantidad de tiempo y energía en conseguirlo, buscando una forma de realizar el cambio. Había tardado varios siglos en conseguir que su cuerpo llegara al punto en el que podía hacerlo. Era tan adepta a parecer humana en pensamientos y acciones que había engañado incluso a un antiguo como él. Ahora él lo había arruinado dándole su sangre ancestral. Estaba muy molesta por eso. Y decidida a que estos fueran los últimos pocos años de su vida. Había considerado pasar sus últimos años con Brice, envejeciendo a la manera de los humanos. Tenía intención de enfrentar el amanecer cuando estos años llegaran a su fin. Había estado planeándolo desde hacía algún tiempo.

- No lo creo, Francesca. - Murmuró él en voz alta. Su cuerpo lentamente fluctuó, brillando hasta volverse transparente. Se disolvió en una fina neblina y flotó saliendo de la casa a través de la ventana parcialmente abierta. En seguida la neblina tomó la forma de una enorme lechuza blanca, su forma favorita de viajar. Fuertes alas se extendieron de par en par y le elevaron alto sobre la ciudad.

Francesca corrió tan rápido como pudo por la acera. Podía oír su corazón latiendo salvajemente, oía las plantas de sus piel golpeando la calzada, el aire entrando y saliendo de sus pulmones. Ni en sus más salvajes sueños había pensado nunca que esto pudiera ocurrir. *Gabriel.* Su gente murmuraba sobre él. *Gemelos. Leyendas*. Estaban muertos, no vivos. ¿Cómo podía ser esto? Él le había arrebatado su vida, obligándola a vivir una interminable y solitaria existencia. Y ahora, cuando finalmente había encontrado la forma de vivir como un humano, de tener quizás una relación humana, de vivir y morir como otros a los que había visto llegar y marcharse a través de los años, Gabriel había retornado de la muerte. ¿Y qué ocurriría si insistía en reclamarla?

No había forma de huir de alguien como Gabriel. Era un cazador de elite. Gabriel podría rastrear una pista fantasmal, más aún a su propia compañera. Francesca redujo la velocidad a un paso rápido. Quizás simplemente se marcharía. Había admitido que Lucien se había alzado. Todavía le cazaba. No tendría interés en ella. Ella nunca aceptaría su reclamo. Él la había obligado a exiliarse de su propia gente, de su propia tierra. No había tenido elección en este asunto. Una mujer solitaria viviendo entre hombres tan desesperados por encontrar a sus compañeras, habría convertido sus vidas en una interminable miseria. Y sabía que no podría tolerar la pérdida de su libertad. El Príncipe de su gente habría tenido que guardarla cuidadosamente con la constante esperando que uno de los hombres fuera su auténtico compañero. Necesitaban niños desesperadamente. Ella sabía que era compatible sólo con un hombre de los Cárpatos y él la había rechazado para dedicarse a la protección de su gente. Había vivido como había querido durante aquellos siglos, segura de que era fuerte y poderosa y ningún humano podría igualarla y ningún vampiro podía detectarla. Era bastante fácil esconderse de su gente porque tal comportamiento era inesperado.

Habían perdido a tantas de sus mujeres y niños a lo largo de los siglos que cada mujer era guardada celosamente; las mujeres eran necesarias para traer niño al mundo, especialmente niñas. La mayor parte de los bebes nacidos eran niños, y la mayoría no sobrevivía más allá de su primer año de vida. Su especie estaba al borde de la extinción. Francesca ya había llegado a un acuerdo con su solitaria existencia. No iba a cambiar su vida entera sólo porque Gabriel de repente había decidido aparecer de ninguna parte.

Sintió la humedad en su cara y levantó la vista hacia el cielo. Estaba perfectamente claro; las estrellas brillaban con absoluta claridad. Sorprendida, levantó la mano y tocó las lágrimas de su cara. Eso la decidió aún más a que Gabriel no tuviera nada que ver con su vida. Ya la había hecho llorar. Lo había arruinado todo. Le había arrebatado el sol atolondradamente, sin pensar. Ese era Gabriel. Tomaba decisiones y esperaba que el resto del mundo se ajustara a él. Era una ley en sí mismo y esperaría que Francesca hiciera cualquier cosa que él dictara.

Francesca dobló la esquina, tomó un profundo aliento y entró en el aparcamiento del hospital. No quería que nada pareciera anormal. Brice la encontró tan pronto como entró en el edificio, haciéndola pensar que había dejado estrictas órdenes de que le avisaran inmediatamente de su llegada. La condujo a través de las salas hasta una habitación privada. Había ositos Teddy, balones y flores por todas partes. La niñita de la cama estaba muy pálida y tenía círculos oscuros bajo los ojos. Como siempre, Brice no le dijo exactamente lo que le ocurría al paciente; en vez de eso, le permitió llevar a cabo su propio "reconocimiento".

- ¿Saben sus padres que me has pedido que la vea? - Preguntó Francesca suavemente.

Aunque su voz había sido baja, la niña se movió y abrió los ojos. Sonrió a su visitante.

- Eres la señora que el Doctor Brice dice que ayuda a la gente. Mi mami dijo que vendrías a verme.

Francesca miró a Brice con un rápido ceño de impaciencia. Le había dicho mil veces que no la mencionara a nadie. No podría afrontar la publicidad. Más de una vez habían hablado del asunto. Tocó la diminuta mano de la niña con la punta de los dedos.

- Te duele, ¿verdad?

La niñita se encogió de hombros.

- Está bien. Ahora estoy acostumbrada.

Un aire frío movió las cortinas inesperadamente y Brice miró hacia la ventana, comprobando para asegurarse de que estuviera cerrada. La última cosa que necesitaban era una corriente en la habitación. Francesca estaba totalmente concentrada en la niña. Nada más tocaba su mente en esos momentos. Era como si sólo existieran Francesca y la niña.

- Mi nombre es Francesca. ¿Y el tuyo?

- Chelsea.

- Bien, Chelsea, ¿te importa que te sostenga la mano unos minutos? Me ayudaría a entender lo que pasa en tu interior.

Una lenta sonrisa iluminó la cara de la niña.

- ¿No vas a pincharme y clavarme agujas?

Francesca devolvió la sonrisa.

- Creo que con toda seguridad podemos dejar ese trabajo a Brice. - Tomó la pequeña mano en la de ella. La piel era muy fina, casi traslúcida. Esta niña se consumía. - Sólo voy a sentarme aquí contigo y concentrarme. Puede que sientas calor aquí y allí, pero no te hará daño.

Los ojos de Chelsea descansaron sobre la cara de Francesca, estudiando su expresión antes de decidirse a confiar en ella. Asintió solemnemente.

- Adelante, estoy preparada.

Francesca cerró los ojos, concentrándose en la niña y sólo en la niña, sacándose cualquier otra cosa de la cabeza. Se envió a buscar fuera de su propio cuerpo, volviéndose tan insustancial como la energía, calor y luz. Entrando en la niña, empezó un lento y cuidadoso examen. La sangre de la niña estaba hecha una calamidad. Se habían emprendido ataques masivos contra el riego sanguíneo y sus penosos anticuerpos no tenían posibilidad de triunfar contra el ejército invasor. Francesca continuó inspeccionando cada órgano, el tejido y músculo, el cerebro mismo. La pena la abrumó durante un momento, haciendo peligrar su posición dentro del cuerpo de la niña. Sintió una gran empatía con esta niñita que había tanto sufrido durante su joven vida.

Se tambaleó, parpadeando rápidamente, volviendo a entrar en su propio cuerpo. Como siempre, se sintió desorientada y débil después de una experiencia extracorporal. Se sentó durante un momento en silencio antes de levantar la vista hacia Brice.

- Francesca. - Él pronunció su nombre suavemente, con gran esperanza. No era una pregunta. Él era médico. Sabía que clínicamente Chelsea se estaba muriendo, su cuerpo sucumbía ante el terrible ejército que tan ferozmente lo atacaba. Parecía exhausto, y la pena tallaba su cara. Había hecho todo lo que estaba en su mano y eso no había sido de ningún modo suficiente.

- Quizás. - Francesca miró el reloj de la pared. Eran las tres y media de la madrugada. ¿Cuánto tiempo le llevaría sanar a la niña, librar este cuerpo desgarrado de todo rastro del cáncer? ¿Sería capaz de terminar y volver a casa antes de que saliera el sol? ¿Importaba acaso? La vida de la niña valía la pena el riesgo. Y no le importaba enfrentar el amanecer.

- Déjame sola con ella, Brice, y veré lo que puedo hacer. - Francesca echó hacia atrás el pelo de Chelsea. - Vas a dormirte, cielo, y veremos si podemos hacer algo para que estés más cómoda.

Esperó hasta que Brice hubo cerrado la puerta antes de enviarse otra vez a sí misma al interior del cuerpo de la niña.

El tiempo no significaba nada cuando trabajaba como sanadora. Estaba dentro de la pequeña forma humana de Chelsea, manteniéndola a salvo y cálida en su mente, incluso mientras su energía luchaba la terrible batalla por la vida de Chelsea. Era meticulosa en su

trabajo, incansable, cuidadosa en su afán de asegurar que ningún vestigio de la vil enfermedad quedara en el cuerpo de Chelsea. No tuvo ni idea de las horas que habían pasado o de su fuerza decreciente hasta que se encontró vacilando, su cuerpo se cansaba ya, antes de que su espíritu tuviera tiempo de terminar la tarea. Al momento el poder la inundó, una fuerte oleada de enorme energía llegando de una fuente exterior. Aceptó la energía sin cuestionarla, sabedora de cual era su origen. Por supuesto Gabriel sabría cuando estaba arriesgando su salud; estaba atado a sus pensamientos a través de un vínculo de sangre. Naturalmente la ayudaría. Era, después de todo, un hombre de los Cárpatos. No había ningún significado profundo en su ayuda. Ciertamente no lo hacía porque ella le importara.

Francesca utilizó la energía inmediatamente, agradecida incluso aunque no deseaba tener nada que ver con Gabriel. Sólo una cosa importaba: curar el cuerpo desgarrado de Chelsea y restituirle la buena salud. Cuando estuvo segura de haber erradicado hasta el último rastro de enfermedad, Francesca volvió a su propio cuerpo.

Respiraba con dificultad, temblando de la cabeza a los pies. Durante un momento permaneció derrumbada sobre la pequeña, recobrándose lentamente tras la difícil tarea. Añadido al cansancio de la curación estaba el esfuerzo necesario para escudar su actividad a todos lo demás. A través de los años había aprendido a levantar una barrera para esconder la oleada de poder a Cárpatos y vampiros por igual.

Levantando la vista hacia el reloj, notó que era casi las cinco de la mañana. Tenía que volver a casa. Con lo cansada que estaba, no quería que quedar atrapada fuera cuando saliera el sol. Aún cuando con frecuencia había dicho que no le importaba, Francesca todavía temía en secreto morir de una forma tan dolorosa. Gabriel se había ocupado de que el sol pudiera hacerle daño de nuevo.

Eso no fue intencionado, cariño.

Pero el resultado es el mismo.

Brice estaba esperando por ella, apoyándo contra la pared justo al otro lado de la puerto.

- Así que, ¿has podido ayudarla?

- Eso espero. - Francesca no se comprometió incluso a pesar de que sabía muy bien que la niña se recobraría completamente. - Por favor ten la cortesía de no mencionarme a nadie. En realidad, Brice, teníamos un acuerdo. No puedo afrontar el tener un montón de gente golpeando mi puerta a la espera de un milagro. Dale un día o dos antes de someterla a ninguna prueba. Sabes que odio la publicidad. Tú te atribuyes el crédito si funciona.

El mantuvo el paso junto a ella.

- Estoy reventado. ¿Quieres desayunar? Un pequeño agradecimiento por tenerte levantada toda la noche con uno de mis pacientes.

Francesca se echó hacia atrás la pesada cascada de cabello negro azulado.

- Estoy casada, Brice. Sabes que esto siempre me agota.

- Si supiera lo que haces, quizás podría ayudar y no te cansarías tanto. - Bromeó él. - Has venido andando, ¿verdad? Vamos, te daré un paseo hasta casa.

La tomó del brazo y la condujo hasta su coche.

Francesca fue voluntariamente. Sólo llevaría unos minutos llegar a casa en coche, y estaba exhausta. Instalada en el asiento de cuero, se abrochó el cinturón de seguridad automáticamente y sonrió hacia él.

- Te gusta el lujo, Brice.

- No hay nada malo en eso. Sé lo que quiero y voy tras ello. - Sus ojos oscuros la recorrieron sugestivamente.

- No empieces - Advirtió ella, con una risa en la voz. - ¿Qué pasa contigo, Brice? Te he dicho una y otra vez que no podemos vernos.

- Nos vemos todos los días, Francesca. - Señaló él con una sonrisa. - Eso lo hacemos bastante bien.

- Estoy demasiado cansada para discutir contigo. Sólo llévame a casa y pórtate bien.

- ¿Qué has hecho con el viejo? Tienes que dejar de recoger gente de la calle, Francesca. Por eso es por lo que me necesitas. Eres demasiado amable para tu propio bien. Más pronto o más tarde recogerás a un asesino del hacha.

- No creo que fuera mucho más peligroso que este. - Francesca miró por la ventana cuando su casa surgió amenazadoramente grande al final del camino de entrada.

- No estará en tu casa, ¿verdad? - Preguntó Brice suspicazmente mientras aparcaba el coche y se desabrochaba el cinturón.

Ella le lanzó una rápida sonrisa.

- Creo que piensas que voy a invitarte a entrar.

Brice rodeó el coche para abrirle la puerta.

- Definitivamente voy a entrar. No quiero ni pensar que hayas metido a un viejo pulgoso ahí. Sería tan propio de ti.

Como si fuera una señal, la puerta principal se abrió de repente y la enorme forma de Gabriel llenó el umbral. Desde luego no parecía un viejo pulgoso. Francesca sintió que el color abandonaba su cara y su corazón definitivamente se sobresaltó. Volvió la mirada ansiosamente hacia Brice. Gabriel parecía invencible, un depredador. Parecía capaz de comerse vivo a Brice. Permanecía alto y elegante, sus rasgos sensuales cuidadosamente inexpresivos. Gabriel parecía un antiguo príncipe oscuro; el poder en su interior era tal que se le pegaba como una segunda piel. Era increíblemente guapo y no pudo evitar notarlo a pesar de su resolución de no hacerlo.

Brice la detuvo eficazmente agarrándola del brazo y la mantuvo inmóvil.

- ¿Quién demonios es éste? - Ya tiraba de Francesca para colocarla tras él protectoramente.

El gesto fue tan dulce que le provocó un nudo en la garganta. Nadie había sido nunca tan protector y atento con ella como Brice. No importaba con cuanta frecuencia le reprendiera, Brice era empecinado en su persecución.

Gabriel bajó las escaleras. Deslizándose. Fluído. Se movía con la gracia de un enorme gato de la jungla, poderosos músculos ondeando bajo la delgada seda de su camisa.

- Le agradezco que la haya traído a casa. Estaba empezando a preocuparme. - Dijo Gabriel simplemente. Su voz fue suave terciopelo, imposible de ignorar. Abría el camino a cualquiera que fuera la compulsión que decidiera implantar en la mente de su oyente.

Gabriel se colocó a la derecha de Francesca, ignorando su pequeño gesto de retirada femenina. Su mano se cerró sobre la muñeca de ella, tirando para colocarla tras sus amplios hombros.

- Has estado fuera toda la noche, cariño, debes estar exhausta. Espero que haya podido ayudar a su paciente. - Su mano se deslizó posesivamente alrededor de los hombros de Francesca, anclándola firmemente a él.

Si luchaba o protestaba, colocaría a Brice en una posición inaceptable. Sentiría que tenía la obligación de salir en su defensa y no había nadie sobre la faz de la tierra, según creía ella, que pudiera derrotar a Gabriel, a menos que fuera su gemelo caído Lucian.

¿Qué crees que estás haciendo? exigió, usando su unión mental para regañarle. Era alto, su fuerza era enorme. La hacía sentirse pequeña y delicada cuando no lo era en absoluto. La hacía sentirse vulnerable.

- ¿Quién es usted? - Preguntó Brice ansiosamente.

Siente tu miedo, Francesca. No me obligues a hacer algo que te resultará difícil perdonar.

No le hagas daño.

- Soy Gabriel. - Gabriel extendió la mano hacia Brice, tan amigablemente como una pantera adulta. Parecía elegante. Parecía peligroso. Parecía indomable. Parecía muy cortes y pasado de moda con su pelo espeso atado en la nuca con una tira de cuero.

Brice sacudió la mano ofrecida, inseguro de como manejar la situación. Francesca no le estaba dando ninguna pista. Su joven cara parecía tensa y asustada, sus enormes ojos, evitaban deliberadamente su mirada interrogante. Permanecía acurrucada bajo el hombro de

Gabriel y daba la sensación de que perteneciera a ese lugar. Ciertamente no había lugar a duda en la forma posesiva en que Gabriel la tocaba, la advertencia estaba en sus ojos cuando miraba a Brice. Gabriel le hacía saber, de hombre a hombre, que consideraba a Francesca suya y que no permitiría ningún otro hombre en su vida. Estaba escrito en la postura de su cuerpo cuando abrigaba la esbelta forma femenina de Francesca contra la suya propia.

- Supongo que sabe quién soy. - Dijo Brice desagradablemente. El desconocido apestaba a peligro. Se aferraba a él, emanaba de él. Y Francesca sólo se quedaba allí en silencio, impotente, como si no tuviera ni idea de qué hacer.

Totalmente consciente del inminente alzamiento del sol, Gabriel la estaba llevando escaleras arriba, su larga y pesada forma urgía a la pequeña de ella hacia la puerta. Francesca le siguió solo porque Gabriel no le daba en realidad elección. Si protestaba de algún modo, estaría colocando a Brice en una terrible posición. Forzó una sonrisa.

- Hablaré contigo esta noche, Brice.

No cuentes mucho con eso.

Francesca continuó la charada con un saludo sin entusiasmo antes de agachase pasando rápidamente bajo el brazo de Gabriel hasta la seguridad de la casa.

- ¿Cómo te atreves a interferir en mi vida?

La adrenalina surgía a través de sus venas. Se paseó de un lado a otro con pasos rápidos y apresurados, traicionando su disposición de ánimo. No podía haberse quedado quieta ni aunque hubiera querido.

Recurriendo a la paciencia nacida de un millar de batallas, Gabriel la observó con los ojos entrecerrados, su cuerpo tan inmóvil como las montañas.

- Estás extremadamente enfadada conmigo. - Lo dijo muy suavemente sin la más mínima expresión.

Los ojos negros de ella llamearon fuego, e inclinó la cabeza para que el pelo formara una pesada cortina de seda. Al instante el cuerpo de él reaccionó. Era intensamente hermosa, cada sensual movimiento.

- No lo hagas, Gabriel. No empieces a darme órdenes. No eras nada para mí, nada en mi vida. Eché una mano a un compañero Cárpato, eso es todo lo que hay entre nosotros. Era mi deber, ni más ni menos.

- Suena como si estuvieras intentando convencerte a ti misma, Francesca. - Inclinó la cabeza, evaluándola con firmeza. - Ibas a invitar a ese hombre a entrar en tu casa.

- Ese hombre es mi amigo. - Señaló ella.

Él no parpadeó. Ni siquiera una vez. Sólo la miró. Francesca lo encontró muy desconcertante. Estaba tan inmóvil como una estatua, con aspecto relajado pero peligroso, y cuando más tiempo estaba allí parado, más rápido le latía el corazón a ella. Tenía alguna clase de poder sobre ella. Era porque era su compañero. Todavía era lo suficientemente Cárpato como para notar que el alma de él llamaba a la suya. Al igual que su cuerpo. Podía sentirlo, el hambre, el deseo atravesándola con una lenta llama. Cuidadosamente evitó sus ojos, mirando fijamente a la alfombra bajo sus pies en vez de al fascinante cuerpo de él.

- Francesca. - Pronunció su nombre suavemente. Gentilmente. Su acento era muy anticuado y produjo un aleteo poco familiar en su corazón. Su voz era tan hermosa y pura, sentía casi una compulsión por mirarle pero mantuvo los ojos resueltamente bajos.

Intelectualmente, Francesca sabía que Gabriel era un ser extremadamente poderoso. Su voz era apremiante, sus ojos hipnotizadores. Al ser su auténtico compañero, sería incluso más difícil para ella resistirse a él, pero no tenía elección.

- He vivido mi vida, Gabriel. Ya no deseo continuar mi existencia. Estoy segura de no quierer empezar un nuevo estilo de vida totalmente diferente. He estado sola, tomando mis propias decisiones durante todos estos años. Nunca podría ser feliz siendo mangoneada por un hombre. No puedes pedirme que cambie aquello en lo que me he convertido solo porque así lo quieras tú. Dime, ¿todavía estás decidido a destruir a tu gemelo?

- Es mi deber, lo prometí.

Francesca suspiró de alivio. Estaba extremadamente cansada, su cuerpo una vez más sentía los enervantes efectos del sol que empezaba a salir.

- No tenemos nada más que discutir.

- Si no te hubiera ayudado a sanar a esa niña, nunca habrías tenido fuerzas para escapar del sol. - Pronunció las palabras como si lo dijeran todo, sin inflexión, aunque ella sintió el peso de su censura.

Deliberadamente se encogió de hombros, un movimiento descuidado de sus hombros.

- No me importaba lo más mínimo si lo hacía o no. Lo he dicho más de una vez y no quiero repetirme continuamente.

- No me dejas más elección que unirme a ti. - En realidad, tenía intención de hacerlo desde el momento en que comprendió que ella le pertenecía. Durante dos mil años no había *vivido*, simplemente había *existido* en un mundo oscuro y feo. Ahora era completamente diferente. Todo. Emociones. Colores. Francesca. Tenía pensado cortejarla primero, ciertamente ella lo merecía. Pero si su vida estaba en peligro, no esperaría más.

Ella le miró, con ojos como ópalos negros, hermosos y brillantes.

- No importa, Gabriel. No dudaría en acudir al amanecer. No soy responsable de tu vida. Si tomas la decisión de unirnos, será sólo tu decisión. Me niego a formar parte de ello. Si eliges seguirme cuando me vaya, que así sea. Pero mi vida es solo asunto mío.

Gabriel tocó su mente; su resolución era genuina. Decía en serio cada palabra.

- Francesca, háblame de tu relación con este doctor. ¿Cómo de lejos ha llegado?

Ella se acomodó en una silla acolchada.

- No estoy segura de lo que quieres saber. No me he acostado con él si es eso lo que quieres decir. El quiere. Creo que le gustaría casarse conmigo. *Sé* que le gustaría casarse conmigo. - Dudó un momento antes de admitir el resto. - Lo he estado considerando.

Las cejas de él se arquearon.

- ¿Y permitiste que un humano desarrollara una atracción tan fuerte hacia ti?

- ¿Por qué no? Mi compañero me rechazó y después creí que había muerto. Tenía todo el derecho a buscar afecto si así lo deseaba. - Replicó sin remordimiento.

- ¿Qué sientes por este humano?

Había una suave gruñido en su voz amable, sólo lo suficiente como para enviar un escalofrío por su espina dorsal. No se dejaría intimidar por él. No había hecho nada malo. No se sentiría culpable sólo porque él había vuelto de la muerte. No le debía absolutamente nada.

Gabriel, permaneciendo como una sombra en su mente, pudo leer sus pensamientos con facilidad. Aceptaba que él era el culpable de la solitaria vida de ella. Creía que tenía todo el derecho de sentirse así. También podía ver que no viviría a gusto con un hombre dominante. Nada de eso le importaba. Había pasado toda una vida al servicio de su gente. Batallas. Guerras. Destruyendo al no-muerto. Y había continuado interminablemente. Había vivido una existencia gris y vacía, siempre el depredador acechando, a la espera para cazar y matar. La oscuridad se había extendido en su interior, aunque su voluntad de hierro había resistido, siglo tras siglo mientras intentaba tomar el control de su alma.

Hubo una promesa que le había mantenido en pie. Una esperanza. Creía que encontraría a su compañera. Al menos lo había creído hasta un par de siglos atrás. Su fe se había sacudido entonces. Quizás ella tenía razón. Quizás alguna parte de él la había reconocido hacía tantos siglos y por eso había estado tan seguro de que existía. Y quizás su decisión de cambiar su cuerpo Cárpato y vivir como una humana había sido lo que hiciera que la oscuridad en su interior se volviera tan fuerte que se había encerrado a sí mismo y a su gemelo en la tierra durante años.

Estudió su mente cuidadosamente; no podía permitirse ningún error. Había tenido que luchar solo con sus demonios... esa era la maldición de los hombres de los Cárpatos... pero la vida de Francesca había sido mucho peor. Él no había sido capaz de sentir la soledad, el vacío, que ella había experimentado. Lo había sentido en cada momento. Había anhelado una familia, niños. Un hombre que la amara y compartiera sus risas y su dolor. La muchachita

había sentido su descuido como un rechazo; la mujer sabía que habían sido tiempos terribles para su gente y estaba orgullosa de la decisión de él de entregar su vida al servicio de su especie moribunda. Había hecho su parte abandonando las Montañas de los Cárpatos, para ponérselo más fácil a los hombres que quedaban.

Francesca había llenado su solitaria existencia con música y arte, ciencia y estudio. Había aprendido a camuflar su presencia de otros Cárpatos de los alrededores. De los vampiros para no conducir a los no-muertos a su ciudad. Había dedicado su vida a sanar a otros, sirviendo a la comunidad como había hecho él. Había preparado su mente para que estos fueran sus últimos pocos años sobre la tierra. Estaba cansada y deseaba el descanso eterno. Su retorno no la había hecho cambiar de opinión. No podía concebir otro estilo de vida. No tenía intención de tratar de encajar en el mundo de los Cárpatos, donde creía que ya no tenía lugar.

Gabriel no pudo evitar admirarla. Había vivido una buena vida. Y tenía una fuerza de voluntad tan fuerte como la de él. Sería muy tolerante con ella. Pero otro hombre no lo sería tanto.

- Francesca, ¿las cosas son tan diferentes de lo que yo recuerdo? ¿Tiene nuestra gente todas las mujeres que necesitan? ¿Podemos afrontar que una de nuestras mujeres se vea involucrada con un humano? ¿Ha resuelto Mikhail el problema del nacimiento de niñas, ha sido capaz de reducir el número de nuestros hombres que se convierten en vampiros?

Ella alzó la barbilla, esforzándose en ignorar su voz. Tenía una forma de metérsele bajo la piel e inundarla de calor, con anhelos pocos familiares.

- Yo no podría aliviar la angustia de ni un sólo hombre de los Cárpatos. No se te ocurra reprenderme con una declaración tan tonta. Mi presencia sólo habría servido para hacer sus vidas todavía más difíciles.

- ¿Y que hay de mi vida? ¿De mi lucha contra la oscuridad?

- Tú elegiste esta vida, Gabriel, y eres lo suficientemente fuerte como para decidir cuando deseas terminarla. Hay pocas posibilidades de que pierdas tu alma como tantos han hecho antes que tú. Has aguantado más que ningún otro de nuestra raza. A estas horas, el peligro hace mucho que ha pasado.

Él sonrió entonces, un rápido relámpago de sus inmaculados dientes blancos. La sonrisa suavizó las duras líneas de su cara y trajo una inesperada calidez a sus ojos negros.

- Quizás me das demasiado crédito.

Por un momento Francesca le devolvió la sonrisa como si él le hubiera dado la respuesta adecuada.

- Más que probablemente.

En ese pequeño instante Gabriel sintió que todo iría bien entre ellos. Como se suponía que debía ser, como sería. Se moverían juntos, respirarían juntos, reirían y amarían juntos. Quizás le debía la paz final, pero sabía en lo más profundo de su alma, que era demasiado egoísta para abandonar las emociones y colores y darle la bienvenida a esa paz alegremente. Estaba ahí ante él, el sueño interminable, la promesa echa a los hombres de su raza, la recompensa por resistir la terrible llamada del poder, de la oscuridad. Ella estaba allí y no la abandonaría

Gabriel extendió la mano hacia ella.

- Podemos discutirlo en el siguiente alzamiento. Ven a la tierra conmigo.

Fracesca miró fijamente la mano durante lo que pareció una eternidad. Por un instante pensó que podría discutir con él. Lentamente le permitió enredar los dedos con los de ella, tirando para ponerla en pie.

En el momento en que la tocó, Francesca sintió la alegre respuesta de su cuerpo, la forma en que su corazón sintonizaba con el de él, la forma en que sus respiraciones se emparejaban. La forma en que su cuerpo volvía a la vida, suave, sensual, deseando el de él. Enseguida intentó apartarse, tirando de su mano como si él quemara, pero Gabriel no le permitió retirarse y simplemente caminó a su lado hacia la cocina.

- No me has respondido. Necesito saber que sientes por ese humano. Te he tratado con respeto y no he tomado la respuesta de tu mente. Quizás tendrías la cortesía de responderme. - La voz de Gabriel era humilde, pero la amenaza de que tomaría la información traicionó la firme posesividad de un hombre de los Cárpatos.

Francesca levantó la mirada hacia él mientras caminaban lado a lado. Él estaba estudiando lo que le rodeaba, fijándose en cada aspecto de su casa. La asombraba que pudiera estar tan tranquilo después de despertarse en un nuevo siglo con una tecnología tan diferente, en un mundo tan diferente. Gabriel parecía tomárselo todo con calma. Tenía tanta confianza en sí mismo, que lo encontraba un poco desconcertante.

- Estoy muy encariñada con Brice. Pasamos mucho tiempo juntos. Le gusta la ópera y el teatro. Es bastante inteligente. - Respondió honestamente. - Me hace sentir viva aunque sé bien que en realidad ya estoy muerta por dentro.

Gabriel bajó la mirada a lo alto de la cabeza inclinada de ella. Sintió el dolor de sus palabras apuñalándole. Dolor. Real, no recordado o imaginado. Genuino dolor ante lo mucho que había sufrido ella porque él no la había buscado activamente. Sus dedos se apretaron alrededor de los de ellas y la acunó contra su pecho, contra su corazón.

- Lo siento tanto, Francesca. Estuvo mal por mi parte no pensar en lo que podría ocurrir a mi compañera si no la encontraba. Pero estás equivocada al decir que estás muerta por dentro. Era la persona más viva que conozco.

La oleada de calor que sintió ante sus palabras la alarmó. Rió para cubrir su confusión.

- No conoces a nadie más.

Gabriel le sonrió, saboreando la sensación de felicidad. Podía quedarse mirándola para siempre. Escuchando el sonido de su voz. Nunca se cansaría de estudiar el revoloteo de expresiones que cruzaban su cara o el barrido de sus pestañas contra las mejillas. Todo en ella era un milagro y estaba empezando a percatarse de que podía ser real y no una fantasía. Podría extender la mano y tocar su piel, maravillarse de su suavidad.

- Eso no ha sido muy agradable.

- Lo sé. - Francesca fue mucho más consciente del poder del cuerpo de él cuando descendieron juntos a la cámara de sueño. No había utilizado el pasadizo subterráneo desde hacía años, pero sabía que ahora era necesario. No podría dormir el sueño de los mortales o caminar bajo el sol otra vez. La sangre ancestral de Gabriel lo había cambiado todo. Estaba exhausta y sólo la bienvenida de los brazos de la tierra la rejuvenecería, restaurando su pleno poder una vez más.

Gabriel ondeó la mano para abrir el suelo. Francesca se quedó allí durante un momento, dudando de si moverse hacia adelante. Gabriel simplemente la cogió por la cintura y flotó al interior de la tierra que les esperaba con ella. Cerró la casa con fuertes salvaguardas que pocos serían capaces de desentrañar. Lucian. Sólo Lucian. Lo que Gabriel sabía, también lo sabía Lucian. Era sólo su gemelo quien le preocupaba. Sólo su amado hermano el que podía destruirlos. Durante un momento su corazón se encogió con el tormento de la traición, un calvario que sintió como un auténtico dolor físico.

Francesca hizo todo lo que pudo por poner espacio entre ellos, pero él sintió su cansancio y simplemente tiró para acercarla, envolviéndola con su cuerpo mientras se deslizaba dentro de la mente de ella y emitía una orden de dormir. Él era increíblemente fuerte y sucumbió sin luchar en exceso. Tendría que enfrentarse a ella en el próximo alzamiento pero ahora simplemente saboreó la oportunidad de sostenerla cerca, de descansar su cabeza sobre la de ella, de sentir la seda de su pelo contra su propia piel

¿Gabriel? Estás herido de algún modo, siento tu dolor.

Lucian. Incluso ahora, encerrado en la tierra durante estas horas vulnerables, su gemelo sentía el dolor que retorcía su corazón. No había allí nada de la satisfacción que uno esperaría de un no-muerto, pero en todos sus siglos de caza, Lucian nunca había sonado más que hermoso. Gabriel mantuvo la mente en blanco, no deseada dar ninguna oportunidad a su hermano de descubrir a Francesca.

¿Gabriel? Esta batalla es entre tú y yo. Ningún otro puede interferir. Si me necesitas, avisa.

La respiración de Gabriel se atascó en la garganta. Había una compulsión en esa voz, en esa orden, y era tan poderosa que podía sentir el sudor de su frente mientras luchaba por romper el contacto. Al final fue mucho más fácil responder. *Es una herida sin importancia debido a un descuido por mi parte. La tierra me sanará.*

Hubo un suave silencio como si Lucian estuviera decidiendo si creerle o no, después nada. Gabriel se quedó tendido durante un tiempo pensando en su hermano. ¿Cómo podría haberle ocurrido esto a Lucian? Lucian había sido siempre el fuerte, el único del que Gabriel dependía para continuar, en el que creía. Lucian había sido siempre el líder. Incluso ahora, como vampiro, completamente malvado, completamente depravado, Lucian hacía lo inesperado. Siempre estudiando, siempre infaliblemente cortés, siempre compartiendo conocimientos.

Gabriel nunca había considerado la posibilidad de que su gemelo se convirtiera en vampiro. Sabía que Lucian había perdido sus sentimientos y la habilidad de ver colores a edad mucho más temprana que Gabriel; aunque era tan fuerte tan seguro de sí mismo, tan absolutamente poderoso. ¿Cómo había ocurrido. Si al menos lo hubiera visto venir, quizás podría haber ayudado a su hermano antes de que fuera demasiado tarde. Su terrible culpa era opresiva.

Con un leve suspiro, Gabriel empujó a Francesca más cerca y enterró la cara en su riqueza del suave y fragante pelo. Le proporcionaba una sensación de paz, tener su cuerpo enredado tan posesivamente al de ella. La necesitaba desesperadamente, mucho más de lo que ella le necesitaba a él. Con su último aliento tomó la esencia de ella en su corazón y pulmones, llevándola con él al sueño reparador de su gente.

3

Gabriel despertó ardiendo, hambriento, necesitado. Obsesión. Cada partícula de su piel volvía a la vida con fogosas lenguas de calor. Su cuerpo estaba duro y dolorido, exigiendo urgentemente que reclamara lo que era suyo por derecho. Junto a él estaba tendida pálida e inmóvil, su piel fresca contra él. Ignorando las consecuencias, despachó la fina barrera de ropa que los separaba con un simple pensamiento. Le robaba el aliento. Su cuerpo era esbelto, perfectamente moldeada para él.

Se quedó allí tendido abrazándola, calculando cuidadosamente sus opciones. No tenía intención de permitirla elegir la muerte. Deseaba una oportunidad para vivir juntos. No podía existir sin ella. Pero incluso uniéndola a él con las palabras rituales eso no sería suficiente para evitar que enfrentara el amanecer. Había leído su mente, su voluntad. Podía pensar en una única forma de disuadirla. Había una única forma de forzar su conformidad. Imperdonable. Tendría que aceptarlo. Ella no le perdonaría, pero después elegiría la vida para los dos. Eso le daría tiempo para atarla a él emocionalmente.

Gabriel pensó en su falta de opciones durante algún tiempo. Mientras estaba allí tendido abrazándola su determinación sólo se incrementó. La tomaría. Era egoísta, estaba mal y no era digno de él, pero no permitiría que eligiera la muerte antes que la vida. Podía fingir que estaba salvando a su raza, que los dos le debían a su especie hacer todo lo que pudieran para continuar, pero sabía que no había nada noble en su decisión. La deseaba. Ella le pertenecía e iba a asegurarse de que no sólo la poseía, sino que ya no tuviera elección en el asunto.

Cerró los ojos y se envió a buscar fuera de su cuerpo y dentro del de ella. Se movió con lentitud y seguridad, decidido a no cometer errores. Era un antiguo con increíble poder y conocimiento. Se aseguró de despertar su cuerpo incluso mientras encontraba lo que buscaba. Había una única cosa que hacer. Cuando emergió una vez más entrando en su propio cuerpo, reconoció en ella a una sanadora, una mujer que había vivido mucho tiempo

en la tierra. Tenía que asegurarse de que no tuviera tiempo de pensar o sentir nada más que el deseo rabiando entre ellos. Estaba completamente seguro de poder manejarlo con suficiente facilidad. El ritual Cárpato de emparejamiento podía ser feroz e intenso.

Gabriel colocó su cuerpo sobre el de ella para poder sentir el frescor satinado de su piel contra el calor abrasador de la de él. Inclinó su oscura cabeza y tomó con la boca su primer aliento mientras impartía la orden de despertar, de acudir a él, de desearle. Su mente se fundió completamente con la de ella, era imparable, un hombre completamente excitado en el calor del ritual Cárpato de emparejamiento. El latido del corazón de su compañera encontró el ritmo del suyo, sus pulmones siguieron la dirección de los de él y su mente quedó instantáneamente atrapada por el deseo que irradiaba de Gabriel. Alimentó el fuego hasta una feroz conflagración. La necesitaba desesperadamente para sobrevivir. Tenía que tenerla. Su cuerpo rabiaba por ella, la exigía. Nada más podría apagar las llamas que amenazaban con devorarle completamente.

Su deseo era el deseo de ella, necesitaba convertirlo en el de ella. El cuerpo de ella ardía y dolía, los pechos se hinchaban invitadores contra su pecho, sus caderas se movían inquietamente. Gabriel encontró algo de consuelo en el sedoso calor de su boca, saboreando cada descubrimiento, pero no podía darle tiempo para escapar de sus mentes fundidas. La acarició con la lengua hacia abajo por la columna del cuello, aleteando sobre su pulso acelerado. La mano se movió hacia la unión de sus piernas, la rodilla empujó las piernas abriéndolas para proporcionarle un mejor acceso.

Francesca solo podía sentir el feroz anhelo y el terrible y vacío hambre. Había una neblina roja de locura, un fuego que se deslizaba atravesándola. En cada lugar que él la tocaba, danzaban las llamas. Oyó un gemido surgir de su propia garganta cuando los dedos encontraron su ardiente y húmedo centro. Sólo la hizo sentir un anhelo más intenso. Los dientes de él le rasparon gentilmente el pecho, atormentando el pezón hasta convertirlo en una cumbre dura, volviendo hacia atrás, hasta la suave hinchazón satinada. Le sintió, grueso y duro, presionando en su interior. La mente de él alimentaba la suya con imágenes eróticas, proyectando su feroz urgencia por poseerla. No podía pensar, sólo podía sentir interminablemente. La sensación, el hambre y el ardor.

El pelo de ella estaba en todas partes, acariciándolos a ambos, las sedosas hebras insoportablemente eróticas sobre sus pieles sensibilizadas. Había un extraño rugido en sus oídos. Francesca se extendió hacia él un poco desesperadamente, sus brazos le rodearon la cabeza, arrastrándole hasta ella mientras su boca conseguía expulsaba cualquier otro pensamiento de su mente, hasta que sólo quedó él. No había tierra o cielo, ni tiempo o espacio, solo Gabriel con sus amplios hombros, su piel ardiente y su cuerpo exigente que la necesitaba como no lo había hecho nadie. Se sentía como si su cuerpo ya le perteneciera; era suave y flexible, tan deseoso como el de Gabriel.

Él le susurró algo. Reconoció el lenguaje ancestral, pero las palabras quedaban amortiguadas contra sus pechos. Él le alzó las caderas, y se detuvo durante un pequeño latido de corazón. Se quedó con la mirada fija en él, aturdida por su pura belleza sensual. Su negra mirada sostuvo la de ella.

- Te reclamo como mi compañera. - Su cuerpo empujó hacia adelante y tomó posesión del de ella.

Francesca gritó, sus manos se enredaron en el oscuro pelo negro como protesta por lo que le estaba haciendo.

- Relájate, Francesca. - Gabriel dejó escapar las palabras, su voz hermosa, hipnotizadora, cautivadora. Sus caderas se movieron con un lento y sexy empujón hacia adelante, dando al cuerpo de ella tiempo para ajustarse a su invasión. Inclinó la cabeza para besar la satinada piel, la boca se movió sobre su pulso. Se concentró en respirar dentro y fuera para evitar introducirse apresuradamente a su interior. Estaba húmeda y apretada, rodeándole con un fuego aterciopelado. Era tan completamente perfecta. Cerró los ojos durante un momento, saboreando la sensación de tenerla rodeándole por completo.

Francesca sabía que debería protestar, pero esa boca la estaba volviendo loca de deseo. Después un relámpago la atravesó cuando él hundió los dientes profundamente, uniéndoles de la forma más erótica de todas. Corazón, mente, alma y cuerpo. Su fuerza vital entró en él incluso al tiempo que su cuerpo tomaba el de ella, sus caderas se movieron a un ritmo duro y profundo, llevándolos hacia una explosiva liberación. Gabriel temblaba por el esfuerzo que suponía mantener el control. Sabía como nada que hubiera probado antes. Ardiente, sexy, todo lo que podría haber deseado. Dulce. Adictiva. Su cuerpo ardía en llamar, enterrándose más profundo y más fuerte, haciéndolos uno.

Gabriel deslizó la lengua sobre el pecho.

- Por favor, Francesca. - Las palabras surgieron roncas por el deseo.

Al momento ella respondió a la urgente súplica. Su boca se movió sobre los pesados músculos del pecho de él. Sintió el cuerpo tensarse mientras sus dientes jugueteaban sobre el pulso, raspando hacia delante y atrás, mordiendo.

- Francesca. - Pronunció su nombre con desesperada urgencia.

Francesca comprendió que tenía que acceder. Era más que un hechizo de magia negra; la vieja lujuria la poseía. El cuerpo de él era tan fuerte, tan duro, tan perfecto. Olió su sangre, su fuerza vital la llamaba, dándole la bienvenida. Movió la boca sensualmente sobre la carne de los músculos, sus dientes juguetearon con él hasta hacerle gemir de deseo. Hundió los dientes profundamente.

Un relámpago estalló atravesándole y se enterró en la ardiente y apretada vaina, perdiéndose en el puro éxtasis de su cuerpo.

- Te reclamo como mi compañera. Te pertenezco. Te ofrezco mi vida. Te doy mi protección, mi lealtad, mi corazón, mi alma y mi cuerpo. Tomo en mí los tuyos para guardarlos del mismo modo. - Apenas se las pudo arreglar para pronunciar las palabras que los unirían. El cuerpo de ella se estremecía a su alrededor, temblando, fragmentándose, consumiéndole con un ardiente y feroz terciopelo, tan apretado que pensó que estallaría en llamas. - Eres mi compañera, unida a mí por toda la eternidad y siempre a mi cuidado.

Francesca deslizó la lengua sobre los diminutos pinchazos que había hecho en los músculos del pecho y se aferró a él. Era su única ancla segura mientras su cuerpo quedaba devastado por oleada tras oleada de puro placer. Estaba ahogándose en él; este cuerpo ya no era suyo. Nunca volvería a serlo. Estaba tendida bajo él, el corazón de él le martilleaba ruidosamente en los oídos, su sangre le corría por las venas, su sabor le inundaba la boca, su cuerpo se enterraba profundamente en el suyo, y por primera vez en su interminable existencia se sintió verdaderamente feliz.

Gabriel tendido sobre ella, la inmovilizaba, y sentía que no deseaba apartarse nunca de la belleza de ese cuerpo. Levantó la cabeza para bajar la mirada directamente a los ojos de ella, seguro de encontrar allí censura.

Francesca le acarició echando hacia atrás el pelo húmedo.

- Así que, esto es lo que no hemos estado perdiendo todos estos años. - Dijo ella suavemente, con admiración.

Él inclinó la cabeza para depositar un beso en la suave y vulnerable línea de su garganta. Las manos se le enterraron en el pelo posesivamente.

- Eres tan increíblemente hermosa, Francesca.

Su voz susurraba seductoramente sobre la piel de ella. Cerró los ojos y le permitió penetrar en su cuerpo y mente. Los había unido. Había esperado que no lo hiciera, pero eso no supondría ninguna diferencia. Francesca se alegraba de haber experimentado lo que debería haber sido suyo, pero no lo suficiente como para mantenerse en la tierra. Cientos de años habían pasado; su vida había continuado interminablemente. No podía empezar otra vez como una mujer de los Cárpatos unida a un hombre dominante. Relajó el cuerpo, disfrutando de la sensación del de él. Era tan diferente al suyo, mucho más musculoso y firme, todo masculinidad y duros ángulos y planos.

Se estaba moviendo de nuevo, lenta y gentilmente, haciendo surgir el calor entre ellos una vez más.

Francesca había evitado meticulosamente todo pensamiento sobre sexo y el acto sexual cuando comprendió que eso nunca le sucedería a ella. Ahora deseaba haberlo incluido en su extensa educación.

Yo si lo hice, le aseguró Gabriel y una vez más tomó el control completo de sus cuerpos. La dirigió con su mente; sus manos, acunaron el trasero redondeado, moviendo el cuerpo para ajustarlo al ritmo del de él.

No se negó a él; Francesca ni siquiera lo deseaba. En todos los largos siglos de su solitaria vida, nunca había traicionado a su compañero. Mientras pensaba que vivía, había esperado, esperanzada, como con frecuencia suelen hacer las mujeres. Pero a medida que los años vacíos pasaban, comprendió que él no vendría a por ella. Entonces había volcado su atención en buscar la manera de salir al sol. Su vida con Brice habría sido lo próximo. Pero ahora era todo tan diferente. Ningún otro podría hacerla sentir como la hacía sentir Gabriel. Él era llama y éxtasis, sus manos se movían sobre ella como si conocieran cada línea y curva de memoria. Como si la adoraba. Como si *tuviera* que tenerla.

La deseaba. La necesitaba. Sólo ella podía apaciguar el feroz ardor de su cuerpo. Y sabía absolutamente que sólo Gabriel podría hacerla volver a la vida de ésta forma. Completamente viva. Sólo Gabriel podía hacer que su cuerpo ardiera con semejante intensidad que oleada tras oleada de puro placer sensual la rompiera en pedazos y la hicieran perder el control. No se parecía a nada que hubiera experimentado o imaginado nunca, el cuerpo de él se movía en su interior con un ritmo dominante, conduciéndola incluso más cerca del borde de los más altos acantilados.

La boca de Gabriel se movió sobre los pechos llenos, ardiente y hambriento, haciendo que su cuerpo explotara y sus entrañas se convirtieran en lava fundida. Deseaba que él la tocara, que explorara cada centímetro de su piel con la boca. La lengua se retorcía alrededor de un pezón duro y su vaina aterciopelada se apretaba más y más haciéndola ahogarse en el placer. Él se movió con segura y firmes estocadas, sus cuerpos se unieron, sus manos le levantaron las caderas mientras la mantenía inmóvil para su invasión. Le quería así una y otra vez.

Francesca podía leer las imágenes eróticas de la mente de él, las cosas que tenía intención de hacerle, las cosas que quería que ella le hiciera, y deseo cada una de ellas. Su cuerpo estaba perdiendo el control y se aferró a él, un suave rornronéo de puro placer escapó antes de que pudiera detenerlo. No quería que parara, deseaba que este momento durara por toda la eternidad. Deseaba tomarse su tiempo y explorar cada centímetro del duro y perfecto cuerpo de él. Deseaba volverle loco de placer como sabía que podía hacer.

Deslizó los brazos alrededor de su cuello y le mantuvo cerca mientras él empujaba en su interior, entrando y saliendo, llevándola incluso más alto mientras se lanzaba por los acantilados en una caída libre que siguió y siguió hasta que él explotó en su interior, cayendo con ella, con sus cuerpos enredados de forma que ninguno podía decir donde empezaba uno y terminaba el otro. Gabriel la abrazó, ralentizando los latidos de sus corazones, más que satisfecho con la reacción de ella. A pesar de estar furiosa con él por su deliberada seducción, apretaba la hermosa boca contra el hueco de su hombro, con el cuerpo relajado. En su mente leyó satisfacción, su creciente deseo de más. Deseaba este color y este fuego. Deseaba sus manos sobre ella. Era absolutamente distinto a cualquier cosa que ninguno de los dos hubiera experimentado nunca.

De repente ella se movió y empujó la pared de su pecho. Gabriel le permitió unos pocos centímetros de libertad. Una gota de sudor rodaba hacia abajo por el valle entre sus invitadores pechos y perezosamente inclinó la cabeza, atrapando la gota con la lengua.

Sintió como el cuerpo de ella se ponía rígido y se apretaba a su alrededor. Le empujó de nuevo y enseguida él buscó su mente. La culpa la invadía, culpa y confusión por sentir una atracción sexual tan fuerte cuando nunca antes había experimentado semejante cosa.

- Es natural, Francesca. - Susurró consoladoramente, sus dientes rasparon adelante y atrás sobre los pechos sensibles, después se trasladó a la comisura de su boca.

- Quizás lo sea para ti, pero no para mí. Necesito tiempo, Gabriel, para reordenar todo esto. Necesito estar sola. Necesito pensar en esto. Por favor, déjame levantarme.

¿Había lágrimas en su voz? Estudió su cara que le evitaba durante un largo momento, deseando encontrar su oscura mirada, pero se empeñaba en evitarle. A regañadientes liberó su cuerpo del de ella y al instante se sintió abandonado. Ella también, pero se negaba a admitirlo. Quería estar sola. Gabriel apartó su enorme forma del cuerpo de ella, su mano vagó sobre la suave piel una vez más porque no pudo contenerse. Se quedó tendido mirando el techo de la cámara, una pequeña sonrisa de satisfacción curvaba su boca.

Le deseaba tanto como él a ella. Había una mujer sensual y muy apasionada escondida en el interior de Francesca. Gabriel cerró los ojos y pensó en como le gustaría abrazarla cada amanecer, despertar cada noche con ella a su lado, enterrar su cuerpo profundamente en el acogedor calor de ella a voluntad. Nunca había imaginado semejante paraíso en todos los siglos de su existencia, y ahora más que nunca estaba decidido a no perderla.

Francesca se había retirado al baño. Permanecía en pie en la ducha con lágrimas corriendo hacia abajo por su cara. ¿Cómo podía haber ocurrido esto ahora, al final de su vida? ¿Cómo podía estar Gabriel todavía vivo cuando todos en el mundo Cárpato creía que había muerto? Él era una leyenda, un mito, no alguien que vivía, respiraba y exigía sus derechos.

No te hace ningún bien esconderte ahí. Sintió que Gabriel estaba cerca. Apresuradamente luchó por contener las lágrimas y cerró el agua. Salió de la ducha, envolvió su cuerpo esbelto con una enorme toalla. Tenía la piel tan sensible que se encontró ruborizándose sin ninguna razón en absoluto. Él había hecho esto. La había cambiado para siempre. Le había dado su sangre y la había devuelto completamente al mundo de los Cárpatos. La había unido a él, completando el ritual de forma que las dos mitades de sus almas se fundieran, que sus corazones fueran uno. Ahora le necesitaría, necesitaría tocar su mente y necesitaría el calor de su cuerpo durante el resto de su tiempo sobre la tierra.

Francesca, que nunca había necesitado a nadie. Francesca, que nunca había respondido ante nadie.

Gabriel se apoyaba perezosamente contra el marco de la puerta, sus ojos negros la estudiaban cautelosamente. Era tan bella que le robaba el aliento, pero las lágrimas que se aferraban a sus largas pestañas le desgarraban el corazón.

- No me estoy escondiendo. - Replicó ella mientras se colocaba resueltamente delante del espejo de cuerpo entero. ¿Parecía diferente? ¿Se notaba que había sido amada tan a fondo por un hombre? - Solo estaba recomponiendo mis ideas.

- Crees que nada ha cambiado. - Fue una declaración.

- No puedo darte lo que deseas de mí. No apresures este asunto, Gabriel, o me obligarás a llevarlo ante nuestro Príncipe.

Gabriel sonrió, dejando al descubierto sus dientes de depredador. No había humor, sólo una lobuna amenaza. Por primera vez Francesca tuvo miedo.

- Nadie te apartará de mí, Francesca, ciertamente no Mikhail. En cualquier caso, no meterías a ningún otro en medio de nuestra batalla personal. Esto es entre tú y yo. Tú lo crees tan profundamente como yo. No te equivoques, mi lealtad está primero con mi compañera, en salvaguardar su seguridad.

- ¿Y que hay de su felicidad?

- Dame tiempo y aseguraré eso también. Ni se te ocurra cruzar espadas conmigo. No ganarás.

- Admiro tu arrogancia. - Dijo Francesca simplemente y permitió que la toalla cayera al suelo, simultáneamente se vistió a sí misma a la manera de su raza. - Tengo que salir esta noche. - No se iba a dejar arrastrar a una discusión con él.

- Si buscas alimento, proveeré para ti. - Dijo Gabriel simplemente.

Ella luchó por evitar que el color inundara su cuello y cara. No quería pensar en como proveería para ella. Convertía el simple acto de alimentarse en intimidad sexual.

- Muchas gracias por la oferta, pero voy al hospital. Había un mensaje de Brice sobre otro paciente.

Gabriel extendió la mano y enredó los dedos en su esbelta cintura, un grillete que seguramente no podría romper. No le hacía daño, en realidad su toque era tierno, pero aunque luchara desesperadamente, nunca rompería su garra.

- Yo mantengo lo que es mío, Francesca. No pongas a este médico en medio de nuestra batalla.

- No hay ninguna batalla, Gabriel. - Replicó ella suavemente. - Brice es mi amigo. Voy al hospital con frecuencia para ayudar donde se me necesita. Es una gran parte de mi vida, de quién soy. No tiene nada que ver con Brice, dejando aparte de que es médico y somos amigos.

- Te aferras a él porque es simple. Es alguien que te resulta familiar y cómodo. Yo te asusto.

Los ojos negros de ella descansaron en su cara.

- No sé exactamente lo que planeas, Gabriel, pero puedo leer tus intenciones. Piensas evitar que haga las cosas que tengo planeadas desde hace tanto tiempo.

Gabriel se encogió de hombros casualmente, sin molestarse en negar lo obvio.

- Quizás ayudaría que consideraras otras posibilidades, otras formas de vida.

- Solo porque tú crees que ha cambiado tu estilo de vida. No lo ha hecho, sabes. En uno o dos días habrá un asesino en esta ciudad y le seguirás para cazarle sin mirar atrás, sin un solo pensamiento para mí, como ya hiciste antes.

Gabriel le sonrió, con sus dientes blancos.

- No tengo más elección que cazar al vampiro, pero no sólo miraré atrás. Volveré.

Francesca probó a retorcer la muñeca, recordándole que la soltara.

- No tienes ninguna necesidad de darte prisa. - Dijo serenamente. Incluso mientras lo decía, incluso mientras intentaba librarse de él, alzó la mano para acariciar su cuello.

Al momento Gabriel sintió la misma calma y consuelo que había experimentado desde el instante en que ella le había tocado por primera vez. No había comprendido hasta ahora lo tenso que estaba. Francesca lo reconocía y sabía que hacer para relajarle.

- Eres un gran hombre, Gabriel, una leyenda entre nuestra gente, y tu reputación es bien merecida. Desearía poder darte todo lo que deberías tener. - Las largas pestañas de Francesca bajaron para ocultar la profunda pena y culpa escrita en sus ojos. - Pero yo tenía una vida antes de que llegaras aquí. No te conozco. Mi cuerpo reacciona como debería hacerlo el de tu compañera Cárpato, pero mi corazón no te pertenece.

Gabriel la cogió de la mano, la llevó hasta su pecho y la sostuvo contra su corazón.

- Sientes admiración por este médico humano, Francesca, puedo leerlo fácilmente en tu mente, pero no lo confundas con amor.

- ¿Por qué crees que no podría amar a un humano?

- Porque eres mi compañera y no hay otro hombre para ti más que yo. Ahora estoy aquí, Francesca. Debería haber estado aquí antes, pero ahora estoy aquí. No permitas que el miedo te haga correr hasta este hombre.

- He sentido afecto por Brice desde hace mucho, Gabriel. Es cierto que estaba considerando la idea de compartir mis últimos años con él. Merezco alguna semblanza de felicidad en tan larga vida. - Francesca no podía entender por qué se sentía culpable. No le debía nada a Gabriel. No le había pedido que los uniera, y aun así él lo había hecho. Se sentía arrinconada y confusa.

- Disfrutas de la compañía de este médico porque comparte tus intereses. Eres una sanadora de nacimiento. Él también sana a la gente. Pero esa afinidad no es amor, Francesca. Afecto, admiración y amistad no suman amor.

- Si me hubiera pedido que me casara con él, Gabriel, te lo habrías encontrado viviendo conmigo.

Los ojos negros de Gabriel se movieron sobre la cara de ella. Muy gentilmente extendió la mano para alzarle la barbilla.

- No tengo que leer tu mente para saber con qué frecuencia te ha hecho esa pregunta. Ningún hombre, humano o de cualquier otra especie, se tomaría mucho tiempo en intentar hacerte suya. No le amas, Francesca.

- No te amo a ti, Gabriel Y eso es lo que me importa. He vivido demasiado para entrar ya tan tarde en una relación sólo porque deseo experimentar algo sexo.

Los ojos de él rieron hacia ella.

- Un sexo estupendo. - La corrigió él.

Una pequeña sonrisa de respuesta flirteó en la boca de ella.

- De acuerdo entonces, un sexo estupendo. - Concedió. - No saques conclusiones, solo le estoy concediendo al diablo su crédito. Todo este tiempo nuestra gente te ha llamado el ángel de la luz y a Lucian el ángel oscuro. Creo que podrían haberse confundido. - Retiró la mano y se dio la vuelta alejándose - No me importaría que encontraras otro lugar de descanso, Gabriel. No cuentes mucho con ganar esta batalla entre nosotros. Incluso después de lo que ha ocurrido entre nosotros, todavía estoy decidida a llevar a cabo mis planes de envejecer. He vivido mucho tiempo y estoy cansada de ver morir a los otros.

- No existe tal batalla, cielo. - Murmuró suavemente mientras la observaba adentrarse en la oscura noche. No tenía posibilidad de escapar de él. Él se había asegurado de eso. Nadie, ni humano ni de ninguna otra especie, podría apartarla de él ahora. Y su póliza de seguros evitaría que ella buscara la paz del amanecer como no podría haber hecho otra cosa. Se deslizó atravesando el cuarto hasta la puerta y se quedó mirando las luces de la ciudad. Había tantas. Iluminaban brillantemente los cielos.

Gabriel había estado encerrado bajo tierra largo tiempo; había mucho que recuperar. Tenía que volver a conocer Paris, encontrar cada callejón y cada oscuro agujero. Este era un terreno de caza perfecto para un demonio como el aquel en el que Lucian se había convertido. Pronto empezaría. Los asesinatos, las muertes, la interminable caza y las muchas batallas.

En algún lugar, allí fuera en la ciudad adormecida acechaba un asesino despiadado e implacable. Nadie estaba seguro, nadie volvería a estar seguro hasta que Gabriel le destruyera. Ahora con Francesca a quien proteger, Gabriel sabía que era imperativo ganar esta vez. Tenía que encontrar la forma de destruir a su hermano. Si había tenido dudas sobre su lealtad en el pasado, ya no podía permitirse ese. Francesca debía ser protegida todo el tiempo. Con un peso en el corazón, dio tres pasos a la carrera y se lanzó al aire.

Francesca se tomó su tiempo para llegar andando al hospital. Amaba la noche. Tanto como había anhelado el sol, aunque había trabajado para ser capaz de caminar bajo él, amaba la noche. Había una paz y una tranquilidad después de la puesta de sol, mientras que con frecuencia el caos reinaba durante el día. Adoraba el ruido de las criaturas nocturnas, el roce de las alas allá en lo alto, que sólo unos pocos selectos oían alguna vez. Era un mundo secreto del que siempre había formado parte, y ahora Gabriel le estaba exigiendo que volviera a él.

¿Cuánto tiempo hacía que no había visitado su tierra natal, las Montañas de los Cárpatos? ¿Como sería caminar entre su propia gente? ¿Hundir los dedos profundamente en la rica tierra sanadora? Hacía mucho que había dejado atrás ese sueño. ¿Por que había vuelto él después de todo este tiempo? ¿Por qué ahora? ¿Era por lo que sentía por Brice? ¿Podría entregar su cuerpo tan de buena gana, tan completamente a Gabriel y sentir en realidad afecto por Brice? Gabriel no había tomado nada que ella no hubiera entregado voluntariamente. Puede que hubiera despertado el deseo en su cuerpo antes de que despertara, pero no era una principiante. No podía colocar la culpa en los hombros de Gabriel. Podía haberle detenido, o al menos ponerle las cosas extremadamente difíciles. No, no podía colocar la culpa sobre Gabriel. Ella le había deseado casi desde el primer momento en que se había despertado con su sangre corriendo por las venas.

¿Qué significaba eso? ¿Era la clase de mujer que podía estar con más de un hombre a la vez? ¿Podía amar a Brice? Si realmente le amaba, ¿por qué no le había dicho que se casaría con él antes? ¿Tenía razón Gabriel? ¿Estaba corriendo hacia Brice porque era seguro,

alguien a quien conocía? ¿Alguien que nunca la dominaría? ¿Albergaba todavía en su interior a una chiquilla herida y humillada? Había creído olvidados hacía mucho esos absurdos sentimientos.

Estaba unida a Gabriel. Su mente sintonizaba con la de él. Su cuerpo clamaba por el de él. Estaban atados, aunque su caprichoso corazón parecía tener mente propia. ¿Cómo podía ser? ¿Se había hecho a sí misma tan humana, que no podía ya sentirse atada por las palabras rituales? No, había sentido el ardiente deseo, la terrible ansia que sólo Gabriel podía aliviar.

Suspirando, Francesca se frotó las sienes que martilleaban. Había traicionado sus propias creencias. Nunca se había comprometido con Brice, pero secretamente había jugado con la idea de que había una oportunidad para ellos. A Brice le importaba mucho; sentía su genuino afecto cada vez que estaban juntos. Sería imposible para él mentirle, podía leer su mente tan fácilmente. Estaría muy molesto por el repentino retroceso de su relación. Había permitido que sintiera algo por ella. ¿No la hacía eso responsable? Se sentía confusa y sola. Y estaba tan cansada de vivir tan completamente sola.

No sola, Francesca. Estoy aquí hablando contigo. No hay necesidad de sentir traición. Llegué a tu vida inesperadamente. No puedo decir que me haga feliz que estés pensando constantemente en otro hombre y preocupándote más por su felicidad que por la mía, pero lo entiendo. He complicado las cosas para ti.

Francesca parpadeó para contener las lágrimas. Había algo reconfortante y muy íntimo en tener a otra persona hablando tan suavemente en su cabeza, susurrando palabras consoladoras de comprensión y camaradería para enfrentar su crisis personal. Había pasado tanto tiempo desde que había utilizado tales medios de comunicación. La voz de Gabriel era una herramienta poderosa, rozando su mente como una caricia. Por primera vez en muchos siglos sintió que no estaba sola. Las mujeres de su especie necesitaban su otra mitad. *Gabriel.* Cerró los ojos brevemente. ¿Por qué había vuelto ahora?

- ¡Francesca! Gracias a Dios. - Brice llegó apresuradamente saliendo de una habitación justo a la vuelta de la esquina de la entrada de urgencias. - He envejecido la mitad de mi vida preocupándome por ti. ¿Quién era ese hombre?

El brazo de Brice se posó alrededor de sus hombros y una vez más sintió el peso de la desaprobación de Gabriel. Los hombres de los Cárpatos no eran buenos compartiendo a sus mujeres. Gabriel era del Viejo Mundo. Había pasado siglos de su vida cazando demonios, protegiendo a otros. Poseía los instintos de un depredador, aunque era también valiente, un caballero elegante y cortés. Podía sentirle luchar por mantenerse equilibrado y comprensivo cuando su naturaleza misma exigía que eliminara la competencia eficiente y muy rápidamente. Había pasado mucho tiempo desde que Francesca había vivido en ese mundo. Casi había olvidado como eran los hombres de su raza con sus mujeres. Protectores. Posesivos.

- Su nombre es Gabriel, Brice. Lo siento, no tenía ni idea de que iba a venir aquí. Si lo hubiera sabido, te habría hablado de él antes de que le conocieras.

- Te mira como si fuera tu dueño. - Brice la abrazó, sintiendo de repente como que ya la había perdido. Había una cautela en los ojos de ella que nunca había estado allí antes. Francesca estaba diferente, pero no podía decir exactamente como. - Cree que lo es, ¿verdad? ¿Qué es para ti?

- Era mi marido. Pensaba que estaba muerto. - Dijo Francesca suavemente, con sinceridad. - Yo quedé más conmocionada de verle vivo de lo que debes estar tú. De verdad pensaba que estaba muertodurante todos estos años.

- Nunca mencionaste un marido. - Brice estaba claramente sorprendido.

Ella asintió.

- Sé que no lo hice. Eso fue hace mucho tiempo y había aceptado la idea de que se había ido. Su vuelta ha sido un shock y todavía tengo que asumirla. Todos nosotros tenemos que hacerlo.

Brice tragó saliva con fuerza, visiblemente contrariado, tanto que automáticamente pretendió consolarle con su toque. Inmediatamente él entrelazó sus dedos con los de ella.

- ¿Qué significa eso? No puede creer que después de todo este tiempo puede simplemente volver a entrar en tu vida ¿verdad? Sabes lo que siento por ti. ¿Le declararon legalmente muerto? ¿Que significa esto para nosotros?

- Honestamente no sé qué pensar ahora mismo, Brice. Te lo he dicho, estoy en estado de completo shock. - Porque Francesca no podía soportar ser deshonesta con él, se obligó a ir más lejos. - Pero esto cambia las cosas. ¿Cómo podría no hacerlo? Gabriel es un hombre muy impresionante y ciertamente nunca fue declarado muerto.

Brice se alejó de ella, sus ojos se movieron sobre la cara de Francesca con censura.

- Todavía te sientes atraída por él, ¿verdad? - Fue toda una acusación.

Francesca apartó la mirada de él, la culpa la bañó con una sacudida.

- Fue mi marido, Brice ¿Tú que crees?

- ¡Demonios, Francesca! Deberías haberte casado conmigo hace tiempo. Seguramente lo has pensado, no puedes negarlo. ¿Y qué pasa si ha vuelto? Ya no tiene nada que hacer en ti vida. - De repente se quedó muy quieto. - ¿No se estará quedado en tu casa, verdad?

Francesca permaneció en silencio, su mirada evitó la de él meticulosamente.

Brice se golpeó la frente.

- ¡Francesca! ¿Te has vuelto loca? Ni siquiera conoces ya a éste hombre. ¿Dónde ha estado todo este tiempo? ¿Sabes al menos qué ha estado haciendo últimamente? Apostaría que simplemente le has recibido como si no hubiera pasado el tiempo. Por lo que sabes, podría haber estado en la cárcel. Probablemente estaba en la cárcel. – Colocándole una mano sobre el brazo la detuvo su avance hacia el hospital. - ¿Es eso, Francesca? ¿Ha estado en la cárcel en alguna parte y simplemente no quieres contármelo? Creo que me lo debes.

- Aunque quisiera, no podría hacerlo. No vas a dejarme meter baza. - Protestó Francesca. - Dónde ha estado Gabriel y lo que ha estado haciendo es asunto suyo, sólo suyo, y no te debo esa información.

- Te has acostado con él. – Declaró Brice.

- Eso tampoco es asunto tuyo. - Tenía alzada la barbilla, sus ojos relampagueaban en señal de advertencia. Francesca podía sentirse culpable pero no iba a dejar que ni Brice ni ningún otro hombre la acorralara. Siempre había sido honesta con él, siempre. Más de una vez le había animado a buscar otra mujer, alguien que le adoraría como se merecía. Francesca no era de esa clase. La entristecía que así fuera. La hacía sentirse inadecuada por no poder entregar su corazón completa y totalmente. Algo iba mal en ella, algo faltaba. Era como si al elegir Gabriel seguir otro camino; la hubiera declarado menos que perfecta, su vida con ella menos que satisfactoria.

- ¿Se te ha ocurrido pensar que quizás ha estado viviendo con otra mujer todos estos años? Podría tener otra mujer e incluso niños en alguna parte y tú no lo sabrías. - Las palabras escaparon maliciosamente antes de que pudiera evitarlo.

Los enormes ojos negros de ella relampaguearon con súbita rabia ante la sugerencia.

- Esto está por debajo de ti, Brice. - Señaló suavemente.

- Francesca, por favor. No lo hagas. - Brice le rodeó la cintura con el brazo, pero cuando tiró para acercarla a su cuerpo fue consciente de haber cruzado alguna línea.

Al momento ella se sintió incómoda, tensa. Podía oler su colonia y pensó que era cara, la hacía sentirse ligeramente revuelta. Era raro, siempre le había gustado bastante su colonia, pero ahora pensaba solo en como olía Gabriel, su esencia almizcleña y masculina. ¿Era eso parte del ritual, de la unión? ¿Hacía que le fuera imposible tocar a otro hombre? ¿Era ese el secreto que los hombres de su raza guardaban a las mujeres? Se pasó una mano impaciente a través del pelo, notó que le temblaban los dedos. Quizás había una forma de deshacer lo que las palabras rituales habían entretejido. Después de todo, ella había hecho lo imposible: había encontrado una forma de caminar entre los humanos a pleno sol. Gabriel podía haber dado al traste con su logro, pero no se podía negar el hecho de que había conseguido lo que ningún otro Cárpato.

- No estoy haciendo nada, Brice. No sé que hacer, así que no voy a hacer nada en absoluto. No te estoy pidiéndote que mantengas tu vida en suspenso o pidiéndote que

esperes. Siempre te he dicho que encontraras a una dulce chica y sentaras la cabeza. - Francesca se apartó el pelo, un gesto nervioso que rara vez hacía.

- Te amo, Francesca. - Dijo Brice infeliz, - No voy a salir huyendo a buscar a otra mujer. Tú eres la única a la que quiero. No puedo decir que me guste la idea de que tengas un marido anterior viviendo en casa, pero no quiero que me dejes fuera solo porque pienses que no puedo afrontar la situación.

Francesca sacudió la cabeza.

- Yo no puedo afrontarla, Brice. No tienes ni idea de lo confusa que me siento. Preferiría no hablar de ello ahora mismo. ¿Qué tal si me limito a ver a ese paciente tuyo?

Brice la cogió del brazo y la hizo disminuir el paso para evitar que entrara en el hospital.

- ¿Le amas?

Francesca dejó escapar el aliento lentamente, deseando ser completamente sincera.

- ¿Cómo podría cuando no le he visto desde hace tanto tiempo? No le conozco. No me he permitido conocerle; no quiero conocerle ahora mismo. Puedo decirte que creo que es valiente y le admiro como nunca he admirado a alguien en toda mi vida. Y merece tener una buena vida, solo que no necesariamente deseo ser parte de ella.

Brice maldijo en silenciosamente para sí mismo.

- No le debes nada. No me importa si fue tu marido. Suena como si pensaras que se lo debes, pero no le debes absolutamente nada. No me importa si era una agente secreto y ha estado salvando el mundo. No puede volver aquí simplemente y decidir que te quiere de nuevo.

Gabriel *había* salvado el mundo, probablemente más de una vez. Y con un poderoso vampiro suelto en la ciudad, una vez más protegería a los humanos con gran riesgo para su vida. Había dejado a un lado su oportunidad de ser feliz, de tener una familia, emociones y colores. Había hecho mucho más que arriesgar su vida, había arriesgado su misma alma para mantener a salvo a mortales e inmortales por. No había tenido una auténtica vida; incluso su propia gente temía su poder. Estaba completamente solo. *Gabriel*. Su corazón se condolió por él por mucho que su mente se revelara contra ese poder que tenía sobre ella.

- Gabriel es diferente, Brice. No puedo explicártelo. He tenido una noche difícil y te pido que cambiemos de tema un rato. Ahora mismo no puedo darte la respuesta que quieres oír y si me presionas, tendría que decirte que no, no hay esperanza para nosotros y que simplemente lo olvides. - Se frotó las sienes. - ¿Qué hay de ese paciente tuyo? ¿Quieres que te ayude o no?

Brice sacudió la cabeza intentando ocultar su frustración.

- Vale, Francesca, será a tu manera. Lo dejaremos por ahora, pero quiero que le eches o le coloques en uno de esos albergues que siempre estás fundando. Alguno de ellos debe tener una cama para él.

Francesca sabía muy bien que Gabriel probablemente era bastante rico. No importaba cuando tiempo hubiera pasado durmiendo bajo tierra, tendría un montón de oro o algo igualmente valioso que le mantuviera. Lo habría arreglado para mantener sus propiedades intactas. Si no era así, todos los Cárpatos contribuirían con cantidades significativas para facilitar su vuelta a la sociedad. Esa era su forma de ayudarse los unos a los otros siempre que era necesario. En la sociedad Cárpato, la riqueza no significaba nada. Compartirla significaba la continuidad de su raza, de mantenerles en secreto. Gabriel aún no había tenido tiempo de recuperar lo que era suyo por derecho, pero lo haría. En cualquier caso, Francesca no podría hacer más que vivir según el código de su gente y compartir lo suyo con él.

- Le he pedido que se busque un sitio tan pronto como se reorganice, pero no le obligaré a abandonar mi casa. Ahora háblame de tu paciente o me largo. - También lo decía en serio. Si Brice la presionaba mucho más simplemente se largaría y no volvería en mucho tiempo.

Él reconoció la decisión de su voz.

- Tiene catorce años, y parece que la haya atropellado un tren. Los rayos X muestran multitud de huesos rotos, algunos tratados por un médico y algunos curados por sí mismos. Está prácticamente comatosa. Me mira, pero no dice una palabra. No puedo decir siquiera si

me oye en realidad o no. Está en muy mal. Tiene algunas cicatrices con mal aspecto en la espalda y otrass particularmente feas en las manos y brazos como si hubiera luchado muchas veces. Parece que hubiera sido golpeada repetidamente. Su padre la trajo, un hombre brutal, asqueroso, no dijo mucho. No hay otros parientes. Los polis dicen que tiene ficha policial pero no antecedentes de abuso de menores. No podemos probar que el padre sea un pederasta sádico sin la declaración de la niña y ella no puede contárnoslo. Quiere llevársela a casa, dice que es retrasada, pero no me lo creo.

Francesca sintió que el corazón le daba un vuelco. Odiaba esta clase de cosas, había luchado durante siglos para establecer refugios seguros para mujeres y niños, aunque nunca eran suficientes. Catorce años. ¿Por qué un padre torturaría y abusaría de su propia niña cuando su especie luchaba tan duro por preservar a sus hijos? Los hombres de los Cárpatos siempre protegían a las mujeres y los niños por encima de sus propias vidas. Simplemente no tenía ningún sentido y su corazón se derritió por la pobre adolescente que no tenía a nadie que la protegiera de la misma persona que debería haberla amado más que nadie.

- ¿Ha habido abuso sexual?

Brice asintió.

- Absolutamente. Han abusado de esta niña enfermizamente.

¿Necesitas mi ayuda, cariño? La hermosa voz de Gabriel acarició gentilmente las paredes de su mente.

- Muéstramela, Brice. - Ordenó suavemente. *Una niña de la que han abusado. Voy a verla ahora. Brice dice que sospechan del padre*. Sin pensarlo realmente le envió toda la información que Brice le había proporcionado. *Estaré bien.*

Espero que me llames tal como deberías si es necesario. Junto con la suave orden se encontró inmediatamente flotando en calidez y confort, fuertes brazos que la sujetaban mientras se enfrentaba a otro golpe emocional.

4

Brice abrió de un empujón la puerta de la habitación de la jovencita y retrocedió para permitir a Francesca la entrada. Afortunadamente el padre de la chica no estaba presente. Ese hombre era un matón y Brice le tenía miedo. Cruzó la habitación sonriendo gentilmente a la joven acurrucada en la cama. No había levantado la mirada o indicado de alguna forma que había notado su entrada.

- Skyler, me gustaría que conocieras a una amiga mía. Sé que puedes oirme, Skyler. Esta es Francesca. Es una mujer extraordinaria. No tienes que tenerle miedo.

Francesca observó a Brice, notando el cuidado que ponía en sus movimientos alrededor de la adolescente. Esa era una de las cosas que la atraían de Brice. Como era con los niños, con los que habían sido heridos o maltratados. Le importaba. No tenía nada que ver con el dinero, estaba segura de eso. Brice de verdad quería hacer lo correcto, deseaba ayudar a estas pequeñas almas perdidas. Su corazón se caldeó y le sonrió mientras se deslizaba hacia la silla que Brice había colocado junto a la cama.

- Hola, Skyler. Tu médico me ha pedido que viniera a visitarte. Creo que le pediremos que salga para poder estar solas. Sólo nosotras dos. - Asintió hacia Brice.

Él se inclinó más cerca, su boca se acercó tanto al oído de Francesca que pudo sentir la calidez de su aliento.

- Voy a mantener un ojo en el padre. Si te coje aquí no sé que puedo hacer.

- ¿Crees que se pondrá violento? - Francesca murmuró la pregunta, no quería que la niña lo oyera. La última cosa que necesitaba la chica era una horrible escena que involucrara a su padre. - ¿Le estás esperando?

- No tan temprano. Normalmente a esta hora de la noche esta emborrachándose. - La tranquilizó Brice. Dirigiéndole un guiño confiado delante de la adolescente insensible salió de la habitación.

Francesca estudió a la niña con atención. Estaba acostada en posición fetal, su pelo pendía en grandes mechones dispares como si alguien se lo hubiera cortado indiscriminadamente. Tenía una cicatriz de mal aspecto en la frente, blanca y delgada y moratones por toda la cara. Los ojos estaban hinchados y la mandíbula llena de sombras verdes y azules.

- Así que te llamas Skyler. - Bajó la voz hasta convertirla en un susurro suave y hermoso que escondía la compulsión subyacente con un sonido plateado.

Francesca tomó la mano floja y llena de cicatrices de la chica entre las suyas, alcanzando al mismo tiempo su mente. Quería examinar los recuerdos de la niña, ver qué había ocurrido para dejarla así, tendida y sin moverse, tan falta de vida y esperanza. Enseguida una oleada de violencia y depravación la asaltó. Ardieron lágrimas que se aferraron a las pestañas de Francesca. Tan terrible existencia. Sintió cada golpe que la niña había recibido, cada quemadura, cada violación, cada acto de fuerza ejercido contra ella, cada tortura, mental y física, como si se lo hubieran hecho a ella. Las cicatrices estaban tanto por dentro como por fuera, cicatrices que podrían palidecer con el tiempo pero que nunca se desvanecerían complemente. Su propio padre la había vendido a otros hombres, golpeándola repetidamente si se resistía a ellos y castigándola cada vez que intentaba huir. La había golpeado si lloraba, cuando los hombres la devolvían, quejándose de que era como una muñeca de madera, poco cooperativa y frígida.

Las imágenes eran terribles, de dedos abriéndose paso en el interior del pequeño cuerpo, manos retorciendo y manoseando, hombres avanzando hacia ella con alcohol en el aliento. Había un dolor que cortaba el aliento cuando irrumpían con violencia en un cuerpo demasiado pequeño para acomodarlos. Enormes puños como martillos impactando contra la carita, su pequeño cuerpo lanzado contra la pared. La pesadilla seguía y seguía, ilustrando el horrendo destino de una niña imposiblemente joven, sin ayuda, sin esperanza. Encerrada con llave en un armario asfixiante, encerrada con en un escalofriante y frío baño. Hambrienta, sedienta, sabiendo cada vez que oía pasos que empezaría todo de nuevo.

Francesca se presionó con una mano el estómago, que se retorcía en simpatía. Durante un momento temió que pudiera de verdad estar enferma. Esta niña no sólo había sufrido un infierno físico, sino que había perdido completamente la voluntad de luchar. Francesca empujó a un lado el pasado de total desesperación y retrocedió más aún. Quería encontrar a la auténtica Skyler, la que había existido antes de que su espíritu le hubiera sido sacado a golpes. Skyler había sido una vez una luchadora. Una amante de la vida, de la poesía, encontraba alegría en todo lo que la rodeaba, cosas simples, como hacía su madre. Skyler Rose, la había llamado su madre. Una hermosa rosa sin espinas. Tenía una voz que podía cantar hasta el cielo, aunque su brutal padre la había silenciado. Ese hombre era tan malvado como un vampiro. Astuto, cruel y completamente depravado. Su misma existencia ponía enferma a Francesca. Vivía para el alcohol y el crack. Esa era su vida, su única vida.

- Escucha el sonido de mi voz, Skyler, más que mis palabras. - Francesca proyectó su voz en la mente de la chica, extendiéndose para tocar el espíritu encogido de miedo. - No puedo mentirte. Sé que no deseas volver a este mundo y no te culpo. Te has escapado tan lejos de este cuerpo para no tener que verle u oírle a él. Para no tener que sentir lo que te hace nunca más. Puedo curarte. Puedo acabar con las cosas que te ha hecho, las cicatrices de tu cuerpo. Puedo aliviar el impacto de lo que te han hecho para que puedas volver a vivir de nuevo. Puedo incluso hacer posible que tengas un niño algún día si así lo quieres. Puedes tener una familia propia. Créeme en esto, sobre todas las cosas: no eres de ningún modo responsable de las cosas que te han ocurrido. Sé que él te ha hecho creer que te lo merecías, pero la verdad es, Skyler, que él no podía soportar tu bondad natural, tu misma belleza le molestaba, recordándole cada día su propia depravación enfermiza.

Acariciando hacia atrás los irregulares mechones de pelo con dedos suaves, Francesca se inclinó más cerca de la cabeza de la chica. Quería abrazarla para siempre, mantenerla a salvo y amarla como debería haber sido amada. ¿Por qué no había encontrado antes a esta niña, antes de que unos padres crueles le hubieran hecho tanto daño? Podía sentir las lágrimas corriendo hacia abajo por su cara, el peso de la pena presionándole el pecho. Los antiguos sentían el dolor, las emociones, mucho más intensamente que los principiantes. Francesca deseaba tenderse junto a la chica y llorar, pero en vez de eso se obligó a mirar más allá del dolor que ahora ambas compartían.

Cerró los ojos, concentrándose completamente en la joven adolescente, echando a un lado su cuerpo hasta que se convirtió en energía y luz. Al momento se movió para fundirse con Skyler. Su joven cuerpo era una masa de músculos atormentados, huesos rotos, tejido amoratado. Había cicatrices internas por todas partes. Pero por encima del todo el cuerpo parecía muerto, como si el espíritu de Skyler se hubiera marchado hacía mucho. Francesca sabía que no era así; había conectado con la chica, sabía que la niña la estaba escuchando, en algún lugar en las profundidades de su mente. Un pequeño espíritu despedazado arrastrado sólo por la compulsión de la voz de Francesca. Francesca sabía que la chica estaba esperando muy quieta entre las sombras, simplemente esperando a ver si Francesca estaba diciendo la verdad. ¿Cómo podía creerla? Era sólo la rareza, el puro sonido plateada de la voz de Francesca y el hecho de que ella fuera "diferente" lo que había captado toda su atención.

- Pequeña. - Francesca murmuró suavemente, con el corazón dolorido. - Pequeña. Siento tanto no haber estado aquí antes, pero no te abandonaré. Cuidaré de ti siempre, durante toda tu joven vida. Me aseguraré de que nadie nunca vuelva a hacerte daño así. - Se acercó más a la fuerza vital que se acurrucaba empequeñeciéndose. - Vuelve y vive, Skyler. Puedo traerte de vuelta a la vida. No soy tu madre, lo sé, pero nunca permitiré que nadie de haga daño de nuevo. Te doy mi palabra, y no la doy a la liguera o con mucha frecuencia. - Se acercó más bañando a la miserable niña acurrucada con su luz, su compasión, con toda la fuerza de su bondad. - Créeme, confía en mí. Sé que puedo mantenerte a salvo como nadie ha hecho nunca. Oye mi voz, Skyler. Soy incapaz de mentir a alguien como tú. Sé que sientes que mis palabras son verdad.

Su voz era apremiante, arrastrando el destrozado espíritu de la niña como un imán. Inundó a la adolescente con calidez y confort, una promesa de que nunca tendría que enfrentar de nuevo al bruto que tenía por padre. Se la protegería de él todo el tiempo. Todo lo que tenía que hacer era volver. Simplemente permitirse a sí misma confiar en alguien.

Suavemente, Francesca canturreó un ritual sanador en la lengua ancestral, las palabras eran tan viejas como el mismo tiempo, mientras empezaba a trabajar desde el interior para repara el cuerpo dañado de Skyler. Trabajó veloz y meticulosamente, prestando mucha atención a los detalles, no deseaba dejar ninguna evidencia de golpes o violaciones en su cuerpo. Después de un rato fue consciente de una nota discordante. Unida como estaba a la niña, fue consciente de que la chica se encogía de miedo, irradiando de repente temor. No estaba asustada de Francesca, nunca de ella. Sino de algo más, el espíritu destrozado se movió reluctantemente hacia ella en busca de protección. La niña parecía sentir la presencia de su padre. Estaba en algún lugar cerca, dentro del hospital, acercándose a la habitación.

Francesca captó algo del temor de la jovencita. Habría sido imposible no sentirlo cuando la chica estaba tan aterrorizada y estaban conectadas. Francesca tenía un tremendo control, nacido de siglos de paciencia. Sabía que era poderosa y podía manejar situaciones peligrosas, aunque al mismo tiempo era también consciente de que debía aparentar ser humana. Se habían entrenado a sí misma para parecer humana. Tales precauciones la había protegido de los no-muertos. También habían evitado que los hombres de los Cárpatos la encontraran. Incluso una exploración mental la identificaría como humana, no como Cárpato. Nunca se había arriesgado a que una oleada de poder pudiera conducir a su propia gente o a los no-muertos hacia ella.

- Todo va bien, cielo. No dejaré que te toque. Lo sé todo, todo, cada cosa terrible que te ha hecho. La policía se lo llevará lejos y le encerrarán tanto tiempo que nunca volverá a salir.

- Una vez más utilizó su voz, los tonos puros de sinceridad y honestidad, para que la chica no retrocediera demasiado lejos cuando su padre entrara en la habitación.

Francesca volvió lentamente a su propio cuerpo. Como siempre cuando sanaba fuera de su cuerpo, estaba cansada hasta el punto de la extenuación. Se levantó con calma, con movimientos pausados, abrió la puerta e hizo señas a Brice para que entrara.

- Es su padre. Ha cometido terribles crímenes contra esta niña. Llama a la policía y asegúrate de que vienen ahora mismo a arrestarle. Pregunta por Argassy, dale mi nombre. Dile que he dicho que es una emergencia.

Brice miró fijamente a Skyler, inmóvil en posición fetal, con los ojos en blanco y empañados.

- Si ella no puede contarlo, Francesca... - Se calló cuando los ojos negros de Francesca empezaron a encenderse. A veces la compasiva sanadora podía parecer bastante intimidante.

- Ella no testificará. - Fue un decreto. Francesca se volvió alejándose de él.

Brice tenía una mano en la puerta cuando de repente ésta se abrió de golpe, arrojándole hacia atrás para caer contra la cama. Un hombre corpulento como un oso entró tambaleándose, parpadeando hacia ellos con ojos llenos de odio. Sus enormes manos se abrían y cerraban en puños. Apenas miró a Brice, claramente desechándole como un obstáculo. Su mirada se posó sobre Francesca cuyas manos seguían unidas a las de Skyler.

- ¿Qué es esto? - Bramó. - ¿Cómo se atreve a entrar en la habitación de mi hija cuando dije que no quería a nadie aquí? ¿Quién es usted?

Francesca bajó la voz hasta que fue tan suave y limpia como una gentil brisa.

- Soy la defensora de esta niña. Está muy enferma, señor Thompson, y quiero que salga de esta habitación antes de que la aflija más.

Su voz era tan convincente, el hombre ya se volvía para salir, levantó una mano para empujar la puerta. Entonces se dio la vuelta sacudiendo la cabeza, un astuto y feroz odio se acumulaba en sus ojos.

- Pequeña puta, no puedes decirme lo que hacer con mi propia hija.

Deliberadamente cruzó la habitación hacia ella. Skyler era esencial para él, su única forma de conseguir drogas.

Es bueno intimidando a otros, admitió Francesca. Había perfeccionado su técnica durante años de práctica con Skyler y su madre. Era un asqueroso bruto con una necesidad especial de infringir dolor y temor a otros. Le leyó fácilmente, reconociendo como disfrutaba al hacer daño a los demás... hombres, niños, mujeres, eso no importaba. Necesitaba hacerlo. Francesca podía ver que Brice se encogía, acobardado en la esquina, intentando llegar a la puerta. Si lo conseguía, podría llamar a seguridad y conseguir ayuda inmediatamente.

Francesca controló el latido de su corazón, sabiendo que Skyler estaba todavía unida a ella, todavía esperando a ver si podía confiar en su palabra. Francesca envió oleadas de tranquilidad, una tranquilidad que en realidad no sentía. Este hombre debería haber salido por la puerta a su orden. Era humano y la compulsión oculta en su voz debería haber sido suficiente para controlarle, pero no había funcionado. Podía manejar la situación utilizando otros poderes y habilidades, pero era arriesgado hacerlo con Brice en la habitación y un vampiro legendario en algún lugar de la ciudad. Lucian sentiría la oleada de poder, reconocería el toque femenino. Muy bien podría ocasionar un problema mayor al hospital, a sus amigos y también a ella.

El hombre estaba tan cerca que podía verle el pelo del pecho a través de la camisa sucia. Olía a whisky barato y cerveza. Lacorrupción de las drogas rezumaba por los poros de su piel. Enfrentó esa mirada con una calmada aceptación de su rabia. Si la golpeaba, sus amigos lo verían y le encerrarían durante mucho tiempo. E iba a golpearla. El aire se espesaba con la tensión.

- Puta. Necesitas un hombre de verdad que te enseñe como comportarte. Tu pequeño doctorcito amanerado probablemente salta cada vez que mueves un dedito. - Deliberadamente se agarró la entrepierna lascivamente. - Hueles bien, duquesa, y apuesto a que su piel es tan suave como parece. - Respiraba demasiado rápido, ya duro y relamiéndose

los labios por anticipado. Movió la mano para tocarle la cara, para sentir si era posible que su piel fuera tan suave como parecía.

- ¡No lo hará! - Fue una orden clara. Francesca no se había movido. Sus ojos negros le atravesaban, mirándole con desprecio. Él era incapaz de llevar a cabo el acto sexual. Sabía mucho de él.

Vulgarmente el hombre escupió una retahíla de maldiciones incluso mientras lanzaba el puño hacia ella. Francesca permaneció en pie muy quieta esperando tranquilamente el golpe. Brice gritaba a pleno pulmón llamando a los de seguridad. Sólo un latido de corazón, un diminuto espacio de tiempo, pero en ese espacio el aire de la habitación se espesó con una negra malevolencia. La puerta explotó hacia adentro en el mismo momento en que el puño de Thompson conectaba con carne.

Gabriel sonreía mientras aplastaba el puño de Thompson con la mano. Lo había cogido antes de que pudiera golpear a Francesca. Moviéndose con velocidad preternatural, había insertado su cuerpo entre el de Francesca y el de Thompson, capturando el puñetazo antes de que pudiera conectar con la cara de su compañera.

Solo los ojos negros parecían vivos en su cara impávida. En lo más profundo de ellos ardía la brillante llama roja del demonio. Revelaba su auténtica naturaleza, la de un depredador.

Para sorpresa de Brice el padre de Skyler parecía encogerse ante Gabriel. Brice leyó el terror en la cara del hombre y se olvidó de seguir llamando a seguridad. Sintió miedo por sí mismo, una creciente oleada de adrenalina que se negaba a menguar. Gabriel parecía un ángel vengador, un antiguo guerrero, invencible, implacable. Miraba directamente a los ojos de Thompson.

- No quería golpear a Francesca, ¿verdad?

La voz fue muy suave, casi amable. Aunque para a un oyente atento, era mucho más aterradora porque no expresaba ninguna emoción.

Thompson sacudía la cabeza como un niño. Tenía el dolor grabado en la cara y Brice podía ver que Gabriel continuaba en posesión de su puño. Los nudillos de Gabriel no estaban blancos, no tenía aspecto de estar ejerciendo ninguna presión en absoluto, aunque la cara de Thompson se estaba volviendo gris y empezó un gemido bajo y agudo que rápidamente se elevó hasta un grito. Gabriel inclinó su oscura cabeza hacia el hombre y susurró algo que Brice no pudo oír, pero Thompson dejó de llorar, arreglándoselas para que sus quejas quedaran sólo en un gemido bajo. Sus ojos seguían fijos en la cara de Gabriel, llenos de horror, de puro terror.

Los de seguridad irrumpieron en la habitación e inmediatamente Gabriel retrocedió alejándose del hombre, su enorme cuerpo escudando protectoramente el de Francesca. Se llevaron a Thompson afuera hasta el vestíbulo, sorprendidos de que les acompañara tan dócilmente. Se oyó el ruido de algo pesado golpeando el suelo, un terrible ataque de tos, después un resollar. Casi enseguida, una enfermera llamó a Brice con voz tensa. Él se apresuró hacia Thompson que estaba tendido en el suelo, aferrándose la garganta con ambas manos, tenía la cara gris mientras luchaba desesperadamente buscando aire, poniendo los ojos en blanco.

- ¿Que pasa? ¿Qué ha ocurrido? - Brice estaba de rodillas junto al hombre.

- Simplemente empezó a jadear y se agarró la garganta. Estaba un poco loco, actuó como si estuviera forcejeando con alguien durante unos minutos, casi como si le estuvieran estrangulando, y entonces cayó. - Farfulló el guarda de seguridad.

Francesca oyó la explicación y se hundió una vez más en la silla junto a la cama de Skyler.

- Gracias, Gabriel. - Dijo sinceramente. Él no tenía ni idea de lo aliviada y feliz que se sentía con su inesperada llegada.

La mano de él se movió sobre su sedoso pelo en una lenta caricia.

- Deberías haber sabido que nunca permitiría que nadie te pusiera una mano encima. - Su voz era muy amable, casi tierna. Proporcionándole una sensación poco familiar. Esto era

lo que se sentía al ser protegida por un hombre de los Cárpatos. Apreciada. Sabía que Thompson estaba muerto. Gabriel lo sabía todo, absolutamente todo, cada cosa terrible que esa bestia había hecho a su hija. Gabriel había estado allí, una sombra en su mente todo el tiempo, comprobando los alrededores como hacían normalmente los hombres de su especie para asegurar la seguridad de su compañera.

Había sentido el terror de la niña, había sufrido junto con Francesca cada tormento que la adolescente había experimentado. Había compartido cada lágrima que Francesca había derramado y el terror que había sentido cuando Thompson irrumpió en la habitación. Se sentía extrañamente agradecida de no estar sola. Al mismo tiempo estaba resentida con la idea de que le gustara ser protegida.

Francesca observó la forma en que Gabriel tocaba a Skyler, su mano fue tan gentil, su voz como un instrumento musical. La ternura de este hombre enormemente poderoso le provocó un nudo en la garganta.

- Ya no puede hacerte daño, pequeña. Francesca cuidará de ti al igual que yo. Estas bajo nuestra protección y te doy mi palabra de honor de que así será para siempre. Vuelve con nosotros, únete a nosotros.

No había forma de ignora la compulsión de la voz de Gabriel. La niña se movió, parpadeó rápidamente, dejó escapar un suave sonido de nerviosismo. Enseguida Gabriel retrocedió para que pudiera enfocar a Francesca. Skyler necesitaba a una mujer. Francesca era todo compasión y honestidad, bondad y pureza. Skyler lo vería. El alma de Francesca era tan hermosa que cualquiera que la conociera podría verla brillar en sus ojos.

Skyler miró al techo primero, sorprendida de que su cuerpo no sintiera dolor. Recordaba la voz de un ángel reconfortándola, haciendo promesas. Una voz que había escuchado, pero la asustaba mucho la posibilidad de habérsela inventado. Volvió la cabeza y encontró a su ángel. Era hermosa. Tan hermosa como cualquier ángel que Skyler hubiera imaginado nunca. Su pero era largo y espeso, tan negro como el ala de un cuervo. Su cara era la de una Madonna. Tenía una estructura ósea clásica, delicada, casi frágil, tan hermosa que Skyler se quedó sin aliento. No había pronunciado una palabra en meses. Era difícil encontrar su voz.

- ¿Eres real? - Su voz tembló, vaciló, sólo un hilo de voz.

Francesca sintió la oleada de orgullo que Gabriel sentía por ella y la humilló poder recibir tan alta consideración de él. Gabriel. El cazador. Nadie hacía logrado las cosas que él había hecho en los siglos de su existencia. No quería sentir la calidez de saber que estaba tan orgulloso de ella, pero la hacía sentirse como si nadie más tuviera sus talentos, sus capacidades. Ninguna otra mujer había sobrevivido como había hecho ella, por si misma, durante tantos siglos. Y ninguna otra mujer era tan hermosa o tan valiente. La hacía sentirse así a pesar de su determinación a no dejarle acercarse a ella. Él no lo decía, sólo residía en ella, una unión de mentes y almas. Lo sentía. *Nos pertenecemos el uno al otro*. No expresado, pero allí estaba de todas formas.

Francesca le ignoró, una pequeña sonrisa curvó su boca.

- Soy muy real, tesoro. Dije en serio cada palabra. Ya no tienes nada que temer.

Skyler sacudió la cabeza, sus ojos se llenaron de repente de un terror salvaje.

- Me enviarán de vuelta con él, siempre lo hacen, o él me arrastrará de vuelta. Nunca puedo escapar de él. Me encuentra. Siempre me encuentra.

La voz de Gabriel llegó desde detrás de Francesca. Era tranquila, calmada, consoladora.

- Ha dejado este mundo, pequeña. Se ha ido para siempre. Nunca podrá encontrarte o acercarse de nuevo a ti. Sufrió un paro cardíaco al verse obligado a enfrentar sus pecados.

La chica aferró la mano de Francesca entre las suyas.

- ¿Se ha ido realmente? ¿Dice este hombre la verdad? ¿A dónde iré? ¿Cómo viviré? - Tenía un ataque de pánico. Sólo conocía una vida de dolor y tiranía brutal. No tenía ni idea de como vivir en el mundo. Ni siquiera sabía si era posible.

Francesca le echó el pelo hacia atrás amablemente.

- No hay necesidad de preocuparse por nada. Tengo amigos que nos ayudarán. Estarás bien atendida, te lo prometo. Por ahora, todo lo que tienes que hacer es quedarte aquí

tendida, en esta habitación, y ponerte bien. Te traeré algo de ropa y libros, quizás un animal de peluche o dos. Te traeremos algunas cosas para hacer tu estancia menos aburrida. Volveré mañana por la noche a visitarte. Hablaremos más sobre lo que te gustaría hacer con tu vida y adonde iremos desde aquí.

Skyler apretó su presa sobre Francesca.

- ¿Está realmente muerto?

- Gabriel no te mentiría. - Dijo Francesca suavemente pero con gran convicción. - Necesitas dormir, pequeña. Volveré mañana como he prometido.

Skyler no parecía dispuesta a soltar la mano de Francesca. Mientras habían estado psíquicamente conectadas, se había creído a salvo. Creía que tenía una oportunidad de vivir una vida normal. La aterrorizaba soltar esa esperanza. Algo en Francesca la consolaba, la hacía creer de verdad tenía una oportunidad.

- No me dejes sola. - Susurró con una súplica frenética en sus ojos. - No podré hacerlo sin ti.

Francesca se hundía de cansancio. Gabriel le rodeó los hombros con un brazo fuerte, empujándola bajo su amplio hombro para que se pudiera apoyar en él. Se inclinó más cerca de Skyler, capturándole la mirada con la negra intensidad de sus ojos.

- Dormirás, pequeña, un largo y pacífico sueño reparador. Cuando te traigan la comida, estarás hambrienta. Te comerás lo que te traigan. Nosotros volveremos mañana por la noche y no te no preocuparás por nada hasta que estemos aquí para ayudarte a poner en orden tu vida. Duerme, Skyler, hermosos y pacíficos sueños sin temor.

Al momento las pestañas de la chica cayeron y se retiró del mundo, esta vez en un sueño reparador, al que había sido enviada por la magia de la voz de Gabriel. Soñaría con ángeles y cosas hermosas, y un mundo completamente nuevo y excitante para ella.

En el momento en que se durmió la niña, Gabriel volvió su completa atención hacia Francesca.

- Necesitas alimentarte, cariño. - Su voz era hipnotizadora, llena de seguridad, infinitamente tierna. Sus manos se movieron hacia arriba por los brazos de ella hasta enmarcarle la cara. - Lo que has hecho aquí no es nada menos que un milagro. Lo sabes. Un milagro. - Mientras hablaba, la arrastraba al círculo de sus brazos, presionándole la cara contra la calidez de su propio cuello donde el pulso latía tan fuerte.

La lujuria era aguda y tentadora. Estaba exhausta tras el drenaje de energía provocado por el trabajo. Más que eso, más que la llamada de sus células agotadas que clamaban alimento, era la nueva adicción al sabor de él. La abrazaba tan gentilmente, tan posesivamente, tan protectoramente. Era calor y luz, seguridad y compañerismo. La hacía sentirse completa. Cerró los ojos e inhaló su esencia, tomándose sólo un momento para descansar la cabeza contra el hombro de Gabriel. Su boca contra la piel desnuda de él, la tela de su camisa rozándole la mejilla. Estaba tan cerca. La piel de él. La suya. La sangre de él surgiendo y fluyendo, llamándola.

Estas muy cansada, Francesca. Por favor concédeme el honor de hacer esta pequeña cosa por ti, no me lo tomaré como una rendición. Conozco tu mente. No has tratado de engañarme de ningún modo. Me he alimentado bien esta noche. Sus palabras susurradas eran una seducción, una tentación; era un oscuro hechicero, rozando su mente como el toque de las alas de una mariposa.

Francesca se fundió con su calidez, física y mentalmente. La sensación de su cuerpo tan cerca, tan protector, próximo a ella era un regalo. ¿Cuando la había sostenido un hombre entre brazos de acero? ¿Cuando había tenido un cuerpo, tan duro, tan masculino, con músculos y tendones tan definidos, abrigándola tan cerca?

¿Por qué no respondió cuando le ordené salir? Eso la había sorprendido, incluso alarmado. Se lo había prometido a la niña. Nunca antes le había ocurrido. Los humanos siempre habían escuchado y obedecido el "empujón" de su voz.

Gabriel reconoció se preocupación, entendiendo que se juzgaba a sí misma menos que él, un fracaso. *Tú eres la luz, mi amor. Yo soy la oscuridad misma. Thompson era*

completamente malvado. Tú puedes refrenar y contener el mal, pero no puedes tocar su mismo centro porque no puedes conectar con él. La mayor parte de los humanos son a la vez bondad y maldad. No pura maldad. Puedes conectar con ellos porque puedes tocar lo que tienen de bueno. Yo llevo el demonio en mi interior; es mi naturaleza. Él reside allí, agazapado, esperando saltar cuando me olvido de atajarlo. He conocido el mal cada día de mi existencia. Cuando llevas controlándolo toda tu vida, no es un logro tan grande destruirlo. Gabriel descartó sus acciones fácilmente.

- No eres menos que yo, Francesca. Nunca has sido menos. Tú salvas vidas y yo las arrebato. ¿Quién es más grande?

Los esbeltos brazos de ella se arrastraron hacia arriba rodeándole el cuello aparentemente por propia voluntad.

- Has salvado a nuestra gente. Has salvado a la raza humana. No una vez, sino década tras década. Es tu naturaleza lo que te ha permitido hacerlo. - Su voz susurró sobre él, un suave sonido de admiración, una seducción en sí misma.

La débil sombreado de la mandíbula de él atrapó las hebras sedosas del pelo de ella cuando frotó la barbilla contra su en una pequeña caricia.

- Debes alimentarte, cielo. Estás desmayándote de cansancio. - La engatusó gentilmente.

- Brice está justo al otro lado de la puerta. Ha dejado de intentar salvar a Thompson. Estará aquí en cualquier momento. - Su suave voz le acarició el cuerpo como si fueran dedos, produciendo un dolor salvaje e imparable, pero Gabriel se mantuvo estrictamente bajo control. Ella necesitaba que la abrazara, la reconfortara, cuidara de ella, no que la asaltara.

- Toma lo que necesitas, soy bastante capaz de proporcionar una ilusión para los humanos. - Hubo una débil nota ronca en su voz, una tan dolorida y solitaria que hizo que a Francesca le diera un vuelco el corazón. Él necesitaba la intimidad tanto como ella necesitaba alimentarse.

Casi ciegamente Francesca volvió la cabeza hacia su garganta, inhalando elalmizclado y masculino aroma. El corazón latía con fuerza, al mismo ritmo que el de ella. La sangre fluía en sus venas llamándola, tensando el cuerpo de el hasta el punto del dolor, Gabriel apretó los dientes en respuesta, su mano se enterró en el espeso pelo de ella.

Su boca se movió sobre la piel, suave, sensual, seductora. Al momento la necesidad golpeó a Gabriel con tanta fuerza que tembló de urgente deseo. Los dientes de ella rasparon una vez sobre su pulso, la lengua se arremolinó en una suave caricia aterciopelada. El puño de Gabriel se tensó entre el pelo de ella, presionándola más cerca de su piel súbitamente ardiente. En respuesta a tal urgencia, los dientes se hundieron, azotándole con un relámpago ardiente y un llameante fuego azul que nunca se volvería a apagar. Estaba en su cuerpo para siempre, en su mente, en el sabor de su boca, un dolor feroz en el corazón que danzaba en su sangre misma. La calidez se extendió como lava fundida. Su corazón se doloría por ella. No eran simplemente deseos físicos de su cuerpo golpeándole como una taladradora, sino algo que yacía aún más profundo. La cercanía de la mente de ella, la corrección de la forma en que encajaba con él, metiéndose bajo su piel. Recordó las lágrimas que había derramado por una desconocida, su coraje al plantar cara al monstruo que parecía un hombre, y comprendió que ella era más que un cuerpo con el que saciar sus salvajes apetitos y que le mantendría a salvo de la creciente oscuridad.

Fue consciente de Brice en el vestíbulo, volviéndose lentamente para mirar fijamente la puerta con un ceño fruncido en la cara y la sospecha en su mente. Brice tendría ser manejado con cuidado. Pero no con demasiado cuidado. Una lenta sonrisa curvó la boca de Gabriel, y había algo de humor en ella. Ondeó una mano y cubrió su cuerpo y el de Francesca para que resultaran invisibles al ojo humano. Construyó la ilusión de Francesca inclinada cerca de Skyler, susurrando suavemente hacia ella, dándole ánimo. Su propio clon estaba en la esquina, dando a las dos mujeres una semblanza de privacidad.

Brice entró empujando la puerta, revelando algo muy cercano al miedo en los ojos cuando vió al clon de Gabriel. Miró fijamente hacia Francesca que hablaba tan íntimamente con la adolescente, y se detuvo cuando iba a hablar. Se volvió hacia Gabriel, que le sonrió

bastante sardónicamente, con la arrogancia tallada en sus clásicos rasgos griegos. A Brice le molestaba que este hombre fuera tan bien parecido, tan duro. El rescate de Gabriel a Francesca le hacía quedar mal. Él no podía permitirse el riesgo de romperse las manos. Era médico, por Dios santo.

Gabriel entrecerró los ojos cuando Francesca deslizó la lengua sobre las diminutos heridas de su cuello para cerrarlas, saboreando el momento, la sensación. Ella levantó la cabeza, su mirada perezosa, sexy, saciada, casi como si hubieran hecho el amor. Inclinó la cabeza y la besó en la frente amablemente, sosteniéndola cerca durante un latido de corazón antes de permitir a regañadientes que se alejara, para tomar el lugar de su clon en la silla junto a la cama. *Gracias, Gabriel, me siento mucho mejor.*

Desde la esquina él se inclinó, un gesto elegante y cortés mientras Francesca le devolvía una pequeña y secreta sonrisa. Las manos de Brice se apretaron en dos puños. Había algo diferente en Francesca, algo que no podía señalar. Estaba más hermosa que nunca, pero era algo elusivo. Algo que compartía con Gabriel.

- Debo hablar con Francesca sobre mi paciente. - Anunció Brice y se sintió molesto consigo mismo por sonar como un niño malcriado y desafiante. Caprichoso. Incluso grosero. Hizo un esfuerzo por bajar la voz. - En privado si no te importa, Gabriel.

- Por supuesto que no.

Brice hizo una mueca ante la pureza y bondad de esa voz, comparada con la suya propia. Era tan gentil como una brisa de verano, tan suave como terciopelo.

Brice tomó posesión del codo de Francesca y la sacó de la habitación. Francesca intentó no notar la forma tan distinta en que la tocaban los dos hombres, pero fue imposible.

- ¿Qué pasa, Brice? Estas alterado. - Habló con calma incluso mientras se libraba de su mano.

- Por supuesto que estoy alterado. Acabo de perder a un hombre al que no le pasaba absolutamente nada. Excepto una mano machacada. Estaba pulverizada. Los huesos estaban rotos como si hubieran sido cerillas. - Era una acusación y una vez más Brice notó que levantaba la voz.

Ella arqueó una ceja perfecta.

- No entiendo lo que estás diciendo. ¿El padre de Skyler ha muerto de una mano rota? Que raro. No sé como es eso posible.

- Sabes condenadamente bien que no lo es. - Espetó él. - Fue estrangulado. Tenía la garganta hinchada, estaba completamente cerrada, sólo que sin ninguna razón aparente.

- ¿Van a hacer una autopsia?

Él se pasó una mano por el pelo. Ella le estaba volviendo loco. Simplemente no lo cogía.

- Por supuesto que van a hacer una autopsia. Ese no es asunto. - Apretó la mandíbula. En su cabeza juraría estar oyendo la risa burlona de Gabriel, baja y divertida. - Es ese hombre.

- ¿Qué hombre?

Los ojos de Francesca estaban abiertos de par en par y hermosos, completamente inocentes. Por supuesto que ella no lo sabría, nunca sospecharía ninguna maldad.

Exasperado, Brice dio un paso hacia ella, deseando sacudirla. Al momento sintió una opresiva malevolencia acumulándose en el vestíbulo, espesando el aire, exactamente la misma sensación que había tenido en la habitación antes de la entrada Gabriel entrada. Nerviosamente miró hacia la puerta. Se aclaró la garganta, sacudiendo la cabeza hacia la habitación de Skyler.

- Él.

- ¿Gabriel? ¿Estás insinuando que Gabriel tuvo algo que ver con la muerte de Thompson? - Francesca sonaba entre ultrajada y divertida. - No puedes decirlo en serio, Brice.

- Le machacó la mano, Francesca. Tu *Gabriel* lo hizo. Le aplastó el puño con una mano. Le vi hacerlo y ni siquiera hizo fuerza. Ni siquiera le vi entrar en la habitación. Simplemente estaba allí. Hay algo bastante raro en él. Sus ojos. No son humanos. Él no es humano.

Francesca le miró con los ojos muy abiertos.

- ¿No es humano? ¿Entonces qué es? ¿Un fantasma? ¿Un fantasma que vuela por el aire? ¿Un gorila? ¿Qué? Quizás levanta pesas. Quizás es fuerte porque levanta pesas y su adrenalina entró en acción. ¿Qué estás diciendo?

- No lo sé, Francesca. - Brice se pasó la mano por el pelo de nuevo. - No sé que pensar, pero sus ojos no son humanos. Ni lo eran cuando se enfrentó a Thompson. Es diferente.

- Conozco a Gabriel. Le conozco. Es perfectamente normal. - Insistió Francesca suavemente.

- Quizás le *conocías*. La gente cambia, Francesca. Le ha ocurrido algo. Por supuesto que no es un fantasma, y no puede volar, pero es peligroso.

- Gabriel es uno de los hombres más amables que conozco. - Empezó a pasarle de vuelta a la habitación.

Brice la cogió del brazo con una dura garra, un oleada de rabia le hizo apretar mucho más fuerte de lo necesario. Instantáneamente algo pellizcó un nervio en su brazo, haciendo que se entumeciera completamente. Gritó, no tuvo más elección que soltarla ya que su brazo cayó inútilmente a un lado.

- ¿Qué demonios? ¡Francesca, mi brazo! ¿Adonde vas?

- Estoy demasiado cansada para esto ahora mismo. Estás celoso, Brice. No te culpo por lo que sientes, pero estoy exhausta y no quiero discutir más sobre Gabriel, especialmente si vas a empezar a decir cosas tan horribles sobre él. No sabes nada sobre él. - Abrió la puerta de un tirón y casi corrió a los brazos de Gabriel.

El se inclinó sobre ella con una postura protectora.

- ¿Que pasa, cielo, qué te ha molestado? - Sus brazos rodearon el cuerpo esbelto de ella y la empujó a la protección de su enorme cuerpo. Había oído cada palabra que le había dicho Brice, cada acusación y cada insinuación no pronunciada. Sobre la cabeza de ella sus ojos se encontraron con los del doctor. En las profundidades ardió una llama feroz de pura amenaza.

Brice se paró en seco, aterrorizado. Más que nunca quedó convencido de que Gabriel era un hombre peligroso. Su brazo había vuelto de repente a la normalidad y tomó nota mentalmente de hacerle un chequeo. Se apoyó en la puerta en busca de apoyo, decidido a llegar al fondo de esto.

- Francesca, tenemos que decidir que haremos con Skyler. Dudo mucho que su padre le haya dejado nada, y por lo que nos dijo no tiene ningún otro pariente.

Francesca se volvió inmediatamente.

- Se la cuidará bien. Tengo intención de convertirme en su tutora legal. Le he prometido que estaré aquí para ella.

Brice levantó las manos en el aire con exasperación.

- No puedes hacer eso, Francesca. Ya estás de nuevo, intentando salvar cada alma herida del mundo. No eres responsable de esta chica. Ni siquiera la conoces. Podría volverse igual que su padre. Necesitará terapia durante los próximos veinte años.

- Brice... - Francesca sonó como si estuviera al borde de las lágrimas. Tomando un profundo aliento, intentó con calma razonar con él. - ¿Es eso todo lo que te importa?

Él hizo un intento de retroceder.

- Sé que quieres ayudar a esta chica. Dios sabe que yo también quiero ayudarla, pero no podemos ir tan lejos. Necesita ayuda profesional, no a nosotros dos.

- ¿Así que qué sugiere, doctor Renaldo? - Preguntó Gabriel suavemente, con voz amable. No había nada amable en sus ojos inmóviles y vigilantes. A Brice le recordaban a los de un depredador. Un lobo con intenciones mortales. Esa mirada le producía una sensación rara. Luchó por mantener la compostura.

- Sugiero que debería ser entregada a profesionales. Hay gente que se ocupa de este tipo de cosas. Si Francesca quiere, puede donar dinero.

Francesca miró a Brice.

- Le di mi palabra, Brice. Ella volvió porque cree en mí.

- Entonces visítala de ahora en adelante. No le debes tu vida. Nosotros dos tenemos planes, Francesca. No puedes tomar esta clase de decisiones sin mí.

Gabriel se movió, un ondeo de músculos, no más, pero fue intimidante. *Yo puedo ocuparme de la niña, Francesca. Borraré el recuerdo de tu promesa y lo reemplazaré con la mía propia. Me ocuparé de su cuidado y felicidad mientras te tomas tiempo para decidir que vas a hacer con este humano. No deseo complicar tu vida todavía más de lo que ya he hecho, pero como tú, no puedo abandonar a la niña.*

Mantendré mi promesa, Gabriel. Francesca sacudió la cabeza.

- No voy a discutirlo, Brice. Estoy demasiado cansada. Voy a salir a la noche y mirar las estrellas o algo así. Necesito aire fresco. Le di a Skyler mi palabra. No hay nada más que decir.

- Yo creo que si. - Espetó Brice, molesto porque Gabriel estaba siendo testigo de esta discusión entre ellos. Raramente discutían, pero no podía quedarse callado ahora. Esta adolescente afectaría a su vida juntos. No iba a arriesgarse a que una loca viviera con ellos en casa. Ni hablar. Y Gabriel tenía que marcharse.

Gabriel simplemente sacó la cuestión de las manos de Francesca. Podía sentir su cansancio golpeándole, su tristeza, la abrumadora necesidad de salir de este espacio confinado y estar a cielo abierto. Brice no podía comprender por lo que tenía que pasar ella para sanar a sus pacientes, lo que le exigía fundirse con ellos y saber cada detalle de sus vidas, cada momento de sus sufrimientos. Estaba más allá de la comprensión de Brice, pero no de la de Gabriel.

Colocándole el brazo alrededor de los hombros caminó tranquilamente por la habitación, llevándola con él, sujetándola amable pero implacablemente. Francesca apenas pareció notarlo. Fue con él voluntariamente. Gabriel volvió la cabeza lentamente, volviéndose a mirar sobre el hombro mientras se deslizó silenciosamente fuera de la habitación, sus ojos negros se movían sobre la cara de Brice. Su mirada era despiadada, implacable. Por un momento sus dientes blancos relampaguearon en una sonrisa sin humor, exponiendo unos colmillos afilados como cuchillas.

5

La brisa golpeó la cara de Francesca cuando levantó la mirada hacia el cielo nocturno. Miles de estrellas brillaban y chispeaban sobre sus cabezas. Inhaló para tomar el límpido aire nocturno, lavando el olor del hospital de sus pulmones. Gabriel paseaba sin apresurarse por las calles, sus zancadas eran lentas para equipararse a las de ellas. No hablaba, ni exigía respuesta, no le daba órdenes. Simplemente caminaba a su lado, sin pedirle nada.

Infaliblemente Francesca encontró el camino hacia su lugar favorito, bajando por estrechas y retorcidas sendas hasta las calles pavimentadas que conducían al barrio antiguo. Siguió el camino subiendo una pequeña colina hasta un puente que se extendía a través de un pequeño lago. Era el único puente peatonal y a esta hora no había nadie allí. Tenían el enorme parque y el lago para ellos solos. Francesca avanzó hacia el centro del puente y se detuvo para apoyarse contra el pasamanos.

- Parece como si siempre tuviera que agradecerte algo. - Lo dijo tranquilamente, sin mirarle. En vez de eso, miraba al lago.

El agua brillaba casi negra a la luz de la luna. Podía oír a un pez saltando de vez en cuando. El sonido del agua lamiendo las orillas y el pez salpicando de algún modo la aliviaba y confortaba. Francesca sonrió sobre su hombro hacia Gabriel. - Vengo aquí con bastante frecuencia.

- Cuando te sientes sola. - Lo dijo suavemente.

Ella volvió a mirar el agua, su sonrisa decayó.

- Supongo que lo has averiguado en mis recuerdos.

Él se agachó para buscar una piedra plana y redondeada y la lanzó expertamente sobre la superficie del agua.

- No, no he tenido mucho tiempo para examinar tus recuerdos; todavía estoy intentando conocer a la mujer que eres ahora. Comprendo que todavía soy un extraño para ti y has comprometido tu corazón con otro, siento que estaría mal por mi parte invadir tu privacidad más de lo absolutamente necesario.

Francesca encontró que una risa inexplicablemente escapaba de sus labios.

- ¿Invadir mi privacidad es necesario a veces?

- Soy, después de todo, un hombre de los Cárpatos y tu compañero. No puedo cambiar lo que soy; ciertas cosas son necesarias para mi paz mental. Pero estoy intentando no meterme donde no me llaman.

Permanecía en pie alto y solitario con el viento soplando el largo pelo negro alrededor de sus hombros. No buscaba aprobación, sólo declaraba un hecho.

Francesca estudió su cara, la forma en que la luna la bañaba con su luz plateada. Era muy guapo, la cara de un hombre, no de un muchacho... su boca era sensual, sus ojos fundidos por la pasión o fríos como el hielo. Sus pestañas la hicieron sonreír. Eran largas, negras y tupidas. Cualquier mujer le envidiaría esas increíbles pestañas. Se mantenía apartado, cuidando de no presionarla. Por eso le gustaba. Se sentía presionada en todas partes, en todas direcciones, y la alegraba que Gabriel simplemente quisiera estar en su compañía.

- Necesitaba un lugar que no fuera exactamente parte de la ciudad. Finjo que estoy en las montañas. Algunas veces puedo oír a los lobos llamándose los unos a los otros. Realmente hecho de menos el hogar. Algunas veces me gustaría volver allí, aunque he vivido en París tanto tiempo que no estoy segura de que me gustara tanto como recuerdo.

Él asintió.

- Sé lo que quieres decir. Han pasado siglos desde que estuve allí. La gente se sentía incómoda en mi presencia y una vez que Lucian se convirtió, no podía hacer otra cosa que seguirle a donde me condujera.

- Como has hecho toda tu vida. - Señaló Francesca sin rencor. - Estoy orgullosa de ti Gabriel. Se que no me he comportado tan bien como debería, pero en mi defensa, tu súbita aparición fue bastante sorprendente y no encaja con ninguno de mis planes. A mi manera siempre he apoyado tu lucha por nuestra gente. Acepté tu compromiso y sabía que eras incapaz de esquivar tu responsabilidad. También yo intenté hacer algo importante con mi vida. Nunca quise que pensaras que la había malgastado. - Bajó la mirada hacia sus manos. - Hubo tantas veces que me sentí sola.

- ¿Tenías miedo? - Preguntó él amablemente.

El tono de su voz la hizo volver la cabeza.

- Con frecuencia, especialmente al principio. Sabía que tenía que desaparecer por el bien de los otros hombres de nuestra raza. Así que lo hice durante las terribles guerras cuando nuestra gente perdió a tantos de los nuestros. Requirió una gran planificación. Era bastante joven entonces, una simple principiante. Tenía miedo de que Gregori me descubriera y me llevara ante Mikhail. Era mi mayor temor, aunque algunas veces me sentí tan sola que rezaba orque me encontraran y después avergonzaba de mi egoísmo.

- Siento haberte colocado en una posición tan terrible. - Su voz era sincera, contrita. Parecía triste, los ojos hipnotizadores revelaban su confusión interna.

Francesca tocó su mente, no pudo evitar hacerlo incluso a pesar que secretamente se avergonzaba de dudar de él. Necesitaba saber si estaba diciendo la verdad o decía lo que pensaba que ella quería oír. Examinó su mente cuidadosamente. Ella no era de ni ningún modo de edad parecida a la de él, ni tenía sus habilidades y poder, pero no era una principiante fácil de engañar. Gabriel sentía genuino pesar por su parte de responsabilidad en su soledad. Sabía que no podía cambiar lo que había hecho... muchos habrían sufrido... pero deseó que hubiera podido ser diferente. Había estado solo en un gran pozo negro. Con cada

muerte la oscuridad se extendía por su alma, siempre intentando reclamarle. Había sido una batalla interminable.

Francesca jadeó cuando comprendió que él casi había perdido esa guerra con la bestia. Había ocurrido alrededor del momento en el que ella había tomado la decisión de intentar convertirse en humana. ¿Había influenciado su decisión en el resultado de la lucha de él? ¿Había habido una conexión y ella inadvertidamente le había hecho la vida más difícil?

- Francesca. - Dijo él suavemente, gentilmente. - ¿Se te ha ocurrido pensar que mi *casi* desastre con la bestia podría haber influenciado *tu* decisión? ¿Por qué insistes en culparte? Fui yo quien te sentenció a una existencia solitaria. No querría que sintieras ni una pizca de culpa. No es culpa tuya. Incluso si existiera una conexión...

- Y probablemente existe. - Intervino ella.

Gabriel asintió concediéndolo.

- Podría ser. Pero no puede atribuírsete a ti la culpa. Jamás. Soy un hombre de los Cárpatos. He aguantado más que la mayoría de nuestros hombres y eso ha sido probablemente debido en su mayor parte a ti, y al hecho de que estabas en alguna parte en el mundo. Mi alma lo sabía. Así que todo este tiempo me has dado solaz y me mantuviste fuerte.

- Soy mil años más joven que tú, - Dijo ella y después estalló en carcajadas. - Viviendo tanto tiempo en el mundo humano, pensando en términos humanos, ¿sabes lo absurdo que suena eso? No hay posibilidad de que seamos compatibles. Eres demasiado viejo para mí.

Gabriel se encontró riendo también. Hubo un calor en su corazón, una alegría genuina de estar en su compañía. Encontraba confort y una consoladora tranquilidad que nunca había experimentado antes. Hacía tanto que no había sentido nada en absoluto. Ahora había luz y risa y vívidos colores y texturas y una vida que vivir. *Francesca*. Ella le había dado eso.

- Creo que eso roza los límites de la insubordinación. Los jóvenes pueden ser tan impetuosos.

- ¿Tú crees? - Francesca se inclinó y encontró una piedra plana, sus dedos se cerraron alrededor de ella, la yema de su pulgar la acarició hacia adelante y atrás.

- Soy bastante buena en esto. No eres el único que pueda deslizar piedras. Apuesto a que puedo hacer que ésta cruce el lago con diez salpicaduras.

Las cejas de Gabriel se arquearon.

- No doy crédito a mis oídos. La arrogancia de la juventud.

Francesca sacudió la cabeza.

- No de la juventud, el poder femenino.

Él dejó escapar un sonido a medias entre la risa y un gruñido ofendido.

- ¿El poder femenino? Nunca he oído tal cosa. La magia femenina tal vez, pero nunca el poder femenino. ¿Qué es exactamente? - Se burló.

- Estás pediendo a gritos que te de una paliza, Gabriel. - Advirtió ella. - Soy una campeona.

El asintió hacia el lago.

- Deja que vea a qué me enfrento.

- ¿Quieres una exhibición preliminar? Creo que no. Hagamos una apuesta. Si gano yo, consigo la cámara de sueño. Si ganas tú, te la quedas.

Él se frotó el puente de la nariz pensativamente, sus ojos negros reían.

- Estas intentando tenderme una trampa de algún tipo, me arrepentiré de esto durante el resto de mis días. Si debemos apostar, el premio tendrá que ser algo más que la cámara de sueño. Si pierdo te cepillaré el pelo cada noche durante un mes. Si pierdes, me lo cepillarás tú a mí durante el mismo tiempo.

- ¿Qué clase de estúpida apuesta es esa? - Exigió Francesca, riendo. No podía evitarlo. Él era demasiado guapo para su propio bien. Sus ojos negros danzaban y a pesar de su decisión de no dejarse arrastrar, pensaba que era terriblemente sexy. En el momento en que el adjetivo entró en su cabeza, lo empujó a un lado, pero el color traicionero ruborizó su piel.

No iba a volver a compartir su cuerpo con él de nuevo. No tenía nada que ver con hacer el amor y todo con la química y el ardor Cárpato. Quería alguien que la quisiera por sí misma, no porque *tenía* que tenerla. No porque no tuviera ninguna elección en el asunto. Sólo por una vez, antes de abandonar el mundo, le gustaría ser amada. Realmente amada. Por sí misma.

- Francesca. - Eso fue todo lo que dijo. Su nombre. Había dolor en su voz. Aterciopelada seducción. Magia negra.

Ella cerró los ojos contra las inesperadas lágrimas.

- No lo hagas, Gabriel. No finjas conmigo. Ya no soy humana. Conozco tus pensamientos.

- Nunca has sido humana, cielo. Quizás al borde, pero no completamente humana. Tú perteneces a mi mundo. Has hecho cosas que ningún otro ha logrado y te felicito, pero estás hecha para ser la otro mitad de mi alma. ¿Realmente crees que no te amo y honro por ti misma? ¿Qué no te conocería mejor que el buen doctor o cualquier otro humano o Cárpato para el caso? He visto el interior de tu corazón y tu mente. Debería haber estado aquí todos esos años, protegiéndote, cuidando de ti, construyendo una familia contigo. Castígame, cúlpame, me lo merezco, pero no creas que no puedes ser o no serás amada por ti misma.

Le estaba rompiendo el corazón con la sinceridad de sus palabras. No podía tocar su mente, si lo hacía perdería la compostura. Había pasado por tanto... descubrir que estaba vivo, su intercambio de sangre, el que le hubiera arrebatado el sol para siempre, la impactante experiencia de hacer el amor con él, la terrible ordalía de los dos pacientes en el hospital. Brice. Thompson. Todo.

Él se movió entonces. Se deslizó. Era poder y coordinación combinados, tan fluido que la dejó sin aliento. Se movía como un animal, un gran lobo acechando silenciosamente a su presa. Cerró los ojos cuando la mano de él se enredó alrededor de su nuca. Exquisitamente gentil. Posesivo.

- No estoy intentando asumir el control de tu vida, solo deseo compartirla. Pido una oportunidad. Solo eso. Una oportunidad. No tenías planeado terminar tu vida hasta dentro de varios años. Comparte esos años conmigo. Déjame intentar compensar el agravio que te hice.

- No me compadezcas, Gabriel. No podría soportar que me compadecieras. He tenido una buena vida, notable en realidad, pero una mujer de nuestra especie. – Realizó un pequeño movimiento de retirada.

La mano de él se apretó más alrededor de su nuca.

- Eres una mujer hermosa, Francesca, con muchos talentos. No hay compasión. En cualquier caso, no necesitamos discutirlo ahora mismo. Has tenido que hacer frente a demasiadas situaciones difíciles últimamente. La última cosa que necesitas es preocuparte por lo que siente por ti un desconocido y si tienes o no una deuda con él. - Su mano se movió gentilmente sobre los sedosos mechones de pelo en una pequeña caricia. - Sé que eso es lo que soy para ti ahora mismo: un desconocido. Dame la oportunidad de convertirme en tu amigo.

El toque de su mano envió un remolino de calor en espiral que la atravesó. Quizás fue el hecho de que comprendiera que necesitaba espacio y ella le importara lo suficiente como para dárselo.

- Creo que eso podría ser una buena idea. - Replicó. Le sonaron campañas de alarma en la cabeza. Era demasiado guapo, demasiado cortés. Demasiado todo. ¿Cómo se las había arreglado para robarle el corazón después de todo? Estaba cansada y quería irse a casa.

Gabriel suprimió una súbita oleada de triunfo, avergonzado de sentirla. Le sonrió, un relámpago de dientes blancos que suavizó la dura línea de su boca.

- No me has respondido. ¿Estás dispuesta a apostar?

Ella asintió, desesperada por cambiar de tema.

- Bien, apostaré contigo, pero sólo porque nunca has oído hablar del auténtico poder femenino. - Esta vez cuando se alejó, él le permitió retroceder. Francesca evitó mirarle cuidadosamente, concentrándose en vez de eso en la superficie del lago y su piedra. Con un

rápido movimiento de muñeca envió la piedra deslizándose a través del lago. Diez salpicaduras exactamente. No pudo evitar sonreír triunfante hacia Gabriel. Él se tomó su tiempo para encontrar la piedra perfecta. La enorme mano le ocultaba la forma exacta.

- ¿Tengo que salpicar once veces para ganar?

Ella asintió solemnemente.

- Absolutamente.

Él sonrió de nuevo. Esta vez fue definitivamente la sonrisa de un depredador. Maliciosa. Sexy. Demasiado tentadora. Francesca alzó la barbilla y se obligó a mirada fascinada a alejarse de ese cuerpo perfecto y dirigirse en cambio hacia el brillo de la superficie del lago. ¿Por qué tenía que parecer tan endiabladamente masculino? Su cuerpo estaba bien musculazo y duro, parecía demasiado bueno para ser cierto.

- Estoy esperando. - Dijo ella, demasiado consciente de lo cerca estaba de él. De cómo olía. De su sabor. Quiso gemir pero en vez de eso, miró decididamente hacia el agua, fingiendo que no estaba en lo mínimo afectada por su proximidad. La roca escapó de la mano de él tan rápido que oyó el zumbido cruzando el aire. Cruzó la superficie salto tras salto como una rana saltando por el agua. Siguió y siguió hasta que cruzó el lago y salió por la orilla opuesta.

- Bien. - Murmuró suavemente, con una burla masculina en su voz. - Yo diría que eso lo ha superado. Veintidós salpicaduras hasta el otro lado. - Sonaba muy complacido. - Creo que eres mi esclava y me cepillarás el pelo cada alzamiento.

Francesca sacudió la cabeza.

- Lo que yo creo, es que amañaste la apuesta. Hiciste algo para ganar.

- Eso se llama práctica. He pasado mucho tiempo lanzando piedras a un lago.

Francesca rió suavemente.

- Estás mintiendo, Gabriel. No creo que hayas lanzado una piedra en toda tu vida hasta ahora. Has hecho trampa.

- ¿Tú crees? - Preguntó él inocentemente. Demasiado inocentemente.

- Sabes que si. Sólo para ganar una estúpida apuesta. No puedo creerlo.

Él extendió la mano para colocarle un mechón de pelo tras la oreja, haciendo que su corazón saltara salvajemente.

- No fue sólo una estúpida apuesta, cielo, fue la forma de conseguir que me cepillaras el pelo. Nadie ha hecho tal cosa por mí y creo que necesito desesperadamente atención. - Se frotó el puente de la nariz de nuevo y le sonrió casi como un muchacho. –Una vez le pedí a Lucian que lo hiciera y me amenazó con golpearme hasta hacerme papilla. - Encogió sus amplios hombros. - Algunas cosas simplemente no merecen la pena, ya sabes.

- Estás loco. - Decidió Francesca, pero se estaba riendo, incapaz de contenerse. - Bien, te cepillaré el pelo. - Concedió, sus dedos ansiaban enterrarse entre las sedosas hebras. No dejó de ser consciente de que estaba más que de acuerdo con cepillarle el pelo. Se pasaría los días con ella en la cámara de sueño. Se retirarían juntos.

Gabriel era muy consciente de ese hecho. Estaba haciendo progresos.

- ¿Que vamos a hacer con esa pequeña damita nuestra, Francesca? La señorita Skyler. Podemos garantizar que su mente sane, pero no podemos eliminar todas las cicatrices a menos que borremos sus recuerdos. Podríamos suavizar el impacto de esos recuerdos en el mejor de los casos. Podemos darle educación, ropa, todo lo que necesita, apoyo emocional, pero no podemos estar allí durante ciertas horas del día. ¿Has considerado que lo que tendremos que hacer para cubrir esas horas?

Francesca extendió la mano hacia atrás hasta el pasamanos, intentando subirse a él. Las enormes manos de Gabriel se extendieron por su cintura y la elevaron sin esfuerzo, sentándola sobre la estructura. La asombraba que él supiera lo que deseaba casi antes que ella misma. La idea era a la vez hilarante y aterradora. No había compartido sus pensamientos, su mente, más que consigo misma desde hacía mucho, había olvidado como era. Tentación. Le susurraba, tirando de las fibras sensibles de su corazón.

- Lo sé. Sé que fue impulsivo por mi parte prometer que estaría allí para ella, pero para ser honesta, había sido capaz de caminar bajo el sol durante algunos años y no recordaba que ya no podía hacerlo. No puedo soportar la idea de enviar a Skyler a algún lugar donde no le darán amor y afecto. Ella necesita eso, el apoyo que debería haber tenido. He compartido su vida. - Levantó la mirada hasta él con repentino asombro, con comprensión. - Los dos lo hicimos. Sé que puedo darle el amor que necesita. ¿Y tú?

Gabriel asintió lentamente.

- Es una niña, Francesca. No podemos hacer otra cosa que ofrecerle nuestro amor y protección. Nadie más la entenderá o entenderá la enormidad de lo que ha sufrido. No creo que podamos entregarla a otros.

Francesca dejó escapar el aliento con un suspiro de alivio. No había notado que lo contenía, esperando su respuesta.

- Estamos los dos de acuerdo. Ahora sólo tenemos que pensar qué hacer con ella.

El encogió sus poderosos hombros.

- Es tu mente está la idea que de tu abogado se ocupe de las acciones legales necesarias para conseguir su custodia. La llevaremos a casa con nosotros. Será necesario encontrar a alguien que nos ayude a cuidar de ella. Me parece recordar que había una familia en nuestra tierra natal que tenía humanos que cuidaban de su casa. Los humanos eran excepcionalmente leales a ellos. Fue hace varios siglos. Quizás valdría la pena buscarlos. He estado pensando en varias cosas que tienes en el ordenador y este parece ser un uso posible para semejante máquina.

Francesca oyó su propia risa. Despreocupada. Feliz. La sobresaltó.

- Sólo quieres una excusa para utilizar el ordenador. Un tecnoadicto, eso es lo que eres.

Él le sonrió.

- Tienes que admitirlo, es una buena idea. Debe haber alguno entre los nuestros que recuerde a esta familia y pueda decirnos qué ha sido de ellos. Si no, siempre podemos tomar la sangre de sirvientes humanos y darles órdenes a voluntad. No es la forma en que preferiría proceder, pero es una posibilidad viable. Podemos ofrecer protección a cambio.

Gabriel había estado apoyado contra el pasamanos a su lado. Ahora se enderezó lentamente, estirándose como un felino perezoso. No hubo en realidad un cambio en su expresión, aún así al instante Francesca se encontró temblando de miedo. Algo en él había cambiado completamente. Colocó las manos en su cintura y la levantó colocándola en el puente.

Estamos siendo observados, cielo. No es Lucian, y estoy más que agradecido por ello.

El no-muerto está aquí. Declaró ella. Ahora lo sentía, la asquerosa maldad se extendía como una horrenda mancha cruzando el aire. *¿Qué podemos hacer?* Siempre se las había arreglado para esconder su presencia de los crueles asesinos. Ahora estaba al descubierto y eso la asustaba. Había visto la evidencia de su depravación y la enfermaba.

Lo primero es ponerte a salvo. Era una mujer de los Cárpatos. Serás su objetivo. Tenía una mano en la nuca de ella, aliviando la tensión. Se inclinaba sobre ella protectoramente, como un amante, su boca muy cerca de la de ella.

Francesca sabía que era todo teatro, pero aún así la hacía sentirse apreciada. Tuvo el súbito deseo salvaje de aferrarse a él, a su fuerza y tranquilidad. El vampiro no le había perturbado de ninguna forma. Gabriel exudaba completa confianza en su habilidad para destruir a la criatura. *Le arrastraré a campo abierto. Cuando lo haga, espera hasta que esté seguro de que hay solo uno. Cuando lo sepa, te avisaré. Te disolverán en moléculas muy diminutas, indetectables para cualquiera excepto el mejor de nuestros cazadores. Ve a la casa y coloca salvaguardas. Permaneceré contigo en una mente fundida a menos que deba romper el contacto para matar. No intentes tocar mi mente a menos que estés en peligro. No hay necesidad de que experimentes tal molestia.* Su boca rozó la de ella. Suave terciopelo. Encontró la comisura de su boca y se demoró sólo un momento como si estuviera saboreando la sensación y el sabor de ella.

Francesca se recordó a sí misma que era todo teatro. Su cuerpo no tenía necesidad de estallar en llamar y su corazón no necesitaba sobresaltarse tan traicioneramente. *Dime qué puedo hacer para ayudarte. No quiero dejarte solo para luchar con esta cosa.*

Él rió suavemente, su cálido aliento le sopló el pelo de la vulnerable línea del cuello. Le enorgullecía que ella se ofreciera cuando podía sentir su miedo. No pudo evitarlo, sabía que se estaba aprovechando de la situación, usándola de excusa para tocarla, para besarla, avanzando centímetro a centímetro hacia su reclamo sobre ella. Se dijo a sí mismo que debía tomárselo con calma, que no debía empujarla tanto. Si no fuera tan besable, eso haría su plan mucho más fácil. Un ataque por la espalda. Rodearla, moverse y asumir el control antes de que comprendiera lo que estaba ocurriendo.

Soy un cazador antiguo, corazón. No tendré problemas para despachar a esta basura. La besó en la frente, infinitamente gentil, y a regañadientes la soltó.

Gabriel se volvió y se alejó de ella hasta llegar el final de puente. Levantó la mirada hacia el cielo.

- Sal, pequeño. Sal y enfrenta a aquel al que has desafiado tan abiertamente. - Su voz fue tan suave, gentil, y firme, se le metía a uno en la cabeza y empujaba y empujaba hasta que quedaba un único recurso. La obediencia. Gabriel se movió aún más lejos de Francesca, hacia la zona cubierta de hierba. - Has venido a reclamarme la justicia de nuestra gente, impío, y no puedo hacer más que complacerte. Ven a mí.

Francesca no podía apartar sus ojos del guerrero ancestral. Permanecía en pie alto, con los hombros firmes, con el pelo flotando con la liguera brisa. Su cara severa pero gentil. Parecía relajado, aunque daba la impresión de inmenso poder. Su voz era hipnotizadora, sus gestos confiados. Parecía invencible. La criatura se arrastró hacia adelante, luchando a cada paso del camino, gruñendo y escupiendo, siseando con odio. Nunca había visto a un vampiro tan de cerca y era horrendo. Tenía los ojos hundidos y enrojecidos. Los dientes estaban podridos, dentados y manchados de un color oscuro. Su carne parecía colgar como si no encajara lo suficiente sobre los huesos.

Más que su apariencia, fue el odio astuto y malicioso de la repulsiva criatura lo que la aterrorizó. Francesca, con lo lejos que estaba de él, todavía podía sentir el hedor de depravación que le rodeaba. Se obligó a mirar a la criatura, a sentir su maldad. Era importante comprender lo que Gabriel había afrontado su vida entera. Este monstruo. ¿Cuántos de ellos? ¿Con qué frecuencia? ¿A cuántos había conocido personalmente, crecido con ellos antes de que se hubieran convertido? Había pensado que su vida había sido difícil y solitaria, aunque ahora mirando al no-muerto, comenzó a comprender que la de él debía haber sido igual.

Todos esos siglos en los que ella le había visto como un héroe, un reverenciado y legendario protector de inmortales y mortales por igual. Ahora le reconoció solo por lo que era, un cazador consumado. Su propia gente había temido su poder y habilidades. Los hombres se habían mantenido lejos de él, temiendo que tarde o temprano tuviera que cazarlos y destruirlos. Nunca pudo permitirse tener amigos. Peor aún, su amado hermano se había convertido en vampiro y Gabriel se había visto obligado a perseguirle, luchar con él una y otra vez durante siglos.

Puedo ayudar.

Puedes hacer lo que te he dicho. Estoy más en peligro teniendo que preocuparme de protegerte. Buscará utilizarte. Cuando comprenda que no puede derrotarme, intentará destruirte en represalia. Le envió una oleada de calidez. *Gracias, Francesca. Pronto me reuniré contigo en casa.*

Gabriel volvió su atención al vampiro, que, libre del hechizo de su voz, estaba empezando a acecharle. Gabriel sonrió, con dientes inmaculadamente blancos.

- Veo que estás ansioso por que tu sentencia sea ejecutada. Soy de sangre ancestral, un auténtico defensor de nuestra gente. Soy Gabriel. Me conoces, has crecido con las historias de mis cruzadas. No hay forma de derrotar a alguien como yo. Ven, acepta tu sentencia tranquilamente, con dignidad, en recuerdo del gran Cárpato que fuiste una vez.

El vampiro siseó de nuevo, saltaron llamas en sus ojos rojos, sus pies le arrastraron incluso más cerca a pesar de su resolución de atacar, por cuenta propia. El sonido de la voz de Gabriel era tan puro y auténtico que le causaba auténtico dolor. No podía enfrentar esa voz más de lo que podría haber mirado su propio reflejo en el espejo. No podía ignorar la compulsión entretejida en las notas de la voz; no tenía más elección que acercarse aún más al cazador. Las palabras minaron su confianza en sus propias habilidades para luchar y destruir. ¿Quién podría derrotar a semejante cazador? ¿Cuántos otros habían caído antes que él ante este guerrero que había vivido siglos?

El vampiro sacudió la cabeza con fuerza, canturreando en su mente en un intento de contrarrestar el hechizo con el que el cazador le había atrapado. Ni importaba cuanto lo intentara romper, sus pies continuaban avanzando. La terrible voz continuó, baja, pura y muy amable.

- No eres capaz de desafiarme. Te prohíbo cambiar de forma. Vendrás a mí y recibirás la justicia de nuestro auténtico Príncipe.

Gabriel no se movió, ni un paso. Permaneció tranquilamente, con las manos a los lados, la cara sin emoción. Ni rabia. Ni remordimientos. Sólo sus ojos estaban vivos, ardiendo con intensidad. Implacables. Despiadados. Los ojos vigilantes de un depredador. Brillaban amenazadores, con ferocidad. Aún así, el vampiro no podía detener su aproximación. Ahora se sacudía, sus piernas avanzaban mientras él se agitaba y luchaban por dejar de moverse hacia adelante, para evitar obedecer a esa voz suave y gentil. La voz de la muerte. Seguía y seguía. Suave y persuasiva, persistente, compeledora.

Francesca sabía que debía obedecer a Gabriel. Disolverse en una fina niebla, y alejarse de los combatientes. Nunca había visto nada tan aterrador como el vampiro. Exudaba maldad, aunque Gabriel mantenía la calma, alto y erguido, increíblemente hermoso en su luz y verdad. Ella le vio como un ángel con una espada, un oscuro guardián de la puerta, defensor de aquellos menos poderosos. La dejaba sin aliento. Y se sintió verdaderamente orgullosa de él. Orgullosa de su decisión de hacer el sacrificio que había hecho.

El vampiro hizo lo que pudo por evaporarse, se encontró con que no podía. Era como si sus células y tejidos ya no respondieran a sus órdenes. El cazador de algún modo se las había arreglado para hechizarle, atraparle con su voz para que su cuerpo de carne y hueso sólo respondiera a la pureza de esas notas, de este tono perfecto.

Furiosa, la criatura volvió su horrenda cara de nuevo hacia Gabriel, su cabeza se balanceó hacia adelante y atrás como la de un reptil, sus ojos brillaban de furia. Un largo y lento silbido escapó de entre sus dientes afilados y rotos. Sobre la cabeza de Gabriel crujió amenazadoramente una enorme rama de árbol y cayó a tierra.

Francesca sintió que su corazón se cerraba dolorosamente, el aire se le atascó en los pulmones, pero Gabriel simplemente levantó una mano hacia la rama y la apartó de él, echándola a un lado a una buena distancia de donde permanecía tan tranquilamente en pie.

- Eres joven para haber escogido semejante camino. Uno pierde su alma a causa de la edad y la debilidad, pero tú has hecho tu elección demasiado pronto. ¿Por qué?

- La única oportunidad de salvación que tiene cualquiera de nosotros es conseguir una mujer. El Príncipe ha elegido a sus favoritos para entregarles las mujeres. No hay esperanzas para el resto de nosotros a menos que tomemos una por nosotros mismos. - El no-muerto rindiéndose dejó caer su mano a un lado para ver si podía cambiar de forma si se concentraba en una zona de su cuerpo. En brazo ondeó la piel, sus uñas se alargaron.

Hubo una ráfaga de viento inesperado, que rizó la superficie del lago. El viento golpeó a la criatura de lleno en el pecho, dándole un profundo y pesado golpe más oído que sentido. El vampiro parpadeó y miró hacia Gabriel, que estaba de pie justo delante de él, su brazo se extendía en toda su longitud. La sorpresa se extendió por la cara del no-muerto. Bajó la mirada, preguntándose por que no podía ver la mano al final del brazo de Gabriel. Estaba enterrada profundamente en la pared de su pecho.

Hubo un ruido de succión cuando Gabriel extrajo el corazón del vampiro, dando un paso para apartarse al mismo tiempo. El vampiro gritó y gritó, un sonido horrendo. La sangre

corrupta salpicó el aire como un geiser. La criatura se extendió hacia el cazador mientras caía, su cuerpo se derrumbó impotentemente. Sobre sus cabezas un relámpago se arqueó de nube en nube, golpeando la tierra con una veta blanco azulada de pura energía. Incineró el corazón incluso mientras bañaba las manos del cazador limpiando la sangre envenenada.

Los movimientos de Gabriel eran gráciles y fluidos, rebelando poder y coordinación como los de un bailarín, un guerrero. Levantó la cabeza una vez más y dirigió el rayo hasta el cuerpo de la desventurada criatura. Lo convirtió en cenizas al momento, desintegrándolo ante sus ojos.

Se giró entonces lentamente, una solitaria figura contra el cielo nocturno, con la cara entre sombras mientras miraba hacia el punto donde permanecía Francesca. Ella brilló hasta alcanzar una forma sólida, con sus enormes ojos fijos en él.

- ¿Estás bien? - Se movió rápido, un simple borrón mientras se acercaba a él. Su mano encontró la de él, sus dedos se entrelazaron.

Al instante Gabriel sintió paz, profundamente en el interior de su alma torturada. Tenía un poder sanador, probablemente como ningún otro que hubiera experimentado nunca. Había tomado otra vida, una de tantas. Gabriel había dedicado lo que le quedaba de vida a cazar a su gemelo. Durante años había cazado a Lucian casi exclusivamente, sólo raramente se detenía a destruir a algún no-muerto con el que se cruzaba. Hacía años de eso y era la primera muerte que había llevado a cabo desde que había encontrado a su compañera. Sentía emoción. No culpa exactamente. Aceptaba su tarea como una sagrada responsabilidad. Pero arrebatar una vida delante de alguien como Francesca le molestaba. Ella era tan pura, tan compasiva, tan buena. Había estado curando durante todos los siglos en los que él había estado destruyendo.

Gabriel evitó sus enormes ojos negros, la inocencia plasmada allí. Sin emociones, era mucho más fácil enfrentar a los que le rodeaban, a los que le temían. Estaba acostumbrado a los murmullos, a la forma en que la gente se apartaba de su camino. Estaba acostumbrado al miedo en sus mentes y corazones. Él era necesario, pero nunca aceptado.

La pequeña mano de ella se movió hacia arriba por su brazo, un gesto curiosamente íntimo que le dejó débil y cálido por dentro. Se le metía dentro. Abriéndose paso hasta las profundidades de su alma misma. No estaba preparado para esto. Solo ahora sabía lo que era una compañera. Lo importante que era. Intelectualmente había sabido que las mujeres de los Cárpatos eran a luz de la oscuridad de sus hombres. Había aceptado a Francesca y lo que debía ser entre ellos. Su unión no solo significaba la continuación de la supervivencia de él, sino que también garantizaba que no se uniría a Lucian en las filas de los no-muertos.

Sólo por eso tenía que respetar a Francesca. Deseaba a Francesca. No estaba para nada preparado para los celos que le hacían difícil no despachar a Brice de un manotazo. No estaba para nada preparado para las salvajes demandas que su cuerpo le hacía cuando estaba cerca de ella. Más que nada, no estaba preparado por que su corazón se derritiera cuando ella estaba triste o herida o se sentía cansada. No había contado con como reaccionaría a ella en absoluto. Deseaba oír su voz todo el tiempo, observar su sonrisa, ver la forma en que le iluminaba la cara, sus ojos tan suaves y derretidos, tan hermosos. Pensaba demasiado en ella.

- Gabriel. - La voz de Francesca susurró sobre él como una suave brisa de verano. Al momento él sintió que el sudor bañaba su cuerpo en reacción. - Me pedirse que abandonara este lugar y debí hacerlo, pero por favor no te sientas avergonzado por haber realizado un trabajo tan importante en mi presencia. Crees que tu talento es menor que el mío.

- Tú salvas vidas, yo las destruyo. - Solo el toque de los dedos de ella le parecía un milagro. Su esencia, limpia, fresca y femenina. Nunca había reparado antes algo parecido en las mujeres. La forma en que olían; aunque ahora ella llenaba sus pulmones y deseaba tenerla siempre allí. - No estoy seguro de que matar se considere un talento.

- El no-muerto ya no está vivo. Ya lo sabes. Han elegido perder lo que los hace seguir vivos. Los vampiros son monstruos sin igual, despiadados, viven sólo para la depravación y el ansia matar. Sin ti para permanecer en guardia, Gabriel, no habría forma de ocultar la existencia de nuestra gente. Incluso ahora, una pequeña minoría de humanos odian la idea

misma de nuestra existencia. Tienen una sociedad; profesionales y otros, que nos cazan para matarnos. Me parece que sin ti, nuestra gente hace mucho que habría sido cazada hasta la extinción.

Una sonrisa pequeña y complacida se le escapó a Gabriel antes de poder detenerla. Había algo en ella. No le cabían dudas de por qué Brice la deseaba. No era porque fuera una sanadora, como Brice. No era por su belleza de mujer de los Cárpatos que atraía a los hombres. Era por el paquete entero. Francesca. *Su* Francesca.

- Me concedes mucho crédito. - Respondió suavemente. - Te lo agradezco. Gracias por facilitar una situación difícil. No esperaba sentirme de esta forma. - Le lanzó otra sonrisa. - Estas emociones son difíciles de controlar.

Ella levantó la cabeza para mirarle. Debería ser declarado pecado tener ese aspecto. Hacía que le bailaran mariposas en el estómago, haciendo que su corazón se sobresaltara en los momentos más inesperados. Sus ojos podían crear una tormenta de fuego en ella sólo con una ardiente mirada. Podía conmover a una mujer, cualquier mujer, a veinte pasos. Francesca se aclaró la garganta, intentando con fuerza no ruborizarse, recordando de repente que él era más que probablemente una sombra de su mente, leyendo sus pensamientos más íntimos.

- Deberíamos irnos a casa.

- ¿Quieres caminar o prefieres volar? - Lo preguntó amablemente, no deseaba influenciar su decisión en uno y otro sentido. Ella siempre elegía el modo humano. Habría permitido que el monstruso padre de Skyler la golpeara sólo para preservar su estilo de vida. Su imagen. Él deseaba que aceptara que era una Cárpato. Totalmente Cárpato. Era demasiado pronto para eso, lo sabía, pero una señal de que se estaba debilitándose sólo un poco le daría esperanzas.

Francesca entrelazó los dedos de ambos una vez más.

- Tenemos bastante tiempo antes de que salga el sol. Quizás deberíamos pasear y discutir algo más lo que vamos a hacer con Skyler.

6

Francesca evitó sus ojos mientras paseaban por las calles vacías cogidos de la mano. Él era tan intensament masculino, sus movimientos tan fluidos. Se encontró deseando acariciar las ondas de su pelo, suavizar las líneas de su cara. Su boca era tan perfecta. Le miró por el rabillo del ojo. Le picaban los labios, suavizados, doloridos, deseando sentir los de él.

Era el sonido de su voz cuando le hablaba, suave, sexy, un íntimo pecado.

Gabriel le lanzó una sonrisa y Francesca sintió una respuesta instantánea. Se rozó contra ella mientras caminaban, el más liguero de los movimientos, aunque hizo que su corazón martilleara y envió diminutas lenguas de fuego a recorrer su piel. Las palmas de las manos le ardían por sentir los duros músculos de ese cuerpo, por recorrer con las manos el pecho, el estómago. Bajó la mirada hacia la tela estirada que le apretaba. Se moría por rozar y acariciar, por deslizar la boca sobre él sólo por ver su reacción. Por oír su gemido.

No podía pensar en nada más. Sus pechos dolían y entre las piernas se recogía un ardiente líquido invitador. Sentía las ropas incómodas, demasiado apretadas. Se preguntó que haría él si de repente se arrancaba la blusa y le ofrecía sus pechos allí mismo, en la calle. Todo lo que podía pensar era en Gabriel. Su cuerpo duro, sus manos mientras se movía sobre su piel. La forma en que le decía las cosas más hermosas. La forma en que deseaba ayudar a una joven desconocida que no sabía lo que se suponía que tenía que ser el amor. La forma en que se había colocado delante de su cuerpo, escudándola antes de que un hombre brutal

pudiera golpearla. Todo en él era extraordinario y se vio consumida por la súbita necesidad de abrazarle, tocarle, besar cada centímetro de él.

Una tienda apareció ante ellos, desierta ahora, muchas horas después de terminada la jornada laboral.

- Mi amiga es la propietaria de esta tienda. Me dio una llave y el código de la alarma. Yo me ocupo del inventario por ella y ella se encarga de mi contabilidad. - Su voz fue ronca, sexy, una invitación patente. - Podemos entrar y buscar algunas cosas necesarias para Skyler. - Su mano temblaba al girar la llave en la cerradura.

Gabriel la estudió intensamente con sus aterciopelados ojos negros mientras ella introducía el código en el sistema de alarma. La tienda estaba oscura, desierta. El silencio se veía roto sólo por sus trabajosas respiraciones. Ella se volvió hacia él, su mano le acarició la cara. Encontró su pelo infaliblemente, sus dedos trazaron surcos entre los espesos mechones.

Un suave sonido escapó de la garganta de él.

- Francesca, tienes que detenerte antes de que no haya vuelta atrás. No soy ningún ángel, como con frecuencia persistes en pensar. Puedo leer cada uno de tus pensamientos y lo que estás haciendo a mi cuerpo no es nada menos que un pecado.

Sus pulgares rozaron con una caricia la mandíbula de ella, trazando el contorno de sus labios.

- ¿De verdad? - Las manos de ella tiraron de la camisa de Gabriel hasta que la liberó de los pantalones.

Inmediatamente sus palmas se deslizaron por el pecho desnudo, sus dedos se extendieron ampliamente para tomar tanta piel como pudieran. Trazó cada músculo bien definido, dolorida por él. - Siempre he pensado que pecar podría ser una experiencia interesante. - Había una invitación en su voz. Pura seducción.

Las manos de él se le enterraron en el pelo, tirando de la cabeza hacia atrás para que sus ojos brillantes pudieran recorrerle la cara.

- Estoy hambriento de ti, Francesca, hambriento. No puedes tocarme con tu mente y tu cuerpo y no esperar que reaccione. Es como un crudo anhelo en mi sangre y sé que está ahí para siempre. ¿Sabes cuantas veces he soñado contigo? ¿Cuántas veces me desperté en la noche solo, sin ti?

- Igual que yo. - Dijo ella suavemente, sus ojos le mantuvieron la mirada firmeza. No se sobresaltó por la cruda pasión concentrada de la mirada de él. - Gabriel. - Susurró su nombre, inclinándose hacia adelante para presionar sus labios contra los de él. Su boca formó remolinos de calor en el pulso de él. - Hablas demasiado cuando yo necesito acción. - Levantó la cabeza para que viera que sus ojos negros se rían de él. - Sabes hacerlo, ¿verdad? Mi ropa es pesada y estorba. - Añadió mientras se inclinaba hacia adelante para golpear el pezón plano de él con la lengua. Se puso de puntillas para presionar sus pechos turgentes firmemente contra el pecho.

Gabriel no podía soportar siquiera que el más fino de los materiales separara sus cuerpos. Se sacó la blusa por los hombros, tirándola a un lado en el calor del momento. Las palmas de sus manos se deslizaron gentilmente sobre la piel desnuda, trazando la delicada línea de sus huesos, la curva de sus pechos. El aliento escapó de sus pulmones en un largo soplo cuando acunó el suave peso con sus manos, sus pulgares acariciaron los pezones.

La tienda estaba en silencio, los maniquís observaban con sus ojos en blanco a través de las perchas de ropa. Gabriel tiró de ella hasta lo más profundo del interior de la habitación, lejos de las ventanas, entre las sombras, donde podían tener privacidad ante cualquiera que pasara por la calle.

El calor y hambre del ritual de emparejamiento Cárpato estaba sobre él, provocado por los eróticos pensamientos de su compañera. Era hermosa, por dentro y por fuera. Era excitante y provocador saber que ella le deseaba tanto, que sabía exactamente lo que quería y exigía de él.

Su compañera. Francesca celebraba su derecho a tocar ese cuerpo, de ser capaz de atraerle a una tormenta de fuego de deseo haciendo que ardiera por ella del mismo modo que ella ardía por él.

Él toque de él sobre su piel desnuda era tormento y placer. Cuando lentamente él inclinó su oscura cabeza para encontrar el pecho con el calor de una boca húmeda, tembló con una urgencia que nunca antes había conocido. Sus dedos le aplastaron el pelo, abrazándolo a ella.

- Es casi demasiado, Gabriel. No sé si puedo soportarlo.

Las manos de él le enmarcaba el cuerpo, echaban a un lado las ropas con sus palmas y los dedos se demoraban y saborearon, rozando y acariciando.

- Si puedes, estás hecha para esto. - Susurró suavemente. Inclinó la cabeza más abajo para lamer el estómago plano. - Estás hecha para mí. - Fácilmente la levantó hasta lo alto del mostrador, sentándola en el borde. - Estás hecha para estas largas noches, Francesca, largas noches perezosas de hacer el amor. - Sus manos le acariciaban las caderas, y él presionó las palmas de las manos sobre su húmedo y ardiente centro, sonriendo cuando ella se tensó y estremeció de placer. Inclinó la cabeza aún más abajo a fin de que su sedoso pelo rozara los muslos sensibilizados y un gemido suave escapó de la garganta de ella.

Francesca gritó al primer toque de su cálido aliento, al primer roce de su lengua.

¿Sabes a qué sabes? Hizo la pregunta suavemente, íntimamente, en la mente de ella. Su voz abrasó el interior de su mente al igual su lengua abrazaba el centro de su cuerpo. Podía sentir como su cuerpo se tensaba más y más, el placer ganaba en fuerza e intensidad haciendo que la liberación se apresurara a dominarla con tal poder que sólo pudo aferrar el pelo de él mientras oleada tras oleada la abrumaba.

- Gabriel. - Pronunció su nombre, respiró su nombre, tirando de la masculina esencia de él hasta el interior de sus pulmones. - Gabriel.

- Sólo estamos empezando, preciosa. - Respondió él suavemente, alzando la cabeza para sonreírle.

Era tan guapo, tan perfecto para ella, Francesca podía sentir las lágrimas ardiendo en su garganta. Aquí en la noche, la noche que llamaba a algo salvaje en ellos, él la atrapaba con sus ojos ardientes de deseo. Ardiente. Urgente. Exigente. Había esperado tanto para que esos ojos la miraran así.

Y entonces él robó la cordura de su mente, reemplazándola por frenética pasión. Francesca no podía pensar más que en tener su cuerpo enterrado profundamente en su interior. Una vez más las manos de él empujaban contra su sensible centro, y después lentamente insertó el dedo, todo el tiempo estudiándole la cara, observando el placer que la bañaba mientras su apretada vaina se cerraba alrededor de él.

- No es suficiente. - Había una sonrisa en su voz; inclinó la cabeza para saborearla de nuevo incluso mientras lentamente su dedo la aliviaba. Dos dedos entraron en ella, empujando profundamente hasta hacerla jadear de placer. - Y esto no es suficiente. - Había pura satisfacción masculina en su voz, en su cara.

Ella podía sentirlo de nuevo, la ardiente presión, lava fundida recogiéndose más y más hasta que su cuerpo entero estuvo en peligro de implosionar. Él empujó dentro de ella, acariciando, rozando, su lengua retozando y danzando.

- Esto es lo que quiero, cielo, más, siéntelo por mí. Quiero verlo en tu cara, quiero saber como lo sientes también. - Su voz atenuada, se volvió ronca. - Por mi, mi amor, simplemente déjate llevar.

Con un grito sofocado se dejó caer por el precipicio, su cuerpo se tensó y subió vertiginosamente fuera de control. La boca de él aumentó el efecto, llevándola a un orgasmo interminable que parecía continuar para siempre y aún así no ser suficiente. Cerró los ojos y se permitió entregarse a la pura sensación, la belleza de las manos y lengua de él en su cuerpo haciéndole cosas lentas y despiadadas que sólo la hacían arder aún más. Ahora contorsionaba, sus caderas estaban demasiado incapaces como para permanecer inmóviles bajo el asalto a sus sentidos. Entonces añadió su mente, empujando profundamente hasta el interior de la de ella, mostrándole las cosas que deseaba hacer antes de hacerlas, para que así

ella pudiera sentir su propio cuerpo a través de la mente de él, el sedoso calor, los músculos firmes y tensos.

Francesca podía sentir el deseo que dominaba a Gabriel, la forma en que el cuerpo de él adía y se doloría, endureciéndose hasta el extremo del dolor. Sus manos se estaban volviendo más rudas, más exigentes, y ella celebró la idea de su pérdida de control.

- Te quiero dentro de mí, Gabriel. - Murmuró suavemente, con exigencia. - Quiero tu cuerpo en el mío. No quiero que me trates como si pudiera romperme. - Lo dijo deliberadamente, sabiendo lo que eso haría al cuerpo de él, sabiendo que se vería atrapado en la misma tormenta de fuego en la que ella estaba inmersa.

Miró más allá de él hasta el banco de espejos, vio la perfecta forma masculina de su cuerpo, los músculos marcados, el largo y brillante pelo, y su cuerpo se fragmentó de nuevo, una explosión de tal fuerza que la lanzó, la sacudió, haciéndola gritar con su furia.

- Gabriel, ahora, ahora mismo.

- Sobre el suelo, donde pueda profundizar, quiere estar tan profundamente dentro de ti, nunca le librarás de mi. - La admisión le desgarró cuando tiró de ella bajándola del mostrador y la tendió en la gruesa alfombra. La siguió, necesitándola tanto que estaba grueso, duro y dolorido de deseo.

Francesca levantó las caderas para encontrarse con él cuando le lanzó hacia adelante, penetrándola, llenándola, su cuerpo resbaladizo, mojado y caliente, enredándose alrededor de su erección. A ella se le escapó el aliento; él abandonó su propio cuerpo. El ansia era adictiva y completa. Gabriel le cogió las caderas con las manos, y emprendió un ritmo, utilizando duras y seguras estocadas que le introdujeron más y más profundamente en busca del alma de ella.

Francesca volvió la cabeza para mirar el reflejo de ambos en el espejo, para ver la belleza de sus cuerpos uniéndose en perfecta armonía. La cara de él estaba tallada por el esfuerzo, el éxtasis, con total concentración. Sabía o que él deseaba antes de que lo hiciera, hizo algunos pequeños ajustes en su cuerpo para que él pudiera penetrar aún más profundo, llenarla hasta que ambos jadearon de placer. Alzó la cabeza, observándole intensamente mientras le daba un golpecito con la lengua en el pecho, lamiendo una gota de humedad. Las manos de él se apretaron, el cuerpo se tensó. Sus dientes le mordisquearon, raspando una caricia sobre la piel.

Gabriel echó hacia atrás la cabeza, su pelo largo se extendió en un sedoso halo durante un momento. Su cuerpo tomó el de ella, más duro y más rápido, una y otra vez, tensándola hasta que pensó que ambos estallarían perdiendo el control. Jugueteó con la lengua perezosamente.

- ¡Arderé!

La voz de él era casi imploraba, una orden, una súplica, una ronca y sensual caricia. Francesca le recompensó, hundiendo los dientes profundamente para unir ambos cuerpo, alma y mente. Un relámpago blanco se arqueó entre ellos y los hizo arder. Su cuerpo ya no le pertenecía, sino que era de él para hacer lo que fuera que necesitara, cualquier cosa que deseara. El cuerpo de él le pertenecía a ella. Un justo intercambio cuando ella estaba gritando de placer, surcando el espacio, remontando las olas del mar.

Gabriel la siguió, gritando su nombre a los cielos, ante el silencio de los maquinís, hasta un lugar innombrable de pura sensación. Francesca deslizó la lengua sobre las dos diminutas heridas, jadeando en busca de aliento, su corazón latía al mismo ritmo que el de él, sorprendida por la intensidad de su salvaje acto de amor.

Gabriel la abrazó acercándola más a él, apoyándose en una mano para evitar que su cuerpo la aplastara.

- ¿Estás bien? - Preguntó gentilmente. Le acarició el pelo con su mano libre, su oscura mirada buscó la de ella sobriamente.

- Por supuesto que estoy bien. Ha sido hermoso, más allá de las palabras. Te deseo, Gabriel. Eres tan cuidadoso conmigo. - Trazó la boca de él con la punta de un dedo. - Aprecio tu consideración, de veras, pero soy una mujer fuerte y tomo mis propias decisiones.

Librodot

No estaría tendía debajo de ti, con tu cuerpo dentro del mío, a menos que eso fuera exactamente lo que deseo.

Estaba en su mente, podía sentir su culpa, aunque él era un antiguo muy hábil. Había algo más allí, algo no podía definir.

Él inclinó la cabeza y la besó. A fondo. Completamente. Un beso que le derritió las entrañas y trajo inesperadas lágrimas a sus ojos.

- Me asombras, Francesca. Creía que nunca volvería a sorprenderme en este mundo, por nada o por nadie, pero tú eres mucho más que nada que haya conocido nunca. - La besó de nuevo, gentilmente esta vez, con calma. Reluctantemente se retiró de ella, moviéndose para ponerse fácilmente en pie. Estiró las manos hacia abajo y la levantó a ella. - El suelo debe ser duro. Creo que necesitaremos una cama la próxima vez. - Pronunció las palabras con cuidado, como si temiera que ella pensara que la presionaba.

Francesca no pudo contenerse; era bastante hilarante tener tanto poder sobre un antiguo Cárpato. Se inclinó hacia adelante y le dio un beso por propia voluntad. Lento, ardiente y claramente deseando más.

- Nunca seré capaz de volver a esta tienda sin pensar en esta noche. - Se alejó de él, limpiándose y vistiéndose a sí misma a la fácil manera de su gente. Había tremendas ventajas en ser Cárpato, cosas que había sido incapaz hacer mientras mantenía la ilusión de ser humana. Era divertido, agradable, todos esos pequeños detalles que había intentado mantener fuera de su mente.

- Buscaré unas cuantas cosas para Skyler mientras tú intentas contener el aliento. - Su burló, lanzándole una sonrisa descarada.

Él la siguió por la tienda, observándola elegir cuidadosamente ropa con la que pensaba que la jovencita se sentiría cómoda. Sabía que tenía intención de comprarle toda la última moda, pero esta primera expedición de compras era simplemente para proveer comodidad. Gabriel encontró un animal de peluche, un mullido lobo de brillantes ojos azules, e inmediatamente se sintió atraído por él.

- Quiero llevarle esto. Está diciéndome que necesita irse a casa con nosotros.

Francesca rió hacia él.

- Ese es de la fundación de Dimitri. Ahora protege lobos salvajes en Rusia y escribe libros con hermosas fotografías. Era un niño cuando tú le conociste, ¿recuerdas? Una parte de las ventas va a su fundación para los lobos. Ha salvado a muchos de nuestros hermanos lobos de una muerte temprana o captura.

- Es bueno saber que Dimitri está todavía entre nosotros. Ya de niño era diferente. Ya un solitario, mucho antes de que hubieran pasado sus días de principiante, y había un oscuro centro de violencia en él, la marca de un buen cazador, aunque con frecuencia también la marca de una temprana conversión a la oscuridad.

- Bueno, en este último siglo ha empeñado su vida a preservar a los lobos salvajes. Es un renombrado científico y su fundación es floreciente. No me sorprende que te hayas sentido atraído por sus animales de peluche. Cada uno de ellos es una obra de arte.

Gabriel desnudó sus dientes blancos hacia ella.

- Tengo buenos instintos. - Había una rica insinuación en su tono.

Francesca rió suavemente y redactó un rápido inventario de sus compras y una nota pidiendo a su amiga que enviara los artículos a su dirección a la noche siguiente. Hizo una rápida y automática comprobación de la tienda antes de conectar la alarma.

- Me gusta estar contigo, Gabriel. Vamos.

Gabriel apretó sus dedos alrededor de los de Francesca, intentando convencerse de que en la mente de ella había sido solo aceptación lo que había ocurrido entre ellos esa noche. Ella quería tiempo para ajustarse a la idea de tener un compañero pero la química entre ambos parecía saltar al más liguero contacto. Tenía intención de llevar a cabo un lento cortejo, ganarla gentilmente, no saltar sobre su cuerpo cada vez que la miraba. Las zancadas de ella no eran para nada tan largas como las de él, así que conscientemente acortó la

longitud de cada paso. Le asombraba lo bien que sentaba simplemente caminar en la noche con ella.

- Si nunca tengo oportunidad de volver a hacer esto contigo, Francesca, te agradezco este paseo. – Las palabras escaparon antes de poder censurarlas. Bajó la mirada hacia la cabeza inclinada de ella. - No quería hacerte sentir incómoda. Pero nunca había hecho esto antes. Simplemente caminar en la noche, sin apresurarse, sin ningún plan, solo dejándome llevar. Y ciertamente nunca he tenido la oportunidad de tener a una mujer hermosa a mi lado. A ti puede parecerte un placer sencillo, pero para mí es único.

Ella levantó la vista hacia él, dejando que Gabriel captara un rápido vistazo del aleteo de sus largas pestañas y después de la perfección de su perfil.

- Estoy segura de que has tenido un montón de oportunidades, Gabriel. - Era un hombre extraordinariamente guapo a su oscura y masculina manera, y sabía que atraería a las mujeres fácilmente. - No puedes hacerme creer que pasaste siglos sin... - Se interrumpió cuando él se detuvo bruscamente. Era demasiado bueno complaciéndola, demasiado bueno sabiendo exactamente lo que necesitaba.

Gabriel le cogió barbilla con la mano, obligándola a levantar la cabeza para mirarle.

- Soy un cazador, Francesca, un cazador Cárpato. No sentía pasión como tú crees. No hubo deseo por una mujer. Deseaba sentir deseo y me fundí con otros a veces para ver qué sentían aquellos humanos a los que ocasionalmente conocía. Pero nunca desee a nadie hasta que desperté de la muerte y oí tu voz. - Una débil sonrisa tocó su boca brevemente, al momento desapareció. - Las sensaciones que me produces son muy diferentes a las creadas por los humanos. Mucho más intensas y urgentes. - Dejó caer la mano lejos de ella. - Mis palabras te presionan y eso no es lo que necesitas en este momento y no quiero que sea así. En realidad quiero respetar la distancia que deseas poner entre nosotros. Tengo toda la intención de esperar hasta que estés más cómoda con nuestra relación.

Ella rió suavemente.

- Difícilmente puedes atribuirte la culpa de que hayamos hecho el amor, Gabriel. Eso fue enteramente obra mía.

Una pequeña sonrisa atravesó rápidamente la cara de él.

- No sé si puedo decir eso honestamente, pero creo que ya has tenido suficiente aventura para varios alzamientos.

- Debes aprender a decir días y noches. - Le corrigió ella amablemente. - Esta es la edad de los ordenadores. Es peligroso lo rápidamente que se puede intercambiar información. Has estado lejos mucho tiempo. Sé que asimilas información rápidamente pero la tecnología hace que sea mucho más difícil ocultar nuestra presencia al mundo. Estás acostumbrado a un mundo donde la amenaza humana era casi inexistente, pero eso ha cambiado con los ordenadores. - La mano de él rozó la de ella y sin pensarlo entrelazó sus dedos con los de él mientras empezaban a recorrer la acera.

- Debo admitir que nunca he considerado a los humanos una amenaza; son fácilmente manejables.

- Suenas muy arrogante, Gabriel, aunque siento que no tienes intención de serlo. Nuestra gente están en una difícil situación, nuestra raza está casi condenada. Me he mantenido atenta a las noticias que corren por ahí, así que sé lo que está pasando. Hay algunas mujeres humanas con extraordinario talento psíquico que son compatibles con nuestra raza. El Príncipe de nuestra gente tiene una compañera que una vez fue humana.

Hubo varios momentos de silencio. Una vez más, sin pensarlo conscientemente, Gabriel se había extendido para compartir este nuevo conocimiento con Lucian. Tocó la mente de su gemelo fácilmente, ligeramente, como había hecho durante casi dos mil años. Lucian estaba inmerso en un complicado texto que estaba encontrando altamente interesante. Eso siempre dejaba atónito a Gabriel. Que Lucian hubiera retenido su necesidad de conocimiento. Siempre había sido como una esponja que absorbía información. Ahora en contrapartida, compartió toda la información que había aprendido del mundo moderno, inundado a Gabriel con tantos datos que empezó a reír.

Librodot

- ¿Qué? - Preguntó Francesca suavemente, viendo genuino afecto durante un momento en las profundidades de los ojos de él.

Gabriel rompió el contacto instantáneamente, maldiciendo suavemente en la lengua ancestral. ¿Por qué no lo pensó? Nunca le había importado antes, su arraigado hábito de buscar a su hermano. Incluso después de que Lucian se hubiera convertido, no había luchado contra el hábito. ¿Por que debería molestarse? Cuanto más conocimientos tuvieran ambos, mejor sería la batalla. Ahora era muy diferente. Esta vez podría costarle la vida de Francesca. Gabriel había luchado con Lucian muchas veces en los últimos siglos.

Él había inflingido heridas mortales en más de una ocasión, aunque nunca había sido mejor que Lucian, nunca se las había arreglado para destruirle. No tenía razón para creer que sus batallas venideras fueran a ser diferentes. No podía permitirse el lujo de cometer un error. Lucian no debía saber de la existencia de Francesca.

- ¿Qué es? - Repitió Francesca, sacudiéndole esta vez. - Las pasado de sonreír felizmente a parecer un lobo con ojos inmóviles y vigilantes. ¿Qué ha ocurrido en tan corto espacio de tiempo? - Su voz fue suave y compeledora, una mezcla de interés y compasión.

Gabriel sacudió la cabeza.

- He cometido error tras error. Descansar todos estos siglos me ha hecho poco bien. Es confuso despertar y sentir emociones, ver colores. Todo es vívido y brillante. Las emociones son violentas y crudas, difíciles de mantener bajo control. Hay un deseo siempre presente en mi cuerpo por ti.

Gabriel estaba hablando tan pensativamente, tan hecho-cierto, Francesca tuvo la impresión de que pensaba en voz alta.

- Conduje a ese vampiro directamente hasta ti, lo sabes. - Gabriel se pasó una mano a través de brillante masa de su pelo negro azulado. - Todo este tiempo has tenido éxito escondiéndote. Ahora yo he llamado la atención sobre tu presencia, y ese no será el único que te busque.

Se detuvo y la enfrentó, su mano se curvó alrededor de la nuca de ella.

- Nunca debía hacer mi reclamo sobre ti sin tu consentimiento. Debería haber puesto tu seguridad por encima de mis propias necesidades y deseos. Me he equivocado contigo de forma imperdonable.

Francesca le tocó la boca. Sus palabras y la sinceridad de su voz estaban volviendo su mundo del revés. Ya no sabía qué quería. Lejos de él todo estaba muy claro, pero cuando estaba cerca y él le permitía ver el interior de su alma torturada, se sentía completamente diferente.

- No podrías haber tomado mi cuerpo tan fácilmente, Gabriel, si yo no hubiera deseado que fuera así. No estaba bajo compulsión.

Los dedos de él le masajeaban la nuca, sus pulgares rozaban íntimamente la delicada línea de su mandíbula. Cada caricia enviaba espirales de calor a través de su cuerpo y pequeñas llamas danzando sobre su piel. Perdido en su arrepentimiento, Gabriel no parecía notar la forma en que el cuerpo de ella respondía a su toque.

- Te desperté con la orden de acudir a mí con deseo. Tu cuerpo respondió a esa orden y ante mi deliberado despertar de tu deseo. Debí haber esperado hasta que tuvieras tiempo de conocerme. Debería haberte cortejado como te mereces.

- No fuiste solo tú, Gabriel. No soy una principiante. Reconocí el "empujón" mientras despertaba. No estoy carente de poder propio. No me habrías tomado tan fácilmente sin mi consentimiento. Te deseaba. Deseaba sentirte, sentir como era. - Lo confesó valientemente, tomando su parte de la culpa sin dudar. - No forzaste mi consentimiento. En cualquier caso, más pronto o más tarde el ciclo Cárpato hubiera empezado y ninguno de los dos habría tenido mucha elección en el asunto.

- Pronuncié las palabras rituales para unirnos sin tu consentimiento.

- Los hombres lo hacen todo el tiempo, Gabriel. Es la costumbre de nuestra gente y así ha sido durante miles de años. No has hecho nada tan imperdonable. Esta situación es difícil para ambos.

Él dejó caer los brazos y se deslizó lejos de ella.

- ¿Por qué aceptas estas cosas tan fácilmente, Francesca? ¿Por qué no me condenas como debieras? Tú cólera facilitaría... - Se pasó la mano por el pelo de nuevo. - Ahí lo tienes otra vez, deseando que sea más fácil. Soy egoísta, mi amor, muy egoísta, y te he atado a mí.

¿Gabriel? Estás perturbado. ¿Me necesitas? La voz llegó inesperadamente, fácilmente a su cabeza. Luchó consigo mismo para mantener la mente en blanco, para asegurarse de que ninguna información viajaba hacia esa perfecta voz. Lucian siempre había sido capaz de manejar a la gente con su voz. Podía hacer que cualquiera creyera lo que fuera con esa voz. Esa arma. Gabriel nunca había oído algo tan hermoso. Lucian había retenido ese don incluso tras haber perdido su alma para toda la eternidad.

Cuando Gabriel se negó a responder llegó la risa, una risa burlona, casi perezosa. Congeló a Gabriel hasta los huesos. Tenía que proteger a Francesca de las tretas de Lucian. Su gemelo era inteligente y astuto. Cruel. Despiadado. Gabriel le conocía mejor que ningún otro. Le había visto en acción durante dos mil años.

Francesca posó la mano sobre el brazo de Gabriel.

- Estabas intentando decirme algo pero no has logrado llegar aún a ello.

- Estás embarazada. - Pronunció las dos palabras con precisión, claramente, rigurosamente.

Los enormes ojos negros de Francesca se abrieron de par en par con sorpresa.

- Eso no puede ser. No es tan fácil. ¿Por qué crees que nuestra raza está el borde mismo de la extinción? Nuestras mujeres son capaces de tener niños solo cada pocos cientos de años. Soy una sanadora. Estudié esto durante muchos siglos, decidida a desentrañar el secreto de nuestros cuerpos para que pudiéramos concebir con más frecuencia y tener más éxito en los embarazos. Deseaba ser capaz de entender porque concebimos hombres en vez de mujeres pero no pude encontrar la respuesta. - Sacudió la cabeza. - No, esto no puede ser.

- Sabes que digo la verdad. Sabía que nuestras mujeres sólo pueden concebir cada muchos años, y que se podía manipulan esa ocasión, pero también sabía que las oportunidades eran muy buenas, como nunca has concebido, estarías madura y me aproveché ampliamente de eso.

Ella levantó la mirada hacia Gabriel durante un momento, en silencio, con sorpresa.

- Pero soy una mujer, una sanadora. Nunca podrías haber hecho tal cosa sin que lo supiera... - Se voz decayó mientras se presionaba el estómago plano con las manos, maravillada. - No puede ser. - Incluso mientras lo negaba, cerró los ojos y buscó dentro de sí misma. Ahí estaba. El milagro de la vida. Lo que tanto había ansiado. Por lo que tanto había llorado. Lo que había deseado más que nada. La misma cosa que había creído que nunca tendría. Creciendo. Cambiando. Células dividiéndose. Un niño. Quiso sentirse molesta. Había abandonado la idea varios cientos de años atrás. Se había preparado para adentrase en el próximo mundo. No estaba preparada para tal acontecimiento.

Francesca estiró el cuello para que sus ojos encontraran los de él.

- ¿Realmente lo has hecho?

- Me gustaría decir que sabía que querías un niño más que nada en el mundo. Había leído esa en tus recuerdos. Había leído también tu resignación y la aceptación de que no sería. Me gustaría decirte que lo hice por ti, o incluso más noblemente, por una causa, por la continuación de nuestra raza, pero la cruda verdad es mucho más horrible que eso. Lo hice para no perderte. Esto te ataría a este mundo y no escaparías de mí al siguiente. Hasta que Lucian esté muerto, no podría seguirte. No quiero volver a estar solo. Actué por egoísmo. Cambié la dirección de tu vida inadvertidamente hace muchos siglos y ahora la he vuelto a cambiar deliberadamente.

Francesca sólo se quedó allí de pie, con la sorpresa grabada en su cara.

- Un bebé. Había olvidado del todo la posibilidad de un bebé. - No había condenación en su voz, sólo una suave sorpresa, como si no pudiera comprender tal cosa.

- Lo siento, Francesca. Realmente no hay forma de desagraviarte. - Gabriel se frotó la frente con la palma de la mano. - No hay excusa y no puede haber perdón.

Ella no estaba escuchándole; su mente estaba vuelta hacia dentro. Había anhelado un bebé, una familia. Más que nada había deseado un hijo. Incluso si hubiera elegido pasar los últimos años de su vida con Brice, nunca habría habido un hijo de su unión. Su embarazo era un milagro, y no podía enfrentarse realmente con la idea. - Un bebé. No recordaba como era soñar con algo así. No puede ser, Gabriel. ¿Cómo? ¿Cómo no lo supe?

- No estás escuchándome, Francesca. - Dijo él, sus ojos negros estudiaban el cielo sobre sus cabezas como si este pudiera ofrecer respuestas. Se frotó las sienes. Necesitaba una salida para el lío en que había creado con su arrogante decisión, aunque no había ninguna. No había sido honesto con ella. Respetaba a Francesca demasiado como para darle algo menos que la verdad. En cualquier caso, era su compañera y tarde o temprano leería sus recuerdos.

Debería haber esperado, haberse tomado su tiempo. Había evitado que eligiera el amanecer si alguna vez hubo tal necesidad. Pero había tomado la decisión como si ella le perteneciera y le debiera rendirse completamente a él.

Francesca tomó un profundo aliento y posó su mano sobre el brazo de él. Podía leer fácilmente su torbellino interior, su rabia consigo mismo. En realidad, ella no sabía cómo se sentía, pero no le gustaba la forma en que la mente de él estaba tan consumida por la culpa. *Gabriel, su cazador legendario*. Él había entregado tanto a su gente, siempre había hecho lo correcto. Francesca no encontró en ella condena.

- En tu defensa, Gabriel, no fue una decisión consciente por tu parte.

- ¡Francesca! - Gabriel caminó alejándose de ella, incapaz de soportar que le tocara cuando la había agraviado tanto. - Estás tocándome, aunque no me soportas. No estas viendo lo que tienes ante tus ojos. No quiero empezar nuestra relación con deshonestidad entre nosotros. Por supuesto que fue una decisión consciente. Manipulé el resultado de nuestra unión mientras te despertaba con algo más que mi cuerpo. - Sacudió la cabeza con admiración. - Realmente eres lo opuesto a mí. No puedes concebir una decepción semejante y yo no puedo concebir tanta bondad. Mírame, Francesca, obsérvame con todas mis faltas. No quiero que me aceptes como amigo sólo porque soy un Cárpato y estás sola y lejos de tu tierra nata. Creía que sería suficiente para mí solo el tenerte, pero ahora veo que no. No sabes lo equivocada que estás en realidad. El propio Lucian te cazará y no estoy seguro de poder protegerte de él.

Los ojos de ella se movieron sobre su aspecto amenazador.

- Por supuesto que puedes, Gabriel. Él no tiene poder sobre ti, no a menos que se lo permitas. - Levantó la cabeza, su pelo largo caía en cascada hacia abajo como el ala brillante de un cuervo. - Y eres demasiado duro contigo mismo. Es cierto que no me uní voluntaria o completamente contigo, pero cuando te toco puedo leerte. Deseas que me quede contigo pero en realidad no actuaste por egoísmo. Simplemente no podías permitir que una mujer de los Cárpatos, *cualquier* mujer de los Cárpatos, se destruyera a sí misma. Ese precepto fue impreso en ti antes de que nacieras. Si hubiera sido otra mujer la que eligiera enfrentar el amanecer, aún así hubieras encontrado la forma de detenerla.

Él miró hacia abajo a la mano que estaba cerrada sobre su antebrazo. Muy gentilmente la capturó, llevándosela a la calidez de la boca, un gesto íntimo y tierno que hizo que el corazón de ella se contrajera.

- Me dejas sin aliento, Francesca. Si vivo otros mil años, nunca podría encontrar a alguien con tu natural compasión. No te merezco.

Una pequeña sonrisa curvó la suave boca de ella.

- Por supuesto que no. Lo supe desde el principio. - Se burló, deseando aliviar la tensión. - Vamos, sigamos caminando. Quiero mostrarte algunas vistas.

Obedientemente Gabriel se dejó llevar a su lado, permaneciendo en posesión de su mano.

- No me has castigado, ni una palabra.

- ¿De qué serviría? ¿Puedo cambiar lo que ya está hecho? No puedo cambiar el pasado. ¿Por qué querría hacerte sentir peor de lo que ya te sientes? Tus remordimientos y

arrepentimiento son genuinos. Castigarte no ayudará a ninguno de nosotros. En realidad no sé como me siento ahora mismo. Yo lo estudiaré después cuando esté sola. Todo lo que sé es que estoy muy cansada y en este momento extrañamente feliz. Es un hermosa noche y esta una ciudad verdaderamente bella. Y no hay nadie con quien me gustara más compartirla que contigo.

Gabriel tuvo que apartar la mirada de ella, de la belleza interior que desprendía. Ardíeron lágrimas en sus ojos y se avergonzó. No la merecía, nunca podría remediar los terribles errores que había cometido con ella, no importaba cuando lo intentara. Movió su cuerpo más protectoramente hacia el de ella mientras caminaban recorriendo las calles casi desiertas balanceando sus manos unidas.

7

- Háblame de tus cristales tintados. Es muy hermoso y pacífico. Cuando estuve examinando las piezas de tu estudio puede sentir la presencia del poder entretejido en los patrones. Salvaguardas de algún tipo. - Gabriel sentía respeto por el talento sanador de ella. Pocos poseían uno semejante. Sólo su toque podía impartir una paz tranquilizadora y detectaba la misma sensación de paz en su trabajo.

Ella sonrió, un rápido relámpago de felicidad debido a que él se interesara por las cosas con las que ella disfrutaba. Se alegraba de tener por fin a alguien con quien poder hablar de sus descubrimientos.

- Empecé hace mucho trabajando con piezas pequeñas. La idea era usar colchas y materiales naturales para ayudar a los enfermos. Con frecuencia descubrí al examinar a un paciente que había otras cosas que le afectaban además de simplemente la enfermedad física. Pena por la pérdida de un ser amado, problemas matrimoniales, cosas como esas. Empecé a experimentar haciendo artículos específicos para individuos a los que había tocado. Tejí patrones que ayudarían a mis pacientes mientras dormían. Al final mi trabajo se hizo bastante popular. La gente se sentía atraída por los artículos porque resultaban consoladores. - Levantó la mirada hacia él. - No lo estoy explicando bien. Sólo leo a la gente y sé lo que necesitan e intento dárselo. Así fue como empezó todo.

- Realmente eres una mujer asombrosa. - Dijo él suavemente. Le asombraba con sus talentos. - ¿Y ahora?

- Creé una compañía. Mi identidad está profundamente enterrada así que si alguien investigara será difícil averiguar quién soy realmente. - Le sonrió, su orgullo por lograr engañar a los más antiguos hombres de los Cárpatos se transparentaba. - Incluso añadí salvaguardas para desalentar a detectives humanos.

- Un Cárpato sentiría el poder y ciertamente reconocería los símbolos ancestrales de tu trabajo. - Señaló él.

- Naturalmente. - Dijo ella complaciente. - Por eso me tomé la molestia de crear un ficticio hombre de los Cárpatos, un artista, un ermitaño. Mi trabajo es a menudo solicitado por los Cárpatos para salvaguardar sus casas y traer paz a su entorno. Envían sus pedidos a través de mi compañía y yo hago el trabajo. Unos pocos solicitan ver al artista, pero siempre declino la oferta.

- Cualquier Cárpato que se precie puede distinguir la diferencia entre el toque de un hombre o el de una mujer.

Ella arqueó una elegante ceja.

- ¿De veras? Quizás me subestimas, Gabriel. He vivido durante siglos en secreto, sin ser descubierta por los no-muertos, por los hombres de los Cárpatos que llegaban a la ciudad, e incluso por ti o tu hermano. Algunas veces sospeché que Lucian podía haber sido consciente

Librodot

de mi existencia. Volvía con frecuencia a esta ciudad y exploraba más veces de las que me molesté en contar o recordar.

- ¿Lo hizo? - Eso puso a Gabriel nervioso. Si Lucian sospechaba que algo remotamente parecido a una mujer de los Cárpatos habitaba en la ciudad, insistiría e insistiría hasta encontrarla. Nada escapaba a la atención de Lucian. Gabriel recordó como Lucian le había conducido de vuelta a Paris una y otra vez. Incluso su última y terrible batalla había sido aquí. ¿Había sido Lucian consciente de algún modo de una presencia femenina? Habían compartido siempre el conocimiento. Lo que uno sabía, lo sabía el otro también. ¿Le ocultaría Lucian semejante información?

Francesca asintió solemnemente.

- Si, sentí su presencia con frecuencia durante siglos, y debo confesar que me enterré profundamente en la tierra para esconderme de él. Tenía miedo de que me encontrara. Había vivido tanto tiempo sola haciendo lo que se me antojara, y ya no deseaba un hombre en mi vida. - Lo que no le dijo fue que había temido que él pudiera rechazarla de nuevo y no podría haberlo soportado una segunda vez.

- Francesca, Francesca. - Murmuró Gabriel suavemente. - En que pequeña mentirosa te has convertido. ¿Qué es el buen doctor sino un hombre? ¿Por qué querías saborear el amor con alguien como él?

Ella separó su mano de él, retirando su toque consolador. Ocultó la cara, la cortina de su pelo le escondió su expresión.

- Eso simplemente ocurrió de forma inesperada.

- Has vivido demasiado tiempo entre humanos, corazón. - Dijo él suavemente, gentilmente. - Has olvidado como es entre nuestra gente, entre compañeros, hombres y mujeres. Soy una sombra en tu mente, en tus pensamientos. Puedes mentir a Brice, pero nunca a mí. Has vivido como una humana y no quieres extender tus propios sentimientos más allá de sus capacidades. Tienes miedo de la intensidad de las emociones Cárpato. Te hice daño, Francesca, y no quieres volver a experimentar nunca un dolor semejante.

Ella se echó hacia atrás el largo y salvaje pelo y su mano tembló, traicionándola, incluso mientras se encogía de hombros con estudiada frivolidad.

- No sé si tienes razón. Ciertamente nunca te culpé. Me sentí herida al principio, era sólo una niña, pero *siempre* entendí que el bienestar de nuestra raza era mucho más importante que la felicidad de una sola persona.

Él la cogió por los hombros, poniéndola en pie abruptamente, la controlada violencia de su agarre hizo que se le acelerara el corazón. Tenía una fuerza enorme.

- Nunca pienses que tenía un noble propósito al dejarte atrás, Francesca. Si hubiera sabido de tu existencia, nunca te hubiera dejado. Soy mucho más egoísta de lo que puedes imaginar, porque tú no lo eres. Nunca te habría dejado entonces, y mucho menos tengo intención de hacerlo ahora. Eres la única persona que me importa. Vi el recuerdo de ese día de hace tanto tiempo en tu mente. Atravesaba a zancadas un pueblo, como había atravesado tantos otros. Sentí algo inusual, pero mi mente estaba preocupada por pensamientos de guerra. Volví la vista atrás, vi mujeres, no en realidad no las vi. Las caras de mujeres y niños me perseguían como fantasmas, nunca podía mirarlos directamente. Me di la vuelta cuando mi hermano habló. Si te hubiera visto, nuestras vidas hubieran sido muy diferentes. Tenía un trabajo que hacer, pero lo habría abandonado en aquel entonces. Habría permitido que Lucian cazara solo.

Ella estudió su cara durante un largo momento; entonces una lenta sonrisa curvó su suave boca y sacudió la cabeza.

- No, hubieras sacrificado voluntariamente tu felicidad por el bienestar de nuestra gente.

- Pero no la tuya. Todavía no lo entiendes. No habría sacrificado la tuya. Nunca habría permitido que fueras tan infeliz. Me odio a mí mismo por lo que has tenido que sufrir para sobrevivir sola, sintiéndote rechazada y no deseada.

- Esa era la niña, Gabriel, no la mujer. Mi vida ha tenido un propósito, un significado. Que esté cansada no significa que no haya disfrutado los años que he tenido. He vivido bien

y he hecho cuanto he podido por que mi vida valiera la pena. He vivido experiencias que otras mujeres de nuestra raza nunca podrían haber tenido. He sido independiente y lo adoraba. Si, me he perdido el tener una familia, pero ha habido cosas que me mantuvieron ocupada. No fue una vida terrible. Y siempre tuve una elección. Podría haberme revelado a ti de nuevo. Podría haber buscado el amanecer. Podría incluso haber escogido volver a casa donde al menos la tierra y la compañía de nuestra gente me habría proporcionado solaz. No escogí hacerlo así. Y fue estrictamente mi elección, no la tuya. Soy una mujer con poder, no una niña agazapada y escondida entre las sombras. Todo lo que hice, lo hice por mi propia voluntad. No soy una víctima, Gabriel. Por favor no intentes convertirme en una.

- No amas a Brice, sólo le admiras. Tenéis algo en común. Respetas la forma en que se comporta con los niños, su habilidad para curar, y su concentración en la medicina. Pero también tienes reservas con respecto a él.

- No. - Negó ella inflexiblemente. - ¿Por qué pensarías eso?

- Si no las tuvieras, Francesca, habrías unido tu vida a la de él. He estado en tu mente...

- Bueno, pues sal de una vez.

- No es fácil de hacer, mi amor. De hecho, estás pidiéndome un imposible. No te gusta la forma en que Brice trata a los pacientes menos afortunados, los que no tienen nada. No te gusta la forma en que es capaz de olvidar completamente a sus pacientes una vez que los ha tratado. Hay muchas cosas sobre las que tienes serias reservas. Compartes mucho con él, tantos niños enfermos, pero parte de ti sabe que él necesita curarlos a causa de su propio ego.

Los ojos oscuros relampaguearon hacia él.

- Tal vez yo también lo hago por eso. - Había demasiada verdad en las palabras de él para su comodidad, y estaba molesta consigo misma más que con él. Quería aferrarse a Brice porque él nunca le haría daño de la forma en que se lo había hecho Gabriel. Su compañero le había *arrancado el corazón*. Su voz, tan tranquila, tan sincera, era suficiente como para hacerla retorcerse de mortificación. Ella era una mujer con poder, no una niña que se ocultaba detrás de un mortal; aún así, al final, eso era lo que estaba haciendo en vez de enfrentarse a su compañero.

- Lo haces porque eres una sanadora de nacimiento con un don incomparable. Nunca dejarías a Skyler en una casa con desconocidos después de todo por lo que ha pasado. Nunca se te ocurriría. Si no pudieras cuidarla tú misma, siempre la vigilarías. Tú eres así. El doctor simplemente la olvidaría.

- No estás siendo del todo justo con él, Gabriel. Después de todo, él no compartió sus recuerdos. No sabe por lo que ha pasado. - Francesca se encontró defendiendo a Brice casi automáticamente.

- La examinó exhaustivamente. - Dijo Gabriel. - Vio lo abstraída que estaba. Eso proviene de un trauma. Él lo sabe. Probablemente lo sabe todo, la parte física al menos y puede suponer la mental y el trauma emocional. Pero todo eso no le afectará una vez deje de ser su paciente. A ti eso te molesta.

Francesca se volvió alejándose de él y empezó a caminar por la acera.

- Quizás tienes razón, Gabriel. No lo sé. Estoy muy confusa. - *Él le había arrancado el corazón*. Lo haría de nuevo cuando la dejara para perseguir a su gemelo, como debía hacer. Podía sentir el tacto de su mente buscando gentilmente la de ella. Apresuradamente se obligó a pensar en Skyler, a concentrarse en la adolescente.

- Sé que estás confusa, amor, y no es de extrañar. - Dijo Gabriel suavemente, pero la observó con su intensa y negra mirada. - Por ahora debemos concentrarnos en como traer a Skyler a casa y en proporcionarle un hogar decente. Necesitaremos decidir que recuerdos borrar completamente y cuales minimizar.

- No creo que tengamos derecho a borrar las cosas por las que ha pasado, pero no haría daño apagar los recuerdos para que pueda tratar con ellos. Lo más importante es ayudarla a sentirse a salvo, a confiar en nosotros. Creo que necesita eso más que ninguna otra cosa. - Dijo Francesca suavemente, preocupada. - Por supuesto, se ha perdido la mayor parte de su escolarización también.

Gabriel se encogió de hombros indiferente.

- Esa es la menor de nuestras preocupaciones. Podemos impartir el conocimiento que debería tener. En este momento necesita estabilidad y un hogar decente en el que vivir. Una vez tenga lo necesario para reconstruir su confianza, la escuela ya llegará.

- Ayudarla será un enorme compromiso, Gabriel. No te pido que lo compartas conmigo.

- Sentí su dolor. Es sólo una niña. Pero pronto será una mujer. Una mujer con habilidades psíquicas.

Francesca se volvió para enfrentarle una vez más.

- ¿Estás seguro? Pensé que podría ser, ya que la conexión entre nosotras fue tan fuerte.

- No podría equivocarme con semejante don. Creo que no podría estar en mejores menos que las nuestras. Podemos cuidar de su felicidad, protegerla, y evitar que los no-muertos detecten su presencia. Es tan joven y ya ha sufrido tanto, no podemos permitir que sufra ningún daño. Y cuando crezca, podría ser la compañera de alguno de los nuestros.

Francesca se tensó.

- Será libre, Gabriel, para elegir su propio destino. No llamarás a los hombres de nuestra raza y la entregarás. Lo digo en serio. Ha sufrido mucho a manos de los hombres, y nuestra raza es dominante y a veces brutal. Ella tiene en mente evitar toda relación de esa naturaleza y debemos respetar sus deseos. Puede que nunca se recobre completamente del daño que le han infringido.

Él se rió suavemente y le pasó el brazo alrededor de los hombros.

- Nuestros hombres nunca son brutales con su compañera. Creo que tenemos una mamá tigre entre manos. Eres una dama formidable. De la clase que elegiría para ser madre de mi hijo.

Ella le hizo una mueca.

- No creo que debas sacar eso a colación ahora mismo. Te metería en problemas. - No sonaba como si así fuera. Su tono era humilde, incluso burlón. Sus ojos negros eran abrasadores pero había un suavidad en su boca que desmentía la llamarada de temperamento.

- Skyler será una jovencita bienamada en nuestra familia. La apreciaré y le ofreceré la protección que daría a mi propia hija. Será feliz, mi amor, muy feliz. Nunca permitiré que nadie la reclame rudamente, sin su consentimiento, como yo he hecho contigo. Olvidas que puede no ser compatible con ninguno de nuestros hombres. Yo creo en el destino. Si es reclamada por uno de nuestros hombres, le permitiré encontrarla y cortejarla como debería. Él la apreciará sobre todo lo demás. *Como hago yo contigo*. Lo pensó y las palabras brillaron en el aire entre ellos.

Francesca se ruborizó hasta un vívido escarlata, las largas pestañas bajaron para ocultar su expresión complacida. Había tal sinceridad en Gabriel. Adoraba su acento del Viejo Mundo y la intensa pasión al rojo vivo a penas oculta bajo el delgado barniz de civilización. Sus emociones eran extremas y devastadoras, crudas y reales. La miraba con tal deseo, tal hambre, que le cortaba la respiración.

Francesca mantuvolo ojos fijos al frente. Gabriel podía abrumarla tan fácilmente, engullirla con su hambrienta pasión. Nadie nunca la había necesitado antes, de la forma en él parecía hacerlo. Siempre había pensado en él como un ser enteramente autosuficiente, aunque ahora vería que muy solo. Un guerrero eterno caminando por la tierra en busca de su enemigo. No quería simpatizar con su soledad, admirar su honor.

- Estás sonriendo de nuevo. Esa débil sonrisa misteriosa que me hace desear arrastrarte a mis brazos y besarte. Me prometí a mí mismo que me comportaría en tu presencia, Francesca, pero me lo estás poniendo extremadamente difícil. - Él pronunció las palabras suavemente, su voz un ardiente y aterciopelado susurro negro de seducción.

Ella se encontró súbitamente aterrorizada de llegar a casa, aunque al mismo tiempo, deseaba desesperadamente que estuvieran ya allí.

- No puedes besarme Gabriel. Ya me estás volviendo loca. No sé que hacer contigo. Tenía una vida agradablemente cómoda con un agradable y cómodo futuro totalmente planeado y ahora llegas y vuelves mi mundo del revés.

Él le sonrió, un rápido, casi juvenil y travieso destello de inmaculados dientes blancos.

- No puedo contenerme, mi amor. Eres demasiado hermosa, me cortas la respiración. ¿Qué hombre no tendría tales pensamientos paseando de noche junto a ti, con las estrellas sobre nuestras cabezas y la brisa tentándole con tu esencia?

- Cállate, Gabriel. - Francesca intentó no dejar que ningún placer se mostrara en su voz. Ciertamente él no necesitaba que le animara. - Para ser un hombre que reclama no saber nada sobre mujeres, ciertamente pareces saber justo lo que hay que decir.

- Debe ser inspiración. - Replicó él.

Francesca estalló en carcajadas; no pudo evitarlo. Él se estaba volviendo más escandaloso por minutos.

- El amanecer esta sobre nosotros y estoy cansada. Vámonos a casa.

A Gabriel le gustaba como sonaba eso. Casa. Nunca había tenido una. Podía admitir ante sí mismo que había sido afortunado en la única relación que había compartido, con Lucian. Había estado solo, pero nunca verdaderamente sólo como los otros hombres de su especie. Incluso después de que Lucian se convirtiera, se fundían con frecuencia. Un hábito de dos mil años de antigüedad no podía romperse tan fácilmente. Era automático.

Le molestaba no haber encontrado a la primera presa de Lucian en la ciudad. Cualquier muerte. Lucian se había alzado hambriento de su largo aprisionamiento bajo tierra. Se habría hartado con el primer humano con el que se hubiera cruzado, aunque Gabriel había recorrido la ciudad en busca de evidencias y no había encontrado nada. Sabía que había más de un vampiro en la zona. Leyó los periódicos en buscar de noticias de extraños asesinatos, pero ninguno de esos asesinados había sido obra de Lucian. Lucian era un artista con un estilo muy peculiar. No había nada negligente en él. Cada muerte llevaba su firma personal, como si se burlara de su hermano por ir tras él. Algunas veces Gabriel pensaba que todo esto no era más que un juego para Lucian.

- Te has marchado lejos de nuevo. - Dijo Francesca suavemente. - ¿A dónde vas, Gabriel? ¿Te está hablando él?

Gabriel no fingió no saber de quién hablaba.

- Algunas veces nos fundimos inadvertidamente. En esos momentos tú estás en grave peligro.

- Le quieres mucho, ¿verdad? - Francesca cerró sus dedos alrededor de la cintura de él, rozando su cuerpo más cerca del de él para ofrecer consuelo.

Al momento él sintió su consoladora presencia, y la paz le inundó como ocurría siempre cuando ella le tocaba. Se preguntó, sólo por un momento, si ella podía haber sanado a Lucian antes de que se convirtiera. ¿Podía haber impartido la misma paz a su alma que la que le daba a su gemelo?

Torcieron hacia la carretera que conducía a la de ella casa. Le gustaba mirarla, la forma en que se extendía y les llamaba. Casa. Esta era su casa. ¿Había alguna posibilidad de una familia para él? ¿Podrían realmente vivir aquí juntos? ¿Criar a su hijo? ¿Cuidar de Skyler? ¿Sería Francesca capaz de amarle alguna vez? Ella le deseaba, su cuerpo ansiaba el de él, ¿pero le amaría? ¿Le perdonaría?

- Te quedas muy callado cuando piensas en él. - Murmuró Francesca suavemente. - Puedo sentir el dolor que eso te causa. Aunque si toco tu mente, tienes sólo buenos pensamientos sobre él. Debe haber sido un gran hombre.

- Nunca ha habido otro como él. Era un maestro en la batalla. En todo. Yo nunca tenía que mirar para ver si estaba allí, siempre lo *sabía*. Lucian era una legenda. Salvó muchas vidas a lo largo de los años, humanas tanto como de Cárpatos, serían imposibles de contar. Nunca vacilaba en su deber. En absoluto. Estábamos unidos, Francesca. - Admitió suavemente. - Muy unidos.

Caminaba a través de la propiedad hacia la puerta delantera.

Librodot

- Háblame de él. Podría ayudar compartir tus recuerdos. Siento tu reluctancia a hablar de él; crees que es desleal. Pero nunca me atrevería a juzgarle. Tú le amabas y admirabas y yo solo puedo hacer lo mismo.

Gabriel abrió de un empujón la puerta principal, retrocediendo para permitirle precederle. Continuamente exploraba la zona que los rodeaba, un hábito desde hacía mucho inculcado por su hermano perdido. La pena le arremetió llegada de ninguna parte.

- A veces creo que podría haberle destruido ya de no ser por el hecho de que no podría soportar seguir en el mundo sin él. Le di mi palabra de honor hacer mucho tiempo de que yo sería el único que le destruiría si perdía su alma. Ambos lo hicimos. Si uno se convertía, el otro le cazaría y destruía, aunque hasta ahora he sido incapaz de cumplir mi promesa. ¿Ha sido deliberado, Francesca? ¿Lo ha sido? - Sonaba perdido y muy solo.

Ella cerró la puerta firmemente contra la luz que empezaba a romper a través del temprano cielo de la mañana.

- No, Gabriel, habrías honrado tu promesa si hubieras podido. Y creo que lo harás. Le honrarás.

- Lucian perdió sus sentimientos cuando era un simple aprendiz, mucho antes de lo que normalmente hacen nuestros hombres, aun así resistió durante dos mil años. Yo sentí emociones mucho más tiempo que él, así que compartí lo que sentía con él. Todavía no puedo creer que se haya convertido. He visto la evidencia de sus muertes. E incluso me he topado con él cuando mataba. Pero algunas veces no me lo creería. No puedo comprender que un hombre tan fuerte, un líder semejante, un defensor de nuestra gente, pueda haber elegido entregar su alma a la oscuridad para toda la eternidad.

- Le quieres, Gabriel. Es natural que desees que permanezca en tu corazón como siempre le conociste. - Dijo Francesca suavemente. Tiró de su mano y se movió a través de la casa, llevándole con ella. - Necesito llamar a mi abogado y pedirte que lleve a cabo el papeleo necesario para convertirme en la tutora de Skyler. Antes de que nos retiremos a nuestra cámara, debemos hacer pesquisas para averiguar si alguno de los nuestros tiene familias humanas en las que confíen para ayudarnos a cuidar de Skyler durante el día mientras dormimos.

Él la siguió a su estudio, observándola hablar rápida y firmemente con el abogado. En realidad no le dio oportunidad de discutir con ella, había compulsión en su voz, y Gabriel automáticamente la ayudó, añadiendo el peso de su poder al de ella. Su abogado lo tendría todo en orden para ellos al caer la noche. Nadie protestaría. ¿Quién querría a Skyler Rose Thompson? Era una huérfana sin parientes. Francesca tenía dinero e influencias. Cualquier juez accedería gustosamente a sus deseos.

Gabriel observó cuidadosamente como ella se volvía hacia su ordenador y empezaba a mecanografír rápidamente. Le asombraba, la capacidad de la nueva tecnología. Los dedos volaban sobre el teclado con total confianza. Ella había visto como se desarrollaba esta tecnología. Había experimentado las cosas sobre las que él solo había leído. Él podía leer sobre ellas, pero no podía volver atrás y observar como ocurrían. Francesca se sentía cómoda con coches veloces y aeroplanos que surcaban el cielo. Con naves espaciales y satélites. Con Internet y los ordenadores.

- Tengo algo, Gabriel. - Dijo Francesca. - Savage, Aidan Savage en los Estados Unidos. He hecho varias piezas para su casa. Estoy segura de haber oído que su compañera fue una vez una humana con capacidades psíquicas. Aidan tiene un hermano gemelo, Julian.

Una lenta sonrisa se extendió por la cara de Gabriel.

- Julian, le recuerdo. Era sólo un muchacho con un salvaje pelo rubio, muy inusual para nuestra especie. Escuchó a escondidas una conversación que Lucian y yo mantuvimos con Mikhail y Gregori. Era bastante hábil incluso de muchacho. Sentí una oscuridad en él, pero no tuve tiempo de examinarle atentamente. - Sus dientes blancos relampaguearon. - Gregori era muy protector con él, y no quise desafiar a mi propio pariente. Llevábamos cientos de años sin vernos, pero nuestra sangre era la misma. Me gustaría saber que les ha ocurrido a los dos.

- Bueno, no se mucho sobre el destino de Julian... me cuido de no despertar la curiosidad de nadie con mis pesquisas... pero he hecho negocios con Aidan en más de una ocasión. No me conoce, sólo a mi ficticio hombre de los Cárpatos, el artista que posee mi compañía. Enviaré un email a Aidan y veré lo que puede contarnos de su familia humana y como funciona. Puedo incluir una pregunta sobre Julian. En cuanto a Gregori, sé muy bien que su compañera es la hija de nuestro Príncipe.

- Por favor, pregunta por Julian. Es interesante que puedas hablar tan rápidamente con alguien que está a medio mundo de distancia. Uno de los nuestros. Debes ser cuidadosa con lo que dices sobre nuestra gente. Cualquiera puede ser capaz de interceptar tu email. - Advirtió él.

- Confía en mí, Gabriel, soy muy cuidadosa. Yo siempre tengo que ser cuidadosa. - Apagó el ordenador y tomó su mano una vez más para conducirle a la cámara bajo tierra. Su corazón latía tan ruidosamente que sabía que él podría oírlo. Atravesaron los salones con paso relajado, la enorme cocina, el pasadizo que conducía la cámara de sueño.

Gabriel le rozó las sienes con la boca, demorándose durante un momento contra su pulso.

- Te deseo, Francesca, no fingiré que no, pero ya te he dicho que quiero que seamos amigos. Me contentaré con abrazarte. - Deseaba el confort de los brazos de ella, su cercanía.

Francesca apretó con sus dedos los de él. Era tan capaz de leer sus pensamientos como él de leer los de ella. Estaba decidido a dejar a un lado sus propias necesidades y cuidar de las de ella primero. Deseaba darle tanto tiempo como necesitara para aceptar su reclamo. Su corazón dio un curioso vuelco ante tanta consideración.

- ¿Cómo te las arreglaste para caminar a pleno sol de mediodía? Nuestros antiguos fueron incapaces de hacer tal cosa, aun así tú te las arreglaste para encontrar el secreto.

Había tanta admiración en la voz de él, que Francesca sintió que el color inundaba su cara.

- Sabía que el único modo de evitar que me reconociera mi propia gente era entrenarme para pensar como una humana y caminar y hablar como una humana, siempre. Cuando alcancé el punto en el que quise ser capaz de salir al sol, ya había renunciado a muchos de nuestros dones, parecía una especie de retribución, un pago. Había estado investigando el por qué nuestras mujeres normalmente no pueden concebir más de un niño con éxito. Llegué a la conclusión de que era una forma natural de equilibrar nuestra población. Entonces volví mi atención a por qué perdíamos a tantos niños durante su primer año de vida. Nuestros niños son muy parecidos a los niños humanos... no beben sangre, sus dientes no están desarrollados, no pueden ir a la tierra, cambiar de forma, o hacer todo lo que podemos hacer los adultos. Sus padres, sin embargo, deben descansar durante las horas diurnas, y los niños están ciertamente en peligro sin supervisión porque deben quedar en la superficie cuando sus padres los ponen a dormir.

- Eso es muy interesante, pero no explica como te las arreglaste para salir al sol. - Su barbilla se frotó contra la parte alta del pelo de ella en una pequeña caricia. Mechones de su pelo se vieron atrapados en la mandíbula áspera de él, enredándolos juntos con las sedosas hebras.

Ella sonrió hacia él.

- Teoricé que si pudiéramos volver a ser niños, podríamos hacerlo de nuevo. ¿Qué nos cambió? Nuestra química se alteró, y requerimos sangre para mantener nuestras vidas y nuestros dones. Aunque podemos sobrevivir durante largo períodos con transfusiones y sangre animal. Experimenté y finalmente cambié la química actual de mi cuerpo. Estaba débil e incapaz de cambiar de forma o hacer muchas de las cosas que son necesarias para nuestra especie.

Junto a ella él se movió inquieto. Ella sintió el repentino martilleo del corazón de él. Su compañera había estado sola, desprotegida, llevando a cabo peligrosos experimentos que le permitían caminar bajo el sol. Estaba orgulloso de ella, pero la idea le aterrorizaba.

Francesca se encontró un algo complacida ante esa reacción. Ocultó su sonrisa mientras movía la enormepuerta con una orden para que pudieran abrir la cámara bajo tierra.

La cámara estaba fresca e invitadora, la oscuridad interior invitaba al descanso. Francesca ondeó la mano y la tierra se abrió para revelar la oscura y rica tierra. Gabriel miró fijamente hacia la cama. La colcha era gruesa y suave con intrincados remolinos y símbolos ancestrales. Se liberó de los dedos de Francesca y fue a examinar la fina artesanía.

Francesca había aportado tanto en su tiempo aquí, en la Tierra.

- ¿Cómo cambiaste la química de tu cuerpo? - Preguntó él. - Es un logro tremendo que puede ser muy útil para nuestra gente.

Francesca sacudió la cabeza con pesar.

- Experimenté durante muchos años, Gabriel, pero fue un intento de emular el metabolismo que tienen nuestros niños, ni humano ni Cárpato. Así pueden pasar tiempo bajo el sol pero no ir a la tierra, igual pasaba conmigo. Para los Cárpatos que están al final de sus días y desean intentar cosas nuevas podría ser bueno, pero el proceso es doloroso y muy largo. Requiere casi cien años. Y mis ojos en realidad nunca se acostumbraron al sol. Existían todavía algunas debilidades. Lo grabé todo cuidadosamente en nuestra lengua ancestral y habría enviado la información a Gregori antes de morir.

Volvió la cabeza para estudiar los brillantes ojos de él. Oscuro. Peligroso. Ese era Gabriel, una leyenda vuelta a la vida.

Él extendió la mano, atrapándole la muñeca, y tiró de ella .

- Te deseo. Una vez más. - Dijo crudamente, sin embellecimientos. Llevó la mano de ella a sus pantalones, pero la tela había desaparecido, deslizándose lejos de su cuerpo a la manera de su gente para que la palma de la mano contactara con la dura y gruesa erección. Estaba ardiente, latiendo de deseo.

Apretó los dedos alrededor de él, simplemente sujetándole durante un momento, y después sus dedos empezaron a moverse por voluntad propia, un pequeño experimento mientras estudiaba la cara de él intensamente, mientras su mente se fundía profundamente con la de él para compartir lo que sentía. Al momento se vio recompensada por el puro placer tallado en las líneas de su cara, en su mente.

- La cama tiene posibilidades. - Murmuró ella suavemente.

- Desnúdate para mí, a la manera de los humanos. - Dijo él de repente. Sus ojos se habían vuelto muy negros, ardiendo con tal intensidad que ella podía sentir diminutas lenguas de fuego recorriendo su piel. - Hay algo muy erótico en la forma en que una mujer se quita la ropa.

Las cejas de ella se arquearon.

- Yo creo que hay algo muy erótico en la forma que tu ropa desaparece y me deja explorar lo que quiero. - Su voz se burlaba de él, fue una bochornosa invitación. Se alejó de él, con los brazos cayendo lentamente a los costados, sus dedos rozando la dura erección mientras lo hacía. Francesca inclinó la cabeza para que su largo pelo se deslizara como una sedosa cortina negra sobre sus hombros. Sus manos fueron hasta los pequeños botones de perla de su sueter. Liberó cada uno de ellos de su ojal para que los bordes empezaran a abrirse y revelaran la satinada plenitud de sus pechos. Deliberadamente sus manos trazaron el camino para abrirlo, empujando el sueter lentamente de sus hombros y dejando que cayera al suelo despreocupadamente. Se vio recompensada por el oscurecimiento de los ojos de él, la hinchazón de su cuerpo hasta proporciones alarmantes.

Liberó sus pantalones de las caderas para rebelar las sedosas bragas, un trozo de tela que a penas cubría los apretados rizos negros. Se sacó a puntapiés las sandalias mientras, caminaba fuera de los pantalones y permanecía en pie durante un momento en ropa interior. Sus pezones estaban ya duros de anticipación, empujando contra el encaje del sujetador, añadiendo una fricción que la sensibilizaba aún más.

Con un lento y estudiado movimiento se liberó de él y lo echó a un lado.

- Estoy dolorida por ti. - Dijo suavemente, acunando sus pechos como ofrenda. - Quiero que me chupes. Tu boca es siempre tan ardiente, Gabriel. - Sus manos trazaron un sendero hacia abajo por el estómago plano hasta quitarse las bragas.

Los ojos de él resplandecían de deseo.

- ¿Estás mojada y lista, deseándome, Francesca? - Su voz fue ronca, sus ojos recorrían el cuerpo de ella posesivamente.

La mano deslizó entre sus piernas, comprobando la humedad que había allí, y la extendió luego hacia él.

Con los ojos fijos en su cara, él caminó hacia adelante y deliberadamente chupó los dedos. Al momento las piernas de Francesca flaquearon. Se fundió con ella. Cualquier cosa y todo era hermoso con Gabriel. Adoraba como la deseaba.

Sus brazos le rodearon la cintura, arrastrándola más cerca para besarla, devorando su boca.

- Sabes tan sexy, Francesca, quiero alimentarme de ti por toda la eternidad. - Murmuró en la boca abierta de ella. - Saboréate a ti misma, mi amor, siente como es para mí cuando te tomo. Cuando me tomas en tu boca y me chupas, ardiente y apretada, cuando me introduzco profundamente en tu cuerpo. - Su boca vagó por los pechos de ella, sus manos arañaron las nalgas, empujándola deliberadamente contra su erección.

Francesca tiró de su cabeza hacia ella, entregándose al éxtasis compartido. Gabriel la empujó sobre la cama, arrastrándola al límite.

- ¿Qué deseas, mi amor?

Ella no dudó. ¿Por qué debería? Era su compañero y sólo debía haber placer entre ellos. Tenía todo el derecho a recrearse en ello y lo deseaba. Abrió las piernas ampliamente, su mano fue hasta su propio centro ardiente. Una vez más se llevó los dedos a la boca.

- Quiero alimentarte para siempre. Haz que me corra, Gabriel ahora y siempre. Te deseo enterrado profundamente en mí y deseo despertarme del mismo modo.

El levantó las piernas de ella hasta sus propios hombros e inclinó la oscura cabeza, su lengua acarició, jugueteó y exploró hasta que ella se contorsionó sobre la cama, incapaz de seguir inmóvil. Los dedos de él inspeccionaron, exploraron, entraron profundamente en su interior, siendo sólo reemplazados por su lengua. Ella gritó entonces, estremeciéndose de placer, cerrando los ojos mientras él bajaba hasta su cuerpo las caderas y empujaba hacia adelante, tomándola, llenándola hasta que se fragmentó, atrapándola.

Se zambulló en ella dura y rápidamente, tan hambriento y feroz en su unión como ella. La deseaba así, deseándole ardientemente, necesitándole, su cuerpo temblando de placer, su vaina tan apretada y ardiente hogar para su propio cuerpo abrumado, revelando la siempre presente rabiosa necesidad de su interior. Deseaba que durara para siempre, montarla con fuerza, sus caderas se alzaban para encontrar las de él, su cuerpo y el de ella se integraban en una unión perfecta, los pechos llenos, firmes y temblorosos con cada duro empujón, el pelo extendido a su alrededor, y sus ojos fijos en ellos. Juntos. Como debían estar.

Cuando el alivio les llegó a ambos ardieron en llamas, duro y largo, una espiral interminable, un terremoto con fuertes temblores secundarios. Tendidos uno en brazos del otro, besándose, sus bocas se fundieron, expresando una feroz necesidad y un hambre que parecían no poder aliviar. Fue Gabriel quien los envió flotando a la tierra, todavía enredados juntos, su boca dominando la de ella, sus manos sujetándola cerca.

Se colocaron en la tierra y todavía no podían parar. La tomó una segunda vez, más dura y rápidamente que la primera, e incluso entonces no pudo dejarla ir. Tendido a su lado durante un largo rato, con las manos en su pelo, la boca en su pecho. Permanecieron acostados juntos hasta que la luz en el cielo les hizo imposible seguir despiertos. Reluctantemente, Gabriel colocó salvaguardas sobre su cámara y cubrió su lugar de descanso. Sus cuerpos necesitaban el sueño rejuvenecedor de la tierra durante las horas diurnas. Algunas veces dormían en cámaras en la superficie, pero necesitaban los beneficios de la tierra sanadora para rejuvenecer.

Librodot

Ella se acomodó entre sus brazos, sintiéndose segura y protegida. Sintiéndose como si ya no estuviera sola. Francesca se acurrucó más cerca, respirando su esencia masculina. Su cuerpo estaba hecho para el de ella. Perfecto. La forma en que encajaba contra él, la forma en que parecía escudarla, haciéndola sentir tan parte de él. Dentro de ella estaba su hijo, viviendo, creciendo, desarrollándose, cálido y a salvo, un regalo tan precioso de su compañero, ningún tesoro podría nunca superarlo.

- Duerme, mi hermosa compañera, descansa mientras puedas. - Dijo Gabriel suavemente.

Ella sintió su boca acariciarle el pelo. Los brazos de él se apretaron a su alrededor y ambos permitieron que el aliento escapara de sus cuerpos y sus corazones dejaran de latir.

8

Cuando Francesca abrió la puerta de la habitación de Skyler, llevaba un paquete de ropa y el animal de peluche, el lobo de ojos azules que habían comprado para ella la noche anterior. La adolescente estaba tendida de espaldas mirando al techo. Sus largas pestañas aletearon una vez sabedora de que ya no estaba sola, pero no volvió la cabeza. Francesca podía ver que su pequeño y maltratado cuerpo se había tensado. El miedo de la niña llenaba el cuarto.

- Skyler. - A propósito Francesca usó su suave y amable voz. - ¿Me recuerdas?

La chica volvió la cabeza lentamente, y sus enormes o suaves ojos grises se fijaron en la cara de Francesca como si se aferrara a un salvavidas.

- Nunca podría olvidarte. - Como Francesca, Skyler hablaba en francés, aunque Francesca tuvo el presentimiento de que éste no era su idioma materno. Hubo varios latidos de corazón de silencio antes de que la chica se atreviera a continuar. - ¿Es cierto? ¿Está realmente muerto?

Francesca se deslizó a través de la habitación, sus movimientos tan fluidos y graciosos como los de una bailarina de valet. No había bordes cortantes en Francesca, sólo un susurro mientras se movía. Tiró el paquete de ropa a los pies de la cama. Más cuidadosamente colocó el animal de peluche junto a la chica y tomó la mano de Skyler en la suya. Gentilmente. Amorosamente.

- Si, cariño, ha pasado a otra vida y ya no puedo tocarte. Espero que quieras venir a vivir conmigo. - Con su mano libre echó hacia atrás el pelo despeinado de Skyler. - Deseo mucho, de veras, que vivas conmigo. - Había un trazo de compulsión en la pureza plateada de su voz.

Para su asombro, la mirada firme de Skyler vaciló. Cerró los ojos, las largas pestañas bajaron para yacer como dos medialunas negras contra su pálida piel.

- Te sentí dentro de mí, extendiéndote hacia mí. Sé que no eres como la mayoría de la gente. - Fue tan suave, un simple hilo de voz. - Sé cosas que se supone no debería saber sobre la gente. Cuando les toco, sé cosas. Tú también lo haces. Sabes lo que él me hizo, las cosas que dejó que sus amigos me hicieran. Quieres arreglarlo todo, pero incluso si borras mis recuerdos, nunca podrás hacerme inocente y buena de nuevo.

- No creas eso, Skyler. Tú eres más inteligente que eso. Ellos pueden haber tocado tu cuerpo, pero no tu alma. Pueden haber destruido tu cuerpo, pero nunca tu alma. Ya eres buena e inocente. Siempre lo has sido. Las cosas que te han hecho no cambian tu naturaleza básica. Pueden haberte formado, hacerte más fuerte. Sabes que eres fuerte, ¿verdad? Encontraste la forma de sobrevivir a lo que hubiera destruido a otros.

Los pequeños dientes de Skyler tocaron su labio inferior con agitación pero no respondió.

Francesca le sonrió, una tierna sonrisa de compromiso con la curación de Skyler.

- Tienes razón sobre mí. Soy diferente, al igual que tú eres diferente. Quizás el mundo a nuestro alrededor pueda cambiarnos, pero somos fuertes por dentro. Estás entera. No hay mancha en tu alma que pueda causar que tengas miedo de estar conmigo. Lo compartí todo contigo, tu dolor, la degradación, los golpes, el miedo, todo. Te quiero conmigo donde pueda protegerte, ofrecerte las cosas que deberías haber tenido, las cosas que de verdad te mereces. Estas sujetando mi mano, sabes que digo la verdad.

- Había otros contigo cuando estabas compartiendo mis recuerdos. Los sentí, dos hombres con nosotras.

- Había un solo hombre. - Corrigió Francesca amablemente. - Gabriel. Es un hombre muy poderoso. Bajo su protección no hay nadie que pueda hacerte año.

Skyler pareció perpleja.

- Había otro. Estoy segura. Había uno aquí de pie muy quieto, prestándonos su fuerza. Pero el otro permaneció pasivo mientras tú estabas aquí conmigo. Después de que te fueras, le recuerdo abrazándome, aunque no me tocaba en absoluto. Sus brazos eran fuertes y producían una sensación muy diferente a cualquiera de los otros. No deseaba nada de mí, sólo consolar y ayudar. ¿Quién es?

- Solo Gabriel estaba con nosotras, mi amor. Quizás estabas soñando.

- Os sentía a los tres claramente. Él era muy fuerte. No había rabia o furia, sólo una tranquila aceptación. Examinó mis recuerdos. Sé que estaba aprendiendo cosas de ti a través de mí, lo sentí. - Skyler suspiró con resignación. - Sé que no me crees. Piensas que me lo invento.

- No, no creo eso en absoluto, Skyler. - Dijo Francesca. *Estaba aprendiendo cosas de ti a través de mí.* - Simplemente no sé quien era. Yo solo te sentí a ti. Después comprendí que Gabriel había compartido tu ordalía conmigo, pero en ese momento estaba concentrada solamente en ti. Creo que tienes un don. ¿Cómo podría ser de otra forma? No puedes mentirme. Incluso aunque yo no puedo "ver" a este hombre en tu mente, eso no significa que él no estuviera contigo. Sabes que compartí tus recuerdos como pocos podrían haberlo hecho. Eres consciente de que soy diferente a los demás. Quédate con nosotros, Skyler, con Gabriel y conmigo. Somos diferentes. No voy a fingir otra cosa, pero nuestros sentimientos por ti son genuinos. - Envió un rápido informe mental de la conversación a Gabriel. La alarmaba que Skyler recordara tan vívidamente la sensación de otro compartiendo sus mentes unidas.

- ¿Cómo puedo volver a mirarme a mí misma a la cara, volver a mirarme al espejo? - Por primera vez la pequeña y diminuta voz contuvo emoción, un sollozo de dolor ardiente, rápidamente reprimido de golpe. Inmediatamente el tormento de Skyler reclamó la completa atención de Francesca.

Apretó su abrazo sobre Skyler.

- Mírame, mi amor. Mírame. - Fue una suave orden.

Skyler volvió la cabeza una vez más y levantó sus imposiblemente largas pestañas. Podía ver su cara reflejada en los ojos negros de Francesca. Como en espejo. Skyler parecía hermosa.

- Esa no soy yo.

- Si, lo eres. Así es como te veo yo. Así es como te veía tu madre. Así es como te ve Gabriel. ¿Quién más importa? ¿Ese hombre que reclamaba ser tu padre? ¿Una pobre y borracha imitación de un ser humano que sólo quería utilizar las drogas para escapar de aquello en lo que se había convertido? No es posible que su opinión te importe, Skyler.

- No quería volver. Estaba segura donde estaba. - Había una súplica en su joven voz, una súplica que rompía el corazón. - No puedo afrontarlo todo de nuevo.

Francesca echó hacia atrás un mechón de pelo que caía sobre la frente de la chica, su toque consolaba y sanaba al mismo tiempo.

- Si, puedes. Eres fuerte, Skyler, y ya no estás sola. Sabes que soy diferente, tengo ciertas habilidades. Puedo apagar la intensidad de tus recuerdos, darte tiempo para sanar apropiadamente. Todavía sentirás dolor, pero será tolerable. Estás rodeada por aquellos que te aman y te ven como eres realmente en tu interior, no como ese hombre intentó hacerte. Él estaba muerto por dentro, un monstruo hecho de drogas y alcohol.

- Él no es el único monstruo del mundo.

- No, mi amor, no lo es. El mundo está lleno de criaturas semejantes y pueden tener todo tipo de formas y tamaños. Sólo podemos hacer lo que podamos para detenerlos y rescatar a los inocentes de sus manos. Gabriel ha dedicado su vida a hacerlo así, al igual que yo a mi propio modo. Danos la oportunidad de amarte y cuidar de ti como debería haber sido.

- Tengo miedo. - Dijo Skyler. - No sé si puedo volver a estar completa de nuevo. No puedo soportar la visión de un hombre. Todo me asusta.

- En lo más profundo de tu interior en tu corazón y tu alma, Skyler, sabes que no puedes condenar a todos los hombres por las cosas despreciables que te hizo tu padre. No todos los hombres son iguales. La mayor parte de ellos son justos y cariñosos.

- Todavía tengo miedo, Francesca. No me importa saber que lo que estás diciendo puede ser verdad. No puedo arriesgarme, no quiero arriesgarme.

Francesca sacudió la cabeza amablemente.

- Estás retrocediendo para no volverte como ellos. Quieres ser como tu madre, ver la bondad de la gente y tener compasión. Leo eso en ti fácilmente.

Sus párpados aletearon, después valientemente permanecieron abiertos.

- Le quería muerto.

- Por supuesto que si. Yo también le quería muerto. Eso no significa que seamos monstruos, mi amor, sólo que no seamos ángeles. Únete a nosotros. Te quiero conmigo, he estado dentro de tu cabeza y te conozco como te conocía tu propia madre. Mejor quizás. Consideraría una bendición compartir mi vida contigo. Si no es eso lo que deseas, aportaré dinero para tu educación y manutención. Sea como se, es tu elección. No te abandonaré.

Skyler retorció los dedos firmemente alrededor de los de Francesca.

- Sabes lo que me estás pidiendo. Sé lo que haces. Tendré que volver al mundo, con los otros. Nunca seré igual que ellos. Nunca encajaré.

- Encajarás conmigo. - Insistió Francesca. - Con Gabriel y conmigo. Apreciamos un talento como el tuyo, de veras. Podemos ayudarte a desarrollarlo. Hay formas de amortiguarlo o expandirlo cuando sea necesario. Y tendrías suficiente tiempo para sanar antes de que tengas que enfrentarte al mundo. Intenta incorporarte, Skyler. Eres lo suficientemente fuerte.

- No creo que quiera que mi habilidad se desarrolle mucho más de lo que ya está. Cuando toco a la gente, sé cosas sobre ellos que no debería saber. Algunas veces veo cosas terribles. Nadie me cree cuando lo cuento. - No había rastro de autocompasión en la voz de Skyler o en su mente. La adolescente simplemente contaba los hechos como ella los veía. Skyler reluctantemente retiró su mano y con la ayuda de Francesca se las arregló para sentarse.

- Te he comprado unas pocas cosas, algo de ropa interior y camisetas y una bata. - Cogió el lobo de peluche. - Y esto. Gabriel pensó que podría gustarte tener un amigo.

La chica miró fijamente el animal de peluche durante un momento, sus ojos se abrieron de par en par.

- ¿Para mí? ¿De veras? - Extendió la mano hacia él, empujando al animal a sus brazos. Al momento la paz pareció robarle el corazón, un rato al menos. - Nadie más que mi madre me ha dado nunca nada. Gracias, y por favor agrádeselo a Gabriel. - Dijo con voz llorosa. Presionó la cara contra el lobo y lo miró durante un momento, arrebatada por sus ojos azules. Se había despertado de una larga pesadilla y el mundo parecía ser más fantasía que realidad. Luchó por centrarse, por no deslizarse hacia atrás dentro de su propia cabeza.

Francesca estudió a la adolescente. Skyler era tan diminuta, Francesca podía ver cada hueso de su cuerpo. Parecía tan frágil, Francesca tenía miedo de que pudiera romperse.

Colocó almohadas alrededor de Skyler, subiéndole las mantas hacia arriba. La cara de Skyler todavía mostraba vestigios de magulladuras, pero estaba hechiceros, ojos que habían visto demasiado para ser los de una jovencita.

- Bueno, ¿qué aspecto tengo? - Preguntó Skyler con indiferencia, su voz más cansada que interesada. No dejaba el animal de peluche.

- Creo que Gabriel tiene razón, tendremos que invertir un buen montón de comida en ti. ¿Te estabas matando de hambre a ti misma?

- Lo consideré. Pensé incluso si no estaba ya realmente muerta, sus amigos no me querrían si estaba realmente flaca. - El peluche se estrujó en el puño de Skyler cuando curvó los dedos firmemente a su alrededor. - Había uno al que no le importaba. Me llamaba fea todo el tiempo, pero volvía de todas formas. Creo que era peor que mi padre.

Francesca envió oleadas de seguridad pero permaneció en silencio, deseando que Skyler continuara hablando, deseando que lo sacara todo. Conocía al hombre, el único al que la chica se había referido. Había compartido sus recuerdos de él, de su brutalidad con una pequeña niña inocente a la que tenía completamente en su poder. Paul Lafitte. Skyler nunca le olvidaría, nunca olvidaría a los otros tres que la había utilizado y maltratado. Tenía sus caras grabadas a fuego en la mente, el sonido de sus voces grabado para siempre en su memoria. Estarían grabados para siempre en la mente de Francesca también.

- Él está aquí de nuevo. - Dijo Skyler de repente. - Está aquí mismo, conmigo.

Francesca levantó la cabeza. Exploró la zona rápidamente pero no encontró a nadie que pudiera considerar un enemigo. No había rastro de poder, ni vacíos que indicaran que alguien malvado estaba cerca. Fuera lo que fuera o fuera quien fuera el que se extendía hacia Skyler era lo suficientemente poderoso como para eludir la búsqueda de Francesca.

- ¿Qué quieres decir con eso de que él está aquí? ¿Lafitte? ¿Uno de los otros? Cuéntame, Skyler.

Skyler sacudió la cabeza.

- El que es como tú. El que estuvo aquí antes y permaneció en silencio mientras me curabas. Toca mi mente cuando mis recuerdos son abrumadores. Me hace sentir a salvo.

- ¿Gabriel? - Francesca había pensado que estaría recorriendo la ciudad buscando evidencias de la presencia de Lucian. Había leído el periódico, dado una excusa rápida, y se había ido antes de que pudiera preguntar. Cuando Francesca recogió el periódico había un artículo sobre un hombre no indentificado encontrado en un callejón con la garganta cortada. Lo habían encontrado en una parte de la ciudad a la que iba poca gente decente. Francesca había estado segura de poder reconocer el toque de Gabriel en la mente de Skyler. Se extendió en busca de Gabriel y le encontró en seguida.

¿Estás a salvo? Preguntó ella suavemente, un poco vacilante, sabiendo por la profunda concentración de él que estaba en medio de algo importante.

Está aquí. Lucian. Esto fue obra suya. Todavía está en la ciudad. No sé por qué no esta esperándome como debería.

¿Estabas aquí con nosotras hace solo un momento? Skyler dice que sintió la presencia de otro como nosotros mientras estábamos hablando.

Hubo un momento de silencio. Gabriel examinó los recuerdos de Francesca de la conversión que había tenido con la adolescente. No fui yo, mi amor. Esto me preocupa. Lucian es extremadamente astuto y le gustan los juegos. Si es consciente de Skluer, sería consciente de ti. No pasará por alto la oportunidad de usaros a cualquiera de las dos para cogerme. Debes ser cuidadosa. Ahora está matando, dejando se presa apra que yo la encuentre.

¿Por qué iba a reconfortar a Skyler?

No podría decirlo. Qui´zas la usa contra ti. No sé, Francesca, pero no podemos subestimar a Lucian. Debemos asumir que ha encontrado a Skyler y es consciente de que está ligada a mí a través de ti. Es extremadamente poderoso y sensible al más pequeño indicio de poder. Ambos somos vulnerables a tu detección. Debemos ser más cuidadosos.

¿Tú le sentirías si estuviera unido a nosotros mientras estamos con Skyler? Dijo que sentía una tercera presencia. Definitivamente sintió a otro hombre, no tú, y la abrazó, no estaba presente físicamente.

De nuevo hubo un largo silencio. No me gusta esto, Francesca. Tuvo que ser Lucian. Solo él es capaz de deslizarse dentro y fuera de mi mente sin mi conocimientos. Estáis en un gran peligro, tú y Skyler. Está tramando algo. Esta muerte fue deliberada. Un mensaje para mí indicando que él ha empezado el juego y ahora muevo yo.

¿Cómo lo sabes?

Su víctima es uno de los hombres de los recuerdos de Skyler.

Francesca se mordió el labio inferior con suficiente fuerza como para provocar una gota de sangre color rubí. Dejó escapar el aliento lentamente. Ahora fue Skyler quien se extendió para reconfortarla a ella.

- ¿Qué pasa? ¿Por qué estás nerviosa?

- No sé quien es este hombre, el que vino a ti esta mañana. No fue Gabriel como yo esperaba. Hay otro en esta ciudad como nosotros, con la habilidad de conectarse sin presencia física, aunqque no es como nosotros. Es peligroso. - Francesca intentó mantener el miedo fuera de su voz. Sabía de lo que era capaz el vampiro. Era un asesino cruel y despiadado que jugaba con la gente y sus emociones para su diversión. El no-muerto podía aparentar ser guapo y cortés, amigable y gentil; cuando en realidad tenían solo oscuros y demoníacos pensamientos. Lucian era el Carpato vivo más poderoso aparte de su gemelo. Ahora que había elegido perder su alma era doblemente peligroso. Había sido temido antes; ahora era considerado el enemigo más amenazador de todos los tiempos. Era un pensamiento aterrador que Lucian pudiera estar acechándolos por sus propios y mortíferos motivos.

- Él no se *sentía* malvado. - Dijo Skyler suavemente. - Seimpre tengo miedo de los hombres. Incluso el doctor me pone nerviosa, pero por alguna razón este hombre es diferente. Casi se sentía como Gabriel, a salvo. Nunca me había sentido a salvo antes así que no estoy segura.

Francesca asintió.

- Espero que tengas razón, mi amor, pero quiero que seas cautelosa con este hombre. Muy cautelosa. Ahora háblame de tu talento.

Los párpados de Skyler cayeron.

- Estoy realmente cansado, Francesca. No es exactamente un talento, solo sé cosas. Y puedo a veces leer los pensamientos de la gente, como tú. Como Gabriel y el otro. Prefiero los animales a la gente. No podía tener ninguna mascota, pero conocía a todos los animales del vecindario y eran mis amigos, incluso los perros que se suponía que eran callejeros. Conectaba con ellos, ya sabes.

- ¿Cómo nos ves a Gabriel y a mí? ¿Qué puedes decir de nosotros? - Preguntó Francesca con curiosidad. ¿Cuánto podría ver Skyler en realidad?

Skyler se deslizó una vez más hacia abajo entre las sábanas. Intentar ser cortés después de vivir en silencio durante tanto tiempo era una tarea difícil y muy extenuante.

- ¿De verdad quieres que conteste a esa pregunta, Francesca? Veo más de lo que crees.

- Creo que si vamos a vivir juntos y ser una familia, debería haber sinceridad entre nosotros, ¿no? - Preguntó Francesca amablemente.

- No eres como yo ni como los demás. No sé que eres, Francesca, pero puedes curar a los enfermos y consolar a los que lo necesitan. Hay solo bondad en ti. Solo eso. Desearía ser como tú. Desearía de verdad parte de tu familia. - Skyler añadió lo último tristemente, sus pestañas abanicaron las mejillas cuando el sueño la superó.

Francesca se llevó la pequeña mano llena de cicatrices hasta la boca. Besó las cicatrices del dorso y le dio la vuelta para inspeccionar la palma. La niña había luchado con alguien que la acuchilló con un afilado trozo de cristal. ¿Había sido su padre? Gabriel le había impartido rápida y compasiva justicia. Francesca examinó los recuerdos de la adolescente una vez más. No había sido su padre esa vez. Había sido un hombre alto y delgado con pelo

negro y manos grandes. Estaba furioso porque Skyler se negaba a besarle o acariciarle voluntariamente. Ella no podía haber tenido ocho o nueve años en ese momento.

Asqueada, Francesca dejó caer la mano de la chica, temerosa de despertarla con la violenta reacción a su ordalía. Se llevó la mano a las sienes latentes y su palma se separó manchada de sangre.

Respira, Francesca, a ella no puede hacerle ningún bien revivir estos recuerdos. Lucian puede haber tratado de lanzarme un guante pero sin pretenderlo me ha ayudado a hacer justicia para esta niña. Nuestra niña. La amaremos. Gabriel la inundó con calor y paz. Podía sentir la sensación de sus brazos rodeándola, la fuerza de su cuerpo como si estuviera abrazándola incluso a pesar de estar a millas de distancia.

¿*Dónde estás?* Captó un vistazo de de una habitación ocupada... llena de escritorios y gente, la mayoría hombres.

En una comisaría. Soy invisible por el momento. Necesito saberlo todo sobre esta muerte. Quiero oír los comentarios del personal y leer los informes. Ya he visitado el lugar. No sé que trama Lucian, pero quiero que seas muy cuidadosa. Estudia los recuerdos de Skyler cada vez que la visites.

Está dormita y se está poniendo nerviosa

Quiero que estés a salvo, mi amor. Quizás deberías volver a casa y colocar salvaguardas. Pero no creo que hagan más que retrasarle si intenta ir a por ti. Si estás en peligro, debes llamarme. No esperes.

Tengo que ver a mi abogado. Está arreglando los documentos y el juez me verá esta noche. Es un favor especial que me hace y debo acudir. El juez preguntará a Skyler si está de acuerdo y tan pronto como Brice de su aprobación, podremos llevarla a casa con nosotros. Ha habido una respuesta de Aidan Savage vía e-mail. Unos pocos miembros de su familia están en Londres por el momento. Se pondrá en contacto con ellos y verá si estarían dispuestos a ayudarnos a cuidar de Skyler durante las horas diurnas.

Por favor ten cuidado, Francesca. Advirtió Gabriel mientras lentamente permitía que la conexión entre ellos decayera. Esto no le gustaba nada. Sólo podía ser Lucias fundiéndose con Skyler. Gabriel sabía que detectaría fácilmente a cualquier otro de su raza o al no-muerto. Todo apuntaba al trabajo de su gemelo. Esta muerte. Era clásico de Lucian. Limpia. Ordenada. Inidentificable para cualquiera excepto para Gabriel. La apertura del juego que compartían.

Consideró intentar conducir a Lucian lejos de la ciudad y las dos mujeres. Ambas estaban en peligro.

Gabriel examinó las fotos del cuerpo desde todos los ángulos. En unos pocos minutos iría a la morgue y se aseguraría que no había allí signos reveladores de vampirismo. La mayoría de los vampiros eran descuidados en sus muertes y normalmente los restos tenían que ser incinerados hasta finas cenizas, dejando poco para que la policía humana rastreara. Lucian siempre había sido diferente. Era como si deliberadamente mantuviera el juego solo entre ellos dos. Este cuerpo era obra de Lucian. Él era como un cirujano, nunca dejaba mucho más que una herida detrás. La sangre había sido drenada del cuerpo, ni una sola gota salpicó el suelo. Alrededor del cuello había una rebanada limpia como una sonrisa gigante. El médico nunca podría sacar en claro que era lo que habían usado. La evidencia apuntaba a una sola garra afilada como la del hacía tiempo extinguido raptor. La única sangre que permanecía dentro o sobre la víctima era como una gargantilla alrededor de la garganta. Ese macabro misterio era la tarjeta de visita de Lucian, su idea de una broma. En el pasado nadie había nunca determinado que había causado la herida o como había tenido lugar la pérdida de sangre. Cuando Gabriel estaba a paso por detrás de Lucian, como ahora, y la policía encontraba los cuerpos, estas muertes siempre causaban sensación. A todo el mundo le gustaba un buen misterio.

Ahora mismo todos especulanban sobre la herida. Era tan precisa que se apostaban a que había sido hecha con un instrumento quirúrgico y por un cirujano. Gabriel se paseó entre ellos invisible para el ojo humano. Mientras se movía a su alrededor, notó que algunos

detectives eran más sensibles que otros. Uno o dos se estremecieron inesperadamente, mirando alrededor para ver que provocaba el escalofrío.

Los ordenadores hacían que las cosas fueran más peligrosas ahora. Con su habilidad para rastrear todo desde el ADN hasta la voz o las huellas dactilares, podían hacer que el trabajo de ocultar las evidencias de la existencia de los Cárpatos extremadamente difícil. Gabriel comprendió que necesitaba aprender cada aspecto de los últimos descubrimientos científicos. Un gran número de tópicos estaban siendo discutidos, cosas de las que él no tenía en realidad conocimiento. Automáticamente compartió la información con Lucian, y para su gran sorpresa encontró que Lucian ya había estudiado los últimos avances médicos. El flujo de datos que se volcó sobre él lo dejó atónito, aunque no debería haberse sorprendido. Entre los de su raza Lucian había sido sorprendentemente inteligente, asimilaba información a una velocidad mucho más rápida que los otros. Era como si su cerebro constantemente anhelara más datos. Naturalmente que Lucian había descubierto ya los avances científicos, la extraordinaria tecnología que podía poner las cosas más difíciles a su gente. Cárpatos y vampiros por igual tendrían indudablemente mucho más difícil la tarea de esconder su existencia.

No te preocupes tanto, Gabriel, soy muy cuidadoso. Ellos no encontrarán nada que yo no haya querido dejar atrás.

Gabriel aprovechó la oportunidad de "ver" a través de los ojos de su gemelo. Si pudiera fijar la posición de su hermano, podría tener la oportunidad de cumplir su voto. Al momento la suave y burlona risa de Lucian resonó en su mente y la vista se distorsionó haciendo que Gabriel no tuviera oportunidad de ver nada que pudiera ayudarle.

¿No creerías que te iba a poner nuestro juego tan fácil, verdad? Debes seguir las pistas que voy dejando. Así es como debe ser. No puedes hacer trampas, Gabriel.

Esto es entre nosotros dos, Lucian. Puede haber otros cazadores en la ciudad. Yo mantendría esto entre nosotros, como debe ser.

No te preocupes tanto por la seguridad de tu hermano. Estoy seguro de que derrotaré a todo el que se atreva a desafiarme. Estoy aprendiendo mucho sobre este mundo tan veloz y el conocimiento es bastante hilarante. Hay muchas cosas con las que jugar aquí. Me gusta este lugar y no deseo apresurar nuestra batalla.

Lucian se fue tal como llegó. Gabriel sintió un dolor peculiar en la región de su corazón. Su hermano. Echaba de menos su cercanía. Echaba de menos al hombre al que había seguido durante tantos siglos. Una mente genial. Un guerrero insuperable. Nadie podía orquestar una batalla como Lucian. La pena absorbió a Gabriel, casi haciéndole caer de rodillas. Destruir a un hombre tan grande. Destruir al que siempre había estado allí con él, para él, al que había salvado su vida tantas veces. Era más de lo que se podía pedir a alguien.

Gabriel, no está solo. La voz de Francesca fue gentil y consoladora. *Sabes que ese ya no es verdaderamente Lucian. Le honrarás cumpliendo tu compromiso con él, destruyendo a la misma cosa contra la que él luchó durante tantos siglos.*

Me recuerdo a mí mismo ese hecho con frecuencia. Intelectualmente sé que es verdad, pero mi corazón se hunde bajo el peso de la pena.

Afortunadamente, sólo tienes que extender la mano y encontrarme aquí. Soy, después de todo, una sanadora. Había un leve toque de burla en su voz.

Gabriel instantáneamente sintió calidez rodeando su corazón. Se suponía que debía ser así. Nunca solo, los dos caminando a través de la vida juntos, ayudándose el uno al otro en los enredos emocionales, en cada crisis que les saliera al paso. Esa nota en la voz de ella le proporcionó algo de consuelo, le dio esperanzas. Tocó la mente de ella para ver si estaba hablando con Brice. No quería preguntar y se avergonzaba de estar lo bastante celoso como invadir su privacidad para ver si ella compartía su tiempo con el doctor. *Quizás deberías dejar a Skyler para que descanse y atender el asunto de conseguir su custodia para que puedas volver a la seguridad de la casa*. Hizo la sugerencia cuidadosamente, eligiendo sus palabras para que no sonaran como una orden.

La risa de Francesca fue muy suave. *Estoy tocando tu mente como tú estás tocando la mía. No eres ni de cerca tan sutil como crees que eres. Dejaré el hospital, Gabriel, porque tengo muchos asuntos que atender.*

No iba a darle la satisfacción de dejarle saber que estaba evitando a Brice a propósito. Ya no veía a Brice de la misma forma que antes de que Gabriel hubiera entrado en su vida. Eso la hacía sentirse culpable. Francesca no tenía ni idea de qué decir a Brice. Sabía que Skyler estaba destinada a vivir con ella, aunque Brice no quería tener nada que ver con la adolescente. Él no sabía qué era Francesca, lo que necesitaba para sobrevivir. Todo era diferente ahora que Gabriel había vuelto. Estaba muy confusa y necesitaba tiempo para colocarlo todo en su sitio apropiadamente.

Francesca se tocó el estómago con la palma de la mano, una liguera caricia. Un niño. Gabriel le había dado un niño cuando ella hacía muchos siglos que estaba segura de que nunca tendría tal regalo. Y ahora Skyler. Capaz de tocar mentes como ella, Francesca sabía todo sobre la muchachita. Todo. Ya amaba a la niña como a una hija.

Una suave risa masculina rozó su mente*. No pareces lo suficientemente vieja como para tener una hija de la edad de Skyler.*

Soy lo suficientemente vieja para ser una de sus ancestros. Ella sabe que no somos humanos.

En realidad no. Sabe que somos diferentes. Cree que somos psíquicos como ella. Tarde o temprano le contaremos toda la verdad. Entre tanto, debemos tratarla como los humanos con dinero tratan a sus hijos. Necesitará un guardaespaldas durante las horas diurnas cuando no podamos estar con ella, al igual que personal que cuida de sus necesidades.

Tengo que hacer esto, Gabriel. No puedo dejarla enfrentarse al mundo sola. Me necesita. Francesca no estaba segura de si estaba disculpándose o no.

Nos necesita a los dos. La corrigió Gabriel gentilmente. *Debe aprender de alguien que no todos los hombres son los monstruos que ella ha conocido. Todavía se siente dividida. Desea retirarse de vuelta a ese lugar donde nada puede tocarla, pero por otro lado tu mano tendida hacia ella es muy tentadora. Te ha sentido, el amor que sientes por otros, la compasión de tu corazón, y eso la llama a gritos.*

Elegirá quedarse con nosotros, Gabriel. Es tremendamente valiente.

Francesca cogió un taxi que la llevara a la oficina del juez. Su abogado se encontraría con ella allí. *Necesitamos volver al hospital tan pronto como el papelero esté terminado para que el juez pueda preguntar a Skyler si está conforme con quedar a mi tutela. Me preocupa que Brice pueda hacer una escena cuando te vea. ¿Estás preparado para eso?*

Gabriel censuró sus pensamientos inmediatamente. Estaba grabada en él la necesidad de no llamar la atención injustificadamente sobre sí mismo. Esta era una situación poco familiar para él. Su instinto pedía que apartara la amenaza sobre sí mismo y Francesca e incluso sobre Skyler. Brice no interferiría en sus planes. No permitiría tal cosa.

¿Gabriel? La voz de Francesca fue suave a causa de la preocupación. *¿Por qué has cerrado tu mente a mí? No le harás daño a Brice, ¿verdad? Fue un buen amigo cuando necesitaba uno.*

Gabriel maldijo para sí mismo en varias lenguas, mezclándolas mientras lo hacía. Francesca tenía una forma de forzar su conformidad. Se sentía como un pelele. ¿Qué iba a hacer si ella siempre restringía sus acciones? *Atiende a tu reunión, mujer, y déjame en paz. Estaré aquí si me necesitas más tarde. Por ahora, estoy cazando y no puedo perder el tiempo consolándote.*

No me gruñas, embustero. No fui yo la que monitorizó tus pensamientos. Tú abriste esta conversación, no yo.

Se estaba riendo de él. Gabriel. El cazador de vampiros. Un guerrero de dos mil de edad. Los hombres le temían pero Francesca se estaba riendo de él. Era una nueva experiencia a la que definitivamente no estaba acostumbrado. Ella tenía una forma de dar la vuelta a su corazón y fundir sus entrañas hasta que casi no se reconocía a sí mismo.

Gabriel surcó la ciudad, comprobando cada lugar conocido que recordaba de siglos antes. Ahora conocía el plano de la enorme y superdesarrollada ciudad. Cada escondrijo, cada callejón estrecho y cada oscuro agujero. Conocía los cementerios, las catedrales, los hospitales y bancos de sangre. Miró en cada lugar que se le ocurrió en busca de signos de Lucian. Sabía que su gemelo estaba en la ciudad aunque era como si estuviera buscando al propio viento; no había rastro de la existencia de Lucian más que ese cuerpo que había dejado para la policía.

Gabriel tocó la mente de Francesca, sabía que ella había vuelto al hospital y estaba entrando en la habitación de Skyler. Decidió encontrarse con ella allí. Francesca necesitaba apoyarse en alguien, lo quisiera admitir o no. Y él tenía toda la intención de ser ese alguien. Se movió a través del aire nocturno, un retazo de neblina soplado con las bandas de niebla que se elevaba del suelo. No iba a permitir que el doctor estuviera allí solo con Francesca si algo iba mal. No quería arriesgarse a que Brice pudiera intentar influenciar al juez contra la idea de permitir a Skyler vivir con Francesca. Una pequeña sonrisa curvó su boca, pero no tocó sus ojos negros como el carbón. Gabriel tenía una forma de asegurar que el juez diera a Francesca cualquier cosa que ella quisiera. Entró en la habitación como finas moléculas para poder deslizarse fácilmente por debajo de la puerta. Mientras entraba, su poderosa forma se volvió a formar de nuevo, todavía invisible a los que estaban en la habitación.

Ella estaba sentada en el borde de la cama de Skyler sosteniendo la mano de la muchachita. La simple vista de Francesca le quitó el aliento. Sabía que siempre sería así. El juez era un hombre alto, delgado y demasiado guapo para la paz mental de Gabriel. Él, también, estaba mirando a Francesca con una especie de éxtasis en la cara. Otro fan. Ella parecía tenerlos por todas partes.

- Así que ya ves, Skyler, si quieres vivir conmigo, el juez está dispuesto a autorizarlo, pero tendrás que hablar con él. - Engatusó Francesca amablemente. No estaba utilizando su voz para inclinar a la adolescente de ninguna forma.

El juez se acercó a pocos pies de la cama. Skyler temblaba visiblemente. Gabirel se extendió automáticamente hacia su mente. Ella estaba bajo su protección, una niña con habilidad psíquica, un precioso tesoro para ser guardado todo el tiempo. No le gustaba verla agitada, el terrible desasosiego de su cara. Francesca también estaba en esa mente, alentando su coraje, consolándola, ayudándola a enfrentar a los desconocidos que invadían su habitación. El terror de su infancia estaba todavía demasiado fresco en su mente como para ser capaz de pasar por semejante trance sola.

Al momento envolvió a Skyler en sus brazos mentales, vertiendo su fuerza y poder en ella haciéndola parpadear con asombro. Él estaba rodeando su mente, repitiendo un canto sanador en la lengua ancestral de su gente, cuchicheando tonterías y bromas que hacían que Skyler a penas pudiera mantener la cara seria. Sus enormes y suaves ojos se lanzaron por la habitación buscándole, pero Gabriel no estaba en ninguna parte donde pudiera ser encontrado. Miró fijamente a Francesca interrogadoramente pero Francesca sólo pudo sonreír y encogerse de hombros. Tampoco ella sabía su localización exacta, sólo que la presencia de Gabriel era lo suficientemente fuerte como para indicar que estaba muy cerca de ellas.

- Bien, Skyler. - Pronunció el juez amablemente. - No tengas miedo. Queremos lo mejor para ti, sea lo que sea que te hará feliz. Francesca ha indicado bastante firmemente que le gustaría ser responsable de ti, ser tu guardián. Tiene una habitación en su casa y puede darte fácilmente todas las ventajas, pero tú eres lo suficientemente mayor como para elegir por ti misma. Me gustaría oír lo que tienes que decir.

La puerta de la habitación de se abrió hacia adentro y Brice entró.

- ¿Puedo preguntar qué está pasando aquí? Esta chica es mi paciente.

El juez se volvió lentamente, arqueando una ceja.

- Creía que había estado de acuerdo en que podíamos hablar con ella hoy. - Miró fijamente al abogado de Francesca.

Gabriel alcanzó la mente de Brice. El tipo era una vertiginosa masa caótica de contradicción. Estaba enfadado con Francesca, seguro de que ella ya había elegido a Gabriel. Tenía en mente sabotear sus esfuerzos por ganar la custodia de Skyler. Gabriel se esforzó por sofocar su propio deseo de permitir que el hombre arruinara completamente sus posibilidades con Francesca. Al momento tomó la decisión de interferir. Se solidificó fuera de la puerta de la habitación de Skyler, la abrió y entró decididamente.

Brice maldijo en voz alta, retrocediendo apresuradamente para permitir la entrada a Gabriel. La alta y poderosa forma de Gabriel empequeñeció la del médico. Mientras le pasaba rozando, se inclinó acercándose para que sus palabras fueran oídas solo por Brice.

- Dirás la verdad en este asunto. – Emitió una suave orden, su voz exigía al otro hombre que hiciera su voluntad.

Brice se encontró respondiendo con palabras que no tenía intención de pronunciar.

- Dije que Skyler podía responder a sus preguntas. - Admitió a regañadientes. Miró fijamente a Gabriel. - Está altamente sedada. Todas estas visitas muy bien podrían trastornarla y provocarle una regresión. - Evitó los ojos oscuros de Francesca y la censura que sabía encontraría allí. - Tengo serias reservas sobre el que Francesca proporcione un hogar a Skyler. He llegado a saber que su situación en casa ha cambiado y ya no vive sola. - Lo dijo en tono beligerante, sus celos le hacían temerario.

El juez miró hacia Gabriel.

- Usted debe ser el marido de Francesca. - Se extendió, ofreciendo su mano. - Me ha contado maravillas sobre usted. Es un privilegio conocerle.

¿Qué le has contado? Gabriel tomó la mano que se le ofrecía con una firme y cortés sacudida. Su mirada negra capturó y sostuvo la del juez. El hombre quedó hipnotizado, como si estuviera cayendo hacia adelante directamente dentro de esa mirada.

El único informe que encontrarán de ti tiene una etiqueta de Alto-Secreto. Creé un archivo que explicara su ausencia. Estabas sirviendo heroicamente a tu país. No es nada difícil hacer cosas así cuando sabes manejar un ordenador. También ayuda conocer gente en las altas esferas que te deban favores. Pareces un héroe para cualquiera que pudiera investigar. La suave voz de Francesca rozó su mente con aire más bien satisfecho.

- Espero que el que yo esté viviendo en la casa de Francesca no suponga un problema. - Dijo Gabriel, mirando directamente a los ojos del juez. - Después de todo, todavía estamos casados. Ella ha sido muy amable proporcionándome un lugar donde quedarme. Obviamente Francesca es la mejor persona del mundo para Skyler. No querría hacer nada que pusiera en peligro semejante arreglo.

El juez nunca había oído una voz tan pura y hermosa como la de Gabriel. Todo su ser se inclinaba hacia esa voz, deseaba complacer al orador.

- Francesca, no tienes necesidad de que seguir casada con él. No estás obligada sólo porque ha regresado de la muerte. - Explotó Brice, furioso. - ¿Es que ha hecho algo para que pierdas la cabeza? Ya no conoces a este hombre. No le has visto desde hace años. No sabes nada de él. ¡Debería haberse quedado muerto! - De repente consciente de las cosas que estaba gritando, de la diferencia entre su voz y la de Gabriel, Brice hizo un esfuerzo por calmarse.

Skyler se aferraba con fuerza a la mano de Francesca, sus pestañas increíblemente largas ensombrecían sus grandes ojos grises, ocultando su creciente terror. Al momento Francesca tocó su mente para calmarla, reconociendo el toque de reconfortante de Gabriel.

Estamos contigo, Skyler, aquí mismo.

Para asombro de Gabriel y Francesca, la jovencita fue capaz de responder por una senda mental que ninguno de los dos había usado antes. *¿Qué pasa si el doctor no me deja ir con vosotros? No puedo vivir sin vuestra ayuda. Sé que no puedo. Sería mejor simplemente largarme.* Había un miedo desesperado en ella. Alguien había tocado su vida con amable comprensión, alguien la había reconocido como buena. Alguien que entendía lo diferente que era. Alguien que la valoraba a pesar de las cosas terribles que le habían ocurrido. Ahora podía perder a sus rescatadores.

Librodot

Los ojos oscuros de Gabriel se deslizaron sobre la niña acurrucada cerca de Francesca en busca de protección. *Mírame*. Fue una orden suave, pero imposible de desobedecer. Los enormes ojos de Skyler encontraron los de él instantáneamente. *Confiarás en mí, en Francesca, y creerás que podemos ocuparnos de esto. No hay necesidad de tener miedo. Aquellos que están bajo mi protección no pueden sufrir ningún tipo de daño. Francesca continuará sanándote y dejarás de preocuparte por asuntos triviales tales como esta desagradable discusión. Ellos no pueden tocar tu vida, pequeña. Nunca se les permitiría tal cosa. Sólo creen que tiene tal poder.*

Skyler visiblemente relajada, dejó que el aliento escapara en un largo suspiro de alivio.

Francesca se encontró sonriendo radiante hacia Gabriel, con el corazón en los ojos.

9

Brice observaba la cara de Francesca. Se encontró maldiciendo silenciosamente al ver la expresión con que miraba a Gabriel, llena de orgullo. Sabía que tenía que retroceder o la perdería. Nunca había experimentado celos y encontraba la emoción sumamente desagradable. ¿Qué se había apropiado de él? ¿Era este su verdadero carácter? Por supuesto que lo mejor para Skyler sería vivir con Francesca, ¿cómo podía no serlo? Pero Brice no quería compartir a Francesca con nadie, era así de simple. Francesca tenía muchas relaciones que se llamaban a sí mismos sus amigos, pero él era el único al que le permitía acercarse. Estaba acostumbrado a tener un lugar espacial en su vida. Una adolescente no figuraba en sus planes de futuro. Francesca conocía a mucha gente, tenía dinero y se movía con facilidad en los círculos más selector. Era hermosa y gustaba a la vez a hombres y mujeres. Escoltándola en bailes de caridad y fiestas, también él había sido aceptado.

Gabriel se movió. *Fue* un simple movimiento de sus músculos, sutil pero escalofriante al mismo tiempo. Había algo muy peligroso en Gabriel, aunque Brice no podía precisar qué era. Algo en sus ojos que no era completamente humano. Intentó apartar la mirada de esos ojos negros y vacíos, pero a pesar de ello estaba cayendo hacia adelante, directamente en sus pupilas. Al momento se sintió avergonzado de sí mismo. Brice sintió una muy fuerte necesidad de retractarse de sus palabras. Se aclaró la garganta y habló casi contra su voluntad.

- Francesca es una tutora perfecta. Por supuesto no hay duda de ello.

Brice se las arregló para arrancar su mirada de esos fríos ojos negros. Tenía la sensación de que Gabriel secretamente se reía de él. Para su asombro, Brice se encontró apretando lo puños. No era un hombre violento, pero deseaba desesperadamente golpear a alguien. También tenía el extraño presentimiento de que Gabriel sabía exactamente qué estaba pensando, lo sabía y deliberadamente se le oponía. Estaba en su misma mirada, en su sonrisa, en sus ojos despiadados. ¿Por qué no podía ver Francesca que esos ojos eran fríos como la propia muerte?

Gabriel sonrió, un relámpago de perfectos dientes blancos.

- Por supuesto, Francesca es la tutora perfecta. Tú también lo crees, ¿no es así, Skyler? - Su voz fue suave y amable, tan hermosa que hizo que la de Brice sonara áspera en comparación. Pero era más que eso, era la forma en que pronunciaba el nombre de Francesca lo que hacía que Brice sintiera ganas de ponerse a tirar cosas. Había algo muy íntimo, muy posesivo en su tono.

El juez miró a la jovencita.

- ¿Es así, Skyler, te gustaría vivir con Francesca? Depende de ti. Si prefieres responder en privado, podemos despejar la habitación y quedarnos solo nosotros dos para oír lo que tienes que decir.

Skyler sacudió la cabeza, abrazando el lobo de peluche con fuerza.

- Sé lo que quiero. - Respondió suavemente, pero muy claro. - Quiero vivir con Francesca.

El juez sonrió como si fuera una niña brillante.

- Naturalmente. Puedo ver que Francesca y tú ya habéis establecido un estrecho vínculo. Confío que podamos llevar a cabo el proceso tan rápidamente como sea posible. - Fijó una mirada severa primero sobre el abogado y después sobre Brice.

Mientras el abogado de Francesca asentía solemnemente, Brice se retorció.

- No hemos aclarado el hecho de las circunstancias domésticas de Francesca a mi satisfacción. Después de todo, soy yo quien debe decidir si el ambiente es seguro o no para Skyler antes de dejarla marchar. Ha sufrido un tremendo trauma. No sé si vivir con un hombre, un desconocido, vaya a ser adecuado para su recuperación.

- Brice... - Francesca puso toda una riqueza de sentimientos en su nombre. - Por favor no me obligues a ir al tribunal con esto. Skyler y yo necesitamos estar juntas como una familia.

Brice se pasó una mano por el pelo.

- No estoy discutiendo ese asunto, Francesca. Es sólo que creo que no debemos precipitarnos. Normalmente se hace una investigación a fondo de alguien que solicita la custodia de un niño y no creo que dispensarte de ello sea apropiado ya que no sabemos nada sobre tu amigo aquí presente.

- Pero Francesca es quien solicita la custodia.- Dijo el juez. - No Gabriel. Y he tenido mucho tiempo para leer el archivo preparado por el Señor Ferrier sobre Gabriel, y creo que es un hombre bueno y decente, bien preparado para cuidar de una niña.

- ¿Qué archivo? Yo no he visto ningún archivo. - Protestó Brice.

Una vez más el juez fue capturado y sujeto por la aguda mirada negra de Gabriel durante un largo minuto. Sonrió amigablemente.

- Se lo aseguro, leí el archivo a fondo y sé todo lo necesario sobre Gabriel. Es un documento confidencial, no abierto al público. - Dirigió su mirada hacia Brice. - Estoy seguro de que aceptará mi palabra en esto.

Brice estaba más que seguro de que Gabriel estaba manipulando al juez. ¿Chantaje? ¿Dinero? ¿Era rico este hombre? ¿Qué era? Cada vez que Brice pensaba que había dado con un argumento convincente, Gabriel de algún modo captaba la atención de juez y lo volvía todo contra Brice. Miró fijamente a su rival. Cuando Gabriel le devolvió la mirada, esos condenados ojos negros se deslizaron sobre él con malicia, enviando estremecimientos de miedo hacia abajo por su espina dorsal. *¿Qué era él? ¿Dónde había estado los últimos años?* ¿Era un asesino, del gobierno? ¿Tenían realmente asesinos que rondaban por ahí libremente? ¿Era un criminal y el juez le conocía de una experiencia pasada? Brice estaba seguro de que Gabriel blandía algo sobre la cabeza de Francesca. Tenía que ser eso. Estaba forzando su consentimiento. Quizás era bueno que se llevaran a Skyler a esa casa. Ella podía ver que pasaba e informarle a él. Sería necesario engatusar a la chica y persuadirla de que vigilara a Francesca. Tendría que convertirla en su aliada.

Brice asintió lentamente.

- Daré mi consentimiento entonces, Juez, tan pronto como tenga usted conocimiento de sus antecedentes.

Gabriel sonrió complacientemente.

- Gracias, Doctor, aunque no era consciente de que su aprobación fuera necesaria en este caso. Skyler está técnicamente bajo la custodia del juzgado. - Sonrió medianamente divertido ante la presunción de que Brice fuera necesario en absoluto.

Brice lo vio todo rojo. Al demonio con ese hombre y sus modales. Su voz era tan hermosa y engatusadora, tan perfectamente amigable que nadie podía pillarle en falta, aun así era deliberadamente insultante.

- Skyler es mi paciente. Necesita mi aprobación para dejar el hospital. Me tomo mi trabajo muy en serio. - Se movió de inmediato para establecer su autoridad.

Librodot

Gabriel se inclinó con una reverencia anticuada, un gesto cortés, como si fuera un príncipe tratando con un plebeyo. Brice apretó los dientes para evitar maldecir. Odiaba todo en Gabriel. Su forma alta y bien musculada, sus amplios hombros, el largo pelo brillante atado con una cinta de cuero en la nuca. ¿Cómo podía un hombre adulto parecer tan bien vestido con un pelo como ese? Brice odiaba la elegancia de sus ropas, la sensualidad de su boca, la mirada inhumana de sus ojos. Pero por encima de todo odiaba el poder que se aferraba a Gabriel, la completa confianza en sí mismo. La llevaba como un hombre acostumbrado a dar órdenes a otros. Era fácil imaginarle como un señor feudal en otra vida. Brice se sentía como si Gabriel se estuviera riendo secretamente de él, como para él fuera una fuente de diversión y poco más.

Gabriel sonrió hacia él fácilmente, un muestra de esos inmaculados dientes blancos. ¿Cómo conseguía tenerlos tan blancos? Brice quiso hacer pedazos esos refulgentes dientes blancos hasta lanzarlos hacia abajo por la garganta.

- Skyler está en vías de recuperación. Francesca me dice que está más fuerte a cada día que pasa. Estoy seguro de que no pasará mucho antes de que sea capaz de venir a casa con nosotros.

Todo el mundo se sorprendió de que fuera Skyler quien respondiera.

- Me siento mucho más fuerte. - Lo dijo desafiantemente, su voz suave y temblorosa pero clara. - Y si a alguien le interesa mi opinión, quiero vivir con Francesca *y* Gabriel. – La chica no tenía ni idea de porqué había sentido la súbita compulsión de añadir el nombre de Gabriel cuando en realidad quería decir Francesca. Los hombres la asustaban. Incluso Gabriel, aunque tenía la sensación de que solo sentía compasión e interés por sus sentimientos. Ella quedó más sorprendida por su explosión que nadie. No había hablado con nadie en meses, aun así ahora estaba en una habitación llena de adultos, desconocidos en realidad, y estaban decidiendo su vida. Era aterrador y se sentía agradecida por el peluche y el extraño confort consolador que este le ofrecía.

- Me alegro de oír eso. - Dijo Brice inmediatamente, reconociendo la necesidad de retroceder. - Tú estás fuerte y nosotros contentos, Skyler. - Volvió la cabeza hacia Gabriel mientras hablaba. Sabía que Gabriel leería la mentira en sus ojos de todas formas. Skyler debería estarle agradecida; él era su médico; él había sido el que había arriesgado su licencia trayendo a Francesca para que viera a su paciente sin el consentimiento paterno.

Brice se obligó a sonreír hacia la niña. Después de todo, podía ser encantador con las mujeres. Era su mejor atractivo.

- Estarás fuera de aquí en no mucho tiempo, jovencita, y eso debería complacerte inmensamente. - Su mirada se deslizó alrededor para abarcar a todos los presentes. - Si han terminado aquí, sugiero que salgan y permitan descansar a mi paciente. Está bastante pálida.

Francesca se inclinó para abrazar a Skyler.

- Voy a divertirme mucho preparando tu habitación. Sé las cosas que te gustan.

Skyler la agarró del brazo, bajando la voz hasta un suave susurro.

- Escondí el guardapelo de mi madre en mi antiguo dormitorio. Está detrás del panel que está cerca de la cama. No quiero nada excepto eso. No quiero nada de *él.*

Francesca asintió solemnemente.

- No te preocupes, cielo, ese guardapelo estará esperándote en casa. Me ocuparé personalmente. - Murmuró la promesa suavemente mientras rozaba la boca contra la frente de Skyler.

Gabriel pasó por delante de Brice como si no estuviera allí y capturó la mano de Francesca, entrelazando sus dedos con los de ella como si se pertenecieran.

- Tienes que firmar los papeles, cariño, y después, creo que visitaremos varias tiendas para nuestra jovencita. - Lanzó una sonrisa a Skyler, esa que podía iluminar el cielo y quitar a Francesca el aliento. Le amó en ese preciso momento. Amaba la forma en que consolaba a Skyler con genuino cariño. Lo sentía en él. Era su compañero y no podía mentirle u ocultarle sus verdaderos sentimientos. Él quería que Skyler compartiera sus vidas y su protección. La quería a salvo de todo mal. Había auténtica bondad en Gabriel.

Francesca le permitió empujarla fuera de la habitación y bajando el vestíbulo hasta la sala de espera donde podría terminar sus asuntos con el juez y su abogado. Gabriel permaneció a su lado, silencioso pero comprensivo. No intentó captar su mirada o llamar su atención de ningún modo, aunque ella no podía pensar en nada más que en él. Estaba allí, lleno de vida. Él era vida. Y risas. Quería sonreír sólo de pensar en él. ¿Cómo se las había arreglado para alterar así sus lealtades en tan corto período de tiempo?

Cuando era una jovencita hacía tantos siglos, había estado segura de qué era ella, orgullosa de quién era. Sabía que había sido creada para ser la compañera de alguien extraordinario. Siempre lo había sabido. Había estado orgullosa de Gabriel, simple orgullosa de él, incluso cuando pensó que le había perdido. Él era una legenda, un gran luchador contra los vampiros, un cazador insuperable. Francesca había sabido que la llamada del compañero era poderosa, pero había estado segura de que tras los siglos pasados disminuiría ese fuerte empujón. Había contado con ello. Se mordió el labio, intentando concentrarse en lo que su abogado estaba diciendo; aunque todo el rato, *él* estaba en su mente, llenando sus sentidos y confundiéndola completamente.

Ella deseaba paz. Descanso. Después de todo ese vacío, de todos los largos años de estar sola, merecía descanso. Había sido útil, no había desperdiciado su vida o sus dones.

No, mi amor, no lo hiciste. No podría estar más orgulloso de nadie. Lograste mucho, todo por bondad. Mientras yo estaba cobrándome vidas, tú estabas salvándolas. La voz fue suave en su cabeza, llena de respeto, teñida de pena. Como se considerara a sí mismo indigno de ella.

Al momento los enormes ojos oscuros de ella se volvieron para capturar los de él. Tú estabas salvando vidas también. Gabriel, eres el guardián de nuestra gente. Debes saber que tú te interpones entre la humanidad y el no-muerto. Dejaste a un lado tu felicidad por eso.

Observándolos desde el umbral de la puerta, Brice vio la cruda emoción en los hermosos ojos de Francesca mientras miraba amorosamente a Gabriel. No tenía ni idea de sus propios sentimientos, de lo profundos e intensos que corrían dentro de ella, pero él podía ver la verdad en aquellos ojos. Parecía como si ellos dos vivieran en su propio mundo secreto. Parecían comunicarse sin palabras.

Sus dedos se cerraron firmemente a los costados, apretándose hasta que los nudillos se le pusieron blancos y su cuerpo tembló de furia y desilusión. Había cortejado a Francesca durante mucho tiempo, dedicándose sólo a ella, aún así ella nunca le había mirado de ese forma. Y estaba más hermosa que nunca, más encantadora. Observándola, notó que era más sexy que nadie que hubiera conocido nunca. Siempre había pensado que era hermosa, un ornamento perfecto para mostrar en los círculos sociales en los que pretendía introducirse. Brice nunca había pensado en ella en términos de ardientes, húmedas y calurosas noches de sexo, pero ahora, mirándola, apenas podía contenerse.

Justo entonces Gabriel alzó la cabeza y le miró, una larga y fría mirada que envió en escalofrío hacia abajo por la espina dorsal de Brice.

El médico se volvió sobre sus talones y se alejó. No había forma de que Gabriel pudiera leer mentes de verdad, no había forma de que pudiera juzgar la intensidad con la que le odiaba Brice. No había forma de que pudiera ver las imágenes eróticas de su cabeza. Brice necesitaba a Francesca en todos los sentidos y se la merecía. No iba a permitir que Gabriel llegara y se lo arrebatara todo. Quizás nadie más lo pudiera ver, pero él sabía que había algo malo en Gabriel, algo oscuro y peligroso. Un monstruo acechaba dentro de él y de cuando en cuando, Brice captaba un vistazo de él en sus ojos. Tenía intención de proteger a Francesca de su propia naturaleza compasiva.

La mano de Gabriel automáticamente estrecharon las del juez y el abogado de Francesca. Estaba acostumbrado a pensar e incluso hablar a dos niveles diferentes. Sostenía una charla superficial con facilidad, mientras todo el tiempo daba vueltas una y otra vez al problema de Brice en su mente. El doctor estaba celoso y obsesionado con Francesca. Se estaba convirtiendo en una amenaza para el bienestar de los suyos. El odio de Brice parecía desproporcionado en relación con su personalidad blanda. ¿Había una sutil mancha de poder

que Gabriel no había captado? Pocos no-muertos podrían esconderle a él tal cosa. *Lucian*. ¿Estaba su gemelo jugando otra vez, usando a su enemigo humano contra él? Examinó la mente de Brice. Si había sido corrompida por el poder del no-muerto, quien fuera que lo hubiera hecho había sido extremadamente hábil. Debería reconocer el rastro de su hermano, pero no lo estaba. Aunque Brice parecía sentir un odio retorcido. Ese odio estaba centrado en Francesca, como Gabriel sabía que sería. Brice estaba decidido a recuperarla, volverla contra Gabriel. Si el no-muerto estaba utilizando al humano, Gabriel no podía detectar un poder tan sutil.

- ¿Qué pasa? - Preguntó Francesca suavemente, colocando su mano en la de él.

Él le sonrió. Ella era su mundo. La única. Muy lentamente se llevó la palma de la mano a la calidez de su boca, demorándose durante un momento para inhalar la fragancia de ella.

- Eres una mujer extraordinaria, Francesca.

A Francesca la complacía que los otros hubieran salido ya de la habitación. Podía oírlos mientras recorrían el vestíbulo juntos, complacidos con el resultado de la reunión. El color se extendía por la cara de ella como por la de una colegiala; se ruborizaba simplemente porque él le había besado la mano. Francesca intentó tirar de su mano para ponérsela a la espalda.

Gabriel siguió reteniéndola, sus dientes blancos eran mucho más evidentes.

- ¿Te pones tímida conmigo después de todo lo que hemos compartido? - Deliberadamente su voz se fundió hasta una ronca seducción, una burlona tentación.

- No. - Mintió ella, avergonzada por su propia reacción. Una vez había pensado que los ojos de él estaban vacíos de emoción, pero cuando descansaban sobre ella estaban llenos de tal deseo, tal intensidad, que apenas la dejaban pensar con claridad.

Los dientes blancos relampaguearon hacia ella.

- Creo que necesitamos encontrar una tienda y comprar muebles para la alcoba de nuestra adolescente. Nunca pensé que tendría que "criar" a una chica de su edad, y una humana encima. Compadezco al cualquier joven que crea que puede pedirle una cita. Leer la mente es muy útil en ciertas situaciones.

Francesca alzó la barbilla.

- Gracias por desear hacer esto conmigo. Estoy realmente entusiasmada con traer a Skyler a casa con nosotros y me alegra que lo compartas conmigo. Es una chica tan guapa.

- Si, lo es. Debería tener ropa que la haga sentirse bien consigo misma. - Sonrió de repente. - Sé bastante sobre el mundo, casi sobre cualquier tema, pero no tengo ni idea de lo que desearía tener una chica adolescente en su habitación. Tendré que confiar en ti en ese departamento. No había imágenes en la cabeza de Skyler de lo que le gustaría.

- No creo que haya pensado nunca en tales cosas. Su vida ha sido sobrevivir. He estado pensando que podríamos darle la habitación del piso de arriba con el balcón, la que tiene la pequeña torre anexa.

Él asintió solemnemente.

- Creo que le gustará mucho esa, Francesca. - La cogió de la mano. - Vuela conmigo esta noche. Podemos ir de tiendas y caminar sin ser vistos hasta que decidamos qué nos gustaría comprar. Permítete a ti misma sentir la libertad de nuestra raza una vez más. Hace mucho que no has disfrutado de algo así.

Francesca encontró una pequeña sonrisa formándose en su boca ante la idea. Era verdad. Ella había renunciado a muchos de los dones únicos de su gente para pensar, sentir y actuar como una humana. Había sido muy necesario para ocultarse. Pero ahora la tentación era demasiado fuerte como para resistirla. Permitió a sus sentidos extenderse en la noche, escudriñando la zona completamente, esperó hasta que supo que no había nadie en las inmediaciones, después con una carrera saltó hacia el cielo. Mientras se lanzaba al aire, brillaron plumas iridiscentes y hermosas, haciendo que pudiera volar silenciosamente surcando el cielo estrellado.

La sensación de volar a través de la noche era tan increíble, apenas podía soportarla. Había pasado tanto desde que se había permitido el lujo de pensar como un Cárpato. Había querido que sus padrones mentales fueran completamente humanos siempre. Ahora al

parecer podía disfrutar los privilegios especiales de su raza una vez más. Rió de alegría mientras se movía a través del cielo.

Gabriel se unió a ella, un enorme raptor, silencioso, veloz y mortal, volando por el cielo hacia el corazón de la ciudad. Conocía la mente de ella, sabía que empezaría primero por la casa del padre de Skyler para recoger el precioso guardapelo. Voló cerca de Francesca, decidido a protegerla incluso de su propia exuberante necesidad. Estaba en su mente, asegurándose de que mantuviera la imagen del pájaro en vuelo para que no pudiera cometer errores. Compartía su alegría y celebraba su libertad, pero permanecía como una sombra, decidido a protegerla.

Francesca se posó en lo alto del tejado del viejo edificio donde había vivido el padre de Skyler. Severamente apresurada.

Había barrotes en las ventanas y la puerta, algo que no suponía una barrera para dos poderosos Cárpatos. El pequeño apartamento era una ruina de botellas de licor rotas y platos sucios. No había comida en la nevera, sólo cerveza. Los armarios guardaban cajas de galletas saladas y dos latas de sopa. Francesca tocó algo colocado en el fregadero.

Se volvió para mirar a Gabriel con lágrimas en los ojos. Podía sentir la violencia que encerraba el pequeño apartamento. El terror de una niña. La brutalidad que un hombre podía imponer. Vio destellos de la vida de Skyler, el padre, un hombre enorme, balanceando un cinturón hacia ella en el baño. Skyler acurrucada en una esquina mientras un hombre se aproximaba con una sonrisa malvada. Gabriel asió a Francesca y la sacudió gentilmente.

- Abandona este maligno lugar. Eres demasiado sensible para esto.

- Skyler lo era también. Esa hermosa niña estuvo sujeta a esta depravación. La condujeron al borde de la locura, Gabriel.

Las lágrimas en su voz fueron casi más de lo que él podía soportar.

- Está a salvo con nosotros, Francesca. No permitiremos que nadie vuelva a hacerle daño.

- Es una humana con capacidades psíquicas, un tesoro raro para nuestros hombres. Habría sido de un valor incalculable para nuestra raza, pero después de semejantes atrocidades, no puedo imaginar que sea capaz de amar alguien tan dominante y salvaje como nuestros hombres. ¿Qué vamos a hacer? - Había desesperación en su voz.

- Ese dilema es a largo plazo, cielo, no algo que tengamos que resolver en este momento. En cualquier caso, no sabemos si es la compañera de uno de los nuestros. Nuestro primer deber es ahora para con ella. Es nuestra hija y merece nuestra protección. Ve, yo encontraré el guardapelo de su madre. - Le aseguró Gabriel.

Entrelazó sus dedos con los de él, necesitada del consuelo de su cercanía. No cuestionó por qué su toque le parecía tan correcto. Sólo sabía que deseaba ser acunada entre sus brazos y sentir su enorme fuerza cuando todo lo que veía a su alrededor era la maldad de la raza humana.

Gabriel la colocó bajo su hombro, sabiendo instintivamente que ella estaría mejor con él en este lugar maligno que fuera sola al aire libre. Comprenderlo le hizo sentir humilde. Se llevó la mano de ella a la calidez de su boca, respirando un beso sobre su piel, su boca tembló diciendo sin palabras que ella era la magia de su vida. Encontraron el guardapelo de Skyler y él mismo se lo colocó alrededor del cuello mientras paseaban por las tiendas. Francesca estaba allí en su elemento. Conocía la ciudad, conocía a los vendedores. Con frecuencia compraba ropa por valor de miles de dólares que donaba a los pobres. Gabriel entrelazó los dedos con los de ella mientras entraban en una de las tiendas. Este no era el punto fuerte de Gabriel, pero estaba más que dispuesto a compartir la excitación con ella. Observó el rubor de Francesca, su belleza era casi etérea. Iluminaba la tienda y no pudo evitar pensar en la noche compartida a solas en la tienda de su amiga. Cuando le lanzó una sonrisa, ella se ruborizó y rápidamente apartó la mirada, compartiendo sus recuerdos del salvaje encuentro.

Las horas llegaron y pasaron, pero todos los comerciantes a los que llamó Francesca abrieron alegremente sus tiendas para ella. Gabriel se sorprendió de divertirse observándola

moverse a través de las tiendas, examinando ropas y muebles, seleccionando estilos juveniles apropiados para el más reciente miembro de su familia.

- ¿Estás planeando comprarle un guardarropa completo? - Se burló él mientras ella le mostraba un par de vaqueros azules descoloridos. - ¿Por qué esta fascinación que tienen las mujeres modernas con los pantalones de hombre? - Se frotó el puente de la nariz pensativamente. - ¿Nuestra hija tiene que llevar estas cosas? Vestidos y camisetas serán mucho más apropiados.

Las cejas de Francesca se arquearon, y su boca se curvó en una pequeña sonrisa.

- Quizás tienes razón, quizás necesitamos buscarle ropa algo más femenina.

Fue su voz lo que le advirtió de que esto no iba a gustarle. La siguió con algo de aprensión a una zona diferente de la tienda. Francesca tomó un traje azul marino de la pecha y lo sostuvo en alto.

- Este es encantador, Gabriel. ¿No te encanta? Tienes razón, creo que necesitamos concentrarnos en prendas mucho más femeninas.

Él la rodeó y tanteó el suave material.

- ¿Dónde está el resto? - Estaba muy serio, sus ojos oscuros buscaban en la cara de ella señales de burla.

- Este es todo el vestido. Las chicas los llevan bastante cortos estos días. ¿No lo has notado? - Francesca no podía creer que no hubiera notado a las mujeres de la ciudad y las ropas que con frecuencia revelaban una generosa porción de pierna.

- Tú no lo llevas ropa como esta. - Hizo una declaración.

- Por supuesto que si. Vestidos cortos y largos. Todo vale en esta época.

- ¿Tú vistes cosas como este vestido delante de los hombres? - Se produjo un curioso vuelco en el fondo de su estómago. No entendía por qué de repente deseaba arrancarle la cabeza al doctor. ¿La había visto él con tales prendas? La idea le provocó una sensación volcánica poco familiar en las entrañas.

Francesca se rió de él. Directamente se rió de él. Sus ojos oscuros brillaban de alegría.

- Suena como si alguien estuviera un poquito celoso por aquí.

La mano de él se extendió, casi por propia voluntad, sus dedos rodearon la garganta de ella.

- Sé que te burlas de mí, ¿verdad, Francesca?

Francesca intentó mantener la cara seria.

- Yo no haría eso. - Dijo dulcemente. - Pero soy dinamita cuando me visto y me arreglo.

- Mi corazón no puede soportar la imagen. - Dijo él. - Al menos no si te vistes para otro hombre. No me cuentes más.

- Tú edad se muestra al fin. - Rió ella, el sonido despreocupado, le atravesó el corazón como una flecha. - Acabemos con esto y ayúdame a encontrar algún vestido que le encante.

- Encontraré algún vestido que se le permitirá llevar en público. - Contraatacó gruñón, mirando por primera vez los pequeños vestidos de los maniquis. - ¿Dónde están los que llegan a los tobillos?

- ¿Vas a ser uno de esos que insisten en tener guardaespaldas y estrictos toques de queda? - Preguntó ella con una ceja arqueada.

- Absolutamente. Puedes contar con ello. - No hizo intento de fingir otra cosa.

La sonrisa de Francesca le inundó, dejando claro que no estaba impresionada en lo más mínimo por sus facciones de piedra y boca severa. Encontró la sección de ropa interior y pasó un rato eligiendo encaje y satén mientras él simplemente sacudía la cabeza con asombro. Ella lo arregló todo para que sus compras fueran entregadas la noche siguiente y le siguió fuera a la noche.

Skyler tendría una habitación diseñada específicamente para ella, los artículos escogidos se parecerían lo más posible a sus recuerdos de las cosas que había visto y le habían gustado. El resto las elegirían por ella, deseando su felicidad y comodidad. Los patrones de su colcha y sábanas eran un diseño realizado por Francesca para ayudar a sanar y promover el consuelo y los buenos sentimientos. La habitación que habían decidido darle era una torreta

redonda donde los intrincandos cristales tintados contenían un poderoso hechizo para proteger al ocupante de daños externos y pesadillas.

Francesca sonrió hacia Gabriel mientras se posaban sobre el balcón de su casa, una vez más cambiando a sus propias formas.

- Ha sido una noche maravillosa, Gabriel. Muchas gracias por compartir este rato conmigo. Es mucho más divertido experimentar la vida con otro.

- Te estás acostumbrando a mí, a pesar de tus intenciones de no hacerlo. - Aventuró él mientras la conducía bajando las escaleras hasta la cocina.

- Tenemos que recordar preparar la casa con comida y cosas que apetezcan a una adolescente. - Dijo Francesca, decidida a no dejarse arrastrar a una conversación sobre su relación. No estaba preparada para pensar mucho en el tema.

- Skyler debería comer lo que es más nutritivo para ella. Es todo piel y huesos. Y debes hacer algo con su pelo. Se lo pone en la cara porque cree que las cicatrices la afean.

Francesca le siguió hacia la cámara bajo la tierra.

- Lo sé, aunque creo que es más lo que representan, los recuerdos tan desagradables. No puedo esperar para traerla a casa. Esta casa será tan diferente. Música, ruido, servicio, probablemente guardas... nuestras vidas serán muy diferentes, Gabriel.

Él le rodeó los hombros con un brazo, agradeciendo que no se apartara de él. Estaba haciendo progresos sin que ella fuera consciente de ello.

- El cambio es bueno, Francesca. Mi existencia estuvo vacía y yerma durante dos mil años. Daré la bienvenida al cambio. - Su mano se deslizó hacia abajo por el brazo de ella, avanzó por su estómago hasta que la palma quedó sobre su hijo que allí crecía. Cerró los ojos durante un momento, saboreando la sensación de ella, de su hijo nonato.

Ella le sonrió.

- El amanecer se aproxima, Gabriel, debes descansar.

- Eres tú la que está embarazada. - Abrió la tierra y flotó con ella a la tierra acogedora, sus brazos la empujaron hacia la protección de su cuerpo. - Duerme, cielo, mañana prepararemos la habitación para ella. - Su cuerpo y alma, corazón y mente, estaban contentos. Ella estaba con él, sus brazos la rodeaban, su fragancia le llenaba los pulmones, y eso era suficiente.

Eres tú la que está embarazada. Francesca repitió esas palabras en su mente, las abrazó, asombrándose ante semejante milagro. Sintió la boca de él contra su frente, su mano sobre el hijo de ambos, y cerró los ojos, descansando contenta.

Cuando se despertó, Gabriel ya estaba fuera, buscando pistas sobre el paradero de Lucian. Su mundo sería frágil y lleno de peligros mientras su hermano cazara en su ciudad. Francesca sintió a Gabriel moviéndose en su mente, sintió su calidez, aunque tembló mientras recorría las habitaciones familiares de su casa. Durante el día los repartidores había llegado, dejando cajas de todas las formas y tamaños. Había olvidado hasta el momento cuantas cosas había comprado para Skyler la noche antes. Francesca disfrutó de cada momento del arreglo de la habitación y colocando la ropa de Skyler en el vestidor y el armario. Puso mucho cuidado al trabajar en la pesada colcha, poniendo amor en cada puntada mientras la confeccionaba especialmente para Skyler.

Ahora estaba empezando a preocuparse por Gabriel. Por sus pensamientos se había enterado de que Lucian ya había golpeado de nuevo; sería otro asesinato sin resolver para la policía. Tenía la sensación de que Lucian colocaba un cebo aposta para Gabriel, conduciéndole hacia una trampa de alguna clase. Se movió por la casa, cuidando de los negocios antes de salir a ver a Skyler. Hizo varias llamadas a organizaciones, miembros de sociedades, viejas relaciones. Siempre era necesario mantener las apariencias, ahora más que nunca con Skyler a su cuidado.

Lo primero era asegurarse de encontrar un servicio en el que pudieran confiar. Aidan Savage en los Estados Unidas había recomendado a una pareja de confianza, el propio hijo de sus sirvientes, Santino, y su esposa, Drusilla. Se mudarían y protegerían a Skyler durante

el día. Santino sabía que Aidan era Cárpato, y Aidan aseguró a Francesca que era seguro confiar en él.

Satisfecha, fue al hospital. Skyler sonrió tentativamente cuando la vio entrar en la habitación.

- Pensé que quizás habías cambiado de opinión. - Dijo la chica. El peluche estaba en su lugar habitual, entre sus brazos.

- No, de eso nada. - La corrigió Francesca con una sonrisa. - Tenías un ataque de pánico. Todo está en su lugar, cielo. Gabriel y yo encontramos tu guardapelo. Está en un joyero en tu habitación. Tienes todo lo que necesitas esperando por ti en casa. Todo lo que tienes que hacer es ponerte bien. ¿Estás comiendo?

- Intento comer. - Respondió Skyler honestamente. - No es fácil. No lo he hecho desde hace mucho. Ahora nunca tengo hambre. ¿Dónde está Gabriel?

Francesca pensó que era una buena señal que Skyler hubiera preguntado por él.

- Fuera, cazando.

Skyler se quedó en silencio durante un momento.

- ¿Cazando? - Repitió. - No creí que fuera de la clase de persona que quisiera matar a una criatura viva. - Parecía decepcionada.

Skyler obviament esentía una afinidad con los animales. Francesca sonrió amablemente.

- No animales, tonta. Cosas. - Apartó el pelo fuera de los ojos de la chica, su toque tierno y consolador. El contacto le dio acceso a las emociones de Skyler.

La niña estaba asustada pero intentaba ser valiente. El futuro la aterrorizaba, vivir la atemorizaba, pero no Francesca y tampoco Gabriel. Había preparado su mente para intentar dar a la vida otra oportunidad.

- No puedo ir a la escuela. - Farfulló de repente. - No puedo estar con nadie alrededor. No quiero que nadie me vea.

Francesca asintió sobriamente.

- Entiendo, cielo. Creo que lo mejor será que nos mantengamos unidos durante un tiempo, nosotros tres y nuestro servicio. Voy a contratar a una pareja que trabajará con nosotros, te echarán un ojo.

Francesca le tomó la mano y simplemente la sostuvo, permitiendo que su don especial fluyera de ella hasta el interior de la chica.

- Ahora quiero que descanses, jovencita. Voy a preguntar a Brice si te soltará tan pronto como sea posible, pero tienes que poner de tu parte. Si tienes problemas para comer, o tienes miedo, busca a Gabriel o a mí en tu mente. Como tú, somos telépatas y te oiremos y vendremos en tu ayuda. Llama si es necesario. Espero que lo hagas, ¿entendido?

La chica asintió solemnemente.

- Estoy cansada todo el tiempo.

- Eso no es extraño. Sufriste un trauma, Skyler, y fuiste golpeada brutalmente. Tu cuerpo y mente necesitan tiempo para sanar al igual que tu espíritu. Volveré después. Por ahora, descansa. - Con un ondeo de la mano abrió la puerta y se deslizó fuera.

- ¿Es usted Francesca Del Ponce? - Había un desconocido esperando fuera de la habitación de Skyler.

Sintió que había estado allí apostado desde hacía algún tiempo. Francesca le había escaneado, por supuesto, eso era tan natural en ella como respirar, y había sabido que esperaba para hablar con ella.

Sonrió plácidamente, sus largas pestañas velaron la expresión molesta de sus ojos. Durante un breve momento consideró el utilizar un "empujón" mental, pero había algo en él que no estaba del todo bien. No pudo precisar qué era mientras se detenía para enfrentarse con él.

- Si, así es. Yo soy Francesca. - Le lanzó una sonrisa, una que captó su atención inmediatamente.

- Barry Woods, Señorita Del Ponce. Soy un reportero en busca de una buena historia. Tengo entendido que cura usted gente.

Librodot

Las cejas de ella se arquearon y una pequeña sonrisa curvó su suave boca.

- Lo siento, debo haber oído mal. ¿Que hago qué?

- Curar gente. Curó a una niñita que tenía cáncer.

Francesca duró durante un momento antes de responderle. Había algo en este hombre que la molestaba, algo que no estaba del todo bien. Un matiz. Algo sutilmente malvado. Quizás estaba equivocada, pero le provocó un escalofrío por la espina dorsal. Tocó su mente muy delicadamente.

Al momento se le atascó la respiración en la garganta. Obligó a sus labios a sonreír, sus enormes ojos negros se abrieron de par en par haciendo que parecieran negros como la noche.

- Desearía tener tan maravillosa habilidad. La verdad es, que no poseo semejante talento. - Con el estómago encogido, Francesca se obligó a sí misma a tocar la mente del hombre. Gabriel necesitaría información. Este hombre no era lo que parecía en la superficie. Era un fanático, su mente estaba llena de imágenes de vampiros, estacas y ajo.

El reportero aferraba continuamente la cadena de oro que le rodeaba la garganta. Ella sabía que su mano sostenía una cruz.

- Mi fuente es muy fiable, señorita Del Ponce.

- Los médicos de aquí son bastante buenos. - Dijo ella suavemente. -¿No cree que es mucho más probable que ellos curaran a la niña si su cáncer estaba en remisión? Vengo a leer a los niños con frecuencia, pero no puedo curarlos, ya me gustaría a mí. ¿Los ha visto en la sala de cáncer? Son tan guapos y valientes. Es bastante desconsolador. Quizás debería visitarlos. La historia tendría de tremendo interés humano, ¿no cree? - Enterró la sutil compulsión de su sugesterencia cuidadosamente.

El reportero sacudió la cabeza como para aclarársela.

- Tengo que conseguir la historia.

Ella asintió gentilmente, el pelo largo se movió como una cortina de seda alrededor de sus hombros.

- Si, la historia sobre los médicos de aquí y el hospital y lo buenos que son, es muy interesante. - Sus ojos oscuros se fijaron directamente en los de él. - Realmente debe escribir sobre su trabajo.

Woods se detuvo cuando ya se volvía hacia la sala de cáncer. Sacudió la cabeza con fuerza para aclararse las telarañas. Durante un momento quedó desorientado, incapaz de recordar exactamente qué había estado haciendo. Por encima de todo su mente se veía abrumada por el deseo de escribir una historia sobre los niños y el cáncer. Sacudió la cabeza de nuevo, seguro de que no había venido aquí por esa razón. Una mujer se alejaba de él, sus caderas se balanceaban gentilmente. El pelo le colgaba hasta más abajo de su cintura, espeso, rico y brillante por las luces intensas. Eran tan hermosa que le cortaba la respiración y ni siquiera le había visto la cara.

Se quedó en pie un momento, renuente a moverse. No podía recordar qué estaba haciendo. Deseaba que ella se volviera para poder verla. Deseaba seguirla, pero sus pies parecían de piedra. Había venido aquí por una razón, una razón importante, pero sólo podía recordar que quería escribir una historia sobre niños que sufrían cáncer. Había un doctor con el que necesitaba hablar. No francés, sino un inglés. Un nombre extraño. Brice algo. Woods se rascó la cabeza y volvió resueltamente la espalda al ala de cáncer. Se sentía perdido, muy confundido. No tenía ni idea de qué estaba haciendo.

10

Librodot

-¿Cuánto tiempo crees que puedes seguir evitándome? - Exigió Brice mientras aparecía detrás de Francesca.

- No te pases, Brice. - Dijo Francesca exhasperada. - No es el mejor momento para enfrentarte a mi. Acabo de tener una pequeña visita de un muy insípido reportero. Está haciendome parecer una especie de pirada. Sospecho que eso tengo que agradecertelo a ti.

Brice tuvo la decencia de parecer avergonzado incluso mientras intentaba zafarse de su acusación casualmente.

- Sólo dije la verdad. Examinaste a mi paciente. En ese momento era una enferma terminal. No hay duda de que era así. Eso estaba completamente documentado y tengo todos los informes para probarlo. Después todas las pruebas de sangre resultaron limpias, Francesca. Está completamente curada. Yo no lo hice y no tengo ni idea de como sucedió.

- Así que me echaste encima a los reporteros, la pirada milagrosa en acción. Te aseguraste de que mi privacidad resultara completamente destruida. ¿Se supone que es así como me pagas el favor? - Francesca echó la cabeza hacia atrás, la cortina de su espeso pelo negro azulado voló. - Estoy ocupada evitando a tus reporteros, Brice. No tengo tiempo para una pequeña charla.

- Francesca, no ocurrió así. Vamos, me conoces mejor que eso. Admito que me gusta figurar en los titulares, pero no fui yo quien habló con los reporteros. - La cogió del brazo, deteniéndola. - Deja de huir, Francesca, me agotas. No fui yo. Fueron los padres de la niña. Su nombre es Chelsea Grant. Su padre es un senador de los Estados Unidos. Te mencioné delante de su madre sin pensar. No había esperanzas para Chelsea. Ninguna. Sus padres los sabían. Yo no fui el único médico que la examinó. La mía era sólo una de una larga lista de opiniones. El señor Grant te había investigado. Varios pacientes anteriores estaban tan contentos que hablaron de ti y el milagro que habías realizado con ellos.

Francesca bajó la mirada hasta los dedos que le atrapaban el brazo. No había pasado mucho desde que el roce de esos dedos había caldeado su corazón; ahora la irritaba. ¿Era tan superficial que sus sentimientos podían cambiar tan fácilmente, tan rápidamente? ¿O se había engañado a sí misma sobre el verdadero carácter de Brice sólo porque se sentía muy sola? Había querido compartir su vida con alguien antes de permitirse morir. Ahora podía ver claramente lo importante que eran los titulares para Brice, lo importante que era para él complacer a la esposa de un senador.

- Lo suficientemente importante como para venderme. - Pensó en voz alta. - Querías que ella te debiera un favor.

- Lo siento, Francesca, quería lo mejor para mi paciente. Y si, ocurre que ella tiene padres que podrían allanar mi camino hacia el hospital que quiero. Un lugar donde mis habilidades puedan realmente marcar una diferencia.

- Pensaba que te importaban estos niños.

- Por supuesto que me importan. He dedicado mi vida a ellos. Tú no has aprendido todavía que está bien desear tener una vida decente. Tienes dinero, Francesca. Tienes más que suficiente, aunque lo regalas a una velocidad alarmante. Yo necesito ganarme la vida. Es tan fácil y heroico ayudar a una niña rica enferma como ayudar a una vagabunda.

- Como Skyler. - Dijo Francesca suavemente. - Ella no puede hacer nada por tu carrera. No la quieres en tu vida así que intentas asegurarte de que no entre en la mía. Eso es despreciable, Brice. Esa niña necesita un hogar y yo puedo proporcionárselo. Tu intento de evitar que me la lleve a casa es absolutamente imperdonable. ¿Cómo pudiste hacer tal cosa?

- Demonios, Francesca. Eres tú la que has cambiado, no yo. Sabías que yo quería ciertas cosas. Esto no va sobre mí, sino sobre él. ¿Qué es él exactamente? ¿Un espía del gobierno? ¿Un jefazo de algún tipo? ¿Te está amenazando con algo? ¿O al juez? ¿Tenéis todos miedo de él? No creas que no he advertido que hay algo que no va bien en él. ¿Ha estado en la cárcel por un crimen? ¿Dónde ha estado todos estos años?

- Ya oíste lo que dijo el juez. Él sabe todo lo que necesita saber sobre Gabriel. Su vida es un asunto de seguridad nacional. Es clasificado.

Brice refrenó una explosión de juramentos.

- ¿Es eso lo que te ha contado él? ¿Y simplemente le crees? ¿No lo ves, Francesca? Podría ser un criminal de la peor calaña. Eres demasiado confiada. Simplemente entra danzando en tu vida dejándose caer desde quien sabe que rincón de la tierra y tú le aceptas. El juez le acepta. Tu abogado le acepta. Por Dios, ¿no lo ves? Él no es como nosotros.

- No, no lo es. Es bueno, amable y no tiene motivos ocultos en lo que se refiere a Skyler. - Los ojos oscuros de Francesca llamearon hacia él. Estaba tan guapa que Brice se encontró extendiéndose hacia ella, deseando tomarla entre sus brazos. Debía haber parpadeado porque ella se apartó tan rápido que en realidad no la vio moverse, así que dejó caer los brazos vacíos a ambos lados.

- Eso no es justo. Yo quiero que Skyler se mejore. Fui yo quien te pidió que la vieras en primer lugar. Su padre no tenía dinero. No olvides eso, Francesca, mientras estás tan ocupada condenándome. Y no creas ni por un minuto que tu precioso Gabriel no tiene motivos ocultos en lo que respecta a Skyler. Su motivo eres tú. Te quiere a ti y usará a cualquiera para conseguirte. ¿Está amenazándote con algo? ¿Le tienes miedo? ¿Es eso? Puedes decírmelo. Puedo ayudarte. No puede ser tan poderoso como para que no podamos vencerle juntos.

Francesca casi estalló en carcajadas. Brice no tenía ni idea de lo que era el poder de verdad. Ellos dos juntos acompañados de todo un ejército no podrían derrotar a Gabriel.

- No, Brice. No tengo miedo de Gabriel, pero gracias por preguntar. Te agradezco que quieras ayudarme.

- ¿Por qué le has recibido en tu vida sin luchar lo más mínimo? - Exigió Brice. - Simplemente ha aparecido en tu puerta y tú le permites entrar. ¿Por qué? ¿Por qué no te tomas algún tiempo para conocerle de nuevo? ¿No ves el error que es todo esto? Soy tu amigo y puedo verle más claramente que tú. Es peligroso, Francesca. Y quiero decir realmente peligroso. Es un criminal de algún tipo. Apesta a eso.

Francesca sacudió la cabeza cansada.

- No quiero seguir discutiendo contigo, Brice. Puedo asegurarte que Gabriel no es un criminal. Si el juez tiene información sobre él y está dispuesto a permitir que Skyler se quede con él, tú debes aceptar que es un buen hombre. Sabes que no es un criminal. Sólo estás enfadado porque le he permitido volver a mi vida. No sé que voy a hacer con Gabriel, pero soy yo quien decide. Nunca te he engañado, ni una vez en nuestra relación. Nunca te dije que te amaba, nunca me comprometí.

- Siempre has sabido como me sentía yo. Yo no he cambiado. Lo siento si estoy celoso. Sólo pasa algo de tiempo conmigo. - Su voz de repente se volvió aduladora, apaciguadora. - Ven a casa conmigo. Pasa la noche conmigo. - Brice se inclinó sobre ella, su boca revoloteando cerca. Su cara estaba repentinamente llena de una especie de astuta y ávida lujuria, sus ojos vacíos y poco familiares.

El corazón de Francesca martilleó de alarma. Era todo lo que podía hacer para no saltar alejándose de él. Fue muy consciente de que súbitamente él le agarraba la parte superior de los brazos con fuerza y tiraba de su cuerpo hacia el propio. Parecía de algún modo diferente, un desconocido, en absoluto como el Brice que ella pensaba que conocía. ¿Podía haber estado tan equivocada? ¿Había estado tan desesperada por algo de compañerismo que había pasado por algo el verdadero carácter de él? No tenía sentido. No era propio de Francesca hacer una escena y era innato en ella actuar como humana todo el tiempo. Permaneció muy quieta, como un ciervo atrapado por los faros de un coche veloz. Justo cuando los labios de él estaban a punto de tocar los suyos, Brice tosió, se llevó ambas manos a la garganta mientras empezaba a ahogarse. Sus ojos brillaron con alarma instantánea.

- ¿Qué va mal? - Francesca deliberadamente le tocó el brazo para leer lo que ocurría en su cuerpo. ¿Era Gabriel? No sentía la oleada de poder que la presencia de él debería causar, pero era un antiguo. No tenía ni idea de su auténtico poder. Todo lo que podía decir era que la vías respiratorias de Brice estaban bloqueadas. No podía decir que iba mal. Su garganta parecía hinchada, casi como si estuviera teniendo una reacción alérgica de algún tipo.

Brice se tambaleó, se le pusieron los ojos en blanco, y sus rodillas se doblaron de forma que empezó a caer hacia el suelo. Francesca le cogió fácilmente con su fuerza preternatural, colocándole con cuidado en el suelo, abriéndole la camina, intentando frenéticamente abrir sus vías respiratorias. *¡Gabriel!* Le buscó casi automáticamente. *Ayúdame.*

Él estuvo allí instantáneamente, en su mente, una calma consoladora en el ojo de la tormenta, haciéndose cargo de la situación. Francesca estaba intentando respirar por Brice, pero ningún aire podía atravesar su tráquea. Cuando intentó entrar en su cuerpo usando pura energía y luz, encontró algún tipo de obstrucción que no pudo traspasar. Gabriel agradecía que no hubiera sospechado de él desde el principio, se había vuelto instantáneamente a él en busca de ayuda. Empezaba a confiar en él más de lo que creía.

Lucian, sé que estás aquí. Gabriel estaba muy tranquilo. *Estás matando a este hombre. Déjalo estar.*

Tú no luchas tus propias batallas. Era una burla, una reprimenda. Francesca renovó sus esfuerzos por entrar en el cuerpo de Brice para curarle, pero la obstrucción era como una pared de ladrillos. Compartiendo la mente de Gabriel fue capaz de "oir" el intercambio entre los hermanos gemelos.

¿Quién es este hombre que no le libras de él cuando te causa tanta molestia? Te has ablandado, Gabriel. ¿Esperas mantener a estas dos mujeres cuando no puedes siquiera destruir a tus enemigos?

La voz era hermosa. Tan hermosa que Francesca intentó bloquearla. Era apremiante sin que el vampiro lo intentara siquiera. Temía pensar en el poder que ejercía tan fácilmente. *Aprisa, Gabriel.*

Lo susurró a través de la senda mental que ambos compartían. Brice había estado sin aire demasiado tiempo.

Al momento oyó la suave y hermosa risa resonando en su mente. *Está suplicando por la vida de este humano inútil. Tu mujer, suplicando por la vida de otro hombre. ¿Qué significa esto, hermano? No puedes siquiera retener a tu mujer.*

Era chocante descubrir que esa senda mental privada entre compañeros había sido tan fácilmente invadida por el vampiro. Era inaudito. Su corazón empezó a latir ruidosamente. Se sentía muy vulnerable y ahora estaba desesperada por salvar a Brice. Gabriel, sin embargo, permanecía tan tranquilo como siempre, completamente imperturbable. *Mantengamos esto entre nosotros dos, Lucian. Estas volviéndote bastante tedioso con estos despliegues. Pavonearte ante mujeres está por debajo de ti. ¿Tienes tanto miedo, entonces, de que no te esté prestando suficiente atención? Acudiré a ti al momento si ese es tu deseo.* Buscaba una forma de localizar al vampiro.

Al momento, Brice tosía y se ahogaba, jadeando en busca de aliento. Francesca sintió la inconfundible oleada de poder. Llenó el espacio a su alrededor, vibró en el aire, y después se fue. Se estremeció, sentándose sobre sus talones junto a Brice, con la mano sobre el hombro de él, sus enormes ojos oscuros ansiosos.

- ¿Debería llamar a alguien?

- Agua. - Croó, su voz fue estrangulada y ronca. Sus manos se abrieron paso hacia el cuello con visible debilidad

Francesca podría sentir la frustración de Gabriel al comprender que una vez más el vampiro se le había vuelto a escapar antes de que pudiera fijar su localización exacta. Ya que no había nada que ella pudiera hacer para ayudar a Gabriel, se apresuró a buscar un vaso de agua para Brice, casi tirándolo cuando le ayudó a incorporarse.

- Ha sido Gabriel. - Acusó él, con voz jadeante. - Sentí sus manos en mi garganta estrangulándome.

- Brice, no ha sido Gabriel. No está siquiera cerca de este hospital. Estabas ahogándote. Yo te despejé las vías aéreas para que pudieras respirar. - Hizo la sugestión tranquila y claramente.

Los ojos de Brice llamearon hacia ella.

- Fue Gabriel. Incluso le olí. Sus manos estaban alrededor de mi garganta e intentaba matarme. Le vi. Sé que le vi y tú estás intentando encubrirle.

No tiene sentido intentar persuadirle de otra cosa, Francesca. Gabriel lo dijo suavemente, un hecho consumado, no le importaba la opinión que Brice tuviera de él. *Lucian es demasiado poderoso como para que tú puedas superar la compulsión que ha enterrado en este hombre. Le he visto destruir a ejércitos enteros. Cuando cazábamos juntos con frecuencia ordenaba al vampiro librar al mundo de su propia existencia usando sólo su voz y lo hacían sin luchar. El vampiro terminaba con su existencia sin luchar demasiado. Sabes que los vampiros harían cualquier cosa para continuar con su vida, aun así Lucian era capaz de controlarlos solo con su voz. No tienes ni idea de su poder. Permite que Brice crea lo que quiera. Tendré una coartada perfecta con el juez. No será muy difícil.*

Francesca se puso en pie lentamente, volviendo toda su atención al problema que tenía entre manos.

- Puedes pensar lo que quieras, Brice, pero recuerda que cuando acusas a Gabriel de ese terrible crimen, también me estás acusando a mí de ayudarle. Yo estaba aquí contigo, auxiliándote. ¿Que motivo tendría para mentir?

Brice sacudió la cabeza, frotándose la garganta y el cuello dolorido.

- Sé que es malvado, Francesca, y sé que tú tienes que hacer lo que él te dija. Sé que tú no querrías hacerme daño. Está obligándote a hacer y decir estas cosas. Tienes miedo de él, ¿verdad? Probablemente me has salvado la vida, pero estás encubriéndole porque tienes miedo. Si me contaras con qué te amenaza, podría ayudarte.

Francesca suspiró, deslizando una mano a través de su largo y sedoso pelo impacientemente.

- Pensaba que me conocías, Brice. Que me conocías de verdad. ¿Si tuviera miedo de Gabriel y pensara que es capaz de matar a sangre fría, si me estuviera amenazando de algún modo, incluso con algo tan trivial como un chantaje, piensas por un momento que expondría a Skyler a una persona semejante? Nunca. Nunca podría, bajo ninguna circunstancia, ser persuadida o inducida a colocarla en peligro. Si no sabes nada más sobre mí, deberías saber eso. Y si Gabriel hubiera intentado estrangularte, estarías muerto. Yo no sería capaz de luchar contra él, ni nada podría inducirme a protegerle si hubiera intentado matarte.

- No sé que te ha hecho, pero puedes esperar una visita de las autoridades, porque tengo intención de presentar cargos contra él. - Brice se masajeó el cuello y la garganta, tosiendo varias veces.

- Haz lo que creas que debes hacer, Brice. - Dijo ella suavemente. - Obviamente me crees capaz de ser cómplice de un asesinato. - Regiamente, se volvió y recorrió el vestíbulo hacia las puertas dobles, dejando a Brice tambaleándose inestable por su cuenta.

No sé donde está Lucian, Francesca. La voz de Gabriel era tan tranquila como siempre pero estaba empezando a conocerle lo bastante bien como para comprender que estaba preocupado. *No salgas del hospital hasta que yo esté otra vez contigo. Estoy en camino.*

¿Y qué pasa si eso es precisamente lo que quiere? ¿Qué pasa si me utiliza como cebo para atraerte a donde pueda hacerte daño? había auténtico miedo en su voz.

Nunca me ha derrotado en batalla, cariño. Deberías tener más fe en tu compañero. Lucian es un vampiro muy poco usual, al igual que fue un Cárpato poco usual. No hay otro como él. No es buena idea buscar en él segundas intenciones. Siempre hace lo inesperado. Podría igual de fácilmente haberte atacado a ti o a Skyler. Es inteligente más allá de tu imaginación, tan poderoso como cuentan las leyendas. Suponer lo que trama es imposible, pero te ha encontrado y ha encontrado a Skyler. No quiero que des un paso en la noche sin tenerme a mí a mi lado.

Por alguna razón, Francesca se sentía molesta. *No voy a permitir que este vampiro cambie mi vida, Gabriel. Esta es mi ciudad. Mucho de lo que he hecho está aquí, muchas cosas que amo. Durante siglos los vampiros han ido y venido. Para el caso, también ha habido muchos hombres de los Cárpatos, aún así he seguido viviendo y haciendo lo que quería.*

A Lucian le gustan los juegosr, Francesca. Su mente anhela acción todo el tiempo. No es alguien con el que puedas "jugar" y esperar ganar.

No viviré temiéndole.

Lo dijo desafiante, tanto para él como para el vampiro por si estaba monitoreando su conversación. No creía que fuera posible, pero tampoco había pensado que fuera posible que nadie excepto Gabriel pudiera "utilizar" su canal privado. Todos los Cárpatos se comunicaban por una senda mental común, pero esto era diferente. Gabriel era su compañero. La senda que compartían era individual, muy íntima, una personal. Ningún otro debería haber sido capaz de penetrar en su comunicación privada. Lucian era ciertamente poderoso y único. Mientras se introducía en la oscuridad de la noche que era su mundo, en el aire fresco donde podría respirar sin el hedor del sufrimiento humano, Gabriel se materializó a su lado, su brazo fuerte le rodeó la esbelta cintura.

El corazón de Francesca casi se detuvo, su presencia era tan inesperada.

- Pensaba que estabas estableciendo una coartada en alguna parte.

- Eso no es tan difícil, cielo, enviar imágenes vívidas a aquellos humanos a los que ya he tocado. El juez y yo hemos pasado una apacible noche juntos en su casa. Juega al ajedrez, ¿lo sabías? Naturalmente yo salí victorioso, pero fue una partida ajustado. Cree que bebí su brandy favorito y conversamos sobre todo tipo de temas. Como vive solo, no fue nada complicado plantar los recuerdos en su mente.

- ¿Ha habido otro asesinado? - Preguntó Francesca innecesariamente. - Fue Lucian, ¿verdad? ¿Qué ha hecho? ¿Qué espera ganar con esto?

Gabriel se encogió de hombros fácilmente, el movimiento fue un sutil ondeo de poder.

- Busca atraparme en su red. No te preocupes, cielo, no me derrotará en el escenario de una de sus muertes. Poder ser alto y poderoso para sus víctimas, pero yo conozco sus costumbres. Sé de que forma lucha, cómo piensa, se mueve y planea. Será mucho más inteligente que un vampiro ordinario. Es un maestro planeando. Esto sólo acaba de empezar, es como el movimiento de apertura de una partida de ajedrez. - Inclinó la cabeza para inhalar la fragancia de ella, anhelando en ese momento enterrar la cara en la calidez de su cuello. Podía sentir la vieja llamada del pulso, su sangre, la esencia de vida que le tentaba. Su cuerpo estaba duro y dolorido y su hambre se intensificaba.

Francesca se sorprendía de como su cuerpo respondía al de él. Cada una de sus células estaba viva. En su interior, el calor se extendía ante la simple visión de él. Incluso con el vampiro acechándoles y Brice ensuciando el nombre de Gabriel, en todo en lo que podía pensar era en el cuerpo duro de Gabriel, el calor de su piel, la suavidad de su pelo largo, la perfección de su boca.

- Para. - Había una ronca sensualidad en la voz de Gabriel. Las palabras fueron bajas y su mano viajó hacia las costillas de ella bajo los pechos para que a cada paso que daban ella pudiera sentir el roce de su pulgar contra la parte inferior de sus senos turgentes. - Estoy intentando ser el cazador, la leyenda que tú me has llamado. No me tientes. No soy ni de cerca tan fuerte como te gustaría pensar.

Ella le sonrió, sus largas pestañas ocultaron el súbito deseo de sus ojos. Le gustaba la forma en que se sentía con él, a salvo y protegida. Cuidada. Había estado tanto tiempo sola. Permitiéndole cazar un tiempo más.

Gabriel se detuvo bruscamente y le cogió la barbilla con la mano.

- Yo también estaba solo, Francesca. Todos estos años vacíos. Totalmente solo. Ahora estás cuidada. Y a salvo. Y protegida. Eres mi razón de existir, el aire que respiro. - Su pulgar aleteó sobre el lateral de su cara. Su mirada negra ardió sobre ella, necesitándola. Deseo. Se quedaba sin aliento siempre que sus ojos se movían sobre ella posesivamente.

- Te deseo. - Ella pronunció las palabras en el mismo tono bajo que había utilizado él. Le deseaba ardientemente, incapaz de resistir la tentación. Ya no le quería controlado. Era contrario a ella y supo que estaba mal. Él tenía un trabajo que hacer, no debería distraerle, no debería dejar que notara que sabía que él la deseaba del mismo modo en que ella le deseaba a él. Sabía que estaba jugando con fuego, pero no le importaba. El mundo se hundía a su

alrededor y deseaba los brazos de él y su cuerpo en las ardientes llamas que sólo él podía prender. Le deseaba ya no controlado y con calma; le deseaba necesitándola más allá de cualquier otra cosa. Más que cazar a Lucian.

Él produjo un sonido bajo en su garganta, leía fácilmente cada uno de los pensamientos de ella.

- No estás poniéndomelo fácil, Francesca. Estamos en un lugar público y se me está haciendo difícil dar un paso sin dolor.

Una lenta sonrisa se formó en la boca de ella. Su mano rozó le rozó el pechol, cayendo en una caricia invitadora hasta el bulto que ya se mostraba duro y grueso. Sus largas uñas rasparon la tela, tentándole, deliberadamente provocándole más. Tomó el camino hasta el rió, su cuerpo le incitaba a cada paso. Sus pechos se veían doloridos e hinchados de deseo y su hambre se elevaba con agudeza. Dentro de su mente se sucedían ardientes y eróticas imágenes.

- No es como si no fuéramos a saber cuando viene alguien. - Susurró ella suavemente. Francesca se alzó y lentamente empezó a soltar los botones de su blusa mientras se aproximaban al abrigo de los árboles.

Gabriel observó completamente fascinado como los bordes de la blusa se apartaban lentamente para revelar los cremosos pechos que saltaban invitadoramente hacia él. La sonrisa de ella era pura seducción.

- ¿Crees que puedes resistirte a mí, compañero?

- No estamos en lugar seguro. - Replicó él, pero su negra mirada ardía sobre la piel desnuda tan intensamente que los pezones se endurecieron en respuesta. Había escudriñado la zona al igual que ella. Sabía que estaban solos, y el saberlo no ayudaba a su disciplina en absoluto. Sabía que si alguien llegaba por el río, él sería perfectamente capaz de esconder su presencia.

Ella le tiró camisa por los hombros, deseando ver el ondeo de poder de sus duros músculos. Su mano se movió sobre la piel, sus dedos imprimiendo el recuerdo de él en su cerebro para siempre.

- Quiero sentir lo que tú sientes. - Dijo ella suavemente. - Quiero saber que puedo hacer a tu cuerpo, a tu mente. - Sus manos fueron hasta la cintura de los pantalones y con deliberada lentitud abrió la tela para que él estallara hacia afuera grueso, duro y latente de plenitud y deseo. Al momento la calidez de las manos de ella le acunaron, los dedos le encerraron.

Gabriel gimió de placer, permitiendo que la mente de ella se fundiera completamente con la suya para que pudiera sentir la intensidad con la que difrutaba, la lujuria que se alzaba en él, el hambre que amenazaba con consumirle. El largo pelo sedoso de ella rozó la punta sensible mientras él encontraba el pecho con la calidez de su boca, sus labios suaves siguieron el camino que los dedos habían tomado antes. Otro gemido escapó cuando se movió más abajo, tan lentamente que pensó que podría morir antes de que ella le tocara.

Los labios se movieron sobre la dura erección de él, su lengua le saboreó gentilmente al principio. Después su boca, ardiente y apretada, le llevó a un lugar que nunca habría imaginado, arrastrándola hasta allí con él. Francesca podía sentir todo el placer que ella misma le daba, sabía exactamente qué quería él, que necesitaba. Su mano encontró los apretados músculos del trasero a través de la tela de los pantalones y le urgió más profundamente en su interior, celebrando el poder que esgrimía en ese momento. Celebrando el hecho de que él no pudiera hacer nada más que empujar con sus caderas impotentemente, sus puños aferrando el pelo sedoso. Se sentía como nada que ella hubiera experimentado, ardiente, sexy y tan erótico. Parecía increíble tener tanto poder sobre un ser legendario.

Él murmuró su nombre, echando la cabeza hacia atrás, su voz ronca de deseo. Tiró de ella acercándola, tomando su boca, duro e impaciente, dominante, hambriento, intensamente masculino.

La besó hasta ahogarse en ella, uniéndoles tan profundamente que no sabía dónde empezaba ella y terminaba él.

Francesca. Su vida. El aire que respiraba. Sus brazos la apretaron posesivamente. Sus labios vagaron desde el calor de su sedosa boca hasta la garganta, bajando hasta encontrar el cremoso pecho, suave, lleno e invitador. Sus labios se cerraron sobre el duro pináculo, tirando con fuerza, un tormento para los dos.

Ella le rodeó la cabeza con los brazos, acunándole.

- Dime que esto es real, Gabriel, que esto somos tú y yo, no el calor de los Cárpatos alzándose entre nosotros. - Había una súplica en su voz, una dolorosa necesidad de que fuera real.

- Sólo tú, Francesca. - Susurró él ferozmente. - Mira en el interior de mi mente y lee la verdad; está ahí para que la tomes. Te deseo a ti y solo a ti. Por ti misma, no sólo por tu hermoso cuerpo. Para mí nunca habrá otra. Nadie podría satisfacer este anhelo desesperado. Un anhelo tan antiguo como el mismo tiempo. Hermosa y mágica. - Su mano vagó sobre la piel de ella, empujando hacia abajo dentro de la cintura de los vaqueros. - Te miro y recuerdo los interminables siglos, todas aquellas guerras y batallas, mi gente convirtiéndose en no-muertos y las incontables veces que me vi obligado a destruirlos. Tú eres la razón por la que lo hice, la razón por la que resistía. Sólo tú. No ningún noble propósito, sino el que en algún lugar de este planeta sabía que podrías está tú, sólo una niña en principio y que era necesario mantenerte a salvo. - La palma de su mano se movió a lo largo de la curva de las caderas mientras empujaba los vaqueros a un lado, viajando hacia abajo por la suave piel siguiendo la esbelta línea de sus piernas. - Pensaba en ti cada vez que mataba, cuando mi vida era oscura y vacía, sin esperanza. Pensaba en ti en cada pueblo o ciudad, en lo alto de las montañas o abajo en el valle. Te susurraba que estaba en camino, que seguiría buscándote mientras existiera. Y yo continuaba existiendo, siglo tras siglo. - Gabriel cerró los ojos y sus manos se movieron sobre su cuerpo, saboreando la sensación de ella, su perfección, grabando cada curva en su memoria. Para llevarla con él para siempre. Todo el tiempo. Por toda la eternidad. - Por ti, Francesca, continué existiendo por ti. - Para llevarla con él adonde quiera que fuera después de la muerte.

Francesca sintió lágrimas arder tras sus ojos, sorprendida por que esas palabras pudieran conmoverla tan profundamente. La sensación de la lengua de él vagando sobre su pecho, la calidez de su aliento mientras susurraba cosas hermosas contra su piel era tan atrayente como cualquier hechizo de magia negra que pudiera haber utilizado.

- Me haces avergonzarme de haber abandonado toda esperanza. - Susurró ella con lágrimas en la garganta, mientras acuñaba la cabeza de él.

Él la levantó fácilmente con su enorme fuerza.

- No quiero que nunca sientas tal cosa. - La reprendió suavemente. - Tú eres la fuerza en mi mente, el hierro de mi voluntad, eres tan valiente y hermosa, por dentro y por fuera, y no me merezco a alguien como tú. Fueron tantos siglos viviendo sola, separada de tu gente... para cualquiera hubiera sido un infierno en vida, pero tú te las arreglaste para hacer algo bueno con tu vida.

Francesca entrelazó las manos tras la nuca de él, echando al mismo tiempo la cabeza hacia atrás mientras enredaba las piernas alrededor de su cintura, y se colocaba la dura erección. El pelo le cayó como una oscura cortina de seda, envolviéndoles en un mundo privado. Deseaba esto, la unión de sus cuerpos, tan perfecta en el aire nocturno. La noche, a la que pertenecían, donde su gente vivía y prosperaba. Se abrazó a él, le montó, al principio lentamente, saboreando la ardiente y punzante sensación de él llenándola con su fuerza, enviando placer a través de su esbelto cuerpo. Le sujetó firmemente, temblando de éxtasis.

Inclinó la cabeza lentamente, seductoramente hacia la garganta de él. Gabriel se había alimentado bien esta noche, y ella temblaba por el desea de tener cada parte de él, consumirle con su feroz necesidad, en el fuego de su oscuro deseo.

Él susurró su nombre, sus brazos como bandas de acero la abrazaron más. Cerró los ojos mientras los pechos de ella se movían sobre su pecho, mientras la apretada vaina le envolvía, aferrándole con una ardiente fricción aterciopelada.

Increíble placer. Los dientes de Francesca se hundieron profundamente en un costado del cuello y un ardiente relámpago blanco le atravesó, los atravesó a ambos, fundiéndoles juntos.

Él empezó a moverse entonces, tomando el control, acelerando el paso, hundiéndose más y más profundamente, buscando el mismo centro de ella. El pelo de ella se deslizaba sobre su piel, sensibilizándola aún más. Parecía ser su mundo, su aliento, su sangre, su cuerpo, su mismo placer. El ansia se acumuló como una bola de fuego, una tormenta fuera de control. Sintió el jadeo de ella, como cerraba las heridas con la lengua, una caricia sensual, su cuerpo aferrándose al de él, drenándole hasta que deseó gritar su alegría a los cielos. Sentir esto. Experimentar esto. El amor fluyó y se derramó sobre él. Su cuerpo explotaba en el espacio, siguiéndola, estrellas explosionando en todas direcciones y colores arremolinándose como un calidoscopio.

La apretó contra él, sus corazones latían como uno sólo, sus cuerpos unidos. Se pertenecían el uno al otro. Permaneció allí en la oscuridad abrazándola con fuerza.

- Te amo, Francesca. De verdad.

Ella se quedó muy quieta, con la cabeza enterrada contra la calidez del cuello de él.

- Gabriel.

- Te amo, Francesca, mucho, mucho más de lo que nunca pensé que podría amar a alguien. No sabía lo fuerte que podía ser tal emoción. No te estoy pidiendo nada, mi amor, no pienses eso. Sólo quiero que sepas lo que siento. Quiero decir las palabras en voz alta. Y sólo para que lo sepas, también adoro tu cuerpo.

Ella se rió suavemente.

- Fui yo quien te sedujo a ti. - Quería dejar eso bien claro. - Una y otra vez.

- No fue por falta de deseo, señora, y bien lo sabe usted. Estaba intentando mostrarme caballeroso. - Muy gentilmente permitió que los pies de ella tocaran el suelo. - Y yo fui el primero en decir que te amaba. Recuérdalo cuando te pongas presuntuosa.

Francesca se estiró sensualmente, volviendo la cara hacia arriba, a las estrellas.

- Llévame a casa, Gabriel. Coloca salvaguardas para Skyler y llévame a casa. Quiero pasar el resto de la noche haciendo el amor contigo. - Le sonrió traviesa.- y tú recuerda cuando te pongas presuntuoso, que yo lo sugerí primero.

- Es justo que pases algo de tiempo con tu compañero. Pronto nuestra casa estará llena de gente. Creo que ya va siendo hora de que te quedes conmigo y admitas que cometiste un terrible error con esa pobre imitación de humano.

- No es tan malo como parece en este momento. - Había genuina perplejidad en la voz de Francesca. Sin ocupar un sólo segundo más en pensar en Brice, se colocó la ropa, manteniendo su cuerpo muy cerca del de Gabriel

- Para mí está claro que demostrabas tener poco gusto en esta pequeña área antes de mi llegada. - Le dijo con cara seria. - Después de todo, muestras sentido común en todo lo demás.

Francesca empezó a reír tan fuerte que tuvo que poner los brazos alrededor del cuello de Gabriel para mantenerse en pie.

- No puedo creer que seas tan engreído después de dos mil años. Cualquiera pensaría que tendrías alguna idea de como hablar a una mujer.

Él inclinó su oscura cabeza hacia la de ella.

- Mi amor, ¿quieres oírme como te hablo? - Su voz era más suave que la noche. Al momento los ojos oscuros de ella encontraron los suyos. Estaba mirándola con hambre. Nada más lo describiría. Hambre. - Porque de veras quiero hablarte. - Su mano acunó el pecho, su pulgar moviéndose gentilmente, insistentemente sobre el duro pináculo del pezón. - ¿Puedes oír lo que tengo que decirte?

Francesca se estremeció y enredó los brazos alrededor de él.

- Vamos a casa, Gabriel. Skyler necesita pasar algunos días más en el hospital y yo quiero disfrutar de cada minuto a solas contigo. Cada minuto. – Le encontró la boca, tan hambrienta como los ojos de él.

11

Algo terrible esta ocurriendo en la ciudad. Francesca apenas podía soportar ver las noticias. Una oleada de asesinatos, mutilaciones, cosas terribles que parecían estar extendiéndose por la ciudad. ¿Era Lucian? ¿Era él el responsable de los crímenes que inundaban su amado Paris? Si ella y Gabriel se marchaban, ¿les seguiría? Era más que los brutales asesinatos, era la *sensación* de la ciudad, como si algo malvado residiera allí. Algo oscuro y malévolo, agazapado, esperando el momento de alzarse. De algún modo parecía haber permeado la ciudad hasta que los residentes quedaron afectados. Estallaban luchas, disturbios en las calles y conflictos que hacían erupción por todas partes.

Era importante para ella pasar tanto tiempo como fuera posible con Gabriel. Deseaba estar con él cada alzamiento, cuando la noche era tan hermosa que le quitaba el aliento. Deseaba las horas más tempranas de la mañana. Deseaba hacer el amor con él, observar como su mirada se volvía tan intensa que la hacía sentir una oleada de calor a través del cuerpo. Habían pasado cada momento que podían juntos, su única responsabilidad había sido comprobar el estado de Skyler. Francesca todavía no estaba preparada para renunciar a su tiempo con Gabriel, pero él era un cazador y los periódicos informaban que este mal se abría paso por su ciudad. Él no podía hacer otra cosa que destruir a aquello que amenazaba a su familia.

Gabriel ascendió tras ella, silencioso como era su costumbre, la palma de su mano en la nuca de ella, su toque cálido.

- No es solo Lucian, mi amor. Creo que Skyler y tú sois blanco de los no-muertos. Ahora estás al descubierto. Te he expuesto a un peligro que conseguiste eludir durante largos siglos. Skyle es de corta edad, pero su habilidad es fuerte y ha salido de su propia mente donde con tanto éxito permanecía oculta. El no-muerto busca a alguien como Skyler. Necesitamos traerla a casa inmediatamente y colocar fuertes salvaguardas para ella.

- Brice ha dicho que un día más. - Murmuró Francesca, demasiado consciente de las manos de él.

Siempre era consciente de Gabriel. Su rica esencia, el poder de su cuerpo cuando se movía. Pero por encima de todo, la forma en que la *necesitaba*. Lo necesario que era para él tocarla, permitir que sus dedos se enredaran en el pelo de ella, tocar su piel. La conexión entre ellos. Francesca adoraba la forma en que se deslizaba tras ella y la rodeaba con sus brazos, sus manos cerradas protectoramente sobre su hijo.

Su hijo. Crecía en su interior, una parte de ella, una parte de él. Un milagro que completamente inesperado. Él pensaba que había cometido un crimen imperdonable, pero ella deseaba llorar de alegría. Le había dado un regalo más allá de toda medida, más allá de sus sueños. Francesca quiso reírse de sí misma en voz alta. Que tonta e infantil había sido al pensar en caminar hacia el amanecer.

Era una sanadora, una mujer poderosa, que conocía su cuerpo íntimamente. Gabriel no habría podido engañarla a menos que ella quisiera ser engañada. Había aceptado el oscuro deseo de él voluntariamente, devolviéndolo aumentado diez veces. Él pensaba que había ejercido demasiado poder sobre ella, aunque en algún nivel ella había sabido siempre lo que estaba ocurriendo. Lo había sabido. No era una principiante, era una antigua. Él no podía haberla seducido sin su consentimiento.

¿Era la llamada del compañero tan fuerte? ¿O era el atractivo de Gabriel en sí mismo? La leyenda. El mito. El Cárpato que deseaba compartir su vida, no que necesitaba compartir su vida con ella. Se apoyó en él, su cuerpo encajaba perfectamente como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Librodot

Gabriel, una sombra en su mente, se refrenó para no recordarle que estaban hechos el uno para el otro. Exclusivamente. Francesca era la otra mitad de su alma, su corazón. Ella era su mundo, la razón de que hubiera pasado dos mil años en la oscuridad. Ella era la razón de que luchara tan duro por librar al mundo del no-muerto. Ella necesitaba saber que él era la razón por la que se había mantenido con vida durante tanto tiempo como había hecho. Se *pertenecían* el uno al otro. Francesca miró por encima del hombro hacia él, sus enormes ojos negros muy expresivos.

- Estoy leyendo tu mente, Gabriel. - Dijo suavemente, una pequeña sonrisa intrigante tirando de la comisura de su boca.

- Si estuvieras leyendo mi mente. - Respondió él maliciosamente. - te ruborizarías ya mismo.

Ella se encontró ruborizándose sólo ante el sonido de esa voz, el roce de terciopelo, el susurro de su aliento.

- Alto, tenemos trabajo que hacer esta noche. - Tomó un profundo aliento. - Especialmente tú. - Pudo sentir como su propio corazón se saltaba un latido ante las palabras. Le estaba enviando a la ciudad a cazar al vampiro, a que intentara averiguar que ocurría en su amado hogar. El mal acechaba Paris. Lucian. El ángel oscuro, el ángel caído. Al momento se sintió increíblemente triste y supo que estaba captando la pena de Gabriel, tan intensa que se derramaba de él como una turbulenta tormenta.

Gabriel se alejó de ella, apartando su toque al igual que su mente para ahorrarle la intensidad de su pena, pero Francesca inmediatamente se volvió y le capturó en el círculo de sus brazos. Calma, tranquilidad, su sanadora al igual que su compañera. La mente de ella encontró la suya infaliblemente, enviándole oleadas de paz y confort.

- Estoy contigo, Gabriel, siempre contigo. No te sientas como si estuvieras solo en tu tarea.

- Si estas compartiendo mi mente, Francesca, entonces le verás como era, un guerrero sin igual. Dio su vida por nuestra gente, por la humanidad. Creí en él siempre y nunca me decepcionó. Después de todas las batallas, de todas las veces que he sido testigo de sus muertes, todavía es imposible para mi corazón aceptar lo que sé que es cierto. - Gabriel se pasó una mano por el largo pelo negro, sus ojos oscuros afligidos. - Luchó con el vampiro noche tras noche. Sufrió muchas heridas, heridas terribles, y con frecuencia se interpuso entre esas heridas y yo. Se movía veloz, insertando su cuerpo entre el mío y el no-muerto cuando luchábamos. Nunca le oí quejarse, ni tan siquiera una vez en todos esos siglos interminables. Siempre hacía lo correcto, sin importar el coste para sí mismo, pero ahora me veo obligado a destruirle.

Francesca eligió sus palabras muy cuidadosamente.

- Ya no es al hombre al que cazas, Gabriel, sino una concha que dejó atrás. Aquel que una vez fue grande, el alma, la mente y el corazón de tu gemelo, hace mucho que abandonó esta tierra. No puedes pensar en él como el ser al que una vez amaste, al que tenías en tan alta estima. Es un vampiro, un no-muerto, y no es tu gemelo.

Gabriel le cogió la mano, manteniéndola en su pecho sobre su corazón.

- Sé que lo que dices es cierto, pero no es como ningún no-muerto de los que he cazado y destruido toda mi vida. Mantiene ciertas cualidades que nunca habría esperado.

Ella se acercó más a él, un pequeño gesto protector que él atesoró.

- Quizás esas pequeñas cosas han sido tu perdición, Gabriel. Quizás es lo suficientemente astuto como para saber que los recuerdos te derrotarán allí donde él no puede.

Él se llevó la mano a la calidez de su boca.

- Sólo sé que era un gran hombre y le amaba mucho. Estuvimos juntos durante dos mil años, Francesca, incluso durante los últimos siglos en los que luchamos. Siempre estaba allí, tocando mi mente, compartiendo información, un desafío en un mundo de vacuidad. Fue Lucian quien me permitió continuar cuando la oscuridad amenazó y el susurro de poder me llamaba. Siempre estaba allí, mi misión en este mundo. Permitir que otro lo destruyera

habría sido un sacrilegio y le había dado mi palabra de honor. - Sacudió la cabeza, su pena era tan grande que los agobiaba a ambos, una piedra en sus corazones.

¿Gabriel?

La voz brilló en la mente de él y Francesca la oyó tan claramente como Gabriel. Era suave y hermosa. Solitaria. Preocupada. Provocó un profundo escalofrío en su alma misma. ¿Cómo podía alguien tan malvado poseer semejante don, un arma semejante? ¿Si la ordenaba obedecer, sería lo suficientemente fuerte como para resistir el atractivo de esa voz?

Si me buscas, Lucian, simplemente revela donde estás y acudiré a ti a toda prisa. Gabriel sonaba débil, y su tono alarmó a Francesca. Agarró con fuerza su brazo, temiendo que esa voz seductora hubiera de alguna forma derrotado a Gabriel y ya no confiara en sus habilidades.

Estás cansado, hermano. No quiero tener una ventaja injusta cuando hay presas mucho más entretenidas. Te dejaré descansar.

El contacto se interrumpió tan fácil y velozmente como había empezado. Gabriel enterró la cara en la calidez del cuello de ella.

-¿Ves lo que estoy diciendo? Fue mi pena lo que atrajo su mente a la mía. Mantiene una fuerte conexión conmigo que no puedo romper. - Levantó la cabeza, sus ojos negros buscaban en la cara de ella con tal intensidad que apenas pudo soportar su escrutinio.

- Quiero que sepas algo, Francesca. Me has dado más felicidad en el corto tiempo que hemos estado juntos que el que he conocido en todos los siglos de mi existencia. Me siento honrado de haber tenido a alguien tan maravilloso como compañera, una mujer de coraje y belleza cuando yo sólo conocí maldad. Nunca antes había tenido un hogar. Miro a mi alrededor en esta morada nuestra y te veo por todas partes. Entro en la habitación que hemos preparado juntos para Skyler y es tan hermosa que trae lágrimas a mis ojos. Toco la colcha que has tejido para ella. Eres tú. Consolando. Compasiva. Valiente. Está llena de vida, amor y risas. Siento las salvaguardas que mantendrán las pesadillas lejos de ella. Son fuertes, al igual que tú.

Avergonzada por estas palabras, Francesca apartó la mirada de las negras profundidades de esos ojos. En cierta forma, sus palabras eran aterradoras, casi como si le estuviera diciendo adiós. Él le cogió la barbilla con los dedos, inmovilizándola para que su mirada pudiera capturar la de ella.

- No apartes la mirada de mí. Te mereces ver el interior de mi corazón y mi mente y comprobar la verdad de mis palabras. No hay ninguna otra mujer en el mundo como tú. No querría a ninguna otra. Si algo me ocurriera, sé que elegirás permanecer en este mundo, serás lo suficientemente fuerte como para criar a nuestro hijo con bastante amor por nosotros dos. Cuidarías de que nuestro hijo sepa quién fui y que defendí.

- ¡Gabriel, no! - Francesca saltó lejos de él. - Estás hablando de ti mismo en pasado. Destruirás a Lucian, sé que lo harás.

Él asintió lentamente.

- Si. No tengo elección.

Francesca se encontró aferrándose al brazo de él, dándole una pequeña sacudida.

- No crees que regresarás a mí.

- No, Lucian me llevará con él. - Sus manos enmarcaron la cara de ella. - Tú eres mi corazón y vaya a donde vaya, me llevaré tu recuerdo conmigo hasta el momento en que puedas reunirte conmigo. Es suficiente que tú, Skyler y nuestro hijo permanezcáis a salvo.

- Soy tu compañera, Gabriel. Insististe en el ritual, nos ataste, me diste un hijo. No puedes acudir a la batalla con la idea de que no volverás. Los compañeros deben permanecer juntos. - Protestó ella. Estaba convencido de lo que decía, y por primera vez comprendió que él era todo lo que había deseado en su vida. Gabriel. Su compañero. Su legenda vuelta a la vida.

Una pequeña sonrisa tironeó de la boca esculpida de él.

- Eres tan valiente, mi amor, permanecerás aquí incluso cuando otros no lo harían. Haz conocido una vida en esta tierra que pocos habrían soportado. Nunca abandonarías a Skyler

cuando te necesita tanto. Debe ser protegida todo el tiempo y debe aprender a conocer su propio poder y fuerza. Sin ti, Skyler retrocedería al interior de su mente y eso sería una perdida para nuestra gente. Lo sabes. En tu corazón sabes que es sólo el vínculo que has forjado con ella lo que la mantiene con nosotros. No puedes dejarla. Y está nuestro hijo, creciendo dentro de ti, parte de mí, parte de ti. Debes ser tú la que lo eduque y lo guíe para que tenga la fuerza que otros no tienen. No querría que ningún otro llevara a cabo esta tarea. Debe conocerte, y a través de ti, conocerme a mí. - Gabriel la besó la frente gentilmente, sus manos pienándole el cabello.

- Y tú debes estar aquí para ayudarme en esas tareas, Gabriel. - Replicó Francesca, luchando por mantener la calma. Él estaba calmado. Incluso tranquilo. Sentía su profundo pesar, pero había aceptación en él, completa aceptación ante el futuro. - Lo digo en serio, Gabriel. Llama a los otros. Llama a Gregori. Es un gran cazador del no-muerto. No conoces su reputación, pero los vampiros huyen de él. Hay varios de los otros que podrían ayudar. Aidan vendría de los Estados Unidos. Es temido por aquellos a los que caza. Su hermano es poderoso y el Príncipe vendría en tu ayuda. Todos lo harían. Lucian no podría derrotaros a todos.

Gabriel se llevó la mano de ella a la boca, demorándose sobre el pulso que latían tan frenéticamente en la muñeca.

- Todo esto es un juego para Lucian, Francesca. Ahora mismo está absorbiendo lo que este siglo tiene que ofrecer, alimentando su intelecto, pero pronto se aburrirá y el juego empezará en serio. Si rompo la promesa que le hice, mi palabra de honor, no podría vivir conmigo mismo, y peor, él usaría su poder de tal forma que destruiría a todos los que se le pongan por delante. El Príncipe tiene una compañera; creo que los otros también. Sus amadas podrían ser el objetivo. No podemos arriesgarnos a eso. Tú no querrías que hiciera tal cosa.

Ella descansó la frente en su pecho, esforzándose por no llorar.

- Estoy muy asustada, Gabriel. Me atribuyes toda clase de rasgos maravillosos, pero soy una mujer que había elegido terminar su solitaria existencia antes de que llegaras. Ahora crees que no solo elegiría quedarme aquí sin ti, sino que lo haré durante al menos dos siglos más. Sola.

- O más si debes hacerlo. El bebe probablemente sea un niño. Necesitará que alimentes su voluntad hasta que encuentre a su compañera.

- Puedes derrotar a Lucian. Sé que puedes. Debe haber una forma, Gabriel. Tenemos que encontrar una forma. - Levantó la cabeza para mirarle directamente a los ojos. - He examinado tus recuerdos de él. Sé que fuiste mejor que él al menos una vez. Le cogiste por sorpresa y le atrapaste en la tierra contigo. No esperaba un ataque semejante por tu parte y funcionó. Sólo tenemos que pensar en algo similar, algo que nunca se esperaría. Trabajaré contigo. No se le ocurrirá que una mujer pueda hacer tal cosa. No sonrías, Gabriel, lo digo en serio.

Él inclinó su cabeza oscura para besarla. Era tan hermosa en todos los sentidos. Cuando la miraba, le caldeaba. Cuando le hablaba de esta forma, le derretía el corazón.

- Eres incapaz de hacer daño a una mosca, Francesca. No querrías ayudarme; a pesar de eso lo intentarías, pero la sanadora que hay en ti evitaría que destruyeras a otro. Él tiene una apariencia hermosa y es más mortal que todos los demás. Dudarías, y te mataría. Nunca permitiría que ocurriera algo semejante.

- Entonces no te enfrentes a él hasta que hayamos trazado un plan que funcione. - Dijo Francesca decididamente. - No te entregaré a él tan fácilmente. No lo haré, Gabriel. Debes derrotarle y vivir.

- Hemos estaba unidos durante dos mil años. - Repitió él tristemente.

- *Nosotros* estamos unidos ahora. Lo que te ocurra a ti me ocurre a mí. No permitiré que te lleve con él. - Dijo ella ferozmente. Su pelo sedoso volaba en todas direcciones. - No puede tenerte, Gabriel. Está utilizando su voz para derrotarte, utilizando tus propias emociones. Eres un antiguo y la fuerza de tu amor es enorme. Sabe lo que sientes por él

mientras que él no puede sentir nada. Esa es su ventaja. Debes separar los restos de él que quedan sobre esta tierra, de aquel que perdiste. Él ya no es Lucian, tu gemelo, tu héroe; es un apestoso impío, y esa fue su elección.

Gabriel sacudió la cabeza.

- Desearía que fuera cierto, mi amor. Haría mi tarea mucho más fácil, pero Lucian no tuvo elección. Esperó demasiado tiempo por mí, dejó pasar el momento en que habría podido enfrentar el amanecer. Esperó para protegerme incluso aunque perdió sus emociones mucho antes que yo. Esperó demasiado, por mi bien. Y al final fue incapaz de llevar a cabo una elección racional. Estaba demasiado cerca. Un día se alzó sin mí y estaba hecho. - Inclinó la cabeza avergonzado. - Yo luchaba con el demonio. Estaba conmigo constantemente, llamando, susurrándome sobre todo lo que estaba perdido para mí. Pensé que me convertiría si no elegía el amanecer. Había tanta muerte a nuestro alrededor, tanta violencia. Con frecuencia mi pregunto si mi lucha le empujó al límite.

Francesca le lanzó los brazos al cuello.

- No te hagas esto a ti mismo, Gabriel. Ya tenemos suficientes cargas que soportar en nuestra vida sin tomar las que pertenecen a otros. Debes honrar la última petición de Lucian y derrotarle. Recuerda a tu auténtico hermano, el que compartió tu vida durante esos dos mil años. Luchó por protegerte para que pudieras encontrarme, y lo has hecho. Tu hermano querría que vivieras, no que murieras.

Él rozó los sedosos mechones de ébano que enmarcaban la cara de ella.

- Me has dado mucho en que pensar, Francesca. Entretanto, debo cazar esta noche a los vampiros menores que han invadido la ciudad. Han dejado un hedor en el aire, imposible de ignorar.

- Enviaré las colchas y piezas de cristal tintado en las que he estado trabajando. Tengo un negocio que mantener. - Dijo Francesca, intentando pensar en cosas mundanas que evitaran que viviera con el terror constante de lo que Lucian podría hacer a Gabriel.

- No hay necesidad de preocuparse. - Dijo él suavemente, su voz mágica y tan pura que Francesca inmediatamente se sintió mejor. Él era como una brisa limpia soplando a través de su cuerpo, apartando el terrible miedo.

Francesca sabía que estaba utilizando su voz, su mágica voz para ayudarla, pero no le importó. Se presionó el estómago con las manos y pensó en su bebé para más tranquilidad. Gabriel, como todos los demás de su raza, creerían que era un niño. Aunque ella sabía que era una de sus preciosas niñas. Tenía una hija. Frágil. Al igual que vulnerable. Francesca tomó un profundo aliento y lo dejó escapar lentamente. ¿Era su bebé una de las raras niñas que nacían a causa de que durante un tiempo ella había sido capaz de cambiar la química de su cuerpo lo suficiente como para caminar bajo el sol? Como sanadora era importante encontrar la respuesta. Las niñas eran tan inusuales en su raza, y muy pocas se las arreglaban para sobrevivir a los nueve meses de gestación. La única en un siglo que lo había hecho, todavía enfrentaba su primer y difícil año de vida. Francesca no quería tener que enfrentar esa lucha sin Gabriel. No quería perder a su niña y no tenerle a su lado, una roca firme en la que apoyarse.

Los ojos de Gabriel encontraron los de ella con súbito entendimiento. La abrazó a él, casi aplastando el cuerpo esbelto entre sus brazos. Aunque al mismo tiempo, la sostuvo tan tiernamente que la hizo desear llorar.

- Es imposible. Nuestra familia ha producido sólo una hija en ochocientos años. Antes de eso, habían pasado casi mil años y no la niña no sobrevivió. No podemos haber sido bendecidos con una niña.

Francesca se apoyó en él, saboreando la calidez de su piel, su forma masculina, tan diferente a su suya propia.

- La examiné antes cuando saliste a alimentarte. Es una niña y se aferra a la vida tercamente. No quiero afrontar esta prueba sola, Gabriel. Encuentra una forma de vivir por nosotras. Tienes razón sobre Skyler. Sin mi ayuda, sin su fe en mí, se deslizará hacia atrás en

su mente. Seguramente perderemos a otro de nuestros hombres ante el no-muerto. Más aún, perderemos un brillante y raro tesoro. No puedo hacerlo sin ti, Gabriel. Vive por nosotras.

Él enterró la cara en la sedosa cortina del pelo de ella.

- No puedo hacer otra cosa que lo que ordenas, mi amor. Es mi deber cuidar de tu felicidad. Encontraré una forma.

Lo decía en serio. Pudo percibir la resolución en su voz. La debilidad había desaparecido, al igual que la aceptación de su propia destrucción. Lucian le había tenido durante dos mil años. Francesca no le entregaría tan fácilmente a su oscuro gemelo. Lucharía con cada célula de su cuerpo, con cada arma que poseía para mantenerle con ella. Lucian no ganaría. No importaba que fuera el gemelo de Gabriel y hubiera sido un gran hombre una vez; ahora era la mayor amenaza a su familia. Ella encontraría la forma de combatirle. Había una forma. De algún modo. Había una forma.

Se aferraron el uno al otro durante unos minutos más, conscientes de los pensamientos del otro, cada uno decidido a encontrar la forma de derrotar al vampiro.

- Debes marcharte. - Susurró finalmente a regañadientes Francesca. - Tengo mucho que hacer esta noche, y debo atender a Skyler. He sido negligente con muchas de mis responsabilidades.

La sonrisa de Gabriel fue lenta y sexy, de esas que paraban el corazón.

- Estoy muy complacido de haber sido capaz de proporcionarte tal distracción.

Sin ninguna razón en absoluto, Francesca se encontró ruborizándose. Al momento agachó la cabeza para que el pelo le cayera alrededor de la cara, protegiéndola. Él rió suavemente.

- Mi hermosa mujer, no puedo creer que te ruborices después de todo lo que hemos hecho juntos.

- Al menos no has mencionado mi edad. - Dijo ella.

- No estoy tan loco, aunque tengo que admitir que no tengo mucha práctica con las mujeres.

Le hizo una reverencia, esa reverencia curiosamente cortes que siempre hacía que se le parara el corazón. Francesca le miró fijamente.

- Lárgate, Gabriel, tienes esa mirada en los ojos y tengo mucho que hacer.

La mano de él se movió posesivamente sobre la cortina de largo pelo negro de ella.

- Nada es más importante que satisfacer las necesidades de tu compañero. - Su cara era inocente y muy seria.

Francesca parpadeó una vez, después le dio un buen empujón.

- Vete a decir eso al siglo pasado, antiguo. Soy una mujer moderna con muchos compromisos.

- Eres una mujer que se empeña en rondar entre esos hombres humanos y estoy empezando a encontrarlo tedioso.

Las cejas de ella se arquearon.

- ¿Tedioso? - Repitió. - ¿He oído una amenaza velada por alguna parte?

Él inclinó la cabeza para besarla.

- No fue en absoluto velada. - Su sonrisa era infantil y seductora al mismo tiempo. - No puedo admitir que me molestan todos los que buscan tu atención cuando yo soy tu compañero. Como antiguo que soy estoy por encima de cosas tan triviales.

Francesca se encontró riéndose.

- Estás bien por encima de algo, pero no estoy del todo segura de qué es.

- Vigila esta noche, Francesca. - Advirtió Gabriel mientras se deslizaba a través de la habitación hacia la puerta. - Siempre debes recordar que ahora eres un objetivo, y también Skyler.

- Enviaré un mensaje a Aidan sobre esa familia, pidiéndoles que no se retrasen. De esa forma cuando Skyler esté en casa, podrá estar protegida mientras dormimos. - Sus ojos oscuros quedaron súbitamente ansiosos. - Gabriel, no permitas que Lucian mine tu confianza en ti mismo. Realmente te necesito al igual que nuestra hija. Nuestras hijas.

Él se detuvo en la puerta, volviéndose a mirarla, su mundo, la única alegría real que había conocido.

- Adoro esta casa tuya. - Respondió suavemente.

Ella le observó salir.

- Nuestra. - Corrigió, sabiendo que todavía podría oírla incluso a pesar de que la puerta estaba cerrada. La audición de Gabriel era fenomenal y con frecuencia compartía su mente.

Esta era *su* casa, *su* vida. Gabriel tendría que separarse de su gemelo si iba a sobrevivir a la batalla que se avecinaba. Francesca estaba doblando cuidadosamente colchas en enormes cajas cuando de repente se le ocurrió que Lucian podría conducirle fuera de la ciudad y lejos de ella. Su mano voló protectormente a la garganta.

Deja de preocuparte por lo que no ha ocurrido. Había un cálido amor en la voz de Gabriel. Daba la sensación de una caricia.

Se miró a sí misma en el espejo.

- Deja de estar en la luna y sigue trabajando. Tienes mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo. - Fue muy severa consigo misma pero un remolino de calor atravesó su cuerpo cuando la cálida risa de Gabriel resonó suavemente en su mente.

Francesca completó tantas tareas como pudo. Recibió encargos de piezas de cristal y colchas. Envió las que había terminado y pagó sus facturas meticulosamente. Había refugios y hospitales a los que llamar. Estaban las obras de caridad que había dejado a un lado y amigos con los que quería mantener el contacto. Ya que se había levantado tarde y habían pasado mucho tiempo hablando era ya avanzada la noche y había pasado el momento de llamar a demasiados de ellos. Mantuvo conversaciones breves, pero provechosas. Era necesario mantener la apariencia de humanidad todo el tiempo. Estaba firmemente implicada en la sociedad y no podía desaparecer así sin más.. Sus contactos serían útiles para Skyler.

Una vez las conversaciones telefónicas hubieron concluido, Francesca condujo hasta el hospital, explorando la zona a su alrededor todo el camino. Estaba preocupada por Skyler, preocupada de que algo fuera a perturbar los cuidadosos planes que tenía para ella. Había estado vagamente inquieta desde que se había encontrado con el reportero. Algo en él la molestaba intensamente. Era el tipo de hombre que podría causarle tremendos problemas. Caminó hasta el hospital, saludando a las enfermeras con un ondeo de la mano mientras se dirigía por el vestíbulo hacia la habitación de Skyler. El corazón se le cayó a los pies cuando captó una visión del reportero apostado a unos pocos pies de la habitación. Francesca se detuvo durante un momento, ondeando su mano para crear una ilusión mientras se ocultaba a sí misma. Envió su suave voz musical hacia adelante, así que su cuerpo pareció moverse rápidamente a través del vestíbulo mientras llamaba a una enfermera invisible desde la esquina.

Al momento el reportero volvió la cabeza, captando un vistazo de su esbelta forma y el pelo largo. Se apresuró a bajar o por el vestíbulo en un intento de cogerla. Francesca rió suavemente, esperando hasta que desapareció antes de entrar en la habitación de Skyler.

La chica volvió la cabeza, sus suaves ojos gris paloma enormes y hermosos. Había una bienvenida en su mirada que no había estado antes allí.

- Estaba esperándote. - Su voz era fuerte y Francesca comprendió por primera vez lo melodiosa que era. - Creí que nunca llegarías.

- Tenía algo de trabajo que hacer. - Dijo Francesca, sentándose y extendiendo su mano hacia la de Skyler. - Hago ventanas de cristal tintado y también colchas pero gente necesitada

Una lenta sonrisa curvó la boca de la jovencita.

- Tengo aquí a mi amigo para que me haga compañía. - Abrazó al lobo de peluche. - Me gusta la forma en que dices eso "gente necesitada". Gente como yo. He notado que tienes una forma de hacer que me sienta como si todo fuera a ir bien. Algunas veces, cuando mi mente es caótica, pienso en ti y te siento en mi mente. - Sus largas pestañas bajaron, ocultando su expresión, pero Francesca sostenía su mano y podía leer sus sentimientos confusos. La chica estaba luchando por adaptarse a la idea de volver a vivir de nuevo.

- Estaré contigo a cada paso del camino, Skyler. - La reconfortó suavemente. - No estarás sola, y no esperó que enfrentes más de lo que puedas soportar. Veo que estás preocupada por la escuela. No es necesario pensar en eso ahora mismo.

Skyler volvió la cara hacia la pared.

- El Doctor Brice dice que tendría que ir a la escuela inmediatamente o me quedaré atrás. No quise decírselo, pero a penas he ido a la escuela. Soy diferente. Nunca encajaría.

- Eres diferente - Admitió Francesca - pero eso no es malo. La escuela no tiene importancia. Tienes un don, bastante brillante en realidad. Podemos proporcionarte tutores y yo puedo ayudar cuando sea necesario. Ciertamente no es nada de lo que preocuparse. El doctor Brice es un buen hombre y quiere lo mejor para ti, pero no tiene ni idea de tus talentos especiales y dones. No entiende lo que es ser una mujer y que abusen de ti. No entiende lo que es ser una niña y no tener a nadie que te guíe, nadie que te ame incondicionalmente. Él no tiene nada que decir sobre tu futuro, Skyler.

Los dedos de Skyler se retorcieron, un pequeño gesto que traicionaba su nerviosismo.

- No me gusta estar aquí. Nunca me siento a salvo a menos que tú estés aquí, o... - Se detuvo como si hubiera hecho algo mal. - Algunas veces el otro toca mi mente y me siento segura.

El corazón de Francesca se saltó un latido.

- ¿No Gabriel?

- Él está aquí a veces, pero es diferente. El otro nunca dice nada en realidad, sólo está ahí, tocándome, pero puedo sentir que no estoy sola y él solamente viene cuando estoy muy asustada. Como cuando tengo una pesadilla y me despierto. En medio de la tarde, cuando estuvo aquí ese desconocido. No me gustaba y estaba tan asustada. Fue entonces cuando el otro tocó mi mente. Fue consolador y reconfortante.

Francesca se mordió el labio. El otro tenía que ser Lucian. ¿Era tan fuerte, entonces, que podía derrotar a la luz del día y extenderse para tocar a Skyker cuando se asustaba? ¿Estaba tan conectado a ella que podía leer su miedo incluso cuando su fuerza estaba en su punto más bajo? Obligó al aire a entrar en sus pulmones, reclamando calma.

- ¿Qué desconocido entró en su habitación, Skyler?

- Un hombre. Me hizo un montón de preguntas sobre ti, pero no le respondí ni le miré. Me retraí como suelo hacer. En el interior de mi propia mente. - Skyler continuaba mirando a la pared como si estuviera ligeramente avergonzada de sí misma. Sus manos aferraron el pequeño animal de peluche hasta que los nudillos se le pusieron blancos. - No sé si puedo seguir haciéndolo cuando estoy realmente asustada.

Francesca le echó amablemente el pelo hacia atrás apartándoselo de la frente. No podía esperar a llevarse a la niña a casa, donde estaría rodeada de amor, de cosas femeninas. No podía esperar a hacer algo con ese hermoso pelo que había quedado abandonado durante tanto tiempo.

- Es un reportero, cariño, nada más. Alguien le contó una historia sobre mí y quiere escribir sobre ello. No tiene nada que ver contigo, pero me aseguraré de que haya un guardia apostado fuera de tu puerta todo el tiempo. Nadie más entrará. - Debería haber apostado un guardia mucho antes.

Un pequeño sonido escapó de la garganta de Skyler, algo entre una risa y un grito.

- ¿Un guardia? No creo que tengamos que ir tan lejos. Creo que es un poco tarde para guardias.

Francesca se inclinó sobre la adolescente y se rozó la frente con los labios en una pequeña caricia.

- Eres tan tonta, jovencita, pensando que es demasiado tarde para un guardia. Eres hermosa y única, un raro tesoro. Tengo intención de guardarte y mantenerte a salvo todo el tiempo. No hay necesidad de tener reporteros estúpidos irrumpiendo en tu habitación de hospital e interrogándote.

- Preguntaba cosas extrañas. Quería saber si te había visto durante el día. ¿No es una cosa rara para preguntar?

Librodot

Francesca se quedó muy quieta interiormente. Había mucha gente en Paris que testificaría que había sido vista durante las horas diurnas; había fotografías que lo probaban. Su foto había aparecido más de una vez en los periódicos en varias funciones de caridad por toda la ciudad. El reportero pronto perdería interés en ella si es que no era más que un simple reportero; ella no encajaría en el perfil que estaba buscando. Pero si era más que un reportero, si era un miembro de la sociedad de cazadores de Cárpatos, buscando pruebas de su existencia, necesitaba saberlo.

- ¿Francesca? - Skyler sonaba cansada y desamparada. - Quiero ir a casa contigo. ¿Cuando puedo salir de aquí? Todo me asusta, incluso el doctor Brice, y sé que él tiene buena intención. Es sólo que no puedo estar cerca de él mucho más. No le siento igual que siempre.

Skyler era muy sensible a los emociones de otros. A su alrededor, el ambiente se espesaba. Francesca tenía que conseguir que Brice accediera a en permitir que la niña se fuera a casa con ella. Tendría que enfrentarse a él y usar el poder de su voz si era necesario. Podrían protegerla mejor si estaba en casa.

- Creo que tienes razón, cariño. Buscaré al buen doctor y conseguiré su permiso para que te deje salir. Te gustará la casa. Es grande y tiene muchas habitaciones, está llena de toda clase de libros y tesoros.

- He visto cristales tintados en las iglesias. ¿Eso es lo que haces tú?

- La mayor parte de la veces creo piezas para casas privadas. Algunas veces me piden que haga ventanas para iglesias o catedrales. Prefiero hacerlas para casas. Deseo saberlo todo sobre la gente y conseguir una sensación de quienes son y qué necesitan. Intento incorporar sensaciones de seguridad y confort en los patrones. - Francesca se encogió de hombros casualmente. - Algunas veces tengo éxito.

- ¿Puedo aprender yo como hacerlo? - Había interés en su voz. Auténtico interés. - Una vez hice dibujos de lobos. Son tan hermosos. Solía leer todo lo que podía encontrar sobre ellos. Por ese adoro a mi lobo de ojos azules. Siempre quise estudiarlos, pero sé que eso nunca ocurrirá. No aquí de cualquier modo. Pero quizás podría hacer un dibujo en cristal tintado.

- Puedes hacer lo que quieras, Skyler, cualquier cosa. Si deseas estudiar el comportamiento de los animales, te apoyaré al ciento por cien. Y sé que puedes trabajar el cristal tintado. Me encantaría trabajar contigo. Descansa mientras voy a buscar a Brice. - Dio un golpecito gentil al lobo y se inclinó para besar la cabeza de la chica antes de salir.

12

Francesca se mordió el labio mientras tranquilamente cerraba la puerta de la habitación de Skyler. El reportero estaba esperando como sabía que estaría. Había oído sus pasos, el sonido de su andar. Leyó su determinación a enfrentarse con ella incluso mientras hablaba con Skyler. Esta bien, eso era lo que también ella quería. Necesitaba información y él estaba esperando convenientemente al otro lado de la puerta. No tendría que ir a buscarle.

El hombre se volvió de golpe con una mirada decidida en la cara.

- Necesito hablar con usted.

La sonrisa de Francesca fue misteriosa e invitadora.

- ¿Qué puedo hacer por usted?

Los ojos de él la devoraban, vagando libremente por su cuerpo. Había algo en ella que le volvía un poco loco. La forma en que miraba, el balanceo de sus caderas, su sonrisa provocadora. Nunca había conocido a una mujer que le conmoviera como esta. La gustaban

las mujeres, siempre que se mantuvieran en su lugar, pero acostumbraba a pagar por el derecho a sus cuerpos y lo mantenía estrictamente como una cuestión de negocios. Ni líos, ni enredos emocionales. Esta mujer era muy diferente a la mujer común. Había algo misterioso y sexy en ella. Podría quedarse mirando esos ojos para siempre, escuchando el sonido de su voz por toda la eternidad. Al momento sus sospechas le parecieron completamente ridículas. Ella no era un vampiro que hacía de la raza humana su presa. Era una mujer de talentos extraordinarios y deseaba protegerla de los que la buscaban para estudiarla.

Francesca podía sentir el poder de Gabriel fluyendo a través de ella mientras miraba al reportero a los ojos. No era igual al de ella, sino un poder mucho más agresivo. Gabriel se aseguraría de que este hombre nunca le hiciera daño, haría lo que fuera necesario para salvarla. Lo hizo con tanta facilidad como lo hacía todo, las órdenes fluyeron a través de la mente de ella hasta la del reportero. No tenía ni idea de como podía hacer Gabriel las cosas que hacía. Estaba ayudándola al mismo tiempo que a otro nivel cazaba al no-muerto. Incluso cuando el peligro era alto para su propia vida.

Nada es más importante para mí que tu vida. Su voz se fue debilitando lejos como si se estuviera moviendo hacia alguna parte.

Francesca no buscó mantener la conexión entre ellos. Quería concentrarse enteramente en el reportero. Necesitaba saber todo lo que él sabía sobre la sociedad de la que formaba parte, una sociedad que había cazado y matado humanos y Cárpatos por igual, llamándolos vampiros. Le sonrió.

- ¿Era Woods, verdad? ¿Barry Woods? Dijo que era un reportero. Lamento tanto lo de la otra noche. Tenía mucha prisa, llegaba tarde a una cita, no puedo recordar exactamente lo que hablamos. Lo juro que ahora tiene toda mi atención. ¿Le importaría que fuéramos a algún lado a tomar una taza de té o algo así?

Afloja, Francesca. Es muy susceptible a ti y eso en sí mismo puede ser peligroso. Esta vez había un gruñido inconfundible en la voz de Gabriel.

Ella alzó la barbilla, aunque sabía que él no podía verla. *Lárgate, puedo manejar este problema por mí misma. Tú tienes un pez más grande que atrapar.* Sonaba ligueramente arrogante, insolente, advirtiéndole que retrocediera.

Barry Woods la miraba boquiabierto, sorprendido que de que ella le buscara activamente. Ella se inclinó más cerca, envolviéndole en su misteriosa fragancia. *Nunca intentará volver a ver a Skyler Rose*. La orden fue una de las más fuertes que había emitido nunca. Pudo leer como él aceptaba su autoridad, pero al mismo tiempo, Francesca guiaba al reportero a una de las habitaciones vacías con la intención de asegurar su obediencia tomando su sangre.

¡No lo harás! La orden fue aguda y autoritaria. Ahora Gabriel no estaba jugando. *Me ocuparé de que este bufón no haga daño a nuestra niña, pero no harás tal cosa.*

Exasperada Francesca decidió no discutir sobre las tácticas tiránicas de Gabriel. Al momento sintió que Gabriel se relajaba, sintió su diversión, y sacudió la cabeza ante las estúpidas idiosincrasias de los hombres.

- ¿Tiene algunas preguntas que hacerme? - Inquirió suavemente, mirando directamente a los ojos de Barry Woods. - ¿O tiene usted información que cree que es muy importante que me cuente?

Él podía sentirse caer hacia adelante, profundamente, profundamente hasta que estuvo tan hipnotizado que quiso quedarse allí para siempre. Se aclaró la garganta, incapaz, sin querer realmente alejarse de esos hermosos ojos.

- Tengo amigos que han oído cosas sobre usted. Son hombres peligrosos. Cazan vampiros. Vampiros de verdad, no esas cosas de las películas. Nadie cree que esas criaturas existan excepto nosotros. Hemos estado reuniendo pruebas durante años. Sólo necesitamos uno, un cuerpo, algo tangible para que el mundo nos tome en serio. Ahora mismo creen que somos fanáticos, locos de los que pueden reírse, pero somos científicos y estamos intentando salvar el mundo.

Francesca le envolvió en oleadas de calidez, inundándole de aprobación, con la idea de que creía en él y en lo que estaba haciendo. Él sudaba pero su mirada seguía atrapada en la de ella. Quería hacer cualquier cosa que ella quisiera, cualquier cosa que la hiciera feliz. Deseaba que creyera en él.

Francesca inclinó la cabeza a un lado para que su pelo cayera en una seductora cortina de seda sobre el hombro y se volcara más abajo de su cintura.

- ¿Por qué alguien pensaría algo así de mi? He vivido en esta comunidad desde hace ya algún tiempo y me he involucrado en muchas cosas. Creo que mi vida es un libro abierto. No es demasiado difícil encontrar a gente que me conoce.

Woods se inclinó hacia adelante, necesitando escuchar la pureza de esa voz, o quizás deseaba tocarle el pelo. No estaba realmente seguro de qué era más importante en ese momento.

- Creo que puedo conseguir pruebas indiscutibles de que no es usted un vampiro. - Había un trazo de humor en su voz. La idea de que ella estuviera entre las filas de no-muertos era totalmente ridícula. Podía convencer a sus compañeros de que estaba equivocados con ella y quedaría tachada de su lista.

- ¿Hay muchos de ustedes? - Francesca solicitó la información suavemente. - ¿Hay muchos otros nombres en esta lista de amenazas potenciales? Quizás puedo ayudarle de algún modo.

- Ahora tenemos que protegernos. Hemos perdido a muchos de los nuestros. Es una guerra, una guerra de verdad, entre ellos y nosotros. Sólo conozco algunos de los nombres de los otros miembros; nuestras reuniones son reducidas. Usamos números de teléfonos y lugares en Internet para dejarnos mensajes. De esa forma si la sociedad es descubierta, sólo perderemos a unos pocos.

Francesca podía ver que había algo que le hacía renuente a compartir los nombres de los que estaban en la lista de vampiros, aun estando profundamente enredado en su compulsión. Empujó aún más en su mente y encontró un extraño fenómeno. Inmediatamente se extendió en busca de Gabriel y compartió la información, asombrada por lo que había encontrado en la mente de Barry Woods.

Está bajo la influencia de algún tipo de fuerte hipnosis. Replicó Gabriel. *Puedo sortearla, pero podría tener flashbacks. Puedo eliminar todo rastro de ti de su memoria. No es difícil extraer la información de su mente. Él nunca lo sabrá.*

Adelante entonces, Gabriel. No quiero tenerle por aquí mucho más tiempo.

Francesca quería ocuparse de sus asuntos y volver a Gabriel. No le gustaba que estuviera por la ciudad cazando al no-muerto. Le quería de vuelta en la seguridad de su casa. Quería a Skyler a salvo dentro de los muros de su casa. Quería que el reportero se fuera de una vez.

¿Estás intentando distraerme de mi tarea con tus caprichosos pensamientos? Había una rizada caricia en la voz de Gabriel, rozando las paredes de la mente de ella, fluyendo en su cuerpo con calor y excitación.

¿Caprichosos pensamientos? Necesitas un chequeo, pequeño. Tu mundo de fantasía parece estar creciendo más y más con el paso del tiempo. Te quiero en casa para que saques la basura. Estaba mirando directamente a Barry Woods, para que Gabriel pudiera usarla como su instrumento, para que pudiera "ver" al reportero y extraer la información que necesitaban de su mente.

Las bromas de Gabriel le había levantado el espíritu, dándole la impresión de un limpia y refrescante brisa que se movía a través de su mente, borrando sus preocupaciones.

Francesca sonrió al reportero. Gabriel tenía lo que necesitaban y ya era hora de que ella reforzara su orden más importante. Se inclinó hacia él para que sus ojos le sostuvieran la mirada.

- Nunca, bajo ninguna circunstancia, se acercará de nuevo a Skyler.

Al momento sintió el poder de Gabriel moviéndose a través de su mente, veloz y mortal, inquebrantable, implacable. Emitió su propia orden, más fuerte que ninguna que ella pudiera

haber dado. El reportero la protegería, asegurándose de que los otros la dejaban en paz. Francesca sacudió la cabeza ante de vehemencia de esa orden, pero se sintió valiosa para él. *Apreciada.*

Tú eres apreciada. Ahora haz algo de lo que se supone que hacen las mujeres, algo no que me preocupará en absoluto.

¡Cuidado con lo que dices! Intentó sonar indignada, pero la estaba haciendo reír con sus tonterías.

No son tonterías. Estas son las órdenes de tu compañero, y deberías escucharlas y obedecer. Sonaba tan arrogante como sólo Gabriel podía ser.

De nuevo se muestra tu edad. Te has despertado en el siglo veintiuno. Las mujeres ya no escuchan y obedecen, mala suerte. Tengo trabajo que hacer, y tú estás en algún lugar mohoso que apesta a basura mojada. ¿Qué estás haciendo?

Llevando acabo secretos rituales masculinos.

Francesca se encontró riendo en voz alta. Woods la sobresaltó sonriendo y extendiendo la mano para estrechar la suya. Casi se había olvidado de su existencia.

- Gracias por su tiempo, he disfrutado del té. - Sonaba muy enérgico y serio. Gabriel había asegurado su obediencia y el reportero estaba haciendo exactamente lo que se le había ordenado. Estaba dejando a Francesca y acudiendo a compartir la información con sus amigos. Le creerían: Francesca era una humana con extraordinarios talentos pero caminaba a la luz del día y bebía té. Woods estaba seguro de haber compartido ambas cosas con ella.

Francesca sonrió amablemente.

- Estoy encantada de haberle conocido, señor Woods. Buena suerte con su trabajo.

Ella se volvió y se abrió paso por los pasillos, moviéndose silenciosamente. Estaba explorando en busca de Brice. Con frecuencia dormía en una de las habitaciones vacías si había estado trabajando todo el día y hasta tarde en la noche. Cuando no estaba asistiendo a eventos sociales, Brices pasaba la mayor parte de su tiempo en el hospital. Captó su olor y se volvió infaliblemente hacia el pequeño cuarto al final del vestíbulo. Era uno de los lugares favoritos de Brice para esconderse.

Gabriel se movió silenciosamente a través del cementerio, el mismo lugar donde había pasado tantos años atrapado en la tierra. El suelo se veía desgarrado allí donde las tumbas habían sido abiertas y los ataúdes trasladados para abrir paso al progreso. Sacudió la cabeza ante las cosas de la vida. Cien años atrás nadie habría considerado perturbar una tumba de tal forma. Sería un sacrilegio. El mal acechaba en Paris, y dormía dentro de este antiguo cementerio que contenía los cuerpos de tantos muertos.

Mientras se movía a través de la tierra sagrada como un fantasma silencioso, pensó en esa batalla de años atrás, casi dos siglos atrás. Había encontrado a Lucian agachado sobre su última víctima, un hombre cercano a los treinta años. La víctima había visto drenada su sangre, un muñeco de trapo sin vida que Lucian había tirado descuidadamente al suelo cuando se volvió a enfrentar a Gabriel. Como siempre, Gabriel se había visto golpeado por la elegancia de su gemelo, la forma en que se movía tan silenciosamente. Nunca había rastro de sangre en su ropa, dientes o uñas. Estaba siempre inmaculado. Nada en él parecía diferente, aunque era un terrible monstruo, no el legendario cazador sobre el que su gente susurraba.

Sólo el recuerdo de su hermano, alto y elegante y tan cortés, envió una oleada de amor a través de Gabriel. No lo había sentido desde hacía mucho, sólo recordaba la emoción, pero ahora era fuerte y más intensa que nunca. Gabriel inclinó la cabeza. *Lucian. Su hermano.* La culpa le abrumaba y sacudió la cabeza con decisión para aclararla. Esa cantinela sería su destrucción. Su mente tenía que estar despejada y concentrada en la caza. Necesitaba cada ventaja sobre los no-muertos. Claramente estaban allí.

Una tumba captó su mirada. Se volvió para examinarla. Tierra recién excavada, era una de las más nuevas del cementerio. La maquinaria pesada no había alcanzado aún esta

esquina tan cerca del muro de piedra. Tocó la tierra y al momento sintió las vibraciones de fuerzas destructoras. Tan sensibilizado, apartó la mano. La tierra misma gemía a causa del toque de la vil abominación. Permaneció agachado, sus ojos buscaban en el suelo del cementerio incluso mientras sus sentidos escudriñaban la zona a su alrededor.

Gabriel suspiró. Oyó el suave retumbar de botas en la tierra, la pesada respiración de el ghoul que un vampiro había creado. Criaturas peligrosas, los ghouls vivían para servir a sus amos, alimentándose de sangre corrompida y de la carne de humanos. Eran viles y no tenían piedad. Esperó, su poder creciendo más y más, acumulándose hasta que fluyó de él y supuró hasta el aire que le rodeaba.

El ghoul se aproximaba por detrás, se acercaba arrastrando los pies, un ser malvado, torpe pero muy astuto e imposiblemente fuerte. Un ser humano estaría en grave peligro al encontrarse con uno de los sirvientes del vampiro. Gabriel era uno de los antiguos, poderoso y mucho más experimentado de lo que ghoul había pensado. Cuando la grotesca criatura cerró la distancia entre ellos, Gabriel se dio la vuelta y capturó la cabeza deformada entre las manos sacudiéndola con suficiente fuerza como para romper el cuello. El sonido fue estruendoso en el silencio de la noche. El monstruo gimió ruidosamente, agitando violentamente los brazos, pero Gabriel se había desvanecido, su velocidad demasiado grande para la macabra marioneta.

El ghoul chillaba como un animal rabioso de dolor y furia. Se movió con pasos corcoveantes, balanceando su cuerpo de un lado a otro, buscando a Gabriel, buscando como había sido programado. Su cabeza caía en su ángulo enfermizo, y la criatura babeaba continuamente. Gabriel se materializó delante de él, zambullendo su mano profundamente dentro de la cavidad torácica, y arrancando el ya muerto corazón. Al instante un relámpago golpeó la tierra, incinerando el cuerpo hasta las cenizas. Gabriel lanzó el órgano putrefacto dentro de la veta blanco azulada y se alejó, sacudiendo la cabeza ante el horror de la criatura ya largamente muerta.

Sintió su presencia antes de verlos. Tres vampiros se movían silenciosamente hacia él, deslizándose a través del aire para que sus pies no tocaran la superficie de la tierra. Inhaló el hedor de sus cuerpos sucios y envenenados. Se volvió lentamente para enfrentarlos. Eran más viejos de lo que le habría gustado y más poderosos.

- Venid a mí entonces. - Dijo suavemente. - Os daré la oscura muerte que os liberará de vuestro camino escogido.

Brice se enderezó cuando Francesca pronunció su nombre suavemente. Pasándose una mano por el pelo, la evaluó con ojos especuladores.

- Francesca. No te esperaba esta noche.

Consiguió ponerse en pie y se alisó la ropa arrugada.

Francesca notó que llevaba la ropa sucia. Antes siempre había sido inmaculado y meticuloso con su apariencia. Esto la sorprendió. Había incluso una débil sombra de barba, algo que habría horrorizado a Brice en el pasado. Era casi compulsivo con su apariencia. Con frecuencia decía que era porque asistía a muchas reuniones y conferencias de prensa. Necesitaba saber que tenía buen aspecto siempre.

La culpa la inundó. ¿Había causado ella esto? ¿Iba a ser ella el instrumento de su destrucción?

- Quería verte, Brice. Hemos sido amigos durante mucho tiempo.

Francesca suspiró suavemente. Por respeto a su amistad, nunca había "leído" su mente a menos que fuera a causa de un paciente o en crisis en la que él necesitara ayuda. Había sido importante para ella ser tan humana con Brice como fuera posible. Ahora era toda una tentación mirar en su mente. ¿Estaba realmente bien? ¿Le había roto de verdad el corazón? Quizás debería plantar una sutil compulsión en su mente para librarlo de ella.

- Yo no estoy seguro de que sigamos siendo amigos. - Respondió. - Vamos, salgamos de aquí y vayamos a algún lugar tranquilo donde podamos discutir esto a fondo.

Francesca recorrió con una mirada la habitación.

- Aquí se está bastante tranquilo, Brice. - Por alguna extraña razón, Francesca se sentía reluctante a dejar el hospital con él. Gabriel estaba en la ciudad cazando al no-muerto. Ella necesitaba ocuparse de contratar un guardia que vigilara la habitación de Skyler y hasta que estuviera segura de que la niña estaba a salvo, quería quedarse cerca.

- Sé que si nos quedamos en el hospital nos interrumpirán. De verdad quiero que sigamos siendo amigos. Vamos, Francesca. No te estoy pidiendo mucho.

Ella asintió a regañadientes. Brice abrió inmediatamente la puerta y la condujo por el vestíbulo. La siguió de cerca, ocasionalmente descansando su mano en la espalda de Francesca. Su palma se sentía caliente y sudorosa incluso a través de la ropa. Francesca se encontró retorciéndose para alejarse de él, caminando más rápido por el pasillo y saliendo a la noche. Las nubes se arremolinaban amenazadoramente sobre sus cabezas.

- El tiempo parece algo sombrío, Brice. ¿Adónde vamos?

- Nunca temíste algo de lluvia en los viejos tiempos, Francesca, antes de que tuvieras que lucir perfecta para tu héroe.

Francesca se detuvo al instante donde estaba, al borde del aparcamiento.

- Si vas a ponerte sarcástico, Brice, no hay razón para seguir con esto. No quiero volver a pelearme contigo. Ya no. Siempre he valorado tu amistad y preferiría no perderla pero si no puedes ser civilizado con Gabriel, o al menos evitar el tema, entonces nuestra conversación es una completa pérdida de tiempo. - De repente, no quiso ir con él. Un oscuro presentimientos de temor estaba apresándola y quiso volver con Skyler, o mejor aún, enroscarse en la seguridad de los brazos de Gabriel en el santuario de su casa.

Brice la tomó deliberadamente del brazo.

- Lo siento. Los celos son algo horrible, Francesca. Me comportaré. Sólo ven conmigo. Por favor.

Le debía mucho y lo sabía. Brice siempre había sido su amigo. No era culpa suya que ella no fuera humana. Él no tenía ni idea de su auténtica naturaleza. No podía entender la relación entre auténticos compañeros. Francesca levantó la mirada hacia la cara de él mientras le seguía. Pensó que había visto algo titilando en las profundidades de sus ojos, sólo por un momento, algo taimado y astuto, pero él parpadeó y desapareció antes de que estuviera segura. De todos modos, Francesca estaba intranquila.

Brice se aclaró la garganta mientras avanzaban por la ribera del río hacia el recinto del parque.

- No me gusto mucho últimamente. - Admitió él.- No me ha gustado comprender ciertas cosas sobre mí mismo.

- Brice - su voz fue suave y triste. - No quería hacerte daño, por nada del mundo. Soy yo quien lo siente. No te conté nada sobre mi pasado con Gabriel porque de verdad pensaba que estaba perdido para mí. Por otro lado, nunca te hice creer que había una oportunidad para nosotros. Sabías que no te amaba. Te lo dije.

- Yo te amaba lo suficiente para los dos.

Sus palabras le apuñalaron el corazón.

- Brice, una sola persona no puede hacer que una relación funcione. Requiere a dos trabajando en ello. Desearía ser la mujer perfecta para ti, pero sé que no lo soy. Ahí afuera hay alguien, alguien muy especial que te amará como mereces. - Utilizó su voz, dando un pequeño empujón aunque no le gustaba hacer cosas así a sus amigos. Odiaba su dolor, odiaba saber que ella era la causa.

Brice se quedó en silencio un momento, después le soltó el brazo y se aferró la cabeza.

Francesca le tocó. En seguida pudo sentir su dolor, un agudo y creciente dolor de cabeza que crecía a un ritmo alarmante. Le colocó los dedos alrededor del brazo.

- Déjame ayudarte, Brice. Sabes que puedo.

Él se alejó de ella, respirando con dificultad.

- No, Francesca, sólo déjame estar un momento. He estado sufriendo estos dolores de cabeza desde hace unos días y son letales. Incluso me hice un TAC para ver si tenía un tumor. - Sacó un tubo del bolsillo, sacó la tapa y se lanzó varias píldoras a la boca.

Francesca pudo ver que le temblaba la mano.

- No necesitas medicación. Puedo librarte del dolor. - Lo dijo suavemente, sintiéndose dolida por su rechazo.

Él sacudió la cabeza de nuevo, esta vez con decisión.

- No malgaste tu tiempo y talento conmigo. Las píldoras bastarán. Dame unos minutos y estaré bien.

Un pequeño fruncimiento tocó la boca de ella.

- Brice, sé que estás enfadado conmigo, pero estos dolores de cabeza parecen serios. Sabes que puedo ayudar. ¿Con cuánta frecuencia tomas esas píldoras? ¿Qué son?

Él se encogió de hombros y acortó camino a través del parque hacia el oscuro sendero, echando a un lado las ramas bajas para evitar que golpearan a Francesca.

- No importa. ¿Por que me buscabas?

- ¿Adónde demonios vamos, Brice? Este sendero conduce fuera del parque hacia el cementerio. Volvamos.

Él se volvió para enfrentarla y una vez más pensó que había visto algo taimado en sus ojos. Entonces parpadeó y otra vez era Brice mirándola con ojos tristes. Pero Francesca se sentía ahora muy intranquila. Presentía que nada iba bien, ni Brice, ni el camino que estaban tomando, ni siquiera la noche misma. Se mordió el labio inferior mientras intentaba pensar qué podría estar planeando. Brice no era un hombre violento, lo conocía bien. Era gentil y cariñoso, incluso a pesar de que era ambicioso.

- No vamos a volver, Francesca, no hasta que hablemos de esto. Si no puede haber más, quiero que sigamos siendo amigos. Me siento herido, no voy a negarlo, y he me he portado como un niño malcriado, pero siempre pensé que estarías aquí y te casarías conmigo. De verdad. En mi mente ya estábamos comprometidos. - Sacudió la cabeza mientras se abría paso por la superficie irregular del camino. - Nunca miraste a otro hombre, nunca. Pensé que eso significaba que en realidad sentías algo por mí, pero que te habían hecho daño y tenías miedo de amar de nuevo.

Francesca pudo ver la primera de muchas lápidas de pie como silenciosos centinelas de la muerte en el cementerio. Era en realidad un lugar hermoso, antiguo, un lugar que se creía sagrado y que mantenía aparte a los malditos. A un lado estaba la tierra santificada, bendecida con agua bendita, mientras que por otro estaban aquellos que habían vivido vidas de pecado y depravación, criminales y asesinos. Ahora estaban siendo desenterrados, los muertos trasladados a un nuevo cementerio lejos del centro de la ciudad. Las máquinas no había alcanzado el área por la que caminaban. La inminente destrucción la entristeció; tenía tantos amigos humanos enterrados allí.

- Nunca me había interesado nadie más, Brice. Prefería tu compañía, pero era amistad lo que sentía, el amor de una hermana. Con frecuencia deseé sentir más, y cuando pensaba en el futuro, deseaba poder amarte como deseabas, pero nunca amé a ningún otro hombre que no fuera Gabriel. Pensaba que estaba muerto, todos estos años, pero no lo había superado.

- ¿Por qué no le mencionaste siquiera? - Exigió Brice, sonando petulante de nuevo. - Ni una vez siquiera pronunciaste su nombre. Si éramos tan buenos amigos, ¿por qué no compartiste conmigo una tragedia tan terrible como la pérdida de tu marido? - Escupió la última palabra asqueado. - Ni siquiera sabía que habías estado casada. - Se estaba moviendo más rápido ahora, tomando la delantera, abriéndose paso sobre la pequeña pared de piedra para apresurarse a lo largo de una senda poco utilizada que conducía al mausoleo.

- Nunca hablé de él con nadie, Brice. Era demasiado duro. - Eso era verdad. Ni siquiera su madre había sabido nunca nada del pequeño incidente del pueblo de hacía tantos siglos. Cuando su familia se había dispersado durante las guerras, había huido de las Montañas de los Cárpatos, hacia Paris, donde aprendió a ocultarse de su gente. Lágrimas inesperadas

ardieron en sus ojos oscuros, el recuerdo de esos momentos todavía dolía. Parpadeó alejándolas y siguió a Brice por el sinuoso camino.

- Yo no era *nadie*, Francesca. Era tu mejor amigo. Pero siempre mantuviste una parte de tu misma aparte. Ni importaba cuanto lo intentara, nunca podía acercarme a tí.

Odiaba esa nota dolida en su voz y la hacía sentirse más culpable que nunca. Él tenía todo la razón para sentirse mal por lo que había ocurrido entre ellos. Ella *había* pensado que pasaría sus últimos años con él. Agachó la cabeza, su pelo largo le cayó en cascada alrededor de la cara.

- No tuve intención de engañarte, Brice. Espero que me creas. Intenté ser honesta contigo, pero hubo veces en las que pensé seriamente en estar contigo. A causa de que estaba considerando tener una relación contigo, puedo haberte enviado inadvertidamente mensajes que indicaran que finalmente acabaríamos juntos. Eso estuvo muy mal por mi parte, pero no lo hice a propósito.

Él volvió la cabeza durante un momento, con furia en los ojos.

- Eso no arregla lo que siento, Francesca, o te absuelve de tu culpa.

Ella suspiró. Parecía que avanzaba entre la recriminación y el genuino deseo de mantener su amistad.

- Quizás es demasiado pronto para que tengamos una conversación como esta. Quizás deberíamos esperar unas semanas para que puedas ver que nunca te habría utilizado, que nunca habría sentido lo que quieres que sienta.

- Nunca lo sabremos seguro, ¿verdad? - Dijo él. Se estaba moviendo rápidamente a través del cementerio, alejándose de las lápidas más nuevas hacia la parte más vieja del cementerio donde las piedras eran tan antiguas que se desmoronaban y se veían grises por los efectos del clima.

Francesca desaceleró el paso.

- Brice, ¿tienes idea de adónde vamos o solo caminas tan rápido como puedes porque estás enfadado conmigo? - Podía oír la sangre bombeando furiosamente a través del corazón de él, la ráfaga de adrenalina que le recorría mientras se movía.

Él la aferró por la muñeca y tiró bruscamente, una mueca retorció sus apuestas facciones.

- Vamos, Francesca, apresúrate.

Se movió con él unos pocos pasos, deliberadamente tocó su mente mientras lo hacía. Al momento se asustó. No había nada en su mente excepto el deseo abrumador de llevarla a cierto lugar en el extremo más alejado del cementerio. Estaba dispuesto a utilizar cualquier método para lograrlo, desde adularla o llevarle la corriente, hasta la fuerza bruta. Su necesidad de llevarla a ese lugar era tan fuerte que bloqueaba todo lo demás.

- Brice. - Dijo muy suavemente. - Me estás haciendo daño. Por favor suéltame. Puedo caminar por mí misma. - Él necesitaba ayuda desesperadamente. Fuera lo que fuera lo que iba mal en él, ya fuera que hubiera sido ensombrecido por un vampiro, o estuviera tomando drogas, o estuviera al borde de un colapso mental, Francesca quería ayudarle. Ahora temía por él, más que por sí misma. Algo iba terriblemente mal en él y estaba decidida a sanarle.

- Bueno, apresurémonos entonces. - Gruñó él, todavía permanecía en posesión de su brazo. Perdió su agarre porque ella aceleró el paso y caminó voluntariamente con él.

- Honestamente, Francesca, no es propio de ti. No quieres hablarme de nuestra amistad. Probablemente quieres discutir sobre nuestra pequeña paciente.

- Quiero saber cuando podré llevarme a Skyler a casa. Está ansiosa y aburrida en el hospital. Y un reportero entró en su habitación. Estaba muy asustada. - Mantuvo la voz razonable mientras caminaba a su lado, estudiándole intensamente. Si usaba su poder, las vibraciones se esparcirían en la noche atrayendo una atención indeseada. Tendría que ser persuasiva para llevarle a su casa, donde podría controlarle y ayudarle sin la amenaza de interferencias.

- ¿Si está tan condenadamente asustada, por qué no me lo dijo? - Exigió él, furioso de nuevo. - Yo soy su médico, no tú, ni tampoco Gabriel. Si tiene una queja, puede

expresármela. Sabemos que puede hablar. Aunque no le dirija la palabra a nadie más que a ti.

- Brice. - Protestó Francesca, desacelerando el paso de nuevo. Él parecía estar empujándola a toda velocidad, casi como si estuviera tan furioso que no supiera lo que estaba haciendo. - Más despacio, voy a caerme. ¿Tienes una cita importante en algún lado? Volvamos a mi casa. Nos haré un te, tu marca favorita, y podemos hablar.

Instantáneamente él ralentizó su paso, sacudiendo la cabeza.

- Lo siento, lo siento. - Repitió. - No sé lo que me pasa. No es bueno para la chica depender tanto de ti. No habló con el psicólogo que le enviamos, no habla con las enfermeras, ni conmigo, sólo contigo.

- Está muy traumatizada, Brice. Lo sabes. No se recuperará rápidamente de su dolor. Solo un paso a la vez. Una vez esté establecida en casa, le conseguiré un psicólogo. Seguiré tu consejo. Sabes que te respeto como médico. Siento lo que nos ha pasado, pero nuestros sentimientos el uno por el otro son genuinos. Todavía queremos ser amigos. Probablemente ahora no seas capaz de aceptar mi amistad, pero quizás con el tiempo. Mientras tanto, podemos mantener una relación profesional, mantener esa conexión. - Francesca intentó parecer esperanzada. Puso una mano en la muñeca de él para contenerle, para hacer que la siguiera. Ahora tenía realmente miedo por él, segura de que estaba perdido el control de sí mismo. Brice sacudió la cabeza, volviendo a la débil senda que atravesaba unos espesos arbustos. Francesca se sentía como se estuviera en un laberinto.

Ahora la sensación de peligro inminente crecía. Sobre sus cabezas las nubes de tormenta se oscurecían y volvían más pesadas. El viendo soplaba que le convertía el pelo en una salvaje maraña. Se lo cogió, retorciéndoselo y atándoselo a la nuca. El viento le trajo la esencia del peligro, y Francesca se detuvo sobre sus pasos. ¿Por qué no había explorado la zona mientras debía hacer hecho? Sabía que el no-muerto estaba en lugar de la ciudad.

¡Gabriel! Envió la llamada instantáneamente. Se había metido directamente en la trampa y el pobre Brice estaba con ella. Ya le había arruinado la vida y ahora, porque había fallado al estar alerta, probablemente haría que la perdiera.

El hedor del no-muerto impregnó al aire a su alrededor. Brice le tiró del brazo una vez más, insistiendo en sacarla de los arbustos. Al momento, en la distancia, Francesca pudo ver a Gabriel. Estaba de pie con los brazos a los costados. Alto. Fuerte. Poderoso. El pelo largo y negro le flotaba sobre los hombros. Parecía relajado.

Por tres lados se aproximaba a él el enemigo, rodeándose, moviéndose a unísono en un intento de tejer un hechizo. Al principio los tres parecían ser altos, hombres bastante guapos y delgados, pero al momento Francesca vio atravesó de la ilusión. Brice se detuvo bruscamente cuando vio a Gabriel, súbitamente confuso. ¿Qué estaba haciendo en este oscuro y lúgubre lugar? Gabriel parecía tan poderoso de pie en miedo de los otros tres hombres.

Antes de que Brice pudiera articular un sonido, Francesca tiró de él hacia atrás al interior del laberinto de arbustos. Sin un pensamiento consciente le adueñó de él, empujando su cuerpo por el camino, apartando ella la mirada para poder ver a los combatientes. Había tres vampiros, todos ruborizados por muertes recientes, cargados de adrenalina. Gabriel podía necesitar su fuerza, o, si estaba herido, su sangre tras la batalla.

Tocó la mente de Gabriel, incapaz de evitarlo. Él era Gabriel, siempre el mismo. Tranquilo. Calmado. Sin miedo. Su fuerza le permitió respirar más fácilmente. Francesca empujó a Brice hasta que estuvieron en la parte baja del cementerio. Se movió hasta donde pudiera ver mejor lo que ocurría. La escena allá arriba era aterradora. Desde su posición aventajada podía ver una forma oscura sobre la tierra cerca de las tumbas. Un mujer joven por lo que le pareció, con la garganta desgarrada. Yacía como una muñeca rota, con una mano extendida hacia la cruz que marcaba la tumba. Gabriel había sentido muerte y violencia en el cementerio pero no había sido capaz de ver el cuerpo con la maquinaria bloqueando su línea de visión. Le envió una visión inmediatamente, advirtiéndole lo que había pasado.

Francesca cerró los ojos durante un momento, envió una rápida y fervorosa plegaria por la víctima y su familia. ¿Cómo podía pedir a Gabriel que fuera nada menos que lo que era, un cazador entre su gente, exterminando a las viciosas criaturas que cometían semejantes actos crueles e insensibles? Junto a ella Brice se removió, saliendo del semi-estupor en el que había caído.

- ¿Qué demonios pasa? - Espetó, observando la escena. Podía ver claramente el cuerpo de la joven a un lado, lejos de ellos, donde estaba aparcada la maquinaria pesada, podía discernir lo que parecía otro cuerpo tirado cerca de la excavadora. Un hombre, de su talla. - Te dije que Gabriel era un criminal. Está involucrado en un asesinato.

Francesca ondeó una mano para silenciarle, su atención centrada en otra cosa. El vampiro de la izquierda se lanzó sobre Gabriel, explotaron alas en su espalda y saltó al aire con garras retorcidas en vez de manos, su cara se contorsionó hasta formar un pico afilado. Incluso mientras este atacaba, el cuerpo del segundo vampiro ondeó con pelo y su cara se alargó en un largo hocico para acomodar los dientes que llenaban su boca. Mientras el pájaro volaba alto, el lobo atacaba abajo. El tercer vampiro ondeó haciéndose transparente, disolviéndose en gotas de niebla hacia Gabriel. Para el horror de Francesca, pudo ver una raíz que se arrastraba por el suelo, un largo tentáculo mortal que se extendía hacia el tobillo de Gabriel. Se presionó una mano sobre la boca para contener un grito. No haría más que distraerle. Tenía que confiar en el hecho de que Gabriel tenía más experiencia y vería todas las amenazas dirigidas a él incluso aunque el ataque fuera lanzado simultáneamente.

¡Ve a casa ahora! La voz de Gabriel emitió la orden en la mente de ella. La envió con una fuerte compulsión subyacente que tenía que obedecer. Sabía que él no tenía energías para imponerle su voluntad.

Francesca sintió profundamente dentro de su cuerpo la seriedad de su orden. Su primera preocupación era protegerla, no su propia vida, y estando al descubierto, vulnerable, sería un arma que podría ser utilizada contra él. La información fluyó en su mente llegada de ninguna parte; no estaba segura de si procedía de Gabriel, pero se volvió enseguida para obedecerle.

Su mano cogió la de Brice.

- Vamos, tenemos que salir de aquí ahora mismo.

Empezaron a correr por el terraplén hacia el río, lejos del cementerio y la terrible batalla que estaba teniendo lugar. Mientras Francesca se volvía hacia las luces de la ciudad, una figura solitaria surgió de la noche y les bloqueó el camino hacia la libertad.

La bestia era alta y delgada con piel gris estirada sobre su calavera. Sus dientes estaban ennegrecidos y afilados, manchados con la sangre de muchos inocentes. Les sonrió, una terrible parodia de sonrisa.

13

Francesca gritaba, aunque ningún sonido surgía de su garganta. Gabriel estaba ocupado en una terrible batalla con tres feroces enemigos, y su propia vida estaba en peligro. Se cerró a él inmediatamente, no deseando arriesgarse a distraerle de su tarea. Él no podía ayudarla.

- ¿Qué demonios está pasando? - Murmuró Brice, con voz estrangulada. Estaba aterrorizado, seguro de que alguien le había deslizado un alucinógeno en la bebida. Esto no podía ser real, luchas de demonios, monstruos que se convertían en lobos, y gárgolas aladas volviendo a la vida.

Automáticamente Francesca se extendió para apaciguarle, sus dedos se cerraron ligeramente alrededor de la muñeca de Brice para poder manipular su mente. Su voz fue baja y compeledora, la compulsión se incrustó profundamente en el cerebro del hombre. Podía no

ser capaz de salvar le la vida, pero haría lo que pudiera para facilitarle la muerte. Nunca sentiría los dientes en su garganta, desgarrando y rompiendo mientras el monstruo engullía sangre fresca.

Con la cabeza en alto, enfrentó a la criatura, sus ojos brillando con desafío, su suave boca mostraba disgusto.

- ¿Cómo te atreves a presentarte de esta forma? - Dijo suavemente. - Eres consciente de que tales cosas van contra las leyes de nuestra gente.

La sonrisa del vampiro fue una macabra parodia.

- Hazte a un lado, sanadora, permíteme cenar esta noche.

Francesca siguió sujetando a Brice, manteniendo su cuerpo colocado ligeramente delante de él. Su enemigo estaba llamándole, la orden flotó en el aire, pero ella había conseguido separar a Brice del resto del mundo. Tenía la cabeza caída como la de un niñito, inocente a todo lo que ocurría a su alrededor.

- No lo haré. Márchate. No perteneces a este lugar.

El vampiro siseó horriblemente, escupiendo al aire entre ellos.

- Ten cuidado, mujer, el cazador está muy ocupado. No te rescatará esta noche. No quiero hacerte daño, pero si no tienes cuidado, será necesario obtener a la fuerza tu obediencia.

- Ten cuidado *tú*, maligno. No soy una simple aprendiz para que me obligues a nada. No tengo intención de ir a ningún sitio contigo. - Dijo Francesca tranquilamente. Presionó una mano sobre su estómago protectoramente. Él la obligaría a aceptar su sangre corrompida. Correría por sus venos, contaminaría a su hija. Gritó de nuevo silenciosamente, utilizando cada onza de autocontrol que poseía para no llamar a Gabriel. Su única oportunidad era que Gabriel derrotara a sus enemigos y la rescatara. Pero su bebé, sería demasiado tarde para su niña. Los vampiros se engañaban a sí mismo creyendo que si encontraban a una mujer que fuera su luz, sus almas podrían ser restauradas. Buscaban a mujeres de los Cárpatos y mujeres humanas con poderes psíquicos con la esperanza de recuperar lo que había escogido perder. Tendría que tomar la decisión de sacrificar a Brice a esta cosa; al final no tendría elección. Sería o Brice o su hija. Inadvertidamente su mano se apretó alrededor de la muñeca del médico como si pudiera anclarlo a ella. Mantuvo su mente firmemente alejada de pensamientos de Skyler y se disciplinó para no llamar frenéticamente a Gabriel. Él vendría a ella en cuanto pudiera. Dependía de ella entretener al vampiro.

- No me enfurezcas, mujer. Soy mucho más poderoso que ese que te reclama como suya. Un advenedizo desconocido que se cree un cazador. Conozco a cada cazador que existe y este no tiene reputación. Soy un antiguo. No creo que él te salve.

No sabe quién es Gabriel. Se aferró a esa idea. Era munición, podía ser un factor sorpresa cuando más lo necesitara. La cabeza del monstruo empezó a moverse de lado a lado, un lento movimiento de reptil que era curiosamente hipnótico. Francesca sabía mejor que nadie que concentraba su atención estrechamente en el movimiento. Algo que la fascinaba, aunque al mismo tiempo la repelía. Eso fue advertencia suficiente. Él parpadeó con sus ojos empañados y sanguinarios sólo una vez.

Aprovechó para emborronar su imagen y la de Brice, tirando del humano con ella mientras se apresuraba con velocidad preternatural a la vez que el vampiro saltaba, acuchillando con sus garras. Sintió la ráfaga de aire cuando falló por escasos centímetros. La criatura chilló de rabia, retorciéndose en una nube de polvo y ramas, una poderosa polvareda de maldad que se elevó a lo alto, oscureciendo el aire alrededor de ellos.

El corazón de Francesca martilleó con alarma. Había conseguido enfurecerle. No se podía saber lo que podría hacerle ahora. Sobre sus cabezas se arremolinaban nubes de tormenta, oscuro y amenazador preludio de lo que vendría. Se arqueaban relámpagos de nube en nube mientras a su alrededor los cielos se oscurecían hasta que cada estrella se empañó, hasta que la luna no fue nada más que un recuerdo.

El vampiro siseó de nuevo, un sonido mortal mientras el viento batía su ropa andrajosa y le lanzaba el cabello lacio alrededor de la cara que parecía una calavera.

- Serás castigada por esto. Tendré a este humano, y su muerte será larga y dolorosa. Destruiré a todo el que tenga algo que ver contigo.

Al corazón de Francesca latía frenéticamente y tomó un profundo aliento para calmarse. En su interior sintió a su hija saltar de miedo. Inmediatamente se cubrió el vientre con las dos manos mientras enfrentaba a la bestia. Estaba moviendo la cabeza de nuevo, un movimiento rítmico diseñado para resultar hipnótico. Atacó de nuevo con un borrón de movimiento y Francesca esperó hasta el último segundo posible antes de escapar, arrastrando a Brice con ella. Antes de que el vampiro pudiera reaccionar, algo se insertó entre ellos de forma que el no-muerto se vio obligado a desistir de su ataque. Con un aullido de rabia, saltó hacia atrás.

Entre ella y el vampiro brilló una forma, solidificándose. Durante momento en el que se le detuvo el corazón pensó que era Gabriel. La figura era alta, de amplios hombros, con el mismo pelo largo y facciones perfectas de su compañero. Sus ojos eran negros y estaban vacíos, aunque Francesca ocasionalmente podía discernir el principio de pequeñas llamas rojas ardiendo en sus profundidades. El poder se aferraba a él como si fuera auténtico poder vuelto a la vida, poder personificado. Se movía con fluía gracia, aunque cuando se detuvo, quedó tan inmóvil como las propias montañas, una parte de la tierra misma. Parecía Gabriel, pero no lo era. Hizo una reverencia hacia ella, un gesto cortés y principesco antes de volver su atención hacia el vampiro.

El aliento de Francesca se inmovilizó en su cuerpo. Éste era Lucian. No podía ser otro. El gemelo de Gabriel y un vampiro sin igual. Su corazón cayó dolorosamente en la desesperación. Antes había tenido miedo del otro vampiro, ahora estaba aterrorizada. Había algo en Lucian, algo que no podía nombrar, pero parecía invencible, parecía tan poderoso que todo un ejército de cazadores no podría derrotarle. Este era el mortal enemigo de Gabriel y aquel al que amaba por encima de todos los demás. Se mordió el labio con fuerza para evitar llamar a gritos a su compañero.

Y entonces Lucian habló. Fue como es sonara música, música que no era de este mundo, pero tan pura y hermosa que era imposible olvidarla. Su voz era la cosa más hermosa que había escuchado en la vida.

- Has venido a este lugar y me has molestado, no-muerto. He escogido esta ciudad como mi patio de juegos particular y aún así crees que simplemente puedes ignorar mi reclamo. Envías a tus sirvientes a desafiar a mi hermano mientras atacas a esta mujer que él ha reclamado como propia. Ella está bajo su protección y no puedo permitir que ningún otro interfiera en nuestro juego. Debes entenderlo. - La voz era tan perfecta, tan razonable, *cualquiera* lo entendería. - Perdiste tu alma hace siglos, y anhelas la libertad de la muerte final. Ve ahora. Tu aliento ya no puede sostenerte; tu corazón deja de latir. - Levantó la mano en el aire y lentamente empezó a cerrar los dedos en un puño.

Francesca observó con horrorizada fascinación como el no-muerto obedecía a la compulsión de esa voz dulcemente mortal. El vampiro jadeó en busca de aire, y cuando el puño se cerró firmemente, su cara empezó a cambiar de color mientras se ahogaba y estrangulaba ante sus ojos. El vampiro se apretó el pecho donde su corazón vacilaba, pero no intentó luchar contra la orden, tan poderosa era. Francesca no podía apartar los ojos del gemelo de su compañero; ella, también, estaba atrapada por el hechizo de su poder, hipnotizada por la auténtica belleza de su voz. Fue solo cuando le vio zambullir el puño en la cavidad torácica del vampiro y extrajo el corazón, cuando el relámpago golpeó la tierra con un látigo blanco azulado e incineró el órgano ya muerto y a su anfitrión, que se las arregló para despertar de un tirón, una vez más consciente de su propia y precaria situación.

Francesca esperó en silencio, una mano sobre el estómago para proteger a su hija no nacida, la otra sujetando a Brice, que estaba inmóvil bajo su control mental, incapaz de comprender nada que lo que ocurría a su alrededor.

Lucian era mil veces más poderoso, más mortal, que el vampiro que acababa de enfrentar. Se quedó mirándolo con sus ojos oscuros, los pequeños dientes mordiendo su labio inferior, traicionando su nerviosismo. Él se movió entonces, una gracia fluida y eterna

belleza, una espada de doble filo más destructora que nada que hubiera conocido nunca. Gabriel tenía razón al cazar a este monstruo. Nada le detendría, ningún humano le detendría si decidía abandonar el juego mortal que llevaba a cabo con su hermano y pasaba convertirlo en algo más cruel.

Francesca tragó el nudo de miedo que le atascaba la garganta y alzó la barbilla desafiante.

- Debo agradecerte el acudir en mi ayuda, oscuro.

- En ayuda de mi hermano. - Corrigió él suavemente, moviéndose alrededor de ella con una fluida gracia. Parecía no tocar el suelo, no perturbar el aire. Los ojos negros de Lucian se movía sobre la cara de ella, y parecían ver directamente en el interior de su alma. - Mi hermano es el único capaz de proporcionarme algo de diversión. La vida es tediosa cuando uno es mucho más inteligente que todos los demás.

- ¿Por qué has venido en su ayuda? - Preguntó Francesca suavemente, asombrada de que no pareciera tan horrible a la vista como los otros vampiros que había encontrado a través de los siglos.

¿Era tan bueno creando ilusión que incluso una antigua como ella no podía reconocer lo horrible y absolutamente malvado que era? Su poder le resultaba muy perturbador.

Los amplios hombros se encogieron con un perezoso ondeo.

- No permito que otros interfieran en nuestro juego. Tú eres una ancla que le frena. Un peón que puedo utilizar contra él cuando así lo desee. Lo que hay entre mi hermano y yo permanecerá para siempre. Cualquiera que se atreva a interferir, cazador, vampiro o mujer, morirá cuando yo quiera.

Ella alzó la barbilla.

- ¿Qué vas a hacer conmigo?

La perfecta boca se sesgó en una breve sonrisa sin humor.

- Llámele para que te ayude. No querrías que te hiciera mi esclava. Llámale. - Su voz era suplicante y sutil, un insidioso susurro de pureza. No pareció moverse, aunque de repente estaba tan cerca que podía oler su fragancia, limpia, no un hedor. Podía sentir su poder.

Francesca tragó con fuerza y retrocedió un paso, sacudiendo la cabeza para asegurarse de no estar bajo compulsión.

- Nunca. No hay nada que puedas hacer que me obligue a traicionarle, no por propia voluntad. Gabriel es un gran hombre y mi compañero. Voluntariamente entrego mi vida a cambio de la suya.

Esperó a que cayera el golpe. Se hizo un silencio, largo y vacío. Ni siquiera podía oírle respirar, no podía oír como latía su corazón, si es que tenía corazón.

Sus largas pestañas revolotearon mientras evaluaba al maestro vampiro que permanecía inmóvil, parecía la estatua de un antiguo dios. Le llevó un momento comprender que no había hechizo en su voz, sólo simple magia negra. Su voz simplemente hacía que todos desearan complacer sus deseos.

- ¿Por qué no me estás obligando a hacer tu voluntad? - Preguntó curiosamente, pasándose una mano nerviosa a través de su largo pelo negro azulado.

- No necesito la ayuda de ninguna mujer en mi batalla. - Ella sintió el látigo de desprecio en esas palabras. - Encuentro bastante sorprendente que mi hermano se haya vuelto tan débil como para permitir que este mortal al que proteges continúe con vida. ¿Qué ves en el que te hace preferir su compañía a la de uno de los nuestros? Es egoísta; su mente está llena de planes de venganza. Su propósito principal en la vida parece ser alcanzar a mi hermano. - Sus ojos negros estaban fijos en la cara de ella. - Pero eso ya lo sabes, Francesca.

Ella tembló, frotándose los brazos arriba y abajo con las manos. De repente sentía frío. Era esa voz de nuevo. El tono era exactamente el mismo. Suave. Puro. Hermoso. Aunque ahora se sentía amenazada. Y peor que sentirse amenazada, sentía el peso de su disgusto. Eso no debería haber significado nada para ella. Era un no-muerto. Aún así se sentía como una jovencita censurada por el Príncipe de su gente. Hacía daño y era humillante. Francesca no podía aguantar la mirada de esos oscuros ojos vacíos. En vez de eso se encontró bajando la

mirada a la punta de sus zapatos. Quería hacer que él lo entendiera, aunque ni ella misma entendía sus propios sentimientos. ¿Cómo podía explicárselo a alguien que no sentía ninguna emoción en absoluto?

- Me quedaría a jugar contigo un poco más, pero ese tonto está olvidando todo lo que le enseñe. - Lucian pronunció las palabras suavemente mientras brillaba durante un momento, su forma una vez sólida se volvió transparente hasta que pudo ver los árboles a través de él. Hubo un peculiar efecto de prisma que nunca había presenciado justo antes de que se disolviera en gotas de niebla y fluyera a través de la niebla que emanaba de la tierra alejándose de ella.

Francesca dejó escapar el aliento lentamente y relajó los músculos que no había notado que estaban agarrotados y tensos. Al momento se extendió en busca de Gabriel para advertirle. Estaba en medio de una desesperada batalla, retorciéndose entre tres vampiros menores, todos sirvientes del que Lucian había destruido. Estaban golpeándole, buscando alcanzarle con largas garras afiladas como cuchillas, intentando infringir pequeños y profundos cortes en su carne que le debilitaran.

Lucian está aquí.

Una suave risa resonó en su mente. Al principio pensó que de alguna forma Lucian se las había arreglado para entrar en su cabeza, pero entonces comprendió que él estaba en realidad en la mente de Gabriel. Al compartir los pensamientos y recuerdos de Gabriel, podía "oir" la extraña conversación que mantenían.

Has olvidado todo lo que te enseñé, hermano. ¿Por qué permites que estos vampiros menores de rodeen de esta forma? Lucian relució hasta una forma sólida entre Gabriel el más grande y agresivo de los tres vampiros.

Gabriel se lanzó hacia el vampiro más pequeño, el que se dirigía directamente hacia él, moviéndose tan rápidamente que había hundido el puño en su pecho y extraído el pulsante corazón mientras el vampiro todavía miraba sorprendido a Lucian. Gabriel estaba sobre el segundo vampiro antes de que tirar el corazón del primero. La criatura gritó desafiante, acuchillando, pero demasiado tarde. Gabriel había tomado su corazón y lo lanzó lejos, incluso mientras sacudida tras sacudida el relámpago golpeaba la tierra, incinerando los dos cuerpos y sus corruptos corazones.

Ocurrió tan rápidamente, Francesca fui incapaz de comprender como lo había hecho Gabriel No hubo pensamiento, ni plan en su mente que ella pudiera leer, ni siquiera comunicación entre los hermanos gemelos, aun así al igual que Gabriel había utilizado a Lucian como distracción, también Lucian había utilizado a Gabriel. Había atacado al mayor de los no-muertos mientras este jadeaba con horror mirando a Gabriel. El tercer cuerpo se retorcía y caía al suelo sin vida cuando Lucian tiraba el corazón corrupto en la feroz bola de energía que Gabriel había utilizado para destruir a los otros dos.

Fue entonces cuando Gabriel comprendió de repente que su hermano, el enemigo mortal de su gente, una vez más le había ayudado en la batalla. Francesca leyó su culpa, la molestia consigo mismo por no haber aprovechado la oportunidad de destruir a Lucian. Estaba tan acostumbrado a trabajar con su gemelo, simplemente había actuado por instinto. Antes de poder lanzarse en dirección a su hermano, Lucian había desaparecido, sin dejar huellas tras él. No había rastro, ni la más mínima partícula, ninguna sugerencia de poder o espacios vacíos que Gabriel pudiera utilizar para seguir el rastro al no-muerto hasta su guarida.

Cuando finalmente incineró a los tres vampiros y toda evidencia de su batalla, repasó cada detalle de la apariencia de Lucian, el tono de su voz, las cosas que había dicho. Lucian le había inundado con más información sobre la ciudad, los escondrijos comúnmente utilizados por las gentes del submundo, los que con frecuencia eran utilizados como sirvientes por el no-muerto.

Gabriel maldijo suavemente, elocuentemente en la lengua ancestral.

Soy un inútil

No digas eso, Gabriel.

Ya ves que no le he destruido. Yo siempre le seguí y él lideraba. Lo sabe y se burla de mi fracaso. Si no hubiera fallado esta noche, podría haber tenido una gran ventaja sobre él.

Habías luchado con cuatro vampiros, Gabriel. Te habría derrotado. Estarías muerto y yo me vería obligada a huir a las Montañas de los Cárpatos para tener a esta niña. No puedes correr ese riesgo. La sola idea de la muerte de él la aterraba. Ya era una parte de ella, enterrado profundamente en su alma. Viviría una vida a medias sin él. Llevaba a su hija y debía traerla al mundo a salvo. Tendría que buscar cobijo y protección con el Príncipe de su gente.

- Gabriel. - Susurró su nombre con súbito terror. Él no podía dejarla sola con esto, no después de arrastrarla de vuelta a un mundo que ya había abandonado.

Él no permitirá que ningún otro me destruya. Gabriel sonaba tan tranquilo como siempre. *Es un juego para él. Nadie más puede jugar. Solo yo tengo el potencial para derrotarle. Le habría gustado que le atacara. Probablemente está decepcionado porque no lo hice.*

El hermosa y pura voz lleno sus cabezas. *Te estás volviendo blando, Gabriel. Estaba preparado para una reacción semejante aunque dejaste escapar la oportunidad perfecta.*

Parecías cansado, Lucian. No quería una ventaja injusta. La respuesta de Gabriel fue amable. *Necesitas descansar, buscas un lugar de descanso, una forma de dejar este mundo atrás. Dime donde estás y podré acudir a ti y ayudarte en tu viaje largamente esperado.*

El corazón de Francesca saltó ante la idea, el miedo corrió por sus venas haciendo que se sintiera físicamente enferma. Esperó la respuesta, aterrorizada de que Lucian pudiera llamar a Gabriel a su lado. Lucharían a muerte. Lo sabía con tanta seguridad como sabía su propio nombre. Gabriel nunca volvería ileso tratándose de un ser tan poderoso.

La risa que siguió a las palabras de Gabriel debería haber sido fea y horrible de oír, pero la voz de Lucian era un instrumento hermoso lleno de una sensación de calma y tranquilidad. Su tranquilidad fue rápidamente dispersada cuando él habló. *Buscas tenderme una trampa con tu voz, hermano. No creo que sea posible el engaño entre nosotros.*

Una vez lo fue.

Atraparme bajo tierra fue un interesante movimiento que no esperaba. Había una cierta nota de admiración en la hermosa voz.

Estás débil por la pérdida de sangre.

Ahora buscas enfadarme, esperando que continuaré nuestra conversación para poder seguirme el rastro. Soy incapaz de cualquier emoción, hermano, ni siquiera la rabia. Ese preciado don no está a mi alcance ni al de ninguno de los que forman las legiones de los no-muertos. Pero me alegrará contarte donde estoy en este momento. Estoy inclinado sobre la niña que reclamas como tuya. Es una rareza única en un mundo lleno de copias de papel carbón. Había una sutil amenaza, un sutil desafío.

Francesca gritó y sin pensar soltó la muñeca de Brice. Le había olvidado del todo. Ahora pensaba sólo en Skyler tendida indefensa en la cama con el vampiro inclinado cerca de su cuello. Empujó a Brice para que se sentara, emitiendo la orden de que despertara de su sueño incluso mientras se disolvía en un millón de gotas de agua y se lanzaba de vuelta hacia le hospital.

Te lo prohíbo, Francesca. La voz de Gabriel fue tranquila, autoritaria. *Es una trampa.*

No se la entregaré a él. Había un sollozo en su voz, en su mente. Sabía que Gabriel ya se abría paso hacia su destino compartido.

Lo siento, mi amor. No puedo permitir una amenaza semejante sobre ti. La voz de Gabriel susurró contra las paredes de su mente como las alas de una mariposa.

Sin advertencia Francesca cambió bruscamente de dirección. Alarmada, gritó llamando a Gabriel. Ya no controlaba sus movimientos. Algún otro controlaba su vuelo. Instintivamente intentó tomar tierra, cambiar de forma, pero fue imposible. *¡Gabriel!*

No temas, Francesca, sólo estoy cumpliendo con mi deber. Esperarás por mí en la protección de nuestra casa.

La suave y burlona risa llegó de nuevo, moviéndose a través de sus mentes y cuerpos como un el candente brillo del amanecer. El poder de la voz de Lucian era increíble. *¿Qué salvaguardas crees que me mantendrá a raya? ¿Has aprendido algo que no has compartido con tu propio gemelo?*

No creas que eres invencible, Lucian. Yo fui mejor una vez, puedo hacerlo de nuevo. Replicó Lucian tranquilamente.

Muy tranquilamente, eso le dio fuerzas, permitiendo que Francesca hiciera a un lado su horror. Estaba sorprendida por la fuerza de Gabriel, podía ordenar a una antigua como ella misma en pleno vuelo, mantener su curso firme, salvaguardarla, y aún así continuar su viaje hacia el hospital mientras conversaba tan tranquilamente con su mortal enemigo. Su calma no era un farol. Estaba completamente confiado, un guerrero ancestral que había batallado siempre, luchado durante siglos. La batalla que se avecinaba era la culminación de esos siglos de experiencia. Al momento dejó de resistirse, no deseando hacer más difícil aun su tarea.

Francesca tenía que esforzarse para no suplicar al vampiro que no inflingiera a Skyler más dolor. Los vampiros prosperaban con el dolor de los demás. Ese era uno de los oscuros talentos del no-muerto. A través de sus víctimas, podían sentir momentáneamente, un fugaz ramalazo de lo que había perdido. Toda emoción era oscura y fea, pero emoción al fin y al cabo.

Tranquilizó sus pensamientos, se concentró en sí misma. *¿Skyler? ¿Puedes oírme?* La adolescente estaba dormida. *No abras los ojos. Estás en peligro.*

Un liguero estremecimiento y la jovencita fue consciente. Francesca era tan familiar en su mente, que podía sentir a la niña explorando sus alrededores como hacía la gente de los Cárpatos. Su pulso se mantuvo firme al mismo tiempo, su corazón no se sobresaltó lo más mínimo. *No puede ser. Él está aquí conmigo y estoy perfectamente a salvo.*

¿No está tomando tu sangre?

Hubo un largo silencio mientras Skyler se asombraba ante la pregunta. *Él no es enfermero. Sé que no lo es. ¿Por qué tienes miedo que de quiera mi sangre?*

Francesca pensó un momento. Skyler la había obedecido: permanecía inmóvil, respirando tranquila, fingiéndose dormida. Aunque por alguna razón se sentía a salvo a pesar de la amenaza de terrible maldad. Había una única respuesta. Él tendía una trampa a Gabriel para conducirle hacia él. Francesca sabía que Gabriel compartía su mente también. Su risa llegó de nuevo, esa suave y musical sinfonía de belleza*. Ahora ves la futilidad de luchar contra alguien como yo. Esta niña humana, aunque es rara en este mundo, no puede engañar a alguien como yo fingiéndose dormida. No puedes protegerla de mí, ni con tus salvaguardas, ni intentando ocultarla. Lo que Gabriel sabe, lo sé yo también. Cuando quiera hacerla mi esclava, lo haré. Ahora mismo es aburrido pensar en una carga semejante.*

Lucian. Gabriel pronunció el nombre suavemente, amablemente. *Te estás cansando de tu existencia. No hay nada que te ate a este mundo. Elegiste perder tu alma y seguir el sendero de la oscuridad, aunque no conseguiste ni emociones, ni ningún poder que ya no tuvieras. Permíteme ayudarte a dejar esta locura atrás. Quiero ayudarte. Siempre deseaste que lo hiciera.*

Esa fue tu promesa, hermano, y no puedes hacer otra cosa que honrarla. Aunque encuentro este mundo diferente, muy cambiado desde que me alcé la última vez. La verdad es que es aburrido continuar cuando no tengo a nadie que me iguale, aunque me quedas tú. ¿Entonces tú también buscas el amanecer? Rió suavemente, como para sí mismo. *Creo que deberíamos continuar nuestro juego por un tiempo en este extraño mundo*. Estaba debilitándose; Francesca lo sintió a través de su vínculo con Gabriel. Había atraído a Gabriel hacia el hospital con la intención de luchar, pero parecía haber perdido el interés rápidamente, desvaneciéndose de la habitación de Skyler, del mismo aire, sin dejar rastro de poder atrás.

Gabriel suspiró con frustración. Lucian sabía de la existencia de ambas mujeres. ¿Cómo podría no saberlo? El poder, inconfundiblemente femenino, estaba allí para que lo leyera

cualquiera. Ya estaba atrayendo a los no-muertos a la ciudad, buscando a aquellas que podría salvarlos. Lucian no podía haber dejado de leer las señales, sabría de Skyler al igual que de la existencia de Francesca. Y sabría que Gabriel había reclamado a Francesca, que era una antigua Cárpato. Probablemente sabía que estaba embarazada. Lo que Gabriel sabía, también lo sabía Lucian. Skyler ya no estaba a salvo en el hospital, lejos de su protección.

Gabriel cambió de forma mientras aterrizaba, ya cruzando a zancadas el aparcamiento del hospital hacia la entrada. Emborronó su imagen, no deseaba tratar con humanos mientras comprobaba por sí mismo que Lucian no había tocado a Skyler. Tenía que llevársela lo antes posible. Lucian podría utilizar sirvientes humanos para hacerla daño durante el día cuando Gabriel era incapaz de protegerla. Skyler necesitaba estar en casa donde podría colocar salvaguardas. Donde podría apostar guardaespaldas humanos en los que pudiera confiar para vigilarla cuando él estuviera profundamente en la tierra. En todos los siglos que habían luchado, Gabriel nunca había sabido que Lucian utilizara sirvientes para intentar destruirle durante el día, pero con Skyler a quien proteger, no se arriesgaría. Y había otros en la ciudad, vampiros menos poderosos, pero todavía malvados y viciosos. Cualquiera podía intentar hacerse con Skyler. No podía permitir tal cosa. La mente de la niña no soportaría más maltrato.

Skyler estaba tendida tranquilamente, mirando hacia el techo, cuando él entró en la habitación. Su sombra la alcanzó primero. Alguien con menos poderes de observación nunca habría notado el pequeño estremecimiento que recorrió el cuerpecillo.

- ¿Me tienes miedo? - Preguntó Gabriel suavemente, dándole la cortesía de permanecer fuera de su mente. Sabía que tendría que "leerla" para asegurarse de que Lucian no había tomado su sangre, pero estaba decidido a respetar si privacidad siempre que fuera posible.

Los dedos de Skyler se enroscaron nerviosamente en la sábana.

- En realidad no. - Bajo la delgada colcha el contorno del lobo de peluche era visible a su lado.

Había honestidad en su voz pero contestó con no más que un hilo de voz.

- ¿Sabes por qué estoy aquí?

Ella le miró entonces, sus enormes ojos grises suaves y enormes, largas pestañas lanzando espesas sombras en sus mejillas. A él le pareció hermosa. Skyler tragó con fuerza y levantó la mano cubierta de cicatrices que recorrió la curva de su cara. Muy gentilmente Gabriel le cogió la muñeca, evitando que se cubriera la delgada y dentada línea blanca. Tiernamente dio la vuelta a la mano, recorrió con el pulgar la miríada de cicatrices que cruzaban su antebrazo, muñeca y mano.

- Somos familia, niña, *auténtica* familia. No hay lugar para la vergüenza. Estoy orgulloso de ti, orgulloso de como te defendiste a ti misma y mantuviste entera tu auténtica alma. No ocultes las pruebas de tu valor, Skyler, ni de mí ni de Francesca.

Los enormes ojos de ella se movieron sobre su cara algo enfurruñados.

- Siempre he estado sola, por lo que puedo recordar. Desde que mi madre murió, he estado sola. No estoy segura de saber estar con otra gente.

Gabriel tenía una sonrisa impresionante y la usó desvergonzadamente.

- Bienvenida a la familia entonces, Skyler. Yo he estado solo demasiado tiempo al igual que Francesca. Aprenderemos juntos. - Le acarició hacia atrás el pelo con dedos amables. - Podemos ser principiantes, pero al final triunfaremos.

El más pequeño fantasma de una sonrisa jugueteó en la cara de ella.

- ¿Eso crees?

- Lo sé con seguridad. No fracaso en mis tareas, ni siquiera en las que aborrezco. Esta es la primera vez que emprendo algo para mí mismo. Créeme, niña, no fracasaré.

Ella le estudió, más adulta que niña.

- ¿Que tareas aborreces?

Sus dientes blancos relucieron hacia ella, una pequeño tributo al don de ella, a su talento especial.

- Hay veces en las que no tengo más elección que dar órdenes a las mujeres de mi familia y hacer que las cumplan. - Respondió él traviesamente.

Los suaves ojos grises de ella se iluminaron brevemente, una pequeña victoria..

- ¿Y eso es aborrecible? Lo dudo, Gabriel. - Se sentí muy valiente devolviéndole la broma.

Se sentó ya que no quería elevarse sobre ella. Era importante para él no intimidarla. La influencia de Francesca había ayudado a que Skyler le aceptara, a que le viera como alguien bueno, no un enemigo, pero su posición era tenue. Se aseguró de que sus movimientos fueran fluidos y gráciles para no sobresaltarla.

- Si tomo tu mano como hace Francesca, puedo leer tus pensamientos. - Explicó él suavemente. - Del mismo modo que tú percibes información de lo que te rodea. No quiero asustarte con mi tacto, pero es necesario que "lea" tus recuerdos del que te visita con tanta frecuencia.

Las largas pestañas revolotearon, velando sus enormes ojos.

- ¿Yo seré capaz de leer los tuyos? - Había una duda en su voz, como si temiera enfadarle.

- ¿Te gustaría?

- Normalmente puedo. - Como él continuaba mirándola, Skyler retorció la sábana entre sus dedos. - Siempre he sido capaz de leer a la gente cuando los toco. - Le miró, una rápida y escurridiza mirada. – No de la misma forma que tú y Francesca leéis las mentes. Solo sé cosas. Puedo oírla y sentirla hablarme. Sé que ella está conmigo. - Sus dedos continuaron apretando nerviosamente la sábana. - Como el otro que está aquí cuando tengo miedo.

- Skyler. - Dijo Gabriel amablemente. - Si no deseas leer mis emociones o mis pensamientos, entonces te escudaré de ellos. Si te tranquiliza hacerlo, entonces está hecho, podemos empezar.

Los enormes ojos gris paloma de ella fueron muy expresivos cuando se movieron sobre su cara. Esperó tranquilamente, permitiendo que decidiera por sí misma. Finalmente asintió.

Gabriel la tomó de la mano con extraordinaria gentileza, inclinándose para sus ojos negros pudieran atrapar la mirada de Skyler en la profundidad de la suya. Ella ni siquiera parpadeó. Cuando la jovencita se hacía a la idea de hacer algo, se lanzaba en cuerpo y alma y se empeñaba al cien por cien. Tendría que recordar eso cuando intentara poner a pruebas sus inexistentes habilidades paternales.

Ella le sobresaltó con su risa, no en voz alta, sino en su mente. *Estoy leyendo tus pensamientos también, le recordó.*

Genial, vas a ser un grano en el culo, justo como Francesca, se quejó él, burlándose de ella amablemente mientras inundaba su mente con la extensión de su amor por Francesca, con la calidez y sentimientos de protección hacia Skyler. Ella había sentido la presencia de él en su mente ocasionalmente, pero no había comprendido que ya había compartido sus recuerdos de infancia. Eso la habría humillado. Gabriel lo supo instintivamente y no tenía intención de permitir que se avergonzara. Ella leyó lo que él quería que leyera. Su deseo de dar a bienvenida a Skyler a su familia, su esperanza de ser un buen padre, alguien que la protegería y guiaría y siempre la haría sentir a salvo. Compartió sus sentimientos sobre lo poco adecuado que se veía como marido, su temor de hacer algo que decepcionara a Francesca. Amaba a Francesca más que a su propia vida y permitió que Skyler supiera que la querría a ella del mismo modo.

Todo el tiempo, exploró profundamente en la mente de la niña en un intento de encontrar un rastro de poder, un indicio de que su gemelo intentaba usarla para golpear a Francesca. Vio el trabajo de Francesca y era perfecto. Encontró sus salvaguardas combinadas, la fuerte protección que juntos había colocado, aunque no encontró rastro de Lucian, ni rastro de poder corrupto, ni oscuras intenciones. Gabriel fue cuidadoso, buscando en todas partes la más liguera anomalía, encontrándolo todo, examinándolo meticulosamente. Parecía estar libre de fuerzas externas.

Suspiró suavemente, soltándola antes de que su súbita e inesperada rabia se transmitiera a Skyler. Habían abusado horrorosamente de ella y las heridas de su mente dejarían cicatrices para siempre. Era una jovencita extraordinaria con una rara percepción y talentos desmedidos. Pero el hombre que debía haberla amado y protegido había sido el mismo que inició y perpetuó el abuso.

Gabriel se cuidó de respirar profundamente, deseando aparentar completa calma y control. Sabía que Skyler se asustaría ante cualquier despliegue masculino de temperamento. Lucian ya había acabado con los que había abusado de Skyler uno a uno. Había tomado a los enemigos de la niña como parte de su pequeña partida de ajedrez con Gabriel, para demostrar que sabía todo lo que sabía Gabriel.

- ¿Has visto algo que te ha hecho cambiar de opinión sobre el querer llevarme a casa contigo y Francesca? - Había un desafío en la suave voz de Skyler pero su mirada se apartó de él en el instante en que la soltó.

Gabriel le cogió la barbilla con dos dedos y la inclinó hacia arriba para que lo mirara.

- Tienes una mente asombrosa. Me hace respetarte a ti y las cosas que has hecho y las que eres capaz de hacer. Me honra que quieras que cumpla la función de ser tu guardián junto con Francesca. ¿No te ves a ti misma a través de mis ojos? - Lo preguntó muy amablemente.

Una débil rubor coloreó la cara de ella.

- Yo no soy así. No como crees que soy... valiente y hermosa. Nadie más lo cree. - Cuando él continuó mirándola se ruborizó aún más. - Bueno, sólo Francesca, pero ella no tiene ni un solo hueso mezquino en su cuerpo. Encontraría algo agradable que decir incluso de un monstruo.

Una pequeña sonrisa tiró de la boca de Gabriel.

- Probablemente tienes razón, Skyler, en tu apreciación de Francesca. Pensaría lo mejor de un monstruo, pero también es muy astuta. En ti ella ve lo que veo yo. Tienes que empezar a verte a ti misma como nosotros lo hacemos. Somos tus guardianes, y debes aprender a confiar en nosotros. Si lo deseas, puedes examinar mi mente y compartiré mis pensamientos contigo abiertamente.

- Quiero salir de este horrible lugar e ir a casa contigo y con Francesca.

- Ella se estaba ocupando de conseguir el permiso del doctor cuando nos interrumpieron.

Skyler se mordió el labio, empezó a hablar, y después atrajo el peluche hacia su cara.

- Dime, pequeña. - La animó suavemente. - En nuestra casa esperaré sinceridad y respeto que tiene que funcionar en ambas direcciones. Si deseas decir algo, escucharé y valoraré lo que tengas que decir.

- No me creerás, pero sé que tengo razón. - Enterró los dedos en el peludo lobo en su nerviosismo.

Gabriel colocó su mano sobre la de ella y envió una pequeña oleada de calidez y confianza.

- Si sabes que tienes razón, Skyler, te creeré.

Ella adoraba el sonido de esa voz, el acento que no podía ubicar, la diversión que jugueteaba en sus palabras. Pero sobre todo adoraba la convicción que había en él, como la hacía sentir que la creía.

- No creo que el doctor sea realmente bueno. Algo va mal en él.

Gabriel asintió.

- Está muy enamorado de Francesca y no muy contento de que yo haya vuelto. Ya ves, Francesca pensaba que yo había muerto. Creo que el doctor está teniendo problemas para sobreponerse a sus celos.

Skyler le miró durante un largo rato, después sacudió la cabeza.

- Es más que eso. Lo siento cuando me toca.

Durante un momento, la roja llama del monstruo danzó en los ojos de Gabriel y en su interior se desenfundaron las garras. Se tomó un respiro antes de responder.

- ¿Qué quieres decir, pequeña? - Su voz era más tranquila y más hermosa que nunca.

Skyler sintió que el aire en la habitación se inmovilizaba, como si la propia tierra estuviera esperando a que ella respondiera. Sus largas pestañas cayeron, ocultando sus expresivos ojos.

- Cuando viene a examinarme, intentan ocultarlo, pero sé que algo va mal en él. Es retorcido. Es más que celos, Gabriel.

- Voy a asegurarme de que te suelten mañana por la noche. Francesca y yo necesitamos ocuparnos de ciertas cosas en casa para poder cuidarte adecuadamente mientras te recuperas. Entretanto, Francesca ha contratado un guardaespaldas para ti. Es *tú* guardaespaldas, no un empleado del hospital, y se asegurará de que estás a salvo en nuestra ausencia. Si te sientes amenazada, le dirás que te saque de aquí y te lleve a casa. - Sacó una llave de la puerta delantera de la caza de Francesca de su bolsillo. Tomando una fina cadena de oro que llevaba al cuello, la aseguró a ella. - Esta es la llave de la casa, pequeña. - Le colocó la cadena alrededor del cuello. - Si necesitas venir, tienes la llave.

Sintió el alivio de la muchacha. Sujetaba la llave, dándole la vuelta, y sosteniéndola como si le hubiera dado algo precioso. Gabriel se puso en pie, elevándose sobre ella. - Tu habitación está preparada y Francesca se ha superado. - Escribió la dirección en una hoja de papel y la dobló colocándosela también en la mano.

Una pequeña sonrisa se formó en la suave boca de Skyler.

- Sabía que se volvería loca. - La sonrisa decayó en su cara, dejándola seria y pálida. - ¿Me crees sobre el doctor? - Había una nota ansiosa en su voz que no pudo ocultar.

Gabriel la evaluó gravemente, sus ojos negros serios.

- Te creo, Skyler. He sentido la misma inquietud sobre él. No temas por Francesca. Haré todo lo que esté en mi muy considerable poder para mantenerla a salvo.

Skyler buscó en su cara durante un largo rato antes de que sus pestañas cayeran y se hundiera tranquilamente en la cama, obviamente satisfecha con la tranquilidad de él.

Gabriel automáticamente exploró mientras caminaba, y ahora sintió como Brice entraba en el hospital. Se alejó de la cama hacia la puerta. Un pequeño jadeo de alarma le hizo darse la vuelta.

- ¿Qué pasa? - Preguntó suavemente.

Skyler le miraba como si fuera un fantasma. Dejó escapar una risa forzada. - Ahora mismo me has recordado... - Se detuvo.

Él deliberadamente sonrió, una traviesa sonrisa juvenil.

- ¿A una estrella de rock? - Preguntó esperanzado. La astucia de Skyler iba más allá de lo que había pensado.

Ella se las arregló para dejar escapar una risa nerviosa.

- Difícilmente, Gabriel. A un lobo. Un gran lobo malo. - Abrazó al animal de peluche. - Como él.

El rió con ella pero cuidó mucho de parecer más humano cuando abandonó la habitación dejando atrás una oleada de confort.

14

-La pareja llegará hoy, Gabriel. - Dijo Francesca. Estaba sentada frente a su escritorio, tejiendo bastante ausentemente diseños abstractos. A Gabriel le parecía un lío de telas, pero podía ver como los dedos de ella trazaban cada línea amorosamente , incluso a pesar de que su mente no parecía estar en lo que estaba haciendo.

Gabriel cruzó la habitación para ponerse tras ella, deseando desnudar ese esbelto cuerpo.

- Soy bien consciente de su llegada, Francesca. ¿Qué estás intentando no decirme? - Había un dejo de risa en su voz. Él era su compañero, sólo tenía que compartir la mente de ella para descubrir lo que la preocupaba.

Francesca tomó un profundo aliento. Sus dedos buscaron un trozo de tela e inconscientemente comenzó a frotarla con el pulgar.

- Aidan ha pedido que no tomemos su sangre.

Un pequeño silencio que lo dijo todo. El aire cargó el peso de su desaprobación. Había sólo un puñado de humanos que sabían de la existencia de los Cárpatos. Gabriel era un antiguo, un cazador sin igual, sin contar a su gemelo. Se había mantenido con vida ocultando sus cámaras de sueño, entremezclándose con la raza humana. Los Cárpatos podían controlar fácilmente el comportamiento humano tomando su sangre, aún así Aidan había pedido que no hicieran tal cosa con sus empleados. Si los humanos tenían conocimiento de su raza y vivían en sus casas, tenían el poder en sus manos. Para Gabriel equivalía a poner las vidas de su familia en peligro, confiar en dos personas a las que no conocía.

- ¿Qué respondiste a esta extraña petición?

Francesca sintió que su corazón saltaba.

- Gabriel. - Dejó escapar su nombre silenciosamente, sosteniéndolo. Había actuado por su cuenta durante demasiado tiempo, tomando sus propias decisiones al igual que Gabriel, pero él recordaba que era importante considerar las opiniones de ella como si fuera su socia.

Gabriel encontró que una sonrisa curvaba su boca. Francesca era su socia, su otra mitad. Su opinión contaba donde no importaría la de otro. Estaba extraordinariamente orgulloso de sus logros. Ella no parecía comprender lo mucho que significaba para él. Eso le sorprendía. Necesitaba verse a través de sus ojos. En su opinión no había en el mundo nadie que pudiera compararse con ella.

- Por supuesto que valoro tu opinión. Puede que no te hayas mezclado con nuestra gente en todos estos siglos, pero te has mantenido al tanto de las noticias. Te las arreglaste para ocultar tu identidad a los que tendían poder para encontrarte o los malvados que continuamente buscan a las mujeres de nuestra raza. Creo que estás mejor preparada para juzgar esta extraña petición que yo, que he estado enterrado en la tierra durante casi doscientos años.

- He oído decir que Aidan no controla a su familia, nunca los ha utilizado para alimentarse, que los respeta mucho. Ellos han ayudado a otros miembros de nuestra raza en momentos de necesidad. No todos ellos están al tanto de nuestro secreto, pero los que lo saben nunca nos traicionaron. Si Aidan ha recomendado a estos dos miembros de su familia para ayudarnos, entonces creo que debemos confiar en ellos implícitamente. Ha dicho que nos envía al hijo de su ama de llaves. Este hombre ha conocido a nuestra gente desde hace algún tiempo. Creo que su mujer lo ha sabido sólo recientemente, pero ha probado su lealtad. Su marido ha asegurado a Aidan que es de confianza.

- No me gusta la idea de que la esposa no está bajo nuestro control. - Admitió Gabriel. - Obviamente el marido los ha conocido durante años y ha probado su lealtad, pero esta mujer es un enorme peligro cuando estamos siendo asediados. Podría convertirse en un problema.

Francesca asintió.

- Lo que dices es muy cierto, especialmente ahora, cuando Lucian está aquí y nos da caza, pero creo que podemos monitorear sus pensamientos lo bastante como para controlar la situación. Si creemos que hay peligro, tendremos tiempo de contactar con Aidan.

Las cejas de Gabriel se arquearon y Francesca se volvió alejándose de él para esconder su súbita diversión. A Gabriel no le gustaba la idea de consultar a Aidan Savage sobre ninguna cuestión, y mucho menos en asuntos que incumbían a su propia casa. Hizo todo lo que pudo por mantener la cara seria.

Gabriel se estiró perezosamente y la cogió por los hombros.

- ¿Te estás riendo de mí? - Inquirió muy suavemente. Su voz supuraba amenaza.

- ¿Yo haría eso? - Los ojos de ella estaban tan oscuros que parecían negros, y bailaban de risa.

Él enredó un brazo alrededor de su cintura y la empujó contra la protección de su cuerpo.

- Si, lo harías. - Susurró, inclinando su oscura cabeza hacia la invitación del cuello de ella. Su boca se deslizó sobre la suave y satinada piel. - ¿Estás tan ocupada con esta gente que no tienes nada de tiempo para ocuparte de mis dolencias? Necesito que me cures.

Ella se estiró y le rodeó el cuello con los brazos, apoyándose en él para que cada uno de sus músculos se imprimiera en su cuerpo esbelto. Encontró su boca con la de ella. La tierra pareció contener el aliento bajo sus pies. Durante un latido de corazón respirar dejó de ser importante. Sus corazones tenían un sólo latido, sus mentes estaban totalmente fundidas, sus almas eran una. Francesca se derritió dentro de él, su cuerpo suave y relajado. Podía hacerle esto con su beso. Enviar lava fundida a través de su sangre y elevarle la temperatura varios grados en segundos.

- Tenemos una niña. - Murmuró suavemente contra la garganta de él. – Y se está moviendo hacia nosotros justo en este momento.

Gabriel gimió suavemente. Había oído los suaves pasos de los pequeños pies de Skyler mientras exploraba su casa. Al momento de alzarse, Gabriel había cazado su presa, alimentándose bien para sí mismo y para Francesca. Tenían mucho que hacer, ocuparse de que Sklyer se estableciera en su nueva casa. Gabriel aprobó al guardaespaldas que Francesca había convocado. Jarrod Silva era un hombre de casi treinta años que parecía muy capaz. No se entrometía en lo más mínimo y Gabriel leía fácilmente su deseo de hacer un buen trabajo. Reforzó la determinación de Jarrod con una sutil compulsión y quedó satisfecho sabiendo que el hombre protegería a Skyler cuando fuera necesario.

Francesca se dio la vuelta entre sus brazos, presionando su cuerpo en toda su longitud contra el de él. Gabriel se rió suavemente, abrazándola.

- Te estoy viendo, Francesca. - Susurró suavemente mientras le enmarcaba la cara con las manos. - y no puedo creer mi buena fortuna. Eres mi vida, mi mismo aliento. Haces que el tormento que soporté durante todos esos siglos valiera la pena.

Francesca sintió lágrimas acumularse en sus ojos. Sentía su absoluta sinceridad, la intensidad de sus emociones. Ciertamente él deseaba su cuerpo, podía sentir el calor y el deseo que se alzaba en él como una marea inevitable, pero incluso más fuerte y más intenso era el amor que sentía por ella. Se recordó a sí misma que debía respirar, tan sólo tomar aliento e inhalar su fragancia.

Un suave sonido hizo que ambos volvieran la cabeza.

- Adoro eso que hacéis. - Anunció Skyler. Se movía lentamente, cuidadosamente, su pequeño cuerpo todavía físicamente maltratado. - La forma en que os miráis el uno al otro. Nunca he visto a nadie más mirarse a sí. Os miráis el uno al otro con tanto amor. Resplandece entre vosotros.

Francesca inmediatamente extendió una mano hacia la chica.

- Y tú te preguntabas si habría alguna habitación para ti.

Skyler parecía muy frágil. Su piel era pálida, casi traslúcida, los ojos enormes en su delicada cara. Parecía mucho más joven de sus catorce años hasta que mirabas esos ojos demasiado... viejos.

Skyler agachó la cabeza, sus largas pestañas velaron la expresión de sus ojos, pero se adelantó y tomó la mano extendida. Francesca tiró gentilmente de ella.

Gabriel cubrió sus manos con la propia.

- Tenemos suficiente amor para todos, Skyler. - Replicó amablemente. - Más que suficiente. Somos familia, nosotros tres, y siempre lo seremos, no importa lo que nos depare el futuro. Esto empieza aquí, con nosotros. Francesca ha vivido toda su vida sola, como yo. Tú también. Haremos esto juntos, ayudándonos los unos a los otros. - Su voz era hermosa y compeledora. Podría dar órdenes a los cielos y hacer que la misma tierra se alzara bajo sus pies. Hizo de Skyler una creyente sin ninguna compulsión oculta.

Francesca peinó hacia atrás los mechones desiguales de Skyler.

- Nuestro servicio llega hoy. Vivirán con nosotros permanentemente, esperamos. Gabriel y yo tenemos muchas tareas y durante un breve momento durante las horas diurnas no estaremos en casa y será difícil dar con nosotros. Quiero que alguien en quien confíe esté contigo todo el tiempo para que te sientas a salvo. Pero recuerda que esta es *tú* casa. Si algo de lo que se hace o dice no te gusta, espero que me lo comuniques para que podamos solucionarlo juntas. Si tienes miedo y quieres cambiar algo en la casa, por favor dilo. Tu felicidad y comodidad nos importa. No es molestia. Queremos hacer cosas por ti.

- Mi habitación es preciosa, Francesca. - Dijo Skyler, su voz todavía tan suave y fina que hizo que Francesca deseara estrechar a la chica entre sus brazos. - Gracias por tomarte tantas molestias por mí.

- Fue divertido. Comprar juntas será divertido. - Francesca rió suavemente. - Te has puesto pálida ante la idea de salir de compras. La mayor parte de las chicas estarían emocionadas. Finalmente consigo una hija, o una hermana pequeña, como prefieras, y no quiere ir de compras.

Skyler se llevó una mano temblorosa a la delgada cicatriz de su cara y la frotó inconscientemente.

- No he estado en público desde hace mucho. - Confesó.

Gabriel le cogió la mano amablemente y se llevó la peor de la cicatrices a la mejilla.

- Cuando decidas que estás preparada, saldremos todos y nos enfrentaremos con esos extraños de ahí fuera juntos. Así será mucho más divertido.

Skyler le miró fijamente durante largo rato, sus ojos se movían sobre los duros y sensuales rasgos, estudiando cada centímetro de su cara. Su sonrisa tardó mucho en llegar, pero cuando lo hizo, iluminó sus ojos.

- Creo que tú tienes casi tanto miedo de toda esa gente como yo, solo que no del mismo modo.

Francesca rió ante la sardónica expresión de Gabriel, el alegre sonido llenó su casa de amor. Ella puede hacerlo, pensó Gabriel. Francesca podía llenar cada centímetro de esta enorme casa de amor. Cada momento pasado en su compañía sólo profundizaba sus sentimientos por ella.De ella emanaba tanta luz que lo fascinaba. Gabriel había vivido en un mundo de oscuridad, de violencia, durante tanto tiempo, que sólo podía quedarse mirando a Francesca con respeto reverencial. Sus ojos negros encontraron los gris paloma de Skyler y compartieron una pequeña sonrisa de mutuo entendimiento. Ella se sentía igual. Ambos deseaban deleitarse en la luz curativa de Francesca por toda la eternidad.

Francesca deslizó un brazo alrededor de la cintura de Skyler, un gesto tan natural en ella que Skyler no pensó en apartarse.

- No tenemos que preocuparnos por salir a ningún lugar público hasta que estés preparada, cielo. Sólo quiero que te sientas cómoda y segura aquí en casa. Creo que te gustará nuestros nuevos amigos.

Skyler mostró una expresión rara e intercambió otra rápida mirada con Gabriel. Él estaba poniendo la misma cara. Francesca se rió de ellos.

- Ya puedo ver como será esto. Vosotros dos sois un par de ermitaños. No voy a dejar que esto sea vosotros dos contra Francesca, sabéis. Skyler, te gusta tu guardaespaldas, ¿verdad?

Skyler se encogió de hombros.

- Intento no mirarle nunca.

- Bien, pues deberías. Es bastante guapo. - Replicó Francesca.

- Eh, ya es suficiente. - Interrumpió Gabriel. - No necesitas encontrar guapo a ningún otro hombre que no sea yo.

Francesca sonrió muy dulcemente.

- Pero bueno, no recuerdo haber dicho nunca que tú eras guapo.

Skyler se encontró riendo. Durante un momento al menos, lo olvidó. Olvidó las cicatrices de su cuerpo. Olvidó las cicatrices de su mente y alma. Era una jovencita disfrutando de un momento de felicidad con dos personas con las que se estaba encariñando

cada vez más. Era casi imposible creer que pudiera confiar en ellos tan rápidamente, pero lo hacía.

- ¿Vas a dejar que te salga con eso? - Preguntó a Gabriel con ojos chispeantes. - Eres guapo y ella lo ha notado. Sé que lo ha hecho.

Él sujetó con firmeza la muñeca de Francesca cuando esta intentó huir, y la arrastró de vuelta.

- Voy a hipnotizarla y plantar toda clase de sugestiones. Tú puedes ayudarme, Skyler. Creo que debería reverenciarme.

- Mientras plantas todas esas sugestiones, puedes decirle que no necesito a nadie más que cuide de mí, sólo la quiero a ella. - Dijo Skyler suavemente, más o menos seria.

- Nadie más tiene autoridad sobre ti, Skyler. Esta gente viene a *ayudarte* durante las horas del día en las que yo no estoy. - Replicó Francesca gentilmente. - Nos están haciendo un tremendo favor para que no estés sola. - Su voz fue musical y rezumó en la mente de Skyler con una compulsión sanadora.

Gabriel dejó escapar un bufido, atrayendo la atención de Skyler hacia él.

- He notado que utiliza las palabras "nadie más". ¿Has captado eso, Skyler? ¿Está excluyéndome? Creo que yo soy la autoridad en esta casa.

- Ni siquiera eres guapo. - Señaló Skyler, riendo a pesar de la seriedad de la situación.

- Oh, así que ahora necesitas ser hipnotizada también. - Amenazó él. - Debería haber sabido que vosotras las mujeres siempre hacéis una piña. Sólo recuerda esto cuando te encuentres a ti misma ladrando como un perro en tu habitación y preguntándote cómo has llegado allí.

- Lo que me preguntaría es por qué estaba ladrando. - Le contradijo Francesca. - Lo del ladrido sería excesivo.

- No sé. - Pensó Skyler. - Si esa gente viene y nos encuentran a todos ladrando como perros, perderían el culo por salir de aquí y yo me alegraría mucho.

- Les darás una oportunidad, ¿verdad, Skyler? - Preguntó Francesca amablemente.

Skyler suspiró suavemente.

- Supongo que no tengo mucha más elección. Pero sé que me las arreglaría por mí misma. No soy un bebé y he pasado la mayor parte de mi vida sola.

- Tienes razón. - Reconoció Gabriel. - Por favor no lo malinterpretes, Skyler. Francesca y yo queremos servicio porque deseamos asegurar tu confort y seguridad, no porque no confiemos en ti. Somos ricos, pequeña, y tú puedes convertirte en objetivo a causa de eso. Francesca se pasaría una desmesurada cantidad de tiempo preocupándose por si no te estamos protegiendo adecuadamente.

Los ojos de Skyler se fijaron en la cara de él mientras decidía si estaba diciéndole la verdad. Finalmente asintió.

- No había pensado en eso. No quiero que ninguno de los dos se preocupe por mí.

El toque de Francesca fue consolador, como siempre.

- Inténtalo por un tiempo, cielo. Si no funciona, encontraremos a alguien que te guste.

Skyler hizo un intento de aliviar la preocupación de la expresiva cara de Francesca.

- ¿No estás preocupada por estar mimándome un poquito?

Al momento Francesca sonrió, sus ojos oscuros brillantes de risa.

- Eso espero. Sería tan divertido.

- No sabéis ni lo más mínimo de paternidad, ¿verdad? - Reprendió Skyler. - Voy a tener que arreglar las cosas por aquí.

El timbre de la puerta cortó cualquier otro juego de palabras entre ellos, borrando la sonrisa de la cara de Skyler. Francesca inmediatamente rodeó los hombros demasiado delgados de la joven con un brazo reconfortante.

- Aquí están, ¿no? - Skyler lo susurró, como si tuviera miedo de hablar más alto. Francesca podía sentir como temblaba el cuerpecillo.

Miró hacia Gabriel, claramente preocupada. *Quizás la estamos presionando demasiado, esperando que acepte a demasiada gente en su vida demasiado rápido.*

Debe estar protegida, mi amor. Nuestra única posibilidad es forzar su conformidad y ambos estamos de acuerdo en que eso no se hará a menos que sea necesario. Gabriel se extendió para tomar la mano de Skyler.

- A mi tampoco me gusta tener extraños en casa, pequeña. Quizás deberías darme fuerzas mientras Francesca pone a trabajar su magia. Si ninguno de nosotros siente que algo va mal en esta gente, intentaremos integrarlos en nuestra casa. ¿Es un trato?

- ¿Y qué pasa si no me gusta el hombre? - Preguntó Skyker, poniendo en palabras el peor de sus miedos.

- Entiende esto, Skyler. - Dijo él suavemente. - Si alguna vez tienes dudas acerca de cualquier hombre, yo incluido, tengas o no una razón concreta, ve directamente a Francesca. No lo pienses, no te preocupes por ello, ni dudes de ninguna forma. Díselo inmediatamente. Prométeme que lo harás. - Su voz era mágica, tan amable y perfecta que era imposible de resistir.

Skyler permaneció inmóvil durante un momento antes de asentir solemnemente. Se encontró aferrando las manos de Gabriel y Francesca mientras avanzaban a través de la casa hasta la puerta delantera. De algún modo, el contacto físico con ellos la tranquilizaba. Había algo extremadamente consolador en la pareja. Cuando estaba entre ellos, su paz parecía llenarla y mantener sus temores a raya. No recordara ningún momento en su vida en el que no tuviera miedo. No hasta que Francesca la había encontrado acurrucada dentro de su propia mente y la había abrumando con oleadas de calidez y seguridad. Ni siquiera el hecho de que Gabriel fuera un hombre tan dominante la molestaba. Sabía que era poderoso, podía sentirlo cuando estaba cerca de él, aún así Skyler encontraba el poder de Gabriel reconfortante. Él le había dado su palabra y ella le creía. Creía en los dos. Estaban decididos a volver a verla completa, a hacerla entender que el amor y la bondad eran la auténtica seguridad.

Sobre la cabeza inclinada de Skyler, la negra mirada de Francesca encontró la oscura de Gabriel con mudo entendimiento. Los dos leían los pensamientos de la adolescente fácilmente. Gabriel sonrió con confianza, deseando poder tomar a Francesca entre sus brazos y estrecharla dentro de la protección de su corazón y su mente, al abrigo de su cuerpo. Ella siempre pensaba en los demás, siempre quería ayudar a los que lo necesitaban, y su compasión poco a poco le iba rozando.

Te quiero mucho, Francesca. La emoción era tan intensa, las palabras escaparon de su mente, hasta la de ella.

Francesca sintió el color subiendo a sus mejillas. Gabriel la hacía sentir como una adolescente, su corazón revoloteaba ante el roce de su mano. Algunas veces se permitía a sí mismo ser tan vulnerable. Era un rasgo muy inusual en un hombre de los Cárpatos.

La suave risa de él resonó en su mente mientras abría la puerta principal. *Tú no sabes nada de los hombres de los Cárpatos*.

Francesca le lanzó la más arrogante de las miradas cuando lo que realmente quería era precipitarse a sus brazos. En vez de eso sonrió en bienvenida a la pareja que esperaba en el porche.

- Por favor entrad. Aidan nos ha hablado de vosotros. Es muy amable por vuestra parte ayudarnos en este momento de gran necesidad.

El hombre avanzó con una sonrisa fácil y extendió su mano deliberadamente a Gabriel.

- Soy Santino y esta es mi mujer, Drusilla. - Estaba claramente a gusto a pesar del hecho de que sospechaba lo que ellos eran. No tenía ningún miedo de que Gabriel le "leyera", y a Gabriel le gustó eso.

Santino era un buen hombre con sentido del deber y decidido a hacer cualquier cosa que fuera necesaria para proteger a su familia. Había vivido bajo el asedio de vampiros y sus sirvientes y conocía el peligro al que se enfrentaban los cazadores para proteger a humanos y Cárpatos. Se había unido voluntariamente a los filas de los luchadores aceptando la responsabilidad que conllevaba saber que esos vampiros existían realmente. Había una tranquila confianza en él, un aire de capacidad que a Gabriel le gustó inmediatamente.

Gabriel casi pudo ver el suspiro interior de alivio de Francesca. Skyler estuvo muy callada durante las presentaciones, con la cara muy pálida, pero Santino y su mujer fueron extraordinariamente amables con ella. Drusilla era una mujer pequeña, con la misma constitución que Skyler, solo que con más curvas y mirada suave. Estaba más nerviosa que su marido, pero los dos Cárpatos no pudieron detectar otra cosa que sincera compasión por Skyler y determinación a asistir a esta niña en su desgracia. A Francesca le gustó inmediatamente por eso. Skyler obviamente leyó sólo bondad en la pareja porque empezó a relajarse lentamente, soltando su garra mortal a las manos de ambos e incluso dibujando una débil sonrisa una o dos veces en el transcurso de la conversación.

Francesca mostró la casa a la pareja, excluyendo a propósito la habitación de Skyler. Era importante para la jovencita sentir que tenía su propio espacio privado, un santuario en el que nadie podía entrar sin permiso o invitación. Drusilla se quedó particularmente feliz con la cocina y la zona del jardín. Santino no estaba muy contento con el fácil acceso desde la calle. Para él proteger la casa era una pesadilla logística. Los dos hablaban francés fluido con un inconfundible acento americano. Era imposible no sentirse en casa y en paz en la casa de Francesca. Había algo consolador y tranquilo en esa casa. Drusilla sonrió a su marido, súbitamente feliz con la decisión que habían tomado. No había sido fácil. Sus dos hijos iban a la universidad y estaban preparados para un cambio, pero venir a Francia no había entrado en sus planes en absoluto.

Había sido la idea de una pequeña de la que habían abusado tan terriblemente que necesitaba a alguien que la amara y cuidara de ella lo que había inclinado su decisión en favor de la mudanza. Aún así, había sido particularmente aterrador para Drusilla. Adoraba a Aidan y a su esposa Alexandria, pero los conocía desde hacía mucho. Las cosas que su marido le había contado eran tan vagas. Antes de que Santino le contara la verdad sobre Aidan y Alexandria, habría jurado que los había visto con frecuencia durante el día. Ahora sabía que no había sido así.

Estudió a Francesca atentamente, lanzando rápidas miradas en un intento de juzgar su personalidad. ¿Sería fácil trabajar para ella? Drusilla quería sentir esta casa como propia. Quería amar a esta pequeña Skyler como a una hija. Y deseaba querer a Francesca y Gabriel como a Aidan y Alexandria. Los padres de Santino habían trabajado para Aidan toda su vida de casados. Santino había crecido en la casa de Aidan y le quería mucho. Sabía que la lealtad de su marido era profunda, los lazos eran casi tan fuertes como los de su matrimonio con ella. Quizás más. Suspiró y miró a su marido. Santino. Le quería mucho. Y estaba muy orgullosa de él. Drusilla pilló a Francesca sonriendo hacia ella y apresuradamente le lanzó una sonrisa tentativa en respuesta.

- Realmente me encanta la casa. - Dijo, esperando romper el hielo.

La sonrisa de Francesca alcanzó sus magníficos ojos.

- Gracias, he vivido aquí mucho tiempo y me siento a gusto. Espero que tú te sientas igual. Si las habitaciones de arriba no son de tu agrado, o necesitas algo para la cocina, por favor dilo. Ese es, después de todo, tu dominio.

- Yo puedo cocinar. - Dijo Skyler de repente, sorprendiéndolos a todos. Había estado muy callada, simplemente observando como los otros se movían por la casa. Permanecía muy cerca de Francesca y algunas veces extendía la mano y le tocaba el brazo como para asegurarse a sí misma que no estaba sola.

- Eso es maravilloso. - Dijo Drusilla inmediatamente.- Tendrás que enseñarme todas tus recetas favoritas. Yo sé lo que le gusta a Santino. Simplemente cualquier cosa que sea comestible.

El fantasma de una sonrisa apareció en la cara de Skyler, pero no alcanzó del todo sus ojos. Esta vez apretó sus dedos sobre los de Francesca. Incluso mientras lo hacía, una extraña mirada cruzó su cara. Se inclinó hacia Francesca.

- Me pediste que te dijera cuando el otro estaba aquí. Puedo sentirle ahora mismo.

Francesca se quedó muy quieta, sus dedos se enlazaron como una cadena alrededor de la diminuta cintura de Skyler.

- No mires a nadie de la casa, cielo, simplemente concéntrate en algo que mantenga tu mente ocupada. - *Gabriel, él está aquí ahora mismo con Skyler. Tengo miedo de que la utilice para hacer daño a alguien. Skyler no podría soportarlo.*

No entres en su mente mientras él more allí. Lo haré yo y veré que es lo que trama Lucian. Probablemente busca información y simplemente fastidiar. Le gusta jugar.

Gabriel sonrió a Skyler tranquilizador incluso mientras enviaba una silenciosa señal a Francesca para que siguiera conversando con Santino y Drusilla.

Ten cuidado, Gabriel, dijo Francesca preocupada. Le tenía mucho miedo a Lucian. Conocía su poder; sabía que era una fuerza sin igual. *Crees que utilizará a Skyler contra mí, pero yo temo que la utilice contra ti.*

La única respuesta de Gabriel fue un fluyo de calidez en su mente.

- Ven conmigo, corazón. - Instruyó muy amablemente y tomó la mano de Skyler en la suya, avanzando con ella hacia el despacho. Mientras paseaba ante los estantes, le entregó un libro que había tomado al azar.

- Estoy seguro de que disfrutarás mucho de este.

Skyler cogió el libro sin preguntar y lo abrió. Lo leyó de veras, pero incluso mientras lo hacía, una pequeña sonrisa jugueteaba en la comisura de su suave boca.

- Todo este asunto de capa y espada es muy interesante, ¿verdad, Gabe?

Las cejas negras de Gabriel saltaron casi hasta el techo. En todos los largos siglos de su vida, nadie había pensado nunca en llamarle Gabe.

- Más respeto, jovencita, y menos "Gabe".

Fundió su mente con la de ella rápidamente, sin darle tiempo a pensar o a Lucian a que notara que se había unido a ellos. Inmediatamente pudo sentir la oleada de poder que señalaba la presencia de su gemelo en la joven mente de la chica.

Lucian le sintió a él al instante. *Un poco apretado para nosotros dos.*

¿Desde cuando te rebajas a utilizar niños para salirte con la tuya? Creía que quizás eras lo suficientemente fuerte como para encontrarte conmigo cara a cara, pero ya veo que tu poder ha ido menguando poco a poco. Gabriel habló con una voz suave y pura, con tono hipnótico.

Persistes en insultarme. Eso nunca funcionará, Gabriel. Dudo que me empuje a aceptar tu desafío. Mientras tú te has ablandado en esa casa rodeado de mujeres, yo estoy construyendo un imperio que regir.

Gabriel suspiró suavemente. Suenas como un niño, Lucian. *Te aburrirías rigiendo un imperio. Encuentra un monasterio y léete algunos libros.*

Eso ya lo he hecho. Antes de que Gabriel tuviera oportunidad de "ver" a través de los ojos de Luian y tener una idea de donde podría estar su gemelo, sintió la retirada. Lucian se había ido de la mente de Skyler así de rápido.

Skyler levantó la mirada hacia él.

- Él sabía que me habías dado el libro. Lo ojeó y me dijo que mirara la página ochenta y dos. Lo comprobé y la repitió palabra por palabra.

- Parecía impresionada por el hecho.

- Lucian es un genio, Skyler, y tiene memoria fotográfica.

Ella volvió sus enormes ojos hacia él, ojos viejos.

- Tú también, ¿verdad?

Gabriel asintió.

- Si, así es, cielo. Lucian es mi hermano, mi gemelo. Le gusta estar siempre jugando a sus jueguecitos, no simple son agradables. No quiero que te asustes, pero tiene poder y algunas veces lo despilfarra.

Skyler sacudió la cabeza y le entregó a Gabriel el libro.

- No tengo miedo de él, en absoluto. ¿Por qué Francesca me dijo que no mirara a nadie? - Hizo la pregunta para ver si Gabriel le decía la verdad.

Los dientes blancos de él relampaguearon y por primera vez Skyler sintió un pequeño estremecimiento correr hacia abajo por su espina dorsal. Durante un momento pudo ver claramente al depredador interior.

- Lucian puede hacer más que hablar contigo de mente a mente. Es telépata, pero también tiene otros poderes. Puedo utilizarte si se funde contigo.

Ella no había esperado esta respuesta. Skyler dejó de caminar y levantó la mirada hacia él.

- Realmente contestarás a todas mis preguntas, ¿verdad? No importa lo malas que sean, me contarás la vedad.

- ¿Y qué esperabas, Skyler?

Ella se encogió de hombros.

- La mayoría de la gente miente a los niños si la verdad es difícil. - Skyler agachó la cabeza para que el pelo se extendiera alrededor de su cara. - No debería haberte puesto a prueba. Sospechaba que era algo como eso

- ¿Es demasiado inverosímil para que lo creas? - Preguntó Gabriel con curiosidad.

- ¿No es inverosímil que tú y Francesca podáis hablar en mi mente? ¿No es inverosímil que yo pueda hablar con los animales?

Él arqueó una ceja.

- ¿Puedes?

Ella asintió sin mirarle, casi temiendo que no la creyera.

- Sabía que tenías en sexto sentido para los problemas, pero no comprendí lo talentosa que eres en realidad. Trabajaremos en ese talento en particular. ¿Te gustan los animales?

- Más que la gente. - Admitió ella con una pequeña sonrisa. - Mucho más que la gente. Me relaciono con los animales. Tienen un código de conducta. Un código honorable.

- Algunas personas también viven según un código, cielo. Algunas personas realmente tienen honor e integridad. Tú deberías saberlo; eres una de ellos.

- ¿Realmente puedes ayudarme a hablar mejor con los animales?

- Puedo ayudarte a desarrollar el talento que tienes. - Respondió él. - Y es muy posible que Francesca y yo podamos enseñarte a escudarte de emociones indeseadas cuando estás con otra gente.

- Eso me gustaría. - Sus pequeños dientes rasparon el labio inferior.

- Tienes un acento diferente. Es agradable. La forma en que retuerces las palabras. ¿Cómo aprendiste a hablar a la vez inglés y francés?

Skyler se encogió de hombros de nuevo.

- Los idiomas se me dan bien. En realidad no sé porque, pero creo que mi madre era igual.

- Debe haber sido una mujer notable. Desearía haberla conocido, Skyler.

- Gracias. - Murmuró Skyler. Su voz fue suave y dulce, reminiscencias de la de Francesca. Se alejó con un pequeño y peculiar salto hacia las escaleras.

Gabriel se movió por la casa silenciosamente, escuchando los sonidos de los humanos. No era para nada tan molesto como había pensado que sería compartir la misma morada. Había tocado la mente de Santino y encontró lealtad en él, un hombre valiente. Nunca había pasado mucho tiempo entre humanos, no podía llamar a ninguno amigo. Pero Santino era sólido y tenía buen corazón. No había intenciones ocultas en ese hombre. Y su mujer era dulce y de buena naturaleza. No estaba segura de si creía o no las cosas que Santino le había contado sobre Aidan y su compañera, pero estaba decidida a vivir con Santino donde quiera que él escogiera y a hacer del suyo un hogar feliz. Gabriel se encontró sonriendo mientras recorría la enorme casa. Los ruidos se estaban volviendo familiares, algo reconfortantes. Los diferentes olores que llenaban el aire hacían la casa mucho más hogareña.

- Te gustan. - Francesca estableció el hecho mientras se deslizaba detrás de Gabriel para rodearle la cintura con los brazos. Descansó la cabeza contra su amplia espalda.

- Si, me gustan. - Concedió él. - No sé si la mujer saldrá huyendo y chillando de la casa si un vampiro los ataca aquí de verdad.

- Pues yo no sé si no sería yo la que saliera chillando de la casa. - Se rió Francesca. - Skyler se ha ido a la cama. Estaba muy cansada. Me senté con ella un rato para asegurarme de que estaba sanando. Pero ya sabes, mi amor, estoy increíblemente hambrienta. - Había una suave sugerencia en su voz.

Colocó su enorme mano sobre la de ella.

- ¿Otra vez? ¿Con cuánta frecuencia voy a tener que alimentarte?

Las manos de ella se movieron sobre el cuerpo de Gabriel, recorriendo sus músculos, explorando los lugares más intrigantes.

- No es solo por mí. - Le recordó ella. - En cualquier caso, sabes perfectamente bien de que hambre estoy hablando.

Se dio la vuelta para colocarla entre sus brazos, acunándola como si no pesara más que una niña. Sus ojos negros ardieron sobre la cara de ella con tanta hambre y necesidad que le quitó el aliento.

- ¿Y qué clase de hambre sería esa, Francesca? Me encanta cuando me pides lo que quieres.

- Gabriel. - Dejó escapar su nombre con una especie de sorpresa, pasando una mano acariciante por su terca mandíbula. Su Gabriel. Su leyenda. Tan increíblemente sexy. - No estoy pidiendo, compañero, estoy exigiendo. Mi cuerpo está hambriento del tuyo. Ardo en mi interior y sólo tú sabes como satisfacerme.

Se estaban moviendo rápidamente a través del pasillo hasta su cámara.

- No puedo hacer más que complacerte.

- Ummmm, creo que deseo ser yo la que te complazca a *ti.* Te quiero en mi boca, quiero ver tu cara mientras te hago el amor, quiero sentirte duro y ardiente y tan parte de mí que nunca, nunca seré capaz de sacarte.

La boca de él encontró la suya, estremeciendo su mundo mientras la ropa caía por el pasillo. Ya los dedos de él se hundían en su húmedo y acogedor centro, empujando más profundamente, rozando el calor, mientras la besaba hasta que no supo donde empezaba él y terminaba ella. En la cámara ella empujó contra la pared de su pecho, insistiendo en su propio derecho a saborearle, a tentarle, su mente fundida con la de él para compartir la experiencia, para permitirle la satisfacción de saber que quería conducirlo al límite de su control. Gabriel, como siempre tan controlado, luchaba impotentemente, un áspero lamento se desgarró en su garganta cuando ella saboreó su esencia. La empujó hasta sus brazos y la colocó en su regazo, llenándola completamente, sus manos guiando las caderas de ella mientras observaba su lenta y perezosa cabalgada, el pelo cubriendo su cuerpo dejándole entrever provocativamente los pechos.

- Eres la mujer más hermosa y sexy de la tierra. - Susurró suavemente. No tenía ninguna intención de dormir o dejar que Francesca durmiera durante mucho, mucho tiempo.

15

El timbre produjo un suave y melodioso zumbido, anunciando un visitante. Santino miró fijamente a su esposa y deseó no sentirse tan aprensivo. Todo en la casa de Francesca y Gabriel era armonioso, incluso el timbre, aun así tenía una amenazadora premonición de desastre. Skyler palideció visiblemente y se encogió en una pequeña bola en el sillón. Sus ojos parecían enormes en la pequeña cara mientras se abrazaba a su peluche. Santino quiso rodearla con sus brazos y abrazarla, pero la chica ponía mucho cuidado en evitar cualquier contacto físico con él.

Drusilla le miró, después se movió para colocarse junto a la silla de Skyler, bloqueando parcialmente al visitante la visión de la adolescente. Ambos notaron que Skyler parecía saber cuando se avecinaban problemas, y ahora mismo parecía muy nerviosa.

Brice tocó de nuevo el timbre, decidido a ver a Francesca. Había desarrollado una obsesión. Ya no podía dormir por las noches, seguro de que ella estaba en peligro. Pensaba en ella en todo momento, planeando y buscando formas de sacarla del influyo del hechizo negro de Gabriel. Ahora sabía justo lo que debía decir para que ella le escuchara, pero fue un completo desconocido el que abrió la puerta. Brice oyó un zumbido en su cabeza. Estaba ocurriendo cada vez con más y más frecuencia, el preludio de los terribles e implacables dolores de cabeza.

- ¿Quién demonios es usted? - Exigió groseramente. ¿Cuántos hombres tenía Francesca en su vida? ¿Iba a tener que recurrir a la violencia? Gabriel probablemente tenía algún tipo de banda; quizás de verdad pertenecía al crimen organizado.

Santino arqueó las cejas.

- ¿Disculpe?. - Respondió suavemente, su cara era una máscara inexpresiva.

Brice apretó los dientes, los dedos ya se le apretaban en puños.

- Esta casa pertenece a Francesca Del Ponce, es muy buena amiga mía. ¿Dónde está ella?

- En este momento ha salido. ¿Podría decirle quién ha preguntado por ella? - Preguntó Santino cortés. Estudió al hombre atentamente, preguntándose quién era. Nadie le había advertido que esperara problemas vestidos con un traje tan caro.

Brice se tragó su rabia y se presionó las sienes con la punta de los dedos.

- Soy el médico de Skyler. Estoy aquí para hacerle un chequeo.

Drusilla sintió que la jovencita instantáneamente se quedaba inmóvil y bajó la mirada hacia ella. Skyler estaba tan blanca que parecía un fantasma. La chica había enterrado la cara contra el lobo de peluche; sólo sus ojos llamaban la atención por la alarma que mostraban. Drusilla bajó la mano hasta posarla muy ligeramente sobre el hombro de Skyler. El delgado cuerpo de la chica estaba temblando.

- No sabía que Skyler tuviera una cita con el médico. Francesca normalmente me informa muy bien sobre la agenda del día. - Improvisó Santino con facilidad.

- Francesca me prometió que traería a Skyler al hospital para un chequeo.

Skyler dejó escapar un pequeño sonido de desasosiego, tan bajo que sólo Drusilla pudo oírla. Santino volvió la mirada hacia ellas, y su mujer sacudió la cabeza rápidamente.

- Lo lamento, doctor, pero hasta que Francesca vuelva, me temo que es poco lo que puedo hacer. Le diré que la busca. - Dijo con suavidad.

- Yo mismo llevaré a Skyler al hospital. - Se ofreció Brice inmediatamente.

Skyler se apretó hacia atrás contra los cojines, decidida a no moverse ni un centímetro. Miró a Santino impotente.

Santino sonrió con confianza hacia la adolescente.

- Lo siento mucho, señor, pero como no he recibido órdenes de Francesca, no puedo permitir que Skyler salga sin premiso. Estoy seguro de que Francesca lo arreglará todo tan pronto como sea posible para llevarle a Skyler. - Se mantuvo en pie sólidamente en el umbral de la puerta de forma que Brice no tuvo oportunidad de hacerle a un lado.

El color se deslizó al instante hacia arriba por el cuello de Brice hasta ocupar su cara, dando a sus mejillas un color intensamente encarnado. Sus sienes latían con tanta fuerza que se apretó el pulso con el pulgar intentando aliviar el dolor.

- Ella es mi paciente le guste a Gabriel o no. No permitiré que ese hombre dicte si puedo o no examinar a mis pacientes.

Santino continuó sonriendo apaciblemente.

- Lo lamento mucho, doctor. Mi francés no debe ser fácil de entender. Gabriel no me ha dado ninguna orden en absoluto concerniente a usted. Estaba hablando de Francesca. Fue ella la que insistió en que Skyler se quedara en casa y no recibiera visitas que la estresaran. Estoy seguro de que no se refería a usted, señor, ya que es el doctor de Skyler, pero no puedo

ir directamente contra las órdenes. Me aseguraré de que Francesca aclare el malentendido tan pronto como regrese.

Brice maldijo furiosamente, lanzando dagas con los ojos a Santino.

- Ni siquiera le conozco. ¿Por qué ha salido Francesca dejándole a cargo de mi paciente? Insisto en entrar y hablar con Skyler. Quiero asegurarme de que está bien.

Santino continuó sonriendo, pero sus ojos eran inexpresivos y fríos.

- ¿Está sugiriendo que yo podría estar manteniendo a la señorita cautiva en su propia casa?

- No sé lo que está haciendo usted. Francesca y yo somos amigos *muy* íntimos. - El tono de Brice insinuaba toda clase de cosas. - Me lo habría dicho si hubiera hecho arreglos para el cuidado de Skyler.

- Quizás no son tan buenos amigos como había usted supuesto, señor. - Replicó Santino muy suavemente.

Brice avanzó un paso para intimidar al hombre, la furia le desgarraba, casi sobreponiéndose a su sentido común.

- ¿Cómo se atreve?

Santino no se movió. No se sobresaltó. Simplemente se quedó parado en el umbral, una sólida y musculosa pared imposible de mover. Detrás de Brice un hombre salió de las sombras.

El guardaespaldas de Skyler se quedó al pie de las escaleras con los brazos cruzados. Brice se tragó su rabia y se alejó de Santino.

- Skyler, sal. Vas a venir conmigo. Lo digo en serio. Si no vienes ahora mismo, voy a ir directamente al juez e insistiré en que te ponga bajo custodia inmediatamente.

Skyler enterró la cara entre las manos con un pequeño gemido de miedo.

Bajo tierra en la cámara secreta permanecían tendidos dos cuerpos, tan inmóviles como si estuvieran muertos. Un solo corazón comenzó a latir donde antes sólo había habido silencio. Gabriel había sentido la fuerza del miedo de la chica y eso le había despertado. Instantáneamente sintió la presencia de su gemelo. Al momento ambos eran uno con un solo pensamiento. Alguien amenazaba a la niña que estaba bajo la protección de los ambos, y eso no iba a ser tolerado.

Gabriel no podía explicar un fenómeno semejante a Francesca. Esto era lo que hacía único a Lucian. Era lo que hacía tan difícil condenarle y cazarle. Lucian se fundía con él y al momento estaban ligados una sola mente, fuerte y letal, en la caza. Fuera cual fuera el motivo, Lucian estaba tan decidido como Gabriel a que Skyler no fuera nunca más intimidada. Gabriel no podía cerrarse a este hermano suyo que no dejaba de proteger a las mujeres. En ese momento, realmente los dos eran uno solo ser.

Gabriel se desconectó de su cuerpo, su espíritu se elevó más allá y se movió veloz a través de la tierra hacia la casa principal. Era una sensación peculiar salir del propio cuerpo, desorientaba y aun así era extrañamente hilarante. Gabriel estaba en el punto más bajo de su poder por la tarde, pero podía viajar sin su cuerpo y así lo hizo ahora, moviéndose por la casa veloz, hasta que estuvo en la habitación donde tenía lugar el disturbio.

La luz entraba a raudales en la habitación a a pesar de que el enorme cuerpo de Santino bloqueaba la entrada. Gabriel se sobresaltó ante la luz del sol aunque no tenía cuerpo y la luz no podía cegarle. Fue hasta la temblorosa figura de Skyler encogida en el sofá, desamparada y perdida sin Francesca y Gabriel protegiéndola del mundo. La inundó de calidez y sensación de seguridad, mientras Lucian le apoyaba con su fuerza y poder para serenarla al instante.

Skyler levantó la cabeza y miró a su alrededor, asombrada de poder sentir la presencia de Gabriel incluso a pesar de no estar en la habitación con ella. Miró fijamente a Drusilla para ver si ella sentía algo. No se iba a ir con Brice sin importar lo que ninguno de ellos dijera.

Por supuesto que no, cielo. Era una voz indiscutiblemente masculina, consoladora, amable, que la llenaba de confianza*. Ni Santino ni yo permitiremos que nadie te lleve contra tu voluntad de esta casa. Brice está enfermo.*

Skyler sentía la presencia de Gabriel, fuerte y poderosa, en su mente. Reconoció el toque del otro, ese por el que parecían todos preocuparse tanto, igual de fuerte y poderoso que Gabriel, su fuerza la inundaba junto con la de Gabriel. Skyler sabía que la protegerían. Nunca antes se había sentido parte de una familia. Era una sensación extraña e incluso antinatural para ella, aunque la deseaba desesperadamente. Deseaba creer que Santino, Drusilla, y el guardaespaldas, Jarrod Silva, la protegerían y sentirían por ella lealtad igual que lo hacían Gabriel y Francesca. Tenía reservas sobre el otro, pero solo porque sabía que Gabriel y Francesca desconfiaban de él. No se imaginaba por qué, pero le habían dado mucho en que pensar e incluso había intentando "leer" a la pareja cuando la tocaban.

Skyler intentó alcanzar a Gabriel, sintiéndose frustrada durante un momento, después se rió suavemente de sí misma. Todo lo que tenía que hacer era pensar la respuesta en su cabeza. *Le dije a Francesca que algo andaba mal en el doctor. No se le siente ya como solía ser. Tengo más miedo por Francesca que por mí misma. Creo que el doctor Brice está loco.*

Debes tener fe en mí. No permitiré que Brice haga daño a Francesca. Gabriel sabía que temía ella, sabía que Skyler tenía miedo de que Brice pudiera hacer daño a Francesca, que de algún modo lograra separala de ellos*. Eso no ocurrirá, nadie te alejará de nosotros.* Su voz era confiada, tan perfectamente tranquila y calmada que Skyler recobró la confianza inmediatamente y fue capaz de espiar más allá de Drusilla para sonreír un poco impertinentemente al doctor.

- Creo que está usted asustando a Skyler, señor. - Dijo Santino más suavemente que nunca. Había una liguera nota de amenaza en su voz esta vez.

Junto a él, Gabriel se movió, una brisa fresca que se derramó sobre Brice, inundándole de un temor como nunca antes había conocido. Estaba ahogándose, su piel estaba plagada de diminutos insectos, miles de ellos atacando su cuerpo y haciendo que se empezara a rascar la carne en un intento de librarse de esas cosas.

Santino intercambió una mirada preocupada con Jarrod sobre la cabeza del doctor. Este hombre estaba actuando como si estuviera loco. Más que nunca quedaron decididos a proteger a Skyler del doctor. Este tipo necesitaba una celda acolchada en un pabellón psiquiátrico. Quizás en un buen centro de desintoxicación. Sin advertencia, el doctor empujó a Santino en un esfuerzo por hacerse con Skyler.

Después, Brice nunca recordaría por qué había hecho algo tan impulsivo. Su cabeza latía abominablemente y la piel le picaba; pensó, que se volvería loco. Su único pensamiento coherente era Francesca. Ella resonaba en su mente con cada latido de su pulso. Literalmente rebotó contra el pecho de Santino y aterrizó sobre su trasero.

Al momento Jarrod se inclinaba sobre él, su cara era una máscara inexpresiva.

- Creo que es mejor que se vaya, señor. - Dijo firmemente. - No quiero avergonzarle llamando a las autoridades para que le escolten fuera de la propiedad. Sé que es usted un buen amigo de Francesca y ella quedaría consternada ante semejante despliegue. Si no le importa que se lo diga, señor, creo que es usted el que necesita un chequeo en una clínica. - Se agachó y con facilidad puso a Brice en pie.

Brice era una ruina, física y mentalmente. A penas podía pensar debido al terrible zumbido de su cabeza. Su cuerpo se tambaleaba y retorcía casi como si estuviera sufriendo un ataque. Pastillas, necesitaba algunas pastillas, después su cuerpo y su mente se calmarían. Intentó ser razonable. Algún jirón de orgullo y dignidad le indicó que se marchara, aunque no podía obligar a su cuerpo tembloroso a hacerlo. El guardaespaldas tuvo que arrastrarle fuera de la propiedad.

Skyler mantuvo las manos sobre los ojos, ocultando la visión de su médico, casi echando espuma por la boca. Le había visto babear y escupir mientras hablaba.

- ¿Qué le pasa? - Susurró en voz alta, se lo susurró a Gabriel. Bajo la mano de Drusilla, la adolescente estaba temblando, retrocediendo. Al momento Francesca y Gabriel se

movieron rápidamente rodeándola, su calidez y amor le enviaba oleadas de confianza. También sintió al otro, su presencia fuerte y poderosa.

Santino cerró la puerta firmemente a la desagradable escena.

- Lo siento, Skyler. Me temo que el pobre doctor haya estado probando su propia medicina. Estaba muy drogado.

- ¿Por qué quería llevarme? - Preguntó Skyler en voz baja. Estaba empezando a creer que de veras podía estar segura en esta casa.

Gabriel decidió que la verdad sería lo mejor. *Creo que piensa en utilizarte de algún modo para conseguir a Francesca.*

- No lo sé. - Respondió Santino amablemente. - A lo mejor en su mente retorcida cree que estás en algún tipo de peligro y él te está rescatando. No me conoce, soy un extraño en su tierra. Sea cual sea la razón, no puede sacarte de esta casa. Aquí estás perfectamente a salvo, Skyler. Di mi palabra a Francesca y no la doy a la liguera.

Skyler estaba muy confusa. ¿Por qué de repente toda esta gente la protegía a ella? Eran virtualmente desconocidos, aun así voluntariamente se arriesgaban para protegerla. ¿Por qué? Se abrazó firmemente a su animal de peluche, el primer regalo que había recibido nunca.

Eres parte de nuestra familia. Lo dijo tranquilamente y con gran autoridad. No había forma de discutir con la hermosa voz de Gabriel. Hablaba con tal pureza, Skyler sólo podía creerle. Al momento se relajó, permitiéndose respirar normalmente. El corazón de Gabriel se retorció ante su visión de ella. Parecía tan pequeña, demasiado joven para la edad que tenía. Excepto los ojos. Había algo en sus enormes ojos grises que decían que conocía muchas cosas, ninguna de ellas buenas. Gabriel deseó poder hacer desaparecer esa mirada para siempre, pero era imposible.

Te estás ablandando, Gabriel. Esta niña a la que profesas tanto afecto debería haber sido vengada.

Francesca, oyendo a través de Gabriel, se quedó muy quieta, tocando a la vez la mente de Skyler para saber si Lucian estaba también hablando en la mente de la adolescente. Ella podía oír al vampiro a través de su conexión con su compañero. Pero Skyler no era consciente de la conversación, en vez de eso prestaba atención a Santino.

Me estoy cansando de tus constantes burlas, Lucian. Quizás es la única forma que tienes de atormentarme, pero se está volviendo aburrido y ya no me molesta. La venganza nunca fue nuestro estilo. Hacemos lo que debemos para mantener el secreto de nuestra raza. Destruimos al no-muerto, pero porque ese es nuestro deber, no por venganza. En cualquier caso, el hombre que reclamaba ser su padre ya ha sido expulsado de esta tierra y tú destruiste a los otros que estaban en los recuerdos de ella, ahorrándome el problema. Has olvidado la diferencia entre justicia y venganza. Encuéntrate conmigo, Lucian, podemos discutir ambos términos.

Sé lo que tienes en mente, hermano. Quieres cazarme. Todavía crees que puedes destruirme. Si lo deseo, puedo matar a la chica, a tu estúpida mujer, y a esos humanos que ha instalado en su casa. No puedes evitarlo con tus salvaguardas. Yo te enseñé como colocarlas.

Gabriel ofreció el equivalente mental a un encogimiento de hombros. Estaba flotando de vuelta a la cámara, lejos de la luz del día al interior de la tierra que abrazaba su cuerpo. Vio a Francesca tendida allí, aunque sabía que su esencia no esta durmiendo. Al momento una sensación de paz y calidez inundó su alma. Sin pensarlo la proyectó hacia su gemelo, un ofrecimiento de intenso amor. Incluso antes de poder registrar que había hecho tal cosa, antes de poder juzgar la reacción de Lucian, su hermano se había ido.

El lamento de angustia de Gabriel ante el rechazo de su hermano resonó hacia Francesca. Gabriel se estableció en su propio cuerpo junto a Francesca, totalmente consciente pero incapaz de moverse. Su corazón latía ruidosamente en la cámara subterránea y su pecho se encogía y ardía de dolor por su hermano perdido.

Junto a él el corazón de Francesca empezó a latir lentamente, con un fuerte ritmo. Volvió la cabeza lentamente y le miró. El movimiento debía haberle requerido un tremendo

esfuerzo, aunque su expresión era de tanto amor que le robó el aliento. Ella movió la mano, un lento proceso de empujar sus dedos hacia él hasta que finalmente se encontraron.

Nunca estás solo, mi amor. Sus palabras fueron claras y fuertes. *No importa que él no pueda sentir lo que compartimos. Es un no-muerto, ya no tu amado hermano gemelo. Hace mucho que abandonó este mundo. Su cáscara vacía quedó atrás, pero aquel al que tanto amabas, al que honrabas, está más allá del dolor y el sufrimiento ya. Yo estoy aquí contigo, nuestra hija crece en mí y nuestra casa está llena de calor y promesas.*

¿Por qué se uniría a mí y me prestaría su poder para ayudar a Santino y Jarrod a mantener a Skyler a salvo? ¿Qué plan podría estar tramando para utilizar a esta niña como arma?

Sus planes no tienen importancia, Gabriel. Juntos somos lo suficientemente fuertes como para enfrentarnos a él. Somos un espejo en el que no puede mirarse. Su voz le llenaba de amor y calor. Era una sensación tan pacífica que quería quedarse allí por toda la eternidad.

Quisiera que sólo una vez le vieras como le veía yo. Gabriel quería que ella entendiera el gran pesar al que se enfrentaba su amor. Quería que ella supiera que la valoraba más a causa de Lucian, nunca menos. Abrió su mente completamente a ella, compartiendo su pasado, las terribles batallas, la interminable soledad que solo el vínculo con su gemelo había hecho tolerable. Le mostró la inagotable fuerza y poder de Lucian, su gran genialidad, su búsqueda de conocimiento y afán por entender los misterios de su raza. Una y otra vez Lucian había arriesgado su cuerpo y su alma por el bien de los de Gabriel, por el bien de su gente y de la raza humana.

Francesca observó las escenas que se sucedían en los recuerdos de Gabriel. Pudo ver a Lucian tal como fue una vez. Sin la corrupción del vampiro. Inteligente. Siempre poniéndose en peligro para escudar a su gemelo, siempre tomando la delantera en cada situación peligrosa. Incontables veces le había dado su sangre cuando él mismo estaba mortalmente herido, incontables veces se arrastró a sí mismo y a su gemelo y le curó cuando también él estaba cerca de la muerte. Gabriel veía a su gemelo como el Cárpato más sacrificado jamás nacido y había compartido ese recuerdo con Francesca. Ella entendió y su corazón se condolió todavía más por su compañero.

Había intercambiado promesas con Lucian, prometió destruirle si perdía su alma y se convertía en aquello que cazaban. Gabriel sabía que Lucian nunca habría descansado hasta haber completado su tarea, y él no podía hacer menos. Francesca entendió la enormidad de ese voto, sabía que era una parte de Gabriel mucho más que los pulmones que utilizaba para respirar. Le amó aún más por su devoción, estaba decidida a encontrar una forma de ayudarle.

Ahora, también para ella, Lucian estaba vivo. Había compartido sus vidas y todos esos siglos de soledad que ambos habían soportado. Ahora Gabriel la tenía a ella, pero Lucian estaba perdido para los dos, perdido para su gente al igual que su gran genio, su voluntad de hierro y tremendo poder. Su pérdida era una tragedia terrible y sin sentido.

Con esfuerzo, Francesca desplazó su cuerpo centímetro a centímetro acercándose al de Gabriel hasta que sus pieles se tocaron.

Las extremidades de ambos estaban relajadas, aletargadas y pesadas. Normalmente detenían sus corazones y pulmones durante las horas diurnas, ocultando el terrible conocimiento de su debilidad y vulnerabilidad a sus enemigos. Francesca se quedó tendida cerca de Gabriel durante largo tiempo antes de hablar. *¿Cuando sentirse la perturbación, Gabriel, y el temor de Skyler, te extendiste hacia Lucian?*

Gabriel pensó en ello. *No podría decirlo honestamente, le sentí conmigo como siempre ocurre en los momentos en los que necesito fuerza y poder. Es un hábito innato en ambos que ninguno de los dos parece capaz de romper.* Se quedó en silencio durante un momento. *Si piensas en encontrar una forma de explotar este extraño fenómeno entre nosotros para derrotarle, ya lo he intentado. Es tan natural como respirar. No sé cuando ocurre y tampoco él.*

Si, pero él es un vampiro. Un no-muerto. Debería ser incapaz de viajar mientras el sol está en su punto más álgido. Tú eres el más poderoso de nuestros hombres y te requiere un gran esfuerzo separar tu espíritu de tu cuerpo. ¿Cómo puede hacer él tal cosa, siendo un vampiro?

Gabriel le ofreció el equivalente mental a un encogimiento de hombros. *Su mente comparte la mía y se vale de mi poder. Podía fácilmente intentar detenerme o evitar que vuelva a entrar en mi cuerpo. Es solo que cualquiera que sea el juego que piensa jugar conmigo requiere la presencia de nuestra Skyler. Su poder es grande, Francesca. Yo había estampado felizmente al doctor contra la pared, pero Lucian no. Retorció mi poder para que Brice sintiera miles de insectos picoteándole la piel.*

No me lo recuerdes. Francesca no estaba nada contenta con eso. Se sentía culpable por Brice. Algo le ocurría que ella no podía entender. *Intenté apagar el tono de sus recuerdos para que no pensara ya en mi mas que como una amiga, pero no funcionó. Nunca me había ocurrido antes.*

Los dedos de Gabriel se apretaron alrededor de los de ella. Sabía por que razón ella no podía controlar la mente del doctor y Francesca debía saberlo también. Simplemente no estaba preparada para afrontar la verdad. Gabriel quería sostenerla entre sus brazos para protegerla. En su mente la rodeó de amor y apoyo. De *algún modo un vampiro se las ha arreglado para atraparle. No hay otra explicación.*

Francesca quiso sacudir la cabeza negándolo. *Hay otras explicaciones posibles. Le vi tomando pastillas.*

¿Y por qué te condujo al cementerio donde los vampiros te estaban esperando? Está aliado con ellos y no lo sabe. Están utilizándole para atraparte. Por eso no puedes controlarle. Está controlado por el no-muerto. Cuando intentas alcanzar su mente, no hay nada allí excepto las órdenes que le han dado.

¿Es Lucian? ¿Lo ha hecho Lucian para castigarme por lo que siento hacia Brice?

No puedes imaginar lo que es ser incapaz de sentir emoción. Lucian no tiene necesidad de castigar. No siente nada en absoluto. Utiliza a otros como marionetas con la esperanza de sentir diversión, pero no puede. No he detectado rastro de su poder, aunque no puedo asegurarlo. Lucian siempre ha preferido trabajar solo. Por lo que sé nunca ha atraído a otro a lo que él se refiere como "el juego".

¿Puedes deshacer lo que le han hecho a Brice? ¿Hay alguna forma de recuperarle del todo? Esto es culpa mía, Gabriel, completamente culpa mía porque me hice amiga de un humano. Ahora ellos creen que pueden utilizarle contra mí. Está totalmente indefenso.

Gabriel no podía soportar verla infeliz. Haría lo que fuera por apartar la pena de su mente. Le apretó los dedos incluso mientras fluía en su mente con amor, calidez y confort*. Tienes mucha razón, mi amor. No estamos solos en nuestra lucha y nuestras obligaciones. Tenemos que extraer fuerzas el uno del otro. Mientras creamos el uno en el otro, todo saldrá bien. Haré lo que pueda por Brice. Si quieres que intente salvarle, sabes que tendré que tomar su sangre. Sin un vínculo de sangre, dudo que pueda desentrañar lo que otros han tejido.*

Francesca le dio vueltas a la idea en la cabeza. El vínculo de sangre era un arma poderosa. ¿Pondría de algún modo en peligro a Gabriel? ¿Podría el vampiro, quizás Lucian, esperar un movimiento semejante y de algún modo ser capaz de utilizar a Brice como arma contra Gabriel?

Gabriel, aferrado como estaba a la mente de ella, quedó enormemente complacido de que su primer pensamiento fuera para él, por su seguridad. Le amaba como debía hacer una auténtica compañera. Por quién y qué era. Incondicionalmente. Veía la bondad en él cuando él mismo nunca había estado seguro de que existiera, pero de todos modos esperaba estar a la altura de sus expectativas.

Hazlo entonces, Gabriel. Toma su sangre y yo intentaré sanarle contigo. Le debo mucho. Es un gran médico y el mundo perdería mucho si sus habilidades curativas resultaran destruidas. Le sonrió incluso cuando sus pestañas caían.

Gabriel sintió esa sonrisa en su corazón. Siempre era así con ella. Le volvía del revés con una sola mirada. Sólo cerrando los ojos. Se quedó allí tendido bajo la tierra durante un rato, sintiendo las vibraciones de la tierra, permitiendo que le murmurara, consolándole y aliviándole, rejuveneciéndole el cuerpo con su nutrición. Dejó la cámara en cuanto se puso el sol y se alimentó bien antes de volver a despertar a su compañera. Alzó el cuerpo de ella entre sus brazos, flotando hasta el dormitorio escondido entre los estratos de tierra lleno de todo tipo de comodidades humanas tales como una confortable cama de cuatro postes, largas y pesadas cortinas, y centenares de velas.

Las velas volvieron a la vida con un simple ondeo de su mano, inmediatamente envolviendo la cámara en una suave y fresca esencia. Inhaló con fuerza, después le echó un vistazo al cuerpo de ella. Era tan hermoso, tan femenino. Gabriel se inclinó y le susurró suavemente.

- Despierta, mi amor, te deseo tanto que no creo que pueda esperar hasta que estés respirando apropiadamente. - Su boca se movió sobre el cuello de ella, la pequeña concha de su oreja. Encontró el pulso y se demoró donde empezaba, mientras el cuerpo se caldeaba bajo sus manos. Sus dientes rasparon la exquisita piel. Tan suave, tan perfecta.

A Gabriel le gustaba la forma en que las damas danzaban sobre el cuerpo de ella. Sus altos y firmes pechos llenos e invitadores, su estrecho torso, la pequeña cintura. Inclinó la cabeza para seguir la clara línea de su silueta, siguiendo las sombras danzarinas con la boca incluso mientras creaba sus propias llamas que lamían la piel de ella. Los labios exploraron el pequeño montículo de su estómago, las intrigantes cordilleras de sus caderas.

Francesca sonrió, sus ojos todavía cerrados mientras su corazón corría, su sangre se calentaba y el mundo se contraía para incluir sólo sensaciones sensuales y eróticas. El espeso pelo de él rozó su cuerpo mientras los dientes mordisqueaban, la lengua acariciaba y la sangre de ella se convirtió en lava fundida dentro de sus venas. Le sintió adorarla con el gentil toque de sus manos exploradoras, que se demoraban en cada punto sensible de su cuerpo. Se quedó tendida quieta, simplemente disfrutando de las sensaciones que él provocaba con cada roce de su lengua, cada vez que su pelo sedoso se movía sobre la piel desnuda.

¿Como podía siquiera pensar en seguir adelante sin él? ¿Cómo podía volver a desear abrir sus ojos sin la promesa de ver su amada cara? Conocía cada línea, la fuerza de su mandíbula, el arco de su frente, la forma perfecta de su boca. Suspiró suavemente con satisfacción y se movió para darle mejor acceso a su pecho. Sus brazos esbeltos le rodearon la cabeza, acunándole mientras se recreaba en ella.

Su olor la envolvía y su temperatura se elevaba. Con ella se elevó su hambre. Se estremeció bajo sus fuertes manos, su cuerpo volvía a la vida de deseo, con miles de secretos. Era una tentación, una invitación. Enterró la cara en el cuello de Gabriel, sintió su cuerpo arder contra el de ella. La Francesca fue la sonrisa francamente sexy de una mujer conocedora de su propio poder. Con los dientes le raspó el cuello, su lengua se retorció en una pequeña y larga caricia. Abrió su mente más completamente a él para que pudiera ver su deseo, compartir sus sensaciones, el placer que le daba a su cuerpo.

Al momento él respondió con imágenes eróticas en su cabeza, su manos se movieron más abajo hasta encontrar la caliente y latente entrada. Estaba húmeda de deseo y excitación, deseando compartir su cuerpo y su corazón con él. Gabriel no pudo evitar el estremecimiento de placer que le atravesó cuando las manos de ella moldearon su cuerpo, sus dedos apretándole como una funda, su boca en el cuello. Susurraba algo suave en su mente, una súplica, un deseo, un hambre que no podía ignorar

Gabriel capturó las pequeñas caderas entre sus manos para deslizarla más completamente debajo de él, para elevar su cuerpo hasta el propio. Se le atascó el aliento en la garganta mientras la sostenía inmóvil durante un latido de corazón, sólo un momento mientras miraba esos hermosos ojos. Vio en ellos el hambre cruda, tan sensual, tan erótica, todo por él. Quería retener ese momento, guardarlo, prolongarlo, pero entonces ella bajó

Librodot

lentamente la cabeza hasta su pecho y deliberadamente le acarició el pulso con la lengua. Fue una lenta y sexy caricia, más allá de todo lo que su imaginación hubiera podido conjurar.

Vio la hermosura de la boca de ella mientras se deslizaba por su pecho, sintió el calor de su llamada, salvaje e indomable, y después el relámpago chispeando y danzando a través de su cuerpo, a través de su mente y corazón, y empujó hacia adelante con una profunda y dura estocada, tomando posesión de su cuerpo mientras ella le hundía los dientes profundamente en la piel. Oyó su propio grito ronco, arrancado de algún lugar profundo de su alma, y sintió las lágrimas que ardían en su garganta y tras sus ojos ante la pura belleza de todo esto.

Ella era fuego y terciopelo, relámpago y trueno, lava fundida llevándole a un lugar que ni siquiera sabía que existía. Sus dedos se hundieron en las caderas, sujetándola a él mientras ejecutaba el tango más erótico de su vida. Ella sabía como moverse para complacerle, su cuerpo ajustándose al ritmo casi antes de que él lo estableciera. Tenía la mente llena de pensamientos de él, de su cuerpo, de darle placer, de la satisfacción que él le proporcionaba. Le lamió las diminutas heridas del pecho cuando terminó de alimentarse.

Francesca le cogió el espeso cabello en la mano y atrajo su cabeza hacia abajo hasta la de ella, encontrando su boca y besándole, compartiendo su erótico sabor mientras movía las caderas más rápido, alzándose para encontrar cada empujón de él con uno propio. Sus músculos se apretaron firmemente a su alrededor, una fricción feroz, abrazándole, aceptándole y tentándole hasta que estuvo tan descontrolado como ella.

Él estiró le estiró los brazos sobre la cabeza mientras la tomaba una y otra vez, mientras la tierra se sacudía y su cuerpo y mente ardían en llamas. Aún así el no le dio descanso, lamiendo las pequeñas gotas de sudor, saboreando el placer que exudaban los poros de la piel de ella, deseándola toda entera por si a caso este fuera el recuerdo que habría de llevarse al siguiente mundo.

Esta unión con ella, este auténtico acto de amor. Deseaba darle tanto placer como un hombre podía dar a la mujer que amaba. Deseaba conservar el recuerdo de sí mismo en la piel de ella, en su cuerpo, en lo más profundo de su alma.

Cuando ella yacía cansada y pasiva entre sus brazos encontró los pechos, tan llenos y seductores, que llenaban su boca con la cremosa suavidad hasta los que los pezones se pusieron duros y suplicaron más. Le acunó el trasero, apretándola más cerca de él, sus manos estaban por todas partes, provocando, memorizando, simplemente explorando. Nunca tendría suficiente de ella, no importaba cuanto viviera, y si sólo tenía un corto período, deseaba darle tanto placer como pudiera, dándole cada cosa buena que ella merecía.

Francesca que quedó tendida tranquilamente, sabiendo lo que él estaba haciendo, sabiendo que él necesitaba estar con ella esta noche antes de salir a enfrentarse al peor de sus enemigos. Deseaba que le hiciera el amor, que nunca parara. Deseaba su cuerpo para abrazarle a ella. Le deseaba a salvo en su cámara, en sus propio mundo de placer compartido, belleza y amor, no allá fuera en la noche donde algo malevolente le esperaba agazapado.

Al momento Francesca se encontró riendo en el suelo, y ninguno de los dos tenía ni idea de como habían ido a parar allí. Pero cuando fue a subirse a la cama, él la atrapó contra el colchón, recostándose sobre ella, su cuerpo posesivo, sus manos fuertes mientras la tomaba de nuevo, montándola hasta que ambos ardieron en llamas. Fue el paraíso, aunque al mismo tiempo fue una especie de infierno. Entre ellos siempre quedaba el hecho de que él se marchaba; que debía cazar al no-muerto. Mucho después las velas ardían con una llama baja y las luces eran apenas diminutos parpadeos en las paredes, se enroscaron uno en los brazos del otro, abrazándose. Francesca deseó que llevaran ambos la misma piel, así de cerca quería que estuvieran. Deseó poder impedir lo que ocurriría. No le pediría que no fuera, tenía ir. Lo sabía en su corazón, su mente y su alma. Así era Gabriel. Por primera vez comprendió de verdad por qué él había elegido luchar, cazar. Gabriel era el único capaz de derrotar a Lucian. El mundo entero, humano y Cárpato por igual, dependía de él.

Tenía las manos enredadas en el espeso pelo de ella, apretando su boca contra el pecho.

- Escúchame, mi amor. Óyeme. Aunque esta noche no tenga éxito, todo irá bien. Cogerás a Skyler y a nuestra hija e irás a casa, a las Montañas de los Cárpatos. Mikhail os cuidará por mí. Tú y sólo tú educarás a nuestra hija. Quiero que nuestra hija te conozca y me conozca a mí a través de tus ojos. Sé que será difícil para ti, pero eres fuerte y yo viviré en tu corazón. Donde quiera que esté, te esperaré pacientemente, sabiendo que te ocupas de esa tarea que es tan importante para mí. Para ambos.

Francesca cerró los ojos contra las ardientes lágrimas que amenazaban con derramarse. Sintió el aliento de él tan cálido contra su piel, sus brazos firmes rodeándola, atrapándola contra su cuerpo. Sus piernas estaban entrelazadas y aún así no era suficiente. Nunca lo sería. No podía vivir sin él, y si era derrotado, no podría seguirle hasta que su hija ya no la necesitara.

Gabriel se alzó sobre ella, bajando la mirada a su hermosa cara.

- Francesca, puedes hacer esto por los dos. Dame tu palabra.

- ¿Tienes idea de lo que me pides? - Las palabras fueron un estrangulado susurro y con el apasionamiento de la respiración de ella la última llama balbuceó y se extinguió. La cámara quedó una vez más sumida en un negro absoluto.

Gabriel podía ver fácilmente la cara amada, el brillo de las lágrimas que tan valientemente intentaba contener. Inclinó la cabeza para saborear una de esas lágrimas.

- Me has dado más felicidad de la que nunca me habría atrevido a esperar. Deseo que nuestra hija te conozca, Francesca, tu valor, tu compasión, tu esencia. Eres la mejor parte de mí. Te amo más que a la vida en esta tierra, más que a mi propia vida o que a mi hermano. Dio las gracias a Dios por ti cada día. - Su boca vagó perezosamente sobre la cara de ella, sobre sus largas y húmedas pestañas, a lo largo de los altos pómulos, la comisura de la boca, y bajando por la garganta. - Por favor no te entristezcas. Lo que he hecho, lo he hecho lo mejor que he podido. No me arrepiento de mis elecciones, ni cambiaría nada excepto la brevedad del tiempo que he compartido contigo, cielo.

Francesca cerró los brazos alrededor de él, abrazándolo firmemente a ella. El amor era abrumador, una emoción completamente envolvente. *Él* era su vida; de algún modo se había convertido en su vida.

- Vuelve a casa conmigo, Gabriel. No me obligues a encarar de nuevo una vida de vacío sin ti. Fui fuerte la primera vez porque de algún modo me convencí a mí misma de que estábamos trabajando juntos, tú cazando y yo curando. Estábamos separados, pero durante muchos siglos, todavía estabas conmigo.

La lengua de él jugueteó sobre la cremosa plenitud de sus pechos, después trazaron una línea a lo largo de su costilla.

- Y todavía estaré contigo. No importa donde pueda estar mi cuerpo, yo estaré en tu corazón, en tu alma. - Su boca se movió sobre el corazón de ella, una cálida danza de llamas.

- Tienes que creer que puedes derrotarle, Gabriel. Sabes que puedes. Yo te ayudaré de buena gana. Lo haremos juntos. Puedo al menos compartir mi fuerza y poder contigo.

Gabriel sonrió contra su piel satinada, frotando la nariz contra el pecho de ella de nuevo, incapaz de ignorar tan erótica tentación.

- No me ayudarás de ninguna forma. No puedes conectarte con mi mente mientras estoy cazando. Es peligroso, mi amor. Lucian sabrá en que momento estás conmigo y te utilizará para hacerme daño de algún modo. Eso sería mucho más probable que el que pudieras prestarme tu fuerza. Tienes que confiar en que sé lo que hago.

Su cuerpo era un milagro para él. En cualquier parte que la tocara, cada vez que la tocaba, era una experiencia increíble. Cambió de posición su cuerpo para cubrirla una vez más, sus muslos perfilando los de ella para poder tenderse encima, su cuerpo fácilmente, naturalmente atrapando el de ella.

Francesca podía sentirle, pesado y duro, tan ardiente de deseo que en respuesta el fuego prendió inmediatamente en su propio cuerpo. Le sonrió, alzando las caderas mientras él empujaba en su interior, dejándola sin aliento y hermosa y hambrienta por él una vez más.

- Sólo vuelve a mí, Gabriel. - Susurró ella suavemente contra su garganta. - Te quiero tanto y ya no puedo ser fuerte si tú no estás a mi lado.

Fue tierno y gentil, su cuerpo se movió dentro del de ella con largas y seguras estocadas dirigidas a aumentar su placer.

- Siempre estaré contigo, Francesca. En esta vida o en la siguiente, solo estás tú. Esa es una promesa que sé que puedo mantener.

16

Era ya bien pasada la medianoche y las luces de la ciudad se veían suavizadas y embotadas por los bancos de niebla que vagaban por el cielo nocturno. Gabriel, de pie en el balcón, no miraba hacia la ciudad sino a la jovencita dormida en la habitación contigua. Parecía demasiado pequeña para su enorme cama, una figura diminuta aferrada a un animal de peluche bajo la intrincada colcha que había confeccionado Francesca. Su corazón fue hacia la adolescente. Parecía tan vulnerable y aniñada en su sueño. Todavía no estaba completamente a salvo. Era un raro regalo para su gente y lo sería mucho más mas adelante. Era un precioso tesoro que él tenía que guardar y el peso de la responsabilidad era tremendo. En su esbelto cuerpo y mente dotada, podía llevar la vida o la muerte de uno de los hombres de los Cárpatos.

Con un ondeo de la mano cerró la puerta firmemente y el cerrojo se deslizó en su lugar. Sus manos se movieron grácilmente, ondeando intrincadas salvaguardas en cada entrada a la habitación. Skyler estaría a salvo de todos excepto de Lcuian. Gabriel no se engañaba a sí mismo pensando que su gemelo sería incapaz de traspasar lo que él había entretejido. Los vampiros menores resultarían heridos, atrapados, y probablemente retenidos hasta el amanecer que les traería justicia, pero Lucian no. En dos mil años ninguna trampa había conseguido contenerle y no había salvaguarda que no pudiera desentrañar.

Gabriel descansó las manos en la barandilla de hierro forjado y bajó la mirada hacia el invernadero. El jardín era hermoso, los colores se abrían paso incluso a través del aire nocturno. Se encontró a sí mismo sonriendo. Francesca. Tenía una forma de hacer que todo lo que tocaba volviera a la vida. Por supuesto que escogería plantas que pudieran florecer en la noche. Ella querría cosas que complacieran y calmaran su cara y su jardín, sin importar la hora del día o la noche. Lo que a ella le importaba era que la comodidad y belleza los rodeara.

Llenó su mente con pensamientos de ella, y por supuesto ella llenó su corazón instantáneamente. Siempre anteponía a los demás a sí misma, antes de sus propias necesidades. Había intentado ser dura con él, pero desde el momento en que Francesca había entrado en su vida, había sido ella la que continuamente diera. Consolaba a los que la rodeaban sólo con su espíritu. No tenía que hacer otra cosa que simplemente ser quien era, pero hacía mucho más. Incluso ahora, le estaba permitiendo marchar, sabiendo que podía no volver a ella, entregándole desinteresadamente al mundo cuando le quería tan desesperadamente a su lado. Estaba embarazada. Su hija. Si moría esta noche, ella había prometido continuar sin él, si bien la separación que sería una agonía. Le dolía el cuerpo solo de pensar en las horas que acababa de pasar con ella, preciosas, maravillosas horas que le habían dado mucho más de lo que nunca hubiera creído posible. Su corazón y su alma se condolían por ella. Esta casa era su hogar. Esta gente su familia. Pero allá fuera en la noche, había criaturas acechando a los inocentes y no tenía más elección que detenerlos.

Gabriel observó la pesada niebla que se movía por la ciudad. No era una niebla natural, sino la creada para permitir que el no-muerto se moviera sin ser visto por sus presas. Alzó la cara hacia la sombra de la luna y bebió de su belleza. Era un cazador de la noche. Un

depredador natural. Saltó fácilmente el pasamano y extendió los brazos, abrazando el aire mientras tanto.

Al momento su cuerpo relució, volviéndose transparente y haciendo que la pesada niebla pudiera ser vista a través de él. Pareció disolverse en millones de gotas; que se extendieron por el cielo, entrando y saliendo de las oscuras nubes y la densa niebla. Sobrevoló la ciudad, escudriñándola mientras lo hacían, buscando los espacios "muertos" que podrían indicar donde se escondía el enemigo. Un pequeño grupo de vampiros se había reunido en la ciudad donde buscaban víctimas, presas vivas para ser utilizadas y descartadas. Gabriel estaba decidido a librar a la ciudad de los no-muertos esta noche, y quería encontrar a Brice. Sabía que el destino de Brice pesaba sobre la conciencia de Francesca y estaba decidido a enderezar las cosas. Libremente admitía que estaba un poco arto de ese tipo, pero Francesca sentía afecto por el doctor y las cosas que había hecho últimamente las había hecho bajo la influencia de un vampiro. Quizás incluso de Lucian, aunque Gabriel lo dudaba. Él nunca habría enviado a Brice a la casa para apartar a Skyler de ellos y después les habría ayudado a librarse de él. Eso no tenía sentido.

Unos pocos locales nocturnos volvían a la vida, el coto de caza perfecto para los vampiros. Encontrarían tantas presas como quisieran, jovencitos y jovencitas que podrían manipular para provocar toda clase de comportamientos aberrantes sólo por el perverso placer de retorcerlos antes de darles muerte.

Se movió por la ciudad en silencio, explorando en busca del no-muerto incluso mientras buscaba indicios de Brice. Dos veces hizo amago de ir al hospital, sabiendo que con frecuencia Brice pasaba largas horas allí, pero, en vez de eso, se encontró en el cementerio, arrastrado, sin duda, por su conexión con el *nosferatu*. Gabriel permaneció sobre la niebla, examinando cuidadosamente la zona en busca de uno de ellos. Brice caminaba arrastrando los pies sobre terreno accidentado, tambaleándose como un borracho, murmurando para sí mismo, y constantemente golpeándose como se sintiera insectos que le picaban la piel.

Gabriel había retirado esa ilusión tan pronto como Brice había salido de la propiedad, pero uno de los vampiros que controlaba al doctor debía haber sacado el recuerdo de su cabeza y lo usaba para castigar su fracaso al obtener a Skyler. Gabriel sintió la malevolente presencia de uno de los vampiros. No un antiguo, era más probable que fuera uno convertido recientemente, corriendo con un grupo para aprender tanto y tan rápido como pudiera. Pensaban que yendo en grupo se protegerían de los cazadores, pero con frecuencia no era así, los vampiros más antiguos utilizaban a los menores como peones, para ser sacrificados.

¿Se había unido Lucian a este grupo? La pregunta fastidiaba a Gabriel. Se libró de la idea. Era mucho más probable que Lucian controlara a todos los que le rodeaban a distancia sin que estos supieran nunca lo que estaba ocurriendo. Gabriel le había visto hacerlo con bastante frecuencia. Sólo su voz era el arma más poderosa que Gabriel hubiera encontrado nunca. Lucian no permitiría nunca que nadie se entrometiera en sus batallas, habría despachado a los vampiros a zonas donde Gabriel los persiguiera. Él nunca dejaba rastro que ningún otro cazador pudiera reconocer. Lucian no era descuidado con sus muertes.

Gabriel tomó tierra, las diminutas gotas se unieron justo delante de Brice. Por un momento la enorme forma brilló y centelleó como cristal antes de solidificarse. Después Gabriel avanzó a zancadas a través del cementerio contando el paso a Brice antes de que este pudiera dirigirse a las cuevas donde esperaba el vampiro.

Gabriel podía sentir la compulsión que el no-muerto había utilizado para convocar a sus víctimas. Brice murmuraba para sí mismos, sus ropas desarregladas y sucias. Tenía largos arañazos en la piel allí donde había intentado arrancarse los insectos fantasmales. Gabriel intentó sentir pena por el doctor porque sabía que Francesca estaría horrorizada. Pero Brice se había abierto a la compulsión del vampiro a través de sus propios celos, y Gabriel no podía perdonarle por ayudar al no-muerto en su intento de tender una trampa a Francesca y Skyler.

Brice mantenía baja la cabeza mientras cojeaba resueltamente hacia adelante. No pareció notar que Gabriel estaba de pie sólidamente en su camino. Gabriel ondeó una mano

para poner un bloqueo, invisible para el ojo, pero lo suficientemente fuerte como para interrumpir la compulsión en el aire.

La sangre de Brice obviamente había sido contaminada por el vampiro, así que continuó avanzando arrastrando los pies aunque era incapaz de traspasar los límites que Gabriel había erguido para él.

Los ojos del doctor se dilataron, fijos y vacíos. Estaba muy influenciado por el hechizo. Gabriel entró en su mente para contrarrestar la compulsión y dar algo de alivio al humano. La cara de Brice se soltó y sus músculos se relajaron deteniendo su intento de avanzar hacia su destino.

Gabriel muy gentilmente le sentó y Brice accedió como un niño perdido.

Desde algún lugar cercano, Gabriel oyó un chillido de rabia. A los vampiros no les gustaba que la gente interfiriera con sus víctimas. El marionetista no iba a soltar a Brice tan fácilmente. Gabriel sonrió y volvió la cara hacia el cielo. Las nubes se oscurecían hacia un rabioso negro sobre sus cabezas, y pequeñas venas de relámpago saltaban de nube en nube. Sacudió la cabeza ligeramente, y cuando la carga eléctrica empezó a recogerse donde él permanecía en pie, alzó la cabeza y la movió en un pequeño semicírculo.

Cualquier que le observaba apenas había advertido el gesto, pero el relámpago en las nubes reaccionó inmediatamente, golpeando la tierra justo más allá de la redondeada colina, fuera de la vista. El trueno fue ensordecedor, como si un martillo golpeara la tierra y sacudiera las sepulturas. Un grito de odio y venganza se elevó con el vertiginoso viento. Los árboles empezaron a sacudirse bajo la acometida, primero astillas y después ramas se sacudían cayendo desde el cielo hacia Gabriel.

Gabriel sopló suavemente entre las palmas de sus manos y permaneció de pie alto y recto, sin preocuparse por los restos y escombros que llovían a su alrededor. Brice se sentó sobre sus rodillas, ignorante, inconsciente del peligro. No hubo advertencia cuando el viento de repente cambió de dirección. Del cielo llovieron hojas, polvo y ramas sobre la pequeña colina. Gabriel saltó en el aire con la rama más grande, camuflando por su masa.

Estaba sobre el vampiro antes de que este tuviera tiempo de comprender que estaba en peligro mortal. Gabriel se lanzó al cielo como un misil directamente hacia la delgada figura en pie sobre la hierba chamuscada. Alrededor de él las lápidas resultaban rotas por los relámpagos, las ramas y el viendo atroz. El vampiro se quedó congelado, intentando decidir su próximo movimiento a la vez que se protegía de los objetos que volaban hacia su cuerpo.

Gabriel salió de detrás de la rama, golpeando al vampiro tan fuerte que lanzó hacia atrás a la criatura cuando el puño de Gabriel se incrustó profundamente en la cavidad de su pecho. Agarró el ennegrecido y pulsante corazón y extrajo la cosa, separando el órgano del cuerpo. Incluso mientras lo hacía, saltó apartándose para minimizar el contacto con la sangre contaminada.

El chillido de desesperación del vampiro resonó a través del cementerio haciendo que los murciélagos se elevaran en el aire como grandes nubes. El no-muerto simplemente se dobló por la mitad y se derrumbó en un montón sobre la tierra salpicada de sangre, fracasado, arrastrando su cuerpo hacia Gabriel, hacia la oscura y horrible cosa que había tirado sobre las rocas justo fuera del alcance de las garras del vampiro. Casi sin pensarlo conscientemente, Gabriel acumuló la carga de electricidad y la dirigió hacia el horrible órgano que se esforzaba por volver al cuerpo. El látigo blanco incineró el corazón y saltó al cuerpo del no-muerto, reduciéndolo a cenizas. Al instate Gabriel se bañó las manos en el calor, removiendo todo trazo de sangre corrompida antes de comprobar que la tierra estaba limpia de toda infección. El vampiro no se había convertido hacía muchos años; había sido poco hábil y lento. No podía haber sido uno de los que habían puesto a Brice bajo una compulsión tan bien oculta. La oscuridad corría profunda en el doctor, corrompía su sangre y se estaba comiendo su voluntad y pudriéndole de dentro hacia afuera. No era un ghoul, que se deleitaba con carne de los muertos humanos y vivían de la sangre del vampiro, pero el que le controlaba era un ser poderoso.

Gabriel no podía ver la mano de Lucian en la corrupción de Brice. Lucian pensaría que hacer tal cosa sería rebajarse. Podría hacer daño a Brice, o matarlo directamente, pero no le utilizaría para atrapar a Skyler y finalmente a Francesca. No tenía necesidad de recurrir a algo así. Lucian era un auténtico genio. Poseía un cerebro poderoso que constantemente ansiaba conocimiento. Necesitaba desafíos en los que ocupar su mente. El desafío intelectual era lo que impedía que se volviera completamente loco.

Gabriel sacudió la cabeza, exasperado consigo mismo. Lucian se *había* vuelto loco; había elegido perder su alma hacia muchos siglos. Si Gabriel iba a proteger a su familia, no podía seguir pensando en Lucian como una parte de sí mismo.

Francesca era su corazón y su alma ahora. No podía arriesgarse a que Lucian le hiciera daño. Gabriel se abrió paso de vuelta hacia Brice. Necesitaba llevar al humano de vuelta a casa y ponerle bajo una fuerte salvaguarda para evitar que el vampiro le hiciera más daño. La corrupción de Brice estaba muy avanzada, Gabriel no estaba seguro de que se pudiera ayudar al doctor. Obviamente el vampiro había estado trabajando sutilmente en Brice desde hacía mucho.

El doctor estaba encogido en una bola sobre el suelo, ignorando lo que le rodeaba, profundamente afectado por el hechizo de Gabriel. Gabriel sabía que nadie más que Lucian podría romper las salvaguardas que mantenían intacta la mente de Brice. Era un riesgo llevar a Brice a la casa de Francesca. Tendrían que ocultarle en la cámara subterránea para que Skyler no se asustara ante la visión del doctor. Y si no podía curarle, dependería de Gabriel mostrar misericordia; no era algo que pensara que Francesca le fuera a agradecer.

Gabriel levantó al hombre como si no fuera más que un niño. Bajo el fuerte trance hipnótico que le había impuesto, Brice se mostraba completamente confiado. Se quedó pasivo mientras Gabriel surcaba el aire con él. Las nubes cubrían lo suficiente como para evitar que fueran vistos por ojos curiosos como algo más que un borrón que se movía raudo a través del cielo nocturno.

Francesca estaba esperando por él en el balcón, con una ansiosa mirada en vez de la normalmente serena que siempre ocupaba su cara. Gabriel no había intentado ocultarle la extensión del daño y ella sabía que si querían salvar a Brice de la locura, tendrían que trabajar rápido.

- Gracias por intentarlo, Gabriel. - Murmuró suavemente, su voz una caricia aterciopelada. Sus ojos le recorrieron con cuidado, buscando cualquier herida que pudiera haber sufrido.

Al momento él sintió esa curiosa sensación candente que se estaba volviendo familiar. Estaba preocupada por él, comprobando y asegurándose de que estaba bien incluso cuando traía a su amigo humano cuya mente había sido dañada por el no-muerto. Francesca pensaba primero en su compañero, y su preocupación lo significaba todo para él.

- He dirigido a Santino y Drusilla lejos de la cocina para que podamos llevarle con seguridad hasta la cámara. Skyler está dormida en su habitación. Ocúpate de que se quede allí. - La voz de él fue un tanto brusca, ronca por la emoción que no podía controlar. Ella estaba tan hermosa allí de pie en la noche, alta y esbelta con su largo pelo recogido en una gruesa trenza y el amor brillando en sus ojos.

Gabriel extendió la mano y le recorrió la cara tiernamente con la punta de los dedos.

- Creo que hay una posibilidad de que pueda curarle, Francesca, pero será difícil. El veneno ya está muy avanzado en su sistema.

- ¿El vampiro puede alcanzarle en nuestra casa? - Estaba preocupada por la joven Skyler. La chica ya había sufrido suficiente a manos de un monstruo humano, no necesitaba ser testigo lo que el no-muerto era capaz de hacer.

- A menos que el que le utiliza sea Lucian, no hay posibilidad de que pueda penetrar las salvaguardas que he tejido. No creo que esto sea obra de Lcuian. Pero debe ser un antiguo para habernos engañado así a los dos. Debe haber tomado la sangre de Brice hace algún tiempo. Brice está utilizando drogas para contrarrestar el dolor de cabeza, pero no entiende lo que le está ocurriendo. Cree sólo lo que el vampiro desea que crea. Ahora es una

marioneta sin ideas propias. Te lo advierto, Francesca el daño es sustancial. Nunca volverá a ser el mismo.

- Inténtalo. - Suplicó Francesca mientras le seguía por las escaleras a través de la cocina y bajo tierra donde estaba la primera cámara.

Gabriel colocó a Brice sobre la cama y se volvió para ayudar a su compañera a llenar la habitación del turgente olor de las hierbas sanadoras. Al momento un ceño reemplazó la expresión laxa de la cara del médico y se movió intranquilo. Gabriel tomó la mano de Francesca, llevándose los nudillos a la calidez de su boca.

- Sabes que debo volver a salir y encontrar a este malvado. Sin su muerte, Brice está perdido sin importar lo que yo haga. El vampiro sabe que tenemos a Brice y estará más enfadado que nunca. No podemos mantener a este hombre prisionero aquí para siempre.

Francesca volvió la cara lejos de Gabriel en un intento de esconderle su expresión. Volvía a salir de caza. Ambos sabían que tenía que hacerlo, pero no le gustaba la idea. Los brazos de Gabriel rodearon los esbeltos hombros y la empujaron al abrigo de su cuerpo.

- No voy a permitir que ningún vampiro me derrote, mi amor, cuando tengo tanto que perder. Acabaré con la amenaza para la cordura de Brice. Después veremos lo que podemos hacer para sanarle.

A regañadientes ella le soltó, las manos de él se demoraron durante un momento en la riqueza de su pelo, apretando los espesos mechones. Sabía que tenía miedo por él, pero le complacía que se negara a poner en palabras sus temores, en vez de eso le lanzó una sonrisa tentativa como despedida.

- No intentes sanarle hasta que yo vuelva. Su sangre está contaminada por la del vampiro. No puedes pasearte por su mente sola y sin ayuda. Si yo no volviera, debes conseguir que otro sanador te ayude antes de que intentes nada. Prométemelo, Francesca. Sería demasiado peligroso para ti sin una fuerza adicional. Recuerda siempre, que guardas nuestras vidas en tu cuerpo.

Ella le lanzó una rápida mirada de reprimenda bajo las largas pestañas.

- No es necesario que me recuerdes ninguno de esos dos hechos. No tienes que hacer incapié en la posibilidad de que puede que no vuelvas. Y yo nunca, en ningún momento, olvido que llevo a nuestra hija en mi seno. Para mí ella es un milagro. Nunca arriesgaría al bebé, ni siquiera por Brice. Tú *volverá*s a mí esta noche. Te espero muy pronto y sin ninguna marca en el cuerpo. Ahora ve y haz aquello para lo que has nacido. - Se apoyó en él, descansando su cuerpo brevemente contra el suyo, saboreando la sensación. Fuerte. Masculino. Poderoso.

Nunca había esperado amarle tanto. Y nunca había esperado sentirse tan amada. Gabriel no era tímido al mostrar sus emociones. Ardía de deseo por ella con una intensidad que nunca habría soñado. No simplemente su cuerpo, sino su compañía, su corazón y alma. A él le gustaba estar en su mente, compartiendo su risa, la forma en que veía la vida. La forma en que vivía. Estaba tan orgulloso de ella, tenía tanta fe en ella.

- Gabriel. - Dejó escapar su nombre, su cuerpo suave y dispuesto, amoldándose a él. - Date prisa en volver. - No tenía intención de resultar seductora... la última cosa que tenía en mente era hacer el amor... aun así sentía una terrible necesidad de él.

Gabriel llenó su mente de amor y calidez mientras la abrazaba; después retrocedió, volviéndose hacia el túnel de las grandes historias. Para cuando alcanzó la cocina, era invisible, moviéndose valoz, una fría ráfaga de aire.

Esta vez Gabriel salió por debajo de la puerta hasta el jardín, lanzándose al cielo inmediatamente. Había destruido a un vampiro menor, le haría arrebatado su marioneta. El vampiro estaría rabioso y sería fácil de localizar. Gabriel ya podía sentir las perturbadoras vibraciones del aire. Fluían a través del cielo, conduciéndole como una flecha hacia el vampiro.

Acudes a su guarida como en aprendiz. Te ha tendido una trampa, cazador.

Gabriel continuó moviéndose. Lucian sonaba demasiado cerca para su comodidad. Si él tomaba parte en la batalla no había forma de saber de que lado se pondría.

¿Sugieres otra aproximación? Replicó Gabriel.

Retrocede. Eres demasiado listo como para entrar en batalla cuando el enemigo te está esperando.

La voz era tan suave y gentil como siempre, sin rastro de reprimenda. Gabriel se encontró sonriendo. La presencia de Lucian era tan familiar, tan parte de sí mismo.

Te agradezco el consejo, viejo. La vieja broma era un recordatorio de que Lucian era mayor por unos pocos minutos. Gabriel siguió firme en su camino, pero ahora más alerta. No temía la batalla que se avecinaba con el vampiro, pero su gemelo era una cuestión diferente.

No estás siguiendo mi consejo.

Este no es tan poderoso como aquellos a los que nos hemos enfrentado en el pasado.

Es un antiguo.

Gabriel se retiró de la unión, su mente barajaba todas las posibilidades. ¿Que se traía Lucian entre manos? Cambió de curso, dando la vuelta para buscar una aproximación diferente, escudriñando bajo él mientras lo hacía. Sobrevolaba el río, donde un puente enorme cubría las aguas. Dos tubos corrían a la largo del terraplén, vaciando su contenido en el río. Los tubos eran bastante grandes y estaban rodeados de masas de roca. Podía sentir la presencia del vampiro. Había una oscura y malevolente sensación en el aire, pesada y opresiva.

Gabriel estaba muy familiarizado con el apestoso hedor del no-muerto. Atascaba el aire como nada más podía. Había maestros de ilusión que se presentaban a sí mismos a sus presas humanos guapos o hermosos, pero en realidad eran flacos y grises, con dientes manchados y afilados. Gabriel sentía su presencia como un golpe en lo profundo de su estómago; aborrecía la inversión de dones y talentos que fueron concebidos para el bien.

Bajo él la zona parecía estable, pero el viento le contaba algo diferente. El vampiro estaba esperando, agazapado entre las sombras, invisible, hinchado con su propio poder, enfurecido. El olor de la sangre alcanzó a Gabriel justo antes del suave grito sofocado que indicaba una muerte. El viento la llevó la historia, el miedo y la adrenalina de la sangre de la víctima que habían dado impulso al vampiro, haciéndole incluso más poderoso.

El vampiro sabía que estaba llegando, había tendido la trampa y esperaba como una araña en medio de su red. Había presas humanas, las mantenía con vida y atemorizadas, así la adrenalina fluiría en su riego sanguíneo. El impulso era adictivo para el no-muerto. Creían que eso los hacía más fuertes y mucho más difíciles de matar. Gabriel no podía señalar la localización exacta del vampiro; no había más que un sospechoso indicio de "muerte" en el aire.

Dio una pasada sobre la zona antes de tomar tierra. Al momento la tierra se estremeció levemente y sus pies se hundieron en un fango negro. Le succionó los zapatos, la garra era sorprendentemente fuerte como si el pantano realmente quisiera tragárselo. Algo se movía hacia él bajo la superficie, rápido, serpenteante, enorme, formando canales en el fango. Gabriel se disolvió rápidamente en gotas de niebla, fundiéndose con la pesada niebla. En ese instante empezó a soplar un viento feroz, embistiendo las moléculas escondidas en la niebla en un intento de esparcirlas e impedir que Gabriel volviera a recuperar su cuerpo. Una delgada y oscura forma surgió del banco de niebla directamente hacia las gotas.

La forma golpeó contra una barrera antes de poder alcanzar el cuerpo informe de Gabriel. Cayó del cielo hasta el pantano mientras Gabriel intentaba evitar la oscura masa que habitaba en el pantana. El monstruo escondido en el fango atacó de inmediato, arrastrándose hasta el vampiro mientras Gabriel cambiaba de forma por encima de la escena. No había pensado que fuera necesario levantar una barrera, así que suponía que su gemelo una vez más se había unido a la batalla, insertando su cuerpo entre Gabriel y el vampiro. Aunque Gabriel no podía detectar su presencia. Eso era propio de Lucian. Podía pasar inadvertido cuando otros no podrían. El viento no susurraba su presencia o le delataría ante quienes le buscaban.

El vampiro aulló de rabia y dolor, haciendo a un lado la criatura con forma de gusano que él mismo había creado. Se liberó del barro, salpicándolo en todas direcciones en un

intento de localizar a Gabriel. Gabriel se dejó caer del cielo, una garra afilada desgarró la garganta del vampiro. La criatura chilló de rabia y al momento el relámpago se arqueó en las nubes y el aire hirvió con oscura malevolencia.

Golpearon desde todas direcciones, oscuras gárgolas aladas desgarraron a Gabriel, arañando y mordiéndole, aterrizando sobre su cabeza y hombros, empujándole en un intento de conducir lea tierra y el fango negro. Tranquilamente Gabriel se disolvió bajo ellas, fluyendo en una ráfaga de aire hacia el vampiro. Cambió a su propia forma sólo cuando se lanzaba sobre el pecho del vampiro, sus pies a unas pulgadas del suelo.

Su puño penetró en la pared del pecho, pero el vampiro ya se movía lejos de él, su voz un cacofonía irritante, un sonido horroroso y discordante que hería los oídos de Gabriel. Para protegerse a sí mismo, enmudeció inmediatamente el sonido y se volvió hacia su enemgo. Le ardía la mano a causa de la sangre venenosa que la recubría. Tenía que mantenerse en movimiento para evitar las gárgolas. No había ni un lugar en que las criaturas no le rodearan y golpearan constantemente. Arañaban su piel y ojos, desgarrando y mordiendo para ayudar a su amo.

Gabriel fue paciente. El vampiro tenía dos heridas graves, drenaban su fuerza. Entre el cieno y el fango, con sangre derramándose en el suelo, la criatura gusano se estaba volviendo difícil de controlar para su amo. Estaba frenético, escupiendo y mordiendo hacia su creador, buscando carne y sangre. Gabriel se había cerrado a sí mismo al dolor y la fatiga. Todo su ser estaba centrado en la batalla. Mientras se preparaba para lanzar otro ataque sobre el vampiro, un relámpago irrumpió inesperadamente en su cielo. Gabriel no sintió la fuente del poder, así que quedó tan asombrado como el vampiro cuando el látigo de energía candente cruzó el cielo, una veta que se dividió y aclaró el aire instantáneamente de las malevolentes gárgolas. Cayeron al fango, abrasadas y ardiendo, incineradas por la explosión de energía. Al momento la criatura gusano se lanzó a consumirlas. Otro relámpago llegó de las nubes, fallando al vampiro por escasas pulgada y redujo el gusano a cenizas.

El hedor era increíble. Gabriel golpeó mientras el vampiro se tambaleaba debido a la sorpresa que le produjo el relámpago. Emborronó su imagen y se movió con velocidad preternatural, golpeando al vampiro, conduciendo su puño con fuerza a través de la misma herida, esta vez alcanzando el órgano ennegrecido y marchito que buscaba.

Cuando empezó a extraer el corazón, sintió la advertencia en su mente, y cambió la distribución del peso de su cuerpo. Algo le golpeó con fuerza en el costado, penetrando en su torso, rompiendo huesos a su paso. El dolor era execrable, extrajo el aliento de su cuerpo. Al momento el cielo entero se iluminó, como si el mundo estuviera ardiendo en llama. El cielo oscuro se volvió rojo y naranja con llamas que cruzaban las nubes negras. Una red de venas blanco azuladas chispeó y danzó en las nubes. A su alrededor, la tierra pareció explotar, golpe tras golpe del relámpago.

Tranquilamente Gabriel extrajo el corazón y lo tiró al interior de la feroz conflagración, volviéndose mientras lo hacía para conocer la amenaza que tenía detrás. El antiguo no-muerto se había revelado, creyendo que Gabriel estaría ocupado con su compañero. El vampiro era delgado y gris, la piel le colgada de los huesos. Su pelo era blanco y canoso, una larga maraña de escarcha. Le brillaban los ojos con un rojo ardiente, y una fiera astucia. Retrocedió alejándose de Gabriel, su mirada se lanzaba de lado a lado, buscando una vía de escape. No entendía la intensidad de la tormenta que los envolvía. No reconocía al cazador al que se enfrentaba. Había continuado vivo porque sabía como evitar la confrontación con los cazadores, porque estudiaba a sus enemigos y escogía el momento de la lucha.

Oyó una voz susurrando en su cabeza. Al principio no podía distinguir las palabras por encima de las explosiones que estallaban a su alrededor. Estudió al cazador alejándose lentamente de él. La voz era pura y hermosa, moviéndose a través de su mente casi amablemente. Era doloroso oír esa voz, escuchar el tono. Había pasado mucho tiempo desde que el vampiro escuchara tanta pureza, y su cuerpo se encogió alejándose del sonido.

La voz era un roce de negro terciopelo, un suave susurro de muerte. El vampiro no apartaba ahora los ojos del cazador, creyendo que intentaría dar el golpe mortal en cualquier

momento. Ya estaba preparado para ello. Tenía trucos, ilusiones y mucho poder. Estaba fresco, sin heridas en realidad, mientras que el cazador había quedado debilitado al luchar con su sirviente. El no-muerto sabía que le había infringido al cazador un increíble golpe y las criaturas le habían drenado una sangre preciosa, aun así el cazador permanecía en pie alto y erguido con ojos negros de muerte.

¿Era suya la voz que susurraba en su cabeza? ¿De dónde venía? Ningún hombre de los Cárpatos había intercambiado nunca sangre con él. No tenía conexión con nadie, aun así podía oír ese suave susurro llamándole a su muerte. Las palabras eran ahora claras. Hablaban tan amablemente de muerte. De la falta de esperanza. No había esperanza. Este cazador tomaría su vida. Moriría esta noche después de sobrevivir donde otros no había podido.

- ¿Quién eres? - Chilló el vampiro.

La Muerte, susurró la hermosa voz.

- Soy Gabriel. - Replicó Gabriel. Estudiaba suspicaz la tormenta de fuego que rabiaba en los cielos, todos sus sentidos extendidos para localizar la fuente de las explosiones. Su creador era definitivamente alguien con mucha habilidad y poder. *Lucian*. No había duda, nada indicaba de donde venía el poder, simplemente rodeaba a Gabriel y al vampiro, una enorme fuerza destructora.

El vampiro gruñó, mostrando sus dientes afilados y manchados de años de sangre corrompida.

- Crees que me derrotarás con trucos tan evidentes. Ningún cazador me ha derrotado en siglos, pero tú, un desconocido, presumes que puedes desafiarme.

Gabriel se aburría. Había representado esta misma escena en tantos campos de batalla, en tantos países, en tantos siglos. Siempre era lo mismo. El vampiro intentaba utilizar su voz para debilitar la confianza de Gabriel.

La cabeza de Gabriel se alzó, sus oscuras facciones se endurecieron hasta formas una máscara oscurecida.

- Me conoces, antiguo. No quieres reconocerme, porque entre los nuestros me llaman leyenda. No puedes derrotarme. La batalla ya está ganada y la justicia finalmente te ha alcanzado.

Había un curioso susurro rozando la mente de Gabriel. Una nota suave casi censurada, pero no lo bastante. Gabriel no estaba utilizando su propia voz para derrotar al asesino como debería estar haciendo. Estaba cansado por la pérdida de sangre; el hedor de la muerte llenaba su mente y su corazón. Estaba cansado de destruir a su propia gente una y otra vez. Haría lo que fuera necesario, pero no tenía que disfrutar de ello.

El vampiro de repente se cubrió las orejas y empezó a gemir en tono agudo, intentando ahogar el insidioso susurro de esa voz de terciopelo. Había una cualidad en esa voz que insistía en ser oída. Agotaba su fuerza, tomando su poder, acabando con sus habilidades. Chillando su odio y miedo, el vampiro jugó su última carta, abriendo los brazos de par en par y llamando a sus sirvientes a la muerte.

Al momento el fango erupcionó con cientos de enormes sanguijuelas, surgiendo del barro para bañar a Gabriel. Incluso mientras lo hacía, el aire gimió con una súbita infestación de lechuzas, un negro enjambre de cuerpos que se lanzaban, con las garras extendidas, directamente hacia el cazador. El vampiro se volvió para escapar y huyó directamente hacia el Cárpato. El cazador apareció brillando en el aire, su cara era una máscara de granito.

El vampiro bajó la mirada y vio su pecho, abierto de par en par, su corazón marchito latiendo en el puño del cazador. El hombre nunca cambió de expresión, pero le pareció ver que la imagen se desvanecía, casi como una ilusión. Solo su puño parecía del todo real. El vampiro gritó su odio y desafío, abalanzándose hacia adelante en un intento de recobrar su corazón robado. Cayó de cara en el fango de su propia hechura, las sanguijuelas le encontraron inmediatamente. Cubrieron su cuerpo, llenando el espacio vacío de su pecho.

Gabriel se había visto obligado a disolverse cuando el vampiro envió a sus sirvientes a atacarle. Se había elevado alto sobre la tierra, hasta el interior de las nubes. Ahora dirigió la carga eléctrica del aire en un delgado látigo por la tierra para chamuscar a las sanguijuelas y

freír a las aves de rapiña sacándolas del cielo. Llovieron sobre la tierra, sus cuerpos ennegrecidos hundiéndose en el pantano. Podía ver al vampiro tendido en el fango junto a sus sirvientes y se preguntó durante un instante si era un truco del no-muerto. ¿Qué ganaría fingiéndose muerto?

Con su superior agudeza visual, Gabriel podía ver el corazón a varios pies de su cuerpo, tendido en lo alto de una roca. *Lucian.* Definitivamente se había unido a la caza, eliminando al resto de los jugadores de su campo de batalla. Gabriel podía ver que el vampiro se arrastraba, acercándose centímetro a centímetro a su corazón arrancado. Al momento dirigió el relámpago, reduciendo el corazón a una pila de cenizas, asegurándose de que el no-muerto nunca se alzara de nuevo. El vampiro dejó escapar un horroroso siseo, la última protesta justo antes de que el relámpago le alcanzara, incinerando su cuerpo, eliminando toda prueba de su existencia. No quedó nada atrás para limpiar. Gabriel se cuidó de eliminar toda evidencia del vampiro y su trabajo en la zona. El fango era una trampa para animales y humanos por igual, y utilizó una energía preciosa erradicándolo. Le tomó mucho tiempo extraer toda maldad del lugar, reemplazándola con bondad.

Fuera a lo que fuera a lo que jugaba Lucian, tendría que esperar. Las heridas de Gabriel estaban sangrando. Mantenía el dolor a raya, pero se estaba quedando sin fuerzas. No intentaría perseguir a Lucian esta noche. Sólo podía agradecer que su gemelo se hubiera puesto de su lado en la batalla.

Mientras Gabriel volvía a casa, la debilidad le atrapó. Estaba cansado y sus heridas ya no podían ser ignoradas. Necesitaba sangre y la presencia sanadora de Francesca. Se sintió eternamente agradecido de tener un hogar y una compañera a la que volver.

17

En el momento en que entró en la casa, Gabriel supo que algo iba mal. Sintió un opresivo presentimiento de peligro. Alguna amenaza perturbaba la tranquilidad habitual.

Automáticamente tocó a Francesca y la encontró llena de temor. Pero el miedo era por Gabriel y su hija no nacida, no por sí misma. Gabriel se deslizó por el piso superior, sus pies a penas tocaban el suelo. La sangre rezumaba de los profundos arañados de su brazo, la herida punzante de su costado latía con cada movimiento. El dolor de las costillas le cortaba el aliento. Estaba cansado, su gran fuerza drenada.

Naturalmente Lucian elegiría este momento para su batalla. Sabía que Lucian estaba en la casa; no había otra explicación. Solo Lucian era lo suficientemente poderoso como para plasmar su presencia en el mismo aire. Mientras Gabriel continuaba atravesando la casa, cortó sus emociones, su temor por Francesca y Skyler, sus dudas sobre su habilidad para derrotar a su hermano, el dolor de sus heridas, y su fatiga. Se convirtió en el robot sin emociones que tendría que ser para derrotar al más grande y poderoso vampiro que hubiera existido nunca.

El enorme salón estaba vacío, pero captó un vistazo de Santino y Drusilla tendidos juntos sobre el suelo de su habitación. No se molestó en comprobar si estaban vivos o muertos; no habría ninguna diferencia. Aceptaba que no podía hacer nada por ellos hasta que se hubiera ocupado de su tarea principal. Lucian debía ser derrotado. Gabriel exploró la casa en busca de la presencia de Skyler, y la encontró en su habitación aparentemente dormida. Podía sentir la mano de Francesca en eso; había una sensación muy femenina en el poder que cerraba la habitación de Skyler. Era propio de Francesca pensar en la chica incluso en un momento de terror extremo. Si podía mantener a Skyler dormida durante esta pesadilla, entonces debía hacerlo.

Librodot

Gabriel escudriñó más allá, comprobando la cámara subterránea donde Brice dormía a ratos. La sangre contaminada del vampiro todavía estaba en su sistema, envenenándole, inquietando su sueño a pesar de las hierbas sanadoras y el profundo sopor al que le habían inducido, pero no estaba en peligro a causa de Lucian. Esas salvaguardas estaban intactas.

Gabriel continuó atravesando de la casa, sin intentar esconder su presencia. Lucian le esperaba. Se movió lentamente entrando en el estudio. Francesca estaba sentada en un sillón de respaldo alto de cara a su gemelo. Lucian permanecía entre las sombras, su cara oculta a Gabriel, pero en pie alto, de amplios hombros, sus ropas, como siempre, inmaculadas.

- Tenemos un visitante, Gabriel. - Anunció Francesca, su voz estableció un hecho. - Skyler pensó que eras tú cuando llegó a nuestra puerta.

Gabriel asintió. Se unió con Francesca para "ver" sus recuerdos, no deseando formular preguntas delante de Lucian. Skyler no sabía que había permitido la entrada a su enemigo en casa. Lucian, un poderoso antiguo, había cambiado fácilmente sus patrones mentales y aura para imitar a su gemelo. No había revelado su verdadera identidad a Skyker y Francesca tampoco lo había hecho. Francesca puso a la niña bajo compulsión y la durmió en un intento de salvarla de lo que se avecinaba.

¿Te ha tocado, te ha hecho daño de algún modo?

Me ha hecho preguntas. Había una nota en el tono de Francesca que Gabriel no podía definir. *Preguntas personales sobre mí misma. No se me ha acercado, sino que permanece entre las sombra donde no puedo verle o tocarle. No intentó tomar mi sangre o la sangre de ninguno de los que viven en esta casa.*

- Confío en que tu saludo sea satisfactorio y llegue ya mismo. - Dijo Lucian con su hermosa voz. Pareció enviar una oleada de pureza y bondad.

- Eres bienvenido en nuestra casa, hermano. - Dijo Francesca de repente. - Por favor ven y siéntate con nosotros. Hace mucho que tú y tu hermano no tenéis ocasión de estar tranquilamente sentados. - Hizo un gesto hacia la silla, con movimientos gráciles.

Francesca tenía una forma de ser... su voz, la forma en que su cuerpo se movía, su misma presencia... que consolaba y hacía que los que estaban cerca se sintieran en paz. Ahora mismo esgrimía su magia, su mayor don, en un intento de alcanzar a Lucian. Sabía que no había esperanza. Una vez un hombre de los Cárpatos escogía entregar su alma, estaba perdido para siempre. No había vuelta atrás. Ni siquiera Francesca, son sus grandes poderes de curación, podía hacer lo imposible. Gabriel ansió cogerla entre sus trabajos y abrazarla, para consolarse a sí mismo y a ella.

- Deseáis mostraros civilizados antes de nuestra batalla. - Lucian estudió la habitación a su alrededor. - Este parece ser más un lugar de paz que de guerra. - Bajó la voz para convertirla en una compulsión. - Ven a mi entonces, hermana, y comparte conmigo tu fuerza.

Gabriel insertó su cuerpo entre su gemelo y su compañera inmediatamente. Se encorvó, con la postura de un luchador. Tras él, Francesca observó con ojos llenos de pena como el hombre alto y elegante se aproximaba a ellos. Salió de las sombras, pareciendo exactamente lo que era, un oscuro y peligroso depredador. Sus ojos negros brillaban peligrosamente. Eran ojos de ultratumbra, ojos vacíos de toda emoción. Ojos de muerte. Se movía como un grácil animal, un ondeo de poder.

- Mantente atrás, Lucian. - Advirtió Gabriel suavemente. - No pondrás en peligro a mi compañera.

- Eres tú el que la pone en peligro, Gabriel. - Dijo la voz suavemente. - Deberías haber hecho lo que prometiste hace tantos siglos. Ahora has traído más peones a nuestro juego. Yo no he tenido nada que ver con eso. - La voz era dulcemente razonable. - Veo que estás herido. Confío en que eso no evitará con cumplas con tu deber y me destruyas.

- Fuiste tú el que destruyó al no-muerto.

¿Qué quieres decir? ¿Lucian mató al vampiro? La voz de Francesca estaba en su cabeza, una voz pensativa.

En vez de responderle mente a mente, Gabriel escogió cojer a Lucian desprevenido con su respuesta.

- Lucian evitó que el vampiro me hiriera aún más y utilizó su voz para debilitarle. Podía oír el murmullo, pero no sabía que él estaba allí. Creó una enorme tormenta y finalmente fue Lucian quien destruyó al no-muerto mientras yo me elevaba por encima de la batalla.

Lucian encogió sus amplios hombros y volvió esos ojos vacíos hacia su gemelo.

- Me hiciste una promesa, Gabriel y ahora la cumplirás. - Su voz fue un susurro de terciopelo, una suave orden.

Gabriel reconoció la compulsión oculta incluso mientras saltaba hacia adelante para asestar el golpe, cerrando la distancia con Lucian tan rápido que Francesca ni siquiera pudo ver como se movía. Una eternidad demasiado tarde, con el grito mental de negativa de su compañero, le vio rasgar con una mano de garras afiladas la garganta de su hermano gemelo, incluso mientras registraba que Lucian había abierto los brazos aceptando la muerte.

Lucian le había ofrecido un blanco perfecto de su pecho y jugular. Ningún vampiro habría hecho tal cosa. El no-muerto luchaba hasta su último aliento para matar a todo y todos los que le rodeaban. ¡Sacrificar la propia vida no es el acto de un vampiro!

El conocimiento llegó demasiado tarde. Un crisol de gotas salpicó la habitación, trazando un arco sobre las pesadas cortinas. La sangre fluyó como una corriente firme de la herida abierta. Gabriel intentó retroceder, alcanzar a su hermano, pero el poder de Lucian era demasiado grande. Gabriel era incapaz de moverse, detenido en su sitio solo con la voluntad de Lucian. Sus ojos abiertos de par en par por la sorpresa. Lucian tenía mucho más poder del que había soñado. Gabriel era un antiguo, uno de los más poderosos sobre la tierra. Hasta ese momento había pensado en Lucian como su igual

Gabriel miró desesperado a Francesca. Los ojos de ella estaban llenos de lágrimas. *Ayúdale. Sálvale. Hazlo por mí. No permitirá que yo me acerque.*

Quiere terminar con su vida. Siento su resolución. Francesca se movió, un lento y sutil deslizar lleno de gracia y tranquilidad.

- Debes permitir que te ayudemos. - Dijo suavemente. Su voz era cristalina, tranquilizadora. Tenía un tremendo don para sanar; si alguien podía evitar la muerte de Lucian, esa era ella. - Sé lo que has hecho. Crees que tu vida termina aquí.

Los dientes blancos de Lucian brillaron.

- Gabriel te tiene a ti para que le mantengas a salvo. Ese ha sido mi deber y privilegio durante muchos siglos, pero se ha terminado. Ahora descansaré.

La sangre estaba mojando sus ropas, corriendo hacia abajo por su brazo. No hizo ningún intento de detenerla. Simplemente se quedó allí de pie, alto y erguido. No había rastro de acusación en sus ojos, su voz o su expresión.

Gabriel estaba totalmente inmóvil, sus ojos revividos de dolor y pena por su gemelo.

- Has hecho esto por mí. Durante cuatrocientos años me has engañado. Previniendo que matara, sin darme la oportunidad de convertirme. ¿Por qué? ¿Por qué arriesgaste tu alma de esta forma?

Pequeñas líneas de tensión empezaban a aparecer alrededor de la boca de Lucian.

- Sabía que tú tenías una compañera. Alguien que lo sabría me lo dijo hace muchos años. Le interrogué y sabía que no mentía. Tú no perdiste tus sentimientos y emociones pronto, como yo. Te llevó siglos. Yo era sólo un aprendiz cuando dejé de sentir. Pero tú unías tu mente con la mía y era capaz de compartir tu alegría de vivir y ver a través de tus ojos. Me hiciste recordar lo que nunca podría tener por mí mismo. - De repente Lucian se tambaleó, su enorme poder drenado junto con su vida.

Gabriel había estado esperando el momento en el que Lucian se debilitaría y le soltaría. Aprovechó la ocasión, traspasando la barrera, saltando junto a su hermano, deslizando la lengua por la herida abierta para cerrarla. Francesca estaba al otro lado de Lucian, su pequeña mano sobre el brazo de él, amable y reconfortante. Deslizó su mano en la de Lucian para conectarse.

- Crees que ya no hay razón para seguir viviendo.

Lucian cerró los ojos cansado.

- He cazado y matado durante dos mil años, hermana. Mi alma ha perdido tantos trozos, que parece un colador. Si no me voy ahora, puede resultar demasiado tarde y que mi amado hermano se vea obligado a cazar y destruir a un auténtico vampiro. No sería tarea fácil. Él debe quedar a salvo. Yo ya no puedo caminar tranquilamente hacia el amanecer. Confiaba en su ayuda. He cumplido con mi tarea en este mundo. Permíteme descansar.

- Hay otra. - Susurró Francesca suavemente. - Ella no es como nosotros. Es una mortal. Es este momento es muy joven y sufre un terrible dolor. Sólo puedo decirte, que si no que te quedas ella vivirá una vida de agonía y desesperación que ni siquiera podemos imaginar. Debes vivir por ella. Debes resistir por ella.

- Me estás diciendo que tengo una compañera.

- Y que su necesidad de ti es grande.

- Skyler no es mi compañera. Me he fundido con ella repetidamente para aliviar su sufrimiento cuando estaba sola y las terribles pesadillas la acosaban. Pero ella no es mi compañera. - Incluso mientras lo negaba, Lucian no se resistió cuando la compañera de Gabriel empezó a trabajar en la salvaje herida.

- No obstante, no te miento para mantenerte en este mundo. No puedo decir donde está ella o como lo sé, pero existe en esta época. La siento a veces y ahora sé que ella te pertenece. Permíteme curarte, hermano. - Insistió suavemente. - Si no por tu bien o el nuestro, por tu compañera, que tanto te necesita.

Gabriel llenó la habitación con hierbas sanadoras y empezó el ancestral canto sanador. Se cortó la muñeca y presionó la herida sobre la boca de su gemelo.

- Ofrezco mi vida libremente por la tuya. Toma lo que necesitas para sanar. Te pondremos profundamente en el interior de la tierra y te guardaremos hasta que estés completamente recuperado.

Lucian se mostraba renuente a tomar la sangre de Gabriel cuando su gemelo estaba ya agotado por sus propias heridas. Gabriel presionó firmemente la muñeca hacia la boca de su hermano, asegurándose de que se alimentara. Estaba decidido a salvar la vida de Lucian. No podía creer lo que su gemelo había sufrido por él. Debería haberlo sabido, debería haberse percatado de todo lo que Lucian había hecho para protegerle. Lucian siempre se había enfrentado a los más antiguos y más hábiles de los enemigos con los que se enfrentaban, siempre colocando su cuerpo entre Gabriel y la muerte.

No te sientas tan culpable. La voz de Francesca fue amable en su mente. *Siempre fue su elección. Tomó cada elección totalmente consciente de las consecuencias. Tú nunca habrías estado de acuerdo. No minimices su sacrificio para aliviar tu culpa.*

Francesca sonrió a Lucian mientras aplicaba la preciosa tierra de su país natal que guardaba para las auténticas emergencias. La había almacenado con las numerosas hierbas que cultivó precisamente para una ocasión semejante.

- Ayudaste a Skyler en más de una ocasión. Gracias por eso. Y llevaste justicia a los hombres que le hicieron daño para que Gabriel no tuviera que hacerlo. No podía entender, al principio, por qué mi compañero tenía tantos problemas con la idea de destruir a la criatura que él mismo creía que era un vampiro, pero ahora lo entiendo. Una parte de él sabía que no te habías convertido. No su mente consciente, sino su alma.

Gabriel ayudó a tender a Lucian en la seguridad del sofá. Incluso mientras ayudaba a su gemelo, pudo sentir como su propia fuerza se desvanecía. Estaban desesperadamente necesitados de sangre. Observó la serenidad de la cara de Francesca y al momento se sintió mejor. Ella siempre sabía lo que se necesitaba y podía confiarle completamente su vida y con ella la de su hermano.

- Necesito sanar tu herida, Lucian. - Informó ella al gemelo de Gabriel amablemente.

Lucian cerró la laceración en la muñeca de su hermano y miró a Francesca a los ojos.

- No soy un hombre amable. He matado durante mucho tiempo. No conozco otra forma de vida. Atar a cualquier mujer a mí, ya sea ella Cárpato o mortal, es sentenciarla a vivir con un monstruo.

- Quizás un monstruo como tú es lo que necesita para que la protegerla de los monstruos que destruirían a alguien como ella. Tu primera responsabilidad es tu compañera, Lucian. No puedes hacer más que encontrarla y apartarla del peligro.

- La oscuridad ya está en mí; ahora las sombras son permanentes.

- Ten fe en tu compañera. - Aconsejó Gabriel.- como tengo yo en la mía. Fuiste lo suficientemente fuerte como para sacrificar tu vida por la mía. Eres lo suficientemente fuerte como para vivir mientras buscas a esa mujer tuya.

Francesca hizo señas a Gabriel y cerró los ojos, cerrándose a la conversación y todo lo que les rodeaba. Se separó de su cuerpo y entró a buscar en ese otro tan mortalmente herido. Hizo las reparaciones con toda la habilidad de un cirujano superior. Todo mientras Gabriel canturreaba las palabras sanadoras y la esencia de las hierbas llenaba el aire.

Francesca salió del cuerpo de Lucian e inmediatamente entró en el de Gabriel. No iba a permitir que su compañero sufriera innecesariamente. Atendió meticulosamente cada herida, cada laceración, extrayendo las células envenenadas que el vampiro había inyectado a través de sus siervos y reparando todo el daño de dentro a fuera. Se tambaleaba de debilidad cuando terminó.

En seguida Gabriel la rodeó con sus brazos.

- Descansa, cielo, saldré a cazar esta noche para reemplazar la sangre que necesitamos.

Francesca le lanzó una rápida mirada de censura con sus enormes ojos negros.

- No lo creo, Gabriel. Te quedarás aquí mismo en esta habitación. *Yo* soy la sanadora y tú seguirás mis instrucciones en esta cuestión. Tú y Lucian os quedaréis aquí donde ambos estáis perfectamente a salvo en vuestra débil condición y yo volveré pronto con la sangre que necesitáis tan desesperadamente.

Se levantó con un pequeño golpe de caderas, un gesto muy femenino de impaciencia con los hombres de la especie. Tenía un aspecto muy arrogante. Gabriel no se atrevió a mirar a Lucian para ver su expresión. La observó salir, con cara cuidadosamente inexpresiva. Sólo cuando estuvo seguro de que ella había abandonado la casa volvió la cabeza para encontrar la negra mirada de su gemelo.

- No lo digas. - Dijo Gabriel con una tranquila amenaza.

- No he dicho nada. - Señaló Lucian.

- Has arqueado la ceja de esa forma aborrecible que acostumbras. - Replicó Gabriel. - Ya tienes suficientes problemas conmigo sin añadir la mofa a tus pecados.

- Ella no es como las mujeres que creo recordar de nuestra juventud.

- Tú nunca conociste a ninguna mujer en tu juventud. - Le dijo Gabriel. - Francesca es una ley en sí misma. Se ha ocultado del Príncipe de nuestra gente durante largos siglos.

- Se escondía de mí. - Admitió Lucian. Se deslizó hacia abajo en los cojines del sofá, su enorme forma drenada del fluido que le proporcionaba vida. - La sentí cerca en más de una ocasión y con frecuencia te conduje aquí con la esperanza de descubrirla, pero siempre quedaba fuera de alcance.

Gabriel se sentía extraordinariamente orgulloso de Francesca.

Cuando Lucian cazaba al no-muerto, nadie tenía éxito escondiéndose de él, aun así Francesca lo había logrado durante varios siglos. Lucian sacudió la cabeza cansado.

- Si no lo hubiera hecho tan bien, la habríamos encontrado hace mucho y tú habrías estado a salvo.

- Y entonces tú habrás elegido terminar con tu vida y tu compañera quedaría sin aquel al que necesita tan desesperadamente. - Señaló Gabriel con aire satisfecho, los ojos negros y vacíos de Lucian brillaron durante un momento, moviéndose sobre su gemelo con una especie de advertencia. Gabriel sonrió hacia él como un muchachito. - Odias cuando tengo razón.

- Ella está embarazada. - Dijo Lucian de repente. Sus largas pestañas suavizaban las líneas de tensión de su cara. - No puede entrar en el cuerpo del médico sin ponerlas en peligro a las dos, ni siquiera con tu ayuda. Ya lo sabes.

- Si, lo sé. - Admitió Gabriel. - No había razón para contárselo a ella cuando no sabía si volvería. Me dio su palabra de que llamaría a Gregori si yo no volvía a ella. Gregori nunca habría permitido que Francesca se colocara a ella misma o al bebé en peligro.

Hubo un pequeño silencio. Lucian había ralentizado su corazón y pulmones porque su cuerpo llamaba sangre. Gabriel suspiró.

- No deberías haberlo hecho, Lucian. Tienes razón, estaba cerca de convertirme. Creo que sentí la decisión de Francesca de retirarse de este mundo. Ella fue capaz de encontrar la forma de vivir parcialmente como humana. Su intención era envejecer y morir en esta época. Había estado experimentando, buscando la forma de convertirse en humana durante varios siglos.

- Es una mujer extraordinaria. Me sorprendió su fuerza e ingenuidad. - La voz de Lucian era muy baja solo un hilo de voz. - Tú eres la única razón por la continuaba viviendo, Gabriel. Si no fuera por ti, habría decidido terminar con mi tiempo en este mundo y seguir hasta el siguiente hace mucho. No creía que hubiera ninguna esperanza para mí. Perdí la habilidad de ver en color, de sentir emoción casi inmediatamente. No tras los doscientos años de los que normalmente disponen nuestros hombre como aprendices. Durante siglos utilicé tus emociones, pero después también tú las perdiste, y había una única forma de que ambos sobreviviéramos. Tenía que convencerte de que yo era un peligro para el mundo o ambos estábamos perdidos. Si no creías que era demasiado peligroso como para dejar que otros me cazaran, podrías haberte convertido. Y si eso hubiera ocurrido, sabía que yo sería incapaz de destruirte.

Gabriel sonrió.

- Podrías haberme destruido. Eres mucho más poderoso de lo que nunca imaginé.

- *Nunca* te habría destruido, Gabriel. Tú eres el único que alguna vez tuvo intención de cumplir nuestro voto. Yo nunca habría permitido que nadie te matase.

- Lo habrías hecho, Lucian. - Dijo Gabriel suavemente, sabiendo en su corazón que era verdad. - Nunca te has apartado del camino escogido y nunca te has retractado de tu palabra de honor. Habrías mantenido nuestra promesa

- Crees en mí más que yo mismo. - Lucian alzó la cabeza cansado. - Ella vuelve a ti, hermano. Intentará abastecerme ya que cree que soy yo el más necesitado. Toma la sangre y después dámela. He descubierto que tienes unos cuantos defectos, y los celos son uno de los peores.

Francesca encontró a los hermanos extendidos sobre el sofá de su estudio, una pequeña sonrisa en la boca de Gabriel, Lucian carecía de toda expresión. Avanzó hacia Lucian, pero su compañero la detuvo. *Ven a mí, mi amor. Yo me alimentaré y cuidaré después de mi hermano. Tendremos que utilizar la tierra de la cámara donde descansa el doctor.*

Si Francesca quería discutir con él, Gabriel no pudo encontrarlo en su mente. Acudió a su lado instantáneamente, apoyando su cuerpo en el de él, sus manos moviéndose sobre él como para asegurarse de que estaba de una pieza. Cuidó de mantenerse lejos de las heridas, aunque pasó las manos sobre multitud de profundos arañazos y marcas de mordiscos, dejando detrás un bálsamo consolador. Ya fuera un efecto mental o real, Gabriel no lo sabía ni le importaba. Ella le hacía sentir vivo y completo. Hacía que su mundo se recompusiera de nuevo.

La arrastró más cerca, inhalando su fragancia. Podía oír la sangre fluyendo en sus venas, llamándole. Su esencia mezclada con la intoxicante tentación, y la indomable bestia de su interior se alzó rápidamente, su necesidad y la de su hermano era grande. Gabriel inclinó su oscura cabeza hacia el esbelto cuello saboreando la piel satinada, la calidez de su pulso. Su boca vagó hacia abajo por la columna del cuello hasta el hueco del hombro, sus dientes raspaban gentilmente.

Francesca sintió un estremecimiento recorrer su espina dorsal. Gabriel podía hacerle eso sin importar las circunstancias. Sus brazos se tensaron alrededor de ella mientras la levantaba acercándola más a él. A pesar de lo mucho que la necesitaba, sabía que no estaban solos en la oscura habitación y no se alimentaría de su compañera delante de su hermano. Era un

ritual demasiado íntimo. Retrocedió hasta la privacidad de los pesados cortinajes. Su boca bajó más, viajando sobre el hombro hacia la cremosa plenitud del pecho, empujando la delgada tela de su camisa fuera de camino mientras lo hacía.

Instantáneamente Francesca se sintió viva de nuevo. Había estado conteniendo el aliento desde el momento en que él se había marchado, su corazón había latido de miedo, pero ahora latía de excitación.

Algo no había encajado en esa idea de que Lucian era un vampiro. Había intervenido con demasiada frecuencia para proteger a Gabriel y a aquellos a los que Gabriel amaba. Había acudido a Skyler para consolarla, en vez de acosarla y asustarla. Se avergonzaba de sí misma por no encajar las piezas del puzzle mucho antes.

Echó la cabeza hacia atrás, sus esbeltos brazos acunaron la cabeza de Gabriel hacia ella mientras el relámpago blanco azulado danzaba a través de su riego sanguíneo. Los dientes de él se clavaron profundos y se alimentó. Una especie de satisfacción adormecida tomó el lugar de su pulso alterado. Estaba al borde de la excitación sexual; no podía dejar que Gabriel la tocara así y no desearle, no *necesitarle*.

Gabriel la arrastró más cerca, sus manos se movían sobre las de ella, empujado la camisa más allá de los hombros para sentir el calor de su piel. Era suave y cálida, un refugio en su vida de oscuridad y peligrosas batallas. Cerró las diminutas heridas con una pasada de la lengua y permitió que su boca se complaciera en saborear la piel sólo un momento. Encontró la curva de su pecho, el profundo valle, y bajó hacia arriba por la clavícula hasta su suave y vulnerable garganta.

Bajo la palma de su mano el corazón latía al mismo ritmo que el suyo. La mente de ella estaba llena de deseo por él, su cuerpo era calor líquido.

- Estoy en casa. - Susurró las palabras contra su comisura de la boca de ella. - Realmente estoy en casa.

Francesca sonrió mientras él le besaba la cara, el pequeño hoyuelo, la barbilla.

- Por supuesto que lo estás, mi amor. Ahora bésame y proporciona a tu hermano lo que tanto necesita para que después me des a mí lo que necesito yo.

La voz no fue más que un cálido susurro en su oído, pero el cuerpo entero de Gabriel se tensó ante las palabras. Su boca se estableció sobre la de ella, sacudiendo la tierra bajo sus pies, llevándolos juntos a otro mundo, un lugar y un tiempo donde estaba solos con el calor de sus cuerpos y el más alto placer en sus mentes.

Lucian tosió discretamente. *Estoy intentando no compartir tu mente, Gabriel, pero estás cerca y vuestras emociones combinadas llenan esta pequeña habitación. He pasado mucho tiempo sin emociones y la tentación es grande.*

Gabriel alejó a Francesca instantáneamente, sus ojos negros brillaban, pero ella se reía, con la cara ruborizada como una adolescente. *Estamos jugando con fuego.* Señaló amablemente mientras se ajustaba la ropa y le rodeaba pasando junto a él.

Gabriel adoraba la forma en que se movía. Silenciosa, muy femenina, una sinfonía de movimientos que podían robarle el aliento. En su mente oyó un suave suspiro, su hermano le recordaba que tenía un trabajo que hacer. Francesca estaba inclinada sobre Lucian, tocando la herida de su garganta y cuello, la punta de sus dedos eran gentiles, sus modales tranquilos. Gabriel sabía que estaba proporcionando otra sesión sanadora. No podría tocar a alguien que estaba herido y necesitado y no darle algún tipo de solaz.

Lucian intento esbozar una sonrisa laxa, aunque no abrió los ojos.

- Eres el milagro que mi hermano insiste en llamarte en sus pensamientos.

- ¿Me ha llamado milagro? - Incluso su voz era tranquila y consoladora en los oídos de Gabriel. Deseaba tocarla, deleitarse para siempre en su hermosura, en su serenidad. Después del caos de un mundo vacío y gris lleno de violencia, ella era un milagro.

- Si, y por una vez, tiene razón. - Había un rastro de cansancio en el bello tono de voz de Lucian y eso alarmó a Gabriel. Nunca había oído a su invencible gemelo parecer tan falto de fuerzas.

- Yo siempre tengo razón. - Corrigió Gabriel, acercándose en seguida al costado de su hermano. - Es un fenómeno peculiar con el que Lucian encuentra difícil vivir, pero al mismo tiempo...

Lucian abrió los ojos para regalar a su hermano una mirada helada que claramente pretendía intimidar.

- Francesca, mi querida hermana, te has atado a alguien que tiene una opinión muy inflada de sí mismo. No recuerdo ni una sola vez en que haya tenido razón sobre nada.

Gabriel se movió hacia el sofá y se sentó junto a su hermano.

- No le escuches, mi amor, practica sus miradas intimidatorias ante el espejo a diario. Cree que puede silenciarme solo con mirarme. - Muy cuidadosamente se hizo un corte largo y profundo en la muñeca y presionó el fluido vital hacia la boca de su hermano. - Bebe, hermano, para que puedas vivir. Me ofrezco libremente a ti y a tu futura compañera donde quiera que esté.

Deliberadamente Gabriel recordó a su hermano la mujer que esperaba por él en alguna parte del ancho mundo.

Podía sentir la debilidad de Lucian golpeándole. Estaba cansado de la existencia vacía y yerma que había vivido durante dos mil años. Su cuerpo reclamaba sangre; sus ojos sólo veían las sombras, grises y oscuras; no había más emociones que las pocas que cogía prestadas cuando fundía su mente con la de Gabriel. Había vivido sin esperanza, se había sacrificado repetidamente para que Gabriel no tuviera que matar, dándole un respiro de las interminables batallas.

Lucian tomó la sangre ancestral a regañadientes, con moderación. Se había pasado toda la vida cuidando de su hermano y quería verle fuerte y sano. Sintió como sus células hambrientas daban la bienvenida a el fluido, reconstruyendo y creciendo en fuerza y poder.

Una vez más cerró los ojos, no deseando retomar la vida. Durante mucho tiempo había dado por sentado su futuro, pero ahora era necesario recolocarlo todo. ¿Y si Francesca estaba equivocada? ¿Como podía ella saber tal cosa? No tenía vínculos de sangre con esa mítica mujer. ¿Habría dicho sencillamente cualquier cosa para mantenerle en este mundo?

- No haría eso. - Le tranquilizó Gabriel, el cansancio se arrastraba por su voz. – Posiblemente Francesca no podría decir una mentira. Si dice que tienes una compañera que te necesita, entonces así es.

- ¿Y como lo sabes? - Preguntó Lucian a Francesca.

Una pequeña sonrisa curvó la suave boca de ella.

- Desearía poder decírtelo, pero en realidad no puedo. Desde hace algún tiempo siento una conexión con otro ser. Es muy joven, quizás algunos años mayor que Skyler, y está experimentando un gran trauma, pero su espíritu es fuerte. Esta lejos, quizás en otra tierra, pero cuando te toqué para sanarte, ella apareció en mi mente. Es una parte de ti, Lucian. Eso es todo lo que puedo decirte. Desearía que pudiera ser más.

Lucian cerró la herida de la muñeca de su hermano, cuidadoso con la salud de su gemelo.

- No sientas que me has fallado, hermana.

Francesca pareció alarmada, sus ojos volaron hacia Gabriel. Su compañero rió suavemente.

- Él te hará creer que es tan poderoso que puede leer los pensamientos de todos los Cárpatos, pero en realidad, está leyendo mis pensamientos y yo estoy fundido contigo. Puede leer tus emociones a través de mí.

Lucian arqueó una ceja.

No estés tan seguro, hermano. No sabes si puedo o no leer mentes.

Francesca empezó a reír.

- Puedo ver que vosotros dos vais a ser aborrecibles. Gabriel tiene razón, Lucian, yo no te mentiría en algo tan importante como una compañera. Estoy segura de no equivocarme. Esta niña llora en la noche. Siento su dolor y pena incluso con más fuerza que la de Skyler.

Está conectada a nosotros como ningún otro. Debemos ponerte profundamente en la tierra para sanarte. Deber estar fuerte antes de que comience tu viaje de descubrimiento.

- Primero me ocuparé de tu amigo el doctor. Tú no puedes hacerlo. - Lucian pronunció su decreto. Sus ojos brillaron durante un momento, puro hielo y amenaza.

Francesca le miró fijamente, sus ojos negros chispeaban.

- Haré lo que sea necesario. *Tú* no tienes nada que decir en esto.

Los ojos vacíos de Lucian se volvieron hacia su hermano, con una ceja arqueada. *¿Permitirás esta locura?*

Estas cosas son difíciles. Gabriel encogió sus amplios hombros como para decir que Lucian no sabía nada sobre mujeres.

Francesca tiró su gruesa trenza sobre el hombro izquierdo.

- Comprendo que naciste hace muchos siglos, Lucian. No debería haberme mostrado tan impaciente. Las mujeres ya no obedecen los decretos de los hombres. - Su voz sostenía un tono ligeramente arrogante.

¡Francesca! La mirada de los ojos negros de Gabriel oscilaba entre la risa y la censura. No podía recordar que nadie hubiera hablado nunca a Lucian de forma semejante.

Ella se alejó de su compañero, intentando desesperadamente no reír. Estos dos hombres eran muy anticuados en sus costumbres. Corteses. Elegantes. Sexys. Esa idea se presentó inesperadamente y fue rápidamente censurada. Compartía los pensamientos de Gabriel, sabía que tenía en mente impedirle sanara a Brice hasta que él hubiera eliminado todo rastro de la sangre contaminada por sí mismo. Ahora mismo, Gabriel necesitaba la tierra sanadora, al igual que Lucian. Ambos antiguos estaban heridos y débiles.

- He notado desde hace varios siglos, que son las mujeres las que se ocupan de los pequeños detalles. Me aseguraré de que Brice duerme durante el día hasta el nuevo alzamiento. Es necesario preparar la tierra para tu hermano. Está muy necesitado, a pesar de su creencia de que es omnipotente. No os preocupéis, tengo un cerebro y me las he arreglado bastante bien sin guía de ningún tipo durante siglos. Seré capaz de ocuparte de todos los detalles yo solita mientras vosotros pequeñines descansáis.

Pero no te acercarás a Brice, dijo Gabirel, intentando que sonora más como una petición que como una orden.

Francesca pasó de largo a su compañero y se deslizó por el vestíbulo hacia la cocina y la cámara subterránea. Por supuesto que no arriesgaría a su hija no nacida intentado sanar a Brice sin ayuda. ¿Pensaban que era una imbécil? ¡Los dos podían dormir en la cámara subterránea juntos!

No voy a dormir con mi hermano, mujer, créeme. Dormiré justo a tu lado, donde pertenezco. Esta vez había una risa indiscutible, un rastro de diversión masculina en el profundo timbre de la voz de Gabriel. Su voz siempre sostenía era nota sexy y perezosa que ella no podía ignorar.

No cuentes con que con tu encanto te librarás de esta. Francesca abrió la tierra, una sección de profunda y rica tierra lo suficientemente grande como para acomodar la poderosa forma de Lucian.

Agradezco mucho saber que me encuentras encantador.

¿Yo estaba pensando eso? No lo creo. Creo que estaba pensando lo irritantes que son los hombres de nuestra raza y que por cierto tenía buenas razones para ocultar mi existencia a todos ellos durante siglos. Deliberadamente Francesca mantuvo su voz tan arrogante como siempre. Burlándose de él. Amándole. Deseando quedarse a solas con él. Gabriel.

Estás pensando en hacer el amor conmigo, no en sentenciarme a una cama solitaria.

Presupone usted mucho, señor.

Sólo leo tus pensamientos. Encuentro que me gusta mucho más la forma en que me ves tú que como me veo yo a mí mismo.

Francesca desparramó hierbas sanadoras por el suelo y añadió la preciada tierra de su país natal sacado del pequeño cofre del tesoro que había guardado durante siglos. La tierra era lo que Lucian necesitaba más que nada. *Todo listo.*

Gabriel extendió el brazo hacia su gemelo, ayudándole a ponerse en pie. Sentaba bien *ser* de nuevo con Lucian. Se movían del mismo modo, sus expresiones eran completamente idénticas. De repente a Gabriel se le ocurrió que quizás Francesca no podría diferenciarlos.

No seas tonto. Tú eres parte de mí, la otra mitad de mi corazón. Se te ocurren las cosas más estúpidas, Gabriel. El susurro de la voz de ella era una invitación. Caldeaba su sangre como ninguna otra cosa.

Gabriel guió a Luican pasando la cámara que contenía a Brice. Los gemelos tocaron la mente del durmiente exactamente al mismo tiempo, compartiendo el conocimiento sin pensar en ello, una acción bien ensayada.

Francesca se hizo a un lado para permitir que Lucian entrara por la pequeña abertura que llevaba a su zona de descanso.

- Duerme bien, hermano.

Lucian bajó la mirada hacia ella con sus vacíos ojos negros.

- Te agradezco tu bondad para conmigo, hermana, pero sobre todo la forma en que cuidas de mi hermano. - Lo dijo sinceramente. Había pura magia en esa voz. Francesca se encontró respondiendo con una sonrisa al gemelo de su compañero. Creía que era demasiado poderoso para su propio bien, pero sabía que amaba a su hermano, y eso la tranquilizaba.

Gabriel cerró los brazos alrededor de la cintura de Francesca en el momento en que Lucian flotó a la tierra y esta se cerró sobre su cabeza.

- Al fin solos. Creía que nunca ocurriría.

Ella le lanzó su mirada más presumida.

- Al parecer te olvidas de los pobres Drusilla y Santino. Se merecen una explicación de lo que ha ocurrido aquí esta noche. Les protegí lo mejor que pude y sospecho que probablemente Lucian también, pero Santino no es alguien al que podamos controlar fácilmente. Dimos nuestra palabra a Aidan. Por otro lado, saliste por ahí y conseguiste hacerte daño. Eso no fue lo acordado.

El se inclinó para frotar la cara contra el cuello de ella, inhalando su fragancia.

- Adoro como hueles. En el momento en que entré en el edificio, lo noté lleno de tu presencia y supe que estaba en casa.

La mano de Francesca se arrastró hacia arriba hasta su cara.

- Te amo, mucho, Gabriel. No aprecio las canas a estas alturas de mi vida cuando voy a convertirme en madre.

- Tendrías un aspecto muy sexy con el pelo gris. - Replicó Gabriel, sujetándo la mano para poder darle la vuelta y plantar un beso en el centro de la palma. - Y me gustaría subir arriba y ver a la joven Skyler antes de que acabe la noche. Tú puedes ocuparte de Santino en mi lugar.

Ella le golpeó la mano, una pequeña reprimenda.

- No vas a largarte sin mí, y no me dejarás a mi todos los pequeños detalles de nuestra vida.

Él se las arregló para mostrar una mirada inocente.

- ¿Yo hago eso?

Francesca rió, con el corazón ligero y feliz ahora que él estaba a su lado y todos estaban a salvo dentro de las paredes de su casa.

18

Francesca despertó en brazos de Gabriel. Gabriel había permanecido bajo tierra dos días, pero ahora sus heridas estaba completamente sanadas y Francesca sintió que era seguro llamarle a ella. Le parecía que ya había sido suficientemente paciente cuando todo en ella clamaba por él. Sobre ellos la noche volvía a la vida y los reconfortantes sonidos de su casa se reacomodaban al ritmo nocturno.

Skyler se estaba riendo en la cocina con Drusilla. Francesca se quedó allí tendida durante un momento saboreando la maravilla de eso. Skyler no se reía con frecuencia, y cuando lo hacía era brevemente, pero el sonido era increíblemente hermoso. Francesca ya estaba encariñándose con Drusilla. Era una mujer maternal que se ocupaba de la casa muy eficientemente. Tenía una personalidad abierta y amorosa. Había un amplio espacio en su corazón para la joven Skyler.

Santino era un milagro. Inmediatamente se había puesto manos a la obra con el guardaespaldas para asegurar que la casa estaba protegida por dentro y por fuera. Sería necesario cambiar la forma de vida de Francesca para acomodarse a la valla alta que rodeaba los terrenos ahora que había humanos a los que proteger. Santino fue rápido encontrando un diseño que encajaba con la arquitectura antigua. Había incorporado las salvaguardas que Francesca había escogido en la construcción de la propia valla.

Ya estaba bien avanzada la obra; Santino no creía en la pereza. Francesca estaba segura de que Gabriel y él se harían buenos amigos con el tiempo.

- Eres terca en tus ideas. - Murmuró Gabriel, su corazón ya había encontrado el perfecto ritmo del de ella. Ella era su mundo y adoraba despertar sabiendo que estaba allí, deseándole, tan fresca, serena y hermosa.

Francesca sonrió mientras se volvía entre sus brazos, su cuerpo moldeado contra el de él, ya suave y flexible, su piel cálida mientras la sangre de él se calentaba y espesaba.

Francesca celebró la sensación del cuerpo de él; lo diferente que era del suyo, sus músculos tan definidos y duros. Con las manos buscó las caderas de Gabriel, las columnas de sus muslos, pasándolas sobre su pecho, demorándose en la zona donde había sido herido.

- Estás hambriento. - Declaró ella. Sabía que él se despertaría famélico, y estaba más que dispuesta a proveer para su compañero. Podía sentir el hambre en él, una entidad viva y creciente.

Gabriel enterró la cara en el hueco del hombro de ella, su boca se movió sobre la fragante piel. Sus manos moldearon el cuerpo esbelto, trazando su forma perfecta, sus lujuriosos pechos y redondeadas caderas, su pequeña y estrecha cintura. Su hija yacía bajo la palma de su mano y le excitó pensar en lo que crecía allí, otro vínculo entre ellos. Una ráfaga de calor le golpeó con la velocidad de una bola de fuego, presionando la parte baja de su estómago mientras los dedos de ella danzaban sobre él.

- Francesca. - Dejó escapar su nombre contra el cremoso montículo de su pecho, su cálido aliento tentaba al pezón convirtiéndolo en un pináculo erótico en respuesta. Los labios de él besaron la línea de su garganta, para encontrar su boca, apresurándose allí, su boca dominante y muy masculina. Ella lo era todo para él.

- Todo. - Susurró en su boca, deslizando su lengua por la de ella en un tango feroz.

Gabriel cerró los ojos para sentirla con su cuerpo, sus manos exploraban mientras la boca se movía por el cuello de ella hacia atrás por el profundo valle entre los pechos. Su cuerpo se endurecía y volvía a la vida de deseo, su hambre se elevaba agudamente. Murmuró algo suave contra la piel de él, algo cariñoso, incluso incitante, mientras las manos de ella se movían sobre sus caderas provocando, dedos danzarines recorrían la dura evidencia de su creciente deseo. El aliento de Gabriel pareció explotar fuera del cuerpo cuando ella se movió sobre él, sus pechos eran una invitación bajo la boca ansiosa.

Los colmillos se alargaron, creciendo mientras jugueteaba con los dientes y le raspaba la piel sobre el pulso latente. Los dedos de Francesca le inflamaban, tentaban y daban forma. Relámpagos danzaban sobre la piel de ambos mientras él se alimentaba vorazmente, la sangre de ella, ardiente y dulce, fluyendo en las células hambrientas de su cuerpo.

Su cuerpo. Arrasado por el fuego. Llamas que nunca podrían extinguirse. Estaban tan caliente que se quemaba en su deseo. Incluso mientras se alimentaba, capturó las esbeltas caderas y la atrapó bajo él para poder empujar hacia adelante, una poderosa estocada, enterrándose en la apretada vaina. Estaba ardorosa y húmeda de deseo, de hambre. Los colores se arremolinaron y danzaron y el fuego rabió fuera de control. Gabriel simplemente dejó que ocurriera, dejó que le consumiera. El cuerpo de ella era todo lo que importaba en

ese momento. Descubriría cada lugar secreto, exploró más y más profundamente hasta que encontró el santuario para los demonios que siempre le embrujaban.

Se movió más rápido y con más fuerza, largas y seguras estocadas diseñadas para inflamarla, conducirla a la misma fiebre ardorosa que sentía él. Susurró su nombre al acariciar con la lengua las diminutas punzadas, cerrando la herida del pecho de Francesca. La acercó hacia él, celebrando los misterios de su maravilloso cuerpo. Estaba perdido para siempre; ella era su mundo y todo lo bueno que en él había.

Francesca levantó la mirada a la cara que se inclinaba hacia ella, tallada con sensual belleza, sus ojos negros brillando con la intensidad de su salvaje acto de amor, bañados en inesperadas lágrimas.

Ella jadeó, tocando una lágrima en las imposiblemente largas pestañas de su amor. Su boca perfecta suavizada, curvada en respuesta.

- Simplemente eres tan hermosa, Francesca. Todavía no puedo creerme que esté aquí contigo, compartiendo tu vida, compartiendo tu cuerpo. No tienes ni idea de lo que significas para mí.

Ella se irguió para capturar la boca de él con la suya, uniendo su mente más completamente, ofreciendo la total aceptación de su salvaje naturaleza, igualando sus fogosas demandas con las propias. Mucho después estaban tendidos juntos, escuchando los latidos combinados de sus corazones, saboreando el lujo de estar simplemente tendidos uno en brazos del otro, de las diferencias de sus cuerpo y su habilidad para entrelazarlos.

- Te amo, Francesca. - Dijo Gabriel solemnemente. - No puedo expresar con palabras lo que significas para mí.

Ella le sonrió.

- Haces un trabajo medianamente bueno intentándolo

Él arqueó una ceja.

- ¿Medianamente bueno?

- Creo que tu ego ya está demasiado inflado. No puedo decirte que eres el mejor amante del mundo.

Su mano acunó el suave pecho de ella, su pulgar rozó con una pequeña caricia el pezón erecto.

- ¿Pero lo dirías si no temieras por mi ego?

Cada roce de su pulgar producía una ráfaga de calor líquido y Francesca se removía impaciente, alzándose hacia él, lanzando su abundante pelo sobre el hombro mientras lentamente le motaba a horcajadas, bajando su cuerpo hasta él. Gabriel dejó escapar un jadeo, sus ojos se cerraron durante un momento de éxtasis, después los abrió para observar el cuerpo de ella mientras empezaba lentamente a moverse.

- He internado a Brice en una clínica de Milan. Tengo amigos allí que respaldarán mi historia. Les dije que se estaba recobrando de una adicción y aquí le ayudamos. Me deben un favor o dos. - Añadió Francesca cuando Gabriel frunció el ceño. No estaba acostumbrado a confiar en la ayuda de humanos pero Francesca se deslizaba fácilmente entre los dos mundos. Ella era consciente del valor del dinero y la posición social. Sabía que las clínicas dependían mucho de ricos benefactores. Era muy generosa en esa cuestión y rara vez pedía algo a cambio. Si quería que uno de sus amigos, particularmente tratándose de un médico genial, fuera internado para recobrarse de un episodio virulento de gripe, la clínica estaría más que dispuesta a complacerla. - Y si, sé que Lucian y tú ayudasteis a destruir la huella del vampiro en él. Leo tu mente con facilidad, mi amor; nada dañará a nuestra hija. A ninguna de nuestras hijas. Esperaré hasta que Brice está libre de toda sombra antes de ayudar en su curación.

- Si, lo harás. - Dijo él suavemente, sus manos fueron a la cintura de ella.

Ella movió su cuerpo un poco más rápido para acomodarse a la repentina imagen erótica de la mente de él. Francesca sonrió, una lenta y seductora sonrisa mientras sentía como el fuego se acumulada en el cuerpo de él.

Librodot

- ¿Crees que es inteligente involucrar a otra clínica? - Gabriel tuvo que esforzarse para que su voz sonara natural cuando ella estaba atándole otra vez. Su cintura era tan estrecha y sus pechos saltaban tan tentadoramente hacia él. - Seguramente no puede simplemente dejar su trabajo cuando le de la gana.

- Por supuesto que no, pero no fue demasiado difícil hacer que se recibiera una llamada telefónica de la clínica invitando a Brice a participar en un seminario ficticio. Brice hace esas cosas con frecuencia. Hice que su secretaria hiciera los arreglos con el resto de los médicos para que se ocupen de sus pacientes y después simplemente continuaremos con otra llamada telefónica que diga que se ha puesto enfermo pero la clínica se ocupará de él. Cuando se recupere, todavía conservará su buena reputación en la comunidad médica.

Ella intentaba no sonreír ante la reacción del ese cuerpo al que tentaba, ante la forma en que los ojos de Gabriel se habían ido empañando y brillaban al mirarla tan intensamente. Él se esforzaba desesperadamente en seguir la conversación, mantener el interés mientras su cuerpo estaba en éxtasis.

- ¿Lo arreglas todo para todo el mundo tan fácilmente? - Le preguntó Gabriel, doblando la cabeza hacia la tentación de un pezón tentador. No pudo contenerse. Tenía que tocarla, saborearla. Su piel le recordaba cálida miel. Sus manos la cogieron de la cintura mientras ella se ondulaba, tan bella que le robaba la habilidad de pensar. Adoraba su cara, sus ojos, su lujuriosa boca.

Francesca lanzó la cabeza hacia atrás mientras empezaba a moverse más rápido, su cuerpo ardiente y exigente, sus pechos desnudos a la vista de él, mientras el pelo se extendía alrededor de los dos en oscuras y sedosas nubes. Le observó respirar entrecortadamente y le sonrió, moviéndose un poco más fuerte, su cuerpo tensándose alrededor de él en respuesta a su evidente placer.

- En realidad, si. - Respondió ella lentamente. - Particularmente para ti. Por ejemplo, sé que te gustan ciertas cosas.

Gabriel a penas podía respirar, observándola cabalgarle con una pequeña sonrisa erótica en la cara.

- ¿Qué cosas? - Se atrevió a preguntar.

Ella se inclinó hacia atrás, moviéndose más profundamente, tentándole, incitándole, observándole observarla. Era salvajemente excitante la forma en que Gabriel le daba tanto poder sobre él. Adoraba ser su socia. Su otra mitad. Adoraba estar en su mente mientras hacían el amor, adoraba la forma en que pensaba en ella, la forma en que su cuerpo le complacía.

- Tú me complaces. - La contradijo él, moviendo de repente sus propias caderas en un duro y rítmico empujón. La observó cabalgarle, la visión se añadió a su intenso placer hasta que sólo pudo empujar casi impotentemente, más y más alto, acumulándose, siempre acumulándose. El pelo de ella rozaba la piel sensitiva de él, abrasándole, quemándole. Nada importaba excepto el cuerpo de ella sobre el suyo, deslizándose salvajemente, meciéndose y tentándole hasta que gritó su nombre a los mismos cielos y ella escaló con él a algún lugar entre la risa y las lágrimas.

Ninguno de los dos pudo respirar normalmente durante largo rato. Simplemente se abrazaron con fuerza, saboreando esos momentos de estar a solas y juntos. Sobre sus cabezas los ruidos de la casa reconfortaron a Gabriel. Brice se recuperaría pronto. Skyker estaba encariñándose con la gente. Lucian, su amado hermano gemelo, dormía a salvo bajo tierra, sanando, recuperando fuerzas, su voluntad de hierro renovada. Francesca estaba entre sus brazos, su cuerpo y alma enredados profundamente con los de ella, y todo estaba bien en el mundo de Gabriel.

Fin